

T. 544-662

FA

FAN

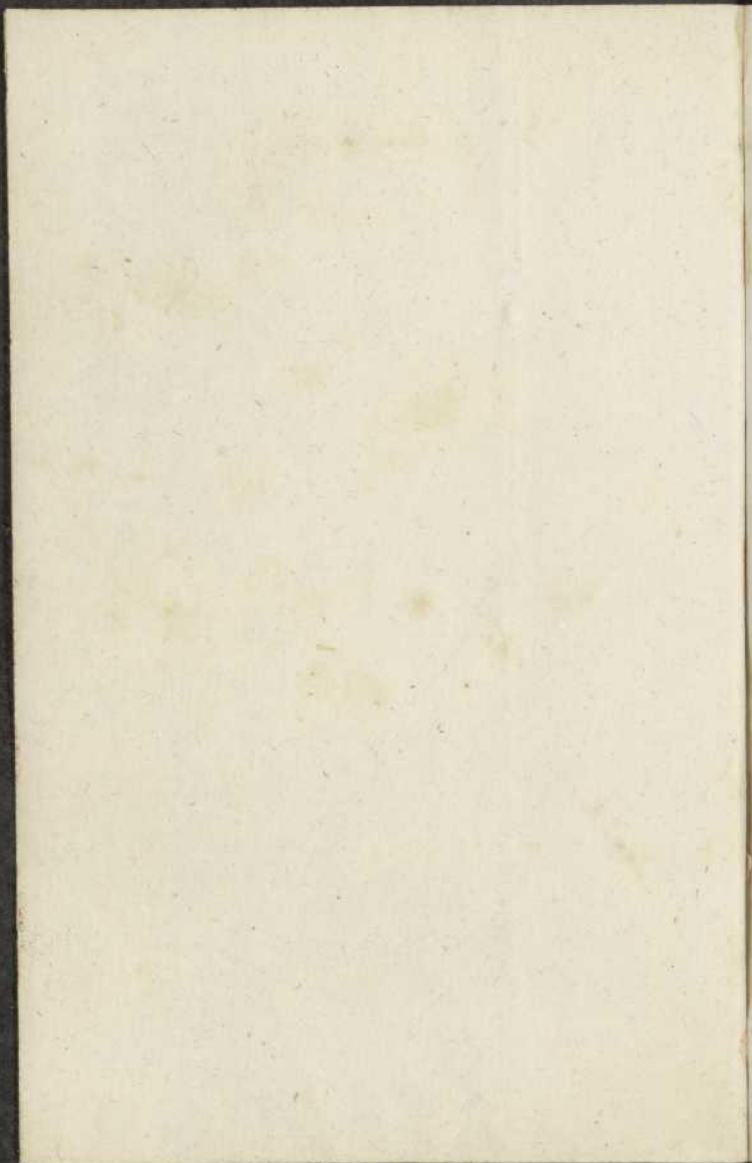
9432





BIBLIOTECA GENERAL

LOS ANGELES CALIFORNIA



**BIBLIOTECA GENERAL.**



**LOS MISTERIOS DE PARIS.**

**I.**

BIBLIOTECA GENERAL

LOS MISTERIOS DE PARÍS

I

LOS  
**MISTERIOS DE PARIS**

POR

**EUGENIO SUE.**

TRADUCIDOS LIBREMENTE DEL ORIGINAL FRANCES.

—•••••—  
TOMO I.  
•••••—



**LOGROÑO:**  
IMPRESA DE D. DOMINGO RUIZ,  
calle de la Plaza frente á portales número 981.

—  
1845.

R/9054

LOS

# MISTERIOS DE PARÍS

POR

EUROPEO S. A.

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL ORIGINAL FRANCÉS

---

TOMO I

---



LOGO S. A.

IMPRESA DE D. DOMINGO RUIZ,  
calle de la Plaza (frente a portales número 28)

1843.



## LOS MISTERIOS DE PARIS.



### PARTE PRIMERA.

#### I.

### LA CORTINA FRANCA (1).

UNA *cortina franca*, en caló frances, lenguaje de ladrones y asesinos nos hace venir en conocimiento de una taberna de lo más ínfimo en esta clase de establecimientos, que la gente *non santa* llama á boca llena *tasca* ó *tusquera*. Un malhechor, apercebido ya por la justicia, que en

(1) Hemos adoptado la voz de *cortina franca* para designar una taberna de lo más ínfimo, que en España llamamos *Tasca* ó *Tasquera*, porque hemos visto en Francia sobre todo en los caminos y los establecimientos de la clase que hablamos, cuya única entrada se halla cubierta con un grande tapiz ó sea *cortina*.

este sucio language se llama *ogre* (1) ó una muger tan degradada como él, son por lo comun los dueños de estas tabernas, que frecuenta la hez del pueblo parisiense: jamas dejan de verse en ellas presidiarios, estafadores, tahures, ladrones y asesinos.

Se comete un crimen: la policía hecha, por decirlo asi, sus redes en estos cenagales, donde casi siempre pesca á los culpables.

Este preludeo manifiesta desde luego al lector que vá á presenciar escenas siniestras; si es de su agrado, podrá penetrar por regiones espantosas, horribles y desconocidas; tipos féos, horrendos y de espanto hormiguearán en estas cloacas impuras como los reptiles en un estanque de corrompidas aguas.

Muchos habran leído los admirables rasgos de Cooper, el Walter Scottamericano, con que nos ha hecho ver las feroces costumbres de los salvages, con language pintoresco y poético, y los mil ardides de que se valen para huir, ó perseguir á sus enemigos. Con razon se ha temido, por la suerte de los colonos y habitantes de las ciudades, al considerar que se hallan tan cerca de ellos esas tribus barbaras y salvages, cuyas costumbres feroces y sanguinarias son tan opuestas á la civilizacion y que no puede menos de rechazar con la mayor indignacion.

(1) Ogre y Ogrese es un ente ideal, que se pinta á los niños muy horroroso para asustarles, diciendoles que se los somen vivos.

Es nuestro intento poner á la vista del lector algunos episodios de la vida de otros barbaros tan lejos de la civilizacion como las tribus salvages, que tan al vivo pintó Cooper, con la diferencia que los bárbaros de que hablamos, habitan entre nosotros, y podemos estar, como se suele decir, codo con codo con ellos. Si nos aventuramos á penetrar en las cavernas, donde viven, donde se juntan para concertar el asesinato y el robo y repartirse los frutos de sus violentas depredaciones.

Estos hombres, así como los salvages, se conocen y nombran entre sí por apodos debidos á su energia, á su crueldad, ó á alguna ventaja ó deformidad física: tienen costumbres propias, mugeres segun ellos, y un language particular, misterioso y lleno de imágenes funestas y de metáforas sangrientas.

Entramos con desconfianza en algunas escenas de esta relacion. Tememos en primer lugar se nos acuse de buscar digresiones asquerosas, y aun, supuesta esta licencia, tememos tambien se nos achaque el que no hayamos llenado el deber que impone la reproduccion exacta, vigorosa y atrevida de esas costumbres escéntricas.

Al escribir estos pasages, que casi nos han horrorizado, no hemos podido evitar una especie de angustia, y reusamos decir de dolorosa ansiedad, temerosos de que se nos ponga en ridículo.

Al considerar que nuestros lectores experi-

mentarían la misma sensacion, nos hemos consultado, si debiamos detenernos, ó seguir el camino comenzado, y si semejantes cuadros debian ser puestos á su vista: el resultado de esta nuestra consulta ha sido quedarnos en la misma duda, y si no fuese por la imperiosa exigencia de la narracion, sentiriamos haber colocado en tan horrible lugar la exposicion de los hechos que vamos á principiar. Sin embargo contamos en algun modo, aunque con recelo, con la curiosidad, que escitan algunas veces los espectáculos terribles: confiamos ademas en la fuerza de los contrastes.

Bajo el punto de vista artístico, es acaso bueno reproducir ciertos caracteres, ciertas existencias y figuras, cuyos sombríos colores, enérgicos y aun quizás fieros para que sirvan de descanso, y al mismo tiempo de oposicion, ó contraste á escenas de distinto género.

Asi pues, prevenido el lector de las escursiones que le proponemos para que conozca á esa raza infernal, que puebla las cárceles y los presidios, y cuya sangre enrogece los patibulos, no se negará á seguirnos. Esta investigacion será nueva para él, mas apresurémonos á advertirle que, si bien al presente pisa el último tramo de la escala social, á medida que la relacion vaya en aumento, irá viendo que más y más se despeja la atmósfera.

Era el 13 de Diciembre de 1838, su noche lluviosa y fria, cuando un hombre de estatura atlética, vestido con una mala blusa atravesó el

puente *au change* y se metió en la Cité, Dedalo de calles oscuras, estrechas y tortuosas, que se extiende desde el Palacio de justicia hasta la Iglesia de Nuestra Señora.

Este distrito muy reducido y vigilado por la policía, es sin embargo el asilo, ó el punto de reunion de los malhechores de Paris. ¿No es admirable, ó por mejor decir *fatal* que una irresistible atraccion haga gravitar estos criminales en rededor del formidable tribunal, que los condena á prision, á presidio y á la muerte?

Aquella noche el viento soplaba furiosamente en las infinitas callejuelas de este espantoso barrio, y el resplandor pálido, y vacilante de los reberberos, agitado por el cierzo se reflejaba en el arroyuelo de una agua negruzca, que corria por medio del fangoso empedrado. Las casas de color del lodo tenian alguna que otra ventana con bastidores podridos, y casi sin cristales: negros é insectos pasadizos conducian á escaleras mas negras, mas infectas todavía, y tan perpendiculares que á fuerza de mucho trabajo se podia dificilmente subir por ellas, ni aun valiéndose de una cuerda de pozo, fijada en la pared, por medio de graponos de hierro. Los cuartos bajos de algunas de estas casas los ocupaban carboneros, tripicalleros, ó revendedores de carnes mal sanas.

A pesar de la poca valia de estos artículos, la delantera de casi todas estas miserables tiendas estaba fortalecida con rejas de hierro; tal

es el temor que los revendedores tienen á los atrevidos ladrones de este cuartel.

El hombre de quien hablamos, al entrar en la calle de las Feves, (1) situada en el centro de la Cité, acortó mucho el paso como quien se hallaba en su centro.

Era muy obscura la noche, llovian torrentes de agua, y fuertes ráfagas de viento y de lluvia azotaban las paredes.

Se oían á lo lejos las diez del reloj del Palacio de justicia; y algunas mugeres perdidas ocultas bajo oscuros soportales abovedados y hondos como cavernas, entonaban á media voz canciones populares.

Una de estas era sin duda conocida del hombre que hablamos, pues que parándose bruscamente ante ella la cogió por el brazo. La infeliz retrocedió, diciendo con voz tímida.

Buenas noches, Chourineur. (2)

Este era un presidiario cumplido, á quien bautizaron con este mote sus compañeros de presidio.

¡Ah! eres tu la Goualeuse (3) dijo el hombre de la blusa, tu me vas á convidar al aguardiente, ó si no te hago bailar sin música.

(1) Hab 23.

(2) Chourineur, en calo francés, significa acuehilla-dor, nombre que le dieron sus compañeros por su furor en dar cuchilladas.

(3) Goualeuse significa en su lenguaje de caló, la cantora, cuyo nombre la fué dado por su afición á cantar, y ya desde ahora será conocida con el nombre de cantora.

—No tengo un cuarto, dijo la muger temblando, porque este sugeto tenia atemorizado á todo el barrio.

—Si tu bolsa está vacía, la de la tasquera te fiará por tu buena cara.

—Dios mio! si há dos meses que la debo el alquiler del vestido que llevo.....

—Ola! replicas? gritó el Chourineur, y en la oscuridad, y sin saber donde, descargó sobre ella tan fuerte golpe que la infeliz lanzó un grito penetrante de dolor.

—Esto es nada, hija mia! es para prevenirte que....

No bien profirió estas palabras, cuando á voces prorumpió en un horrible juramento.—Me han pinchado por la espalda, y tu has sido quien me ha herido con tus tigas!

Y como un furioso corrió en persecucion de la cantora por el pasadizo negro.

—No te acerques, ó te sacó los ojos con mis tigas, dijo esta con resolucion; yo nada te habia hecho, porque pues me has pegado?

—Voy á decirtelo, contestó el bandido adelantándose siempre hacia dentro, ola! te atrapé y vas á bailar! añadió cogiendo entre sus manos grandes y fuertes una fina y delicada.

—Tu eres el que vas á bailar dijo una voz varonil.

¡Un hombre! eres tu Bras-Rouge? (1) respon-

(1) Curiosos nombres que dan á los jueces

de y no apretes tanto..... acabo de entrar en el portal de tu casa... y tu seras acaso.

—No es Bras-Rouge, dijo la voz.

Bueno: puesto que no es un amigo..... se derramará sangre, exclamó el Chourineur, pero de quien es esta manecita que tengo?

—La hermana de esta otra. Bajo el cutis fino y delicado de esta mano que tan bruscamente le cogió por la garganta, sintió Chourineur temblarse unos nervios y músculos de acero.

La cantora refugiada en un rincon del pasadizo habia saltado muy lista algunos escalones; se detuvo un momento, y empezó á gritar dirigiéndose á su desconocido defensor.

—Oh! gracias, Señor, porque me habeis defendido. El Chourineur me ha pegado porque no queria pagarle el aguardiente; ya estoy bien vengada...pero no he podido hacerle mucho daño con mis tigeritas. Ahora ya estoy en seguridad; dejele usted, y guardese que es el Chourineur.

El temor que inspiraba este hombre era muy grande.

—Pero no me oye usted?... le digo que es Chourineur! repitió la cantora.

—Y yo soy un..... uno que no conoce el miedo dijo el desconocido.

Luego todo quedó en silencio, oyéndose tan solo por algunos segundos el ruido de una lucha encarnizada.

Con que quieres que te degüelle? dijo el ban-

dido, haciendo un esfuerzo violento para desembarazarse de su adversario en quien encontraba una fuerza extraordinaria. Bueno, bueno, tu la vas á pagar por la cantora y por ti, añadió rechinando los dientes

—¡Pagar: en buena moneda... en puñetazos, contestó el desconocido.

—Si no aflojas la corbata, te como las narices, murmuró Chourineur con voz apagada.

—Las tengo muy pequeñas, camarada, y tu la vista un poco turbia.

—Entonces vamos á la luz del farol.

—Vamos, contestó el desconocido, allí nos veremos las caras, y lanzándose sobre Chourineur, á quien tenia aun agarrado por el cuello, le hizo retroceder hasta la puerta del pasadizo y lo echó violentamente á la calle, alumbrada apenas con la luz del reberbero: El bandido tropezó, pero sobreponiéndose al instante, se tiró furioso al desconocido, cuyo talle muy alto y esbelto no anunciaba tanta fuerza como acababa de desplegar. Chourineur no obstante ser de una constitucion atletica y uno de los primeros en habilidad de batirse á trompazos, halló en el desconocido, como suele decirse vulgarmente, la horma de su zapato. Este le puso la pierna encima con tal destreza, y tan ligero que le echó por dos veces al suelo. Aun asi, no queriendo Chourineur reconocer la superioridad de su adversario, volvió á la carga, echando espumarajos de cólera: el defensor de al

cantora, cambiando repentinamente de método, sacudió tantos golpes al bandido en la cabeza, y tan rudamente dados que mas bien parecian de una manopla que de mano de hombre. Estos golpes, dignos de ser envidiados por el mismo Jack Turnez, famoso trompista inglés, estaban tan fuera de las reglas de esta clase de lucha que Chourineur quedó aturdido, y cayó por tercera vez en tierra, diciendo entre dientes, me doy por vencido; basta...

—Si desiste, no le hagais mas daño, tened piedad, Señor! dijo la cantora, quien durante la lucha, se atrevió á llegar hasta el umbral de la puerta de la casa de Bras-Rouge, y luego añadió con admiracion, pero quien es usted? Desde la calle de san Eloy hasta nuestra señora, nadie hay, sino el maestro de escuela, capaz de vencer á Chourineur: doy á usted las gracias, caballero, miserable de mi! sin usted me hubiera muerto.

El desconocido en vez de responder á esta muger, la escuchaba con mucha atencion; jamás habia llegado á sus oidos una voz tan dulce, suave y clara: trató de distinguir sus facciones, pero no pudo en razon de ser la noche muy obscura, y la luz que despedia el reberbero, en extremo débil.

Despues de haber estado Chourineur por algun tiempo sin movimiento meneó las piernas, los brazos y al fin se levantó.

Guardese usted, señor! dijo la cantora, cor-

riendo de nuevo hacia el pasadizo, y agarrando el brazo de su protector en aptitud de quererle llevar, guardese usted! repitió, este querrá vengarse.

—Tranquilizate hija mia, si aun no ha quedado satisfecho, todavia le puedo servir en algo.

—Chourineur oyó estas últimas palabras, y amostazado le dijo: basta; por hoy estoy bien aporreado; no quiero comer mas; otro día si nos encontramos, no te digo que no.

Que! no estás contento? te quejas? gritó el desconocido con tono amenazador: he obrado á caso como un traidor?

—No! no me quejo:: eres un buen mozo de gran valor, dijo Chourineur con aspereza, mas con aquella consideración respetuosa con que esta clase de gentes trata á los que reconoce superiores en fuerzas físicas. Me has sacudido el polvo y fuera del maestro de escuela que se tiraria por almuerzo tres Alcides, nadie hasta ahora puede vanagloriarse de haberme puesto el pie encima.

—Y bien; y que?.....

—Nada.. he hallado mi maestro, y nada mas: tu encontrarás mañana ú otro dia el tuyo, y mas tarde ó mas temprano cada uno topa el suyo..... y cuando no, hay un Dios como dicen los curas. Lo cierto es que ahora que has vencido á Chourineur, puedes hacer cuanto quieras en la Cité:: Todas las muchachas serán tus esclavas; y los taberneros y taberneras te darán al

fiado cuanto se te antojare. Pero dime ¿quien eres tu?... Hablas el caló como mis compadres; Si eres ladron, no soy de los tuyos; he dado: en verdad, muchas puñaladas, porque cuando, se me sube la sangre á la cabeza, no veo nada.... y entonces.... entonces soy una fiera, pero las he pagado muy bien, quince años me ha costado de presidio, cumplí mi condena y nada debo á los curiosos (1): Nunca he robado, preguntasele á la cantora.

—Es verdad, dijo esta, no es ladron.

—Pues entonces ven á beber un vaso de aguardiente, y sabrás quien soy, dijo el desconocido, vamos.... pero sin rencor.

—Te portas bien.... eres mi maestro, lo reconozco, sabes sacudir buenos porrazos.... pero sobre todo al último la granizada que ha caido sobre mi no ha sido corta. ¡Caramba! como llovian sobre mi cabeza! En mi vida he visto una cosa igual.... y eran festonados.... parecian golpes de martillo de herrero! Es un juego nuevo para mi.... me lo has de enseñar....

—Cuando quieras volveré á empezar.

Pero no sobre mi cabeza, no conmigo! todavía estoy atolondrado.... Pero tu debes conocer á Bras-Rouge, puesto que estabas en el pasadizo de su habitacion?

—Bras-Rouge! dijo el desconocido, lleno de sorpresa con esta pregunta, no sé de quien ha-

(1) Curiosos: nombre que dan á los jneces.

blas; no hay otro que Bras-Rouge, que habite esta casa?

—Si, es verdad..... Bras-Rouge tiene sus motivos para no querer á sus vecinos, dijo Chou-rineur con una sonrisa sardónica.

—Y que? buen provecho le haga, contestó el desconocido á quien pareció no agradar que siguiese esta conversacion: tanto conozco á Bras-Rouge como á Bras-Noir: (1) llovía y entré un momento en este portal para ponerme al abrigo del agua; tu quisiste pegar á esta pobre muchacha, yo te he sacudido..... y nada mas.

—Justamente: ademas que no me importan tus cosas: todos los que necesitan de Bras-Rouge, no van á publicarlo: no hablemos mas del asunto; y dirigiéndose á la cantora la dijo, á fé de hombre que eres buena muchacha, te di un bofetón, y en desquite me pinchaste con tus tijeras, esto fué un juego: pero lo que siempre alabaré en ti es que no hayas azuzado á ese demonio contra mí..... cuando yo no quería continuar..... tu beberás con nosotros, el señor es el que paga: á propósito, mi valiente, dijo al desconocido, en lugar de ir á beber aguardiente ¿no seria mejor que fuésemos á cenar á la taberna del conejo blanco? es buena tasca.

—Toca..... yo pago la cena: quieres venir cantora? dijo el desconocido.

—Oh! estaba muerta de hambre, respondió

(1) Bras-Bouge en frances significa brazo-rojo y bras-Noir brazo-negro.

esta, pero el haber visto reñir me ha quitado el apetito; nó tengo ganas.

—Ba! Ba! ya te vendrán comiendo, dijo Chourineur, y el bodegon del conejo blanco es muy bueno.

Dicho esto, las tres personas se dirigieron en la mejor armonia hacia la taberna.

Mientras la lucha de Chourineur y el desconocido, un carbonero de una estatura colosal, oculto en otro pasadizo habia observado con ansiedad las alternativas de la riña; sin tomar por eso, como se ha visto, partido por ninguno de los combatientes. Cuando Chourineur, el desconocido y la cantora se fueron á la taberna; el carbonero los siguió. El bandido y la cantora entraron los primeros en la tasquera; el desconocido los seguia, al tiempo que el carbonero se le acercó y le dijo muy bajo en ingles, y con tono de respetuosa reconvencion, Monseñor... mirad lo que haccis.

—El desconocido se encogió de hombros y se unió con sus compañeros. El carbonero no se alejó de la puerta de la taberna y con el oido atento y mirando de cuando en cuando por un pequeño vacio que presentaba el baño de tierra greda de que están interiormente embardunados los vidrios de estos figones.

H.

## LA TABERNA.

La taberna del conejo blanco está situada hacia medio de la calle de las Habas, y ocupa el piso bajo de una casa bastante alta cuya fachada se compone de dos ventanas hechas á manera de guillotina. Sobre la puerta de un oscuro pasadizo hay un farol cuadrado en cuyos vidrios se leen estas palabras escritas de encarnado *aqui se hospeda por la noche*. Chourineur, el desconocido y la cantora entraron en la taberna que era una gran sala, cuyo techo bajo, ahumado y ennegrecido, le atraviesan grandes vigas, y toda ella es alumbrada por un malísimo quinqué: en sus paredes blanqueadas con cal se ven pinturas groseras y sentencias propias del lenguaje de estas gentes: el suelo golpeado y removido está lleno de lodo: una porcion de paja esparcida al pie del mostrador, situado á la derecha de la puerta y debajo del quinqué sirve de alfombra á la tabernera. En cada lado de esta sala hay seis mesas que están aseguradas en la pared lo mismo que los banquillos que están á su lado. En el fondo hay una puerta que dá á la cocina, á la derecha y cerca del mostrador una salida por un corredor que conduce á los

cuchitriles donde se hospeda de noche por cinco cuartos.

Hablemos ahora un poco de la dueña y sus huéspedes. La tabernera se llama la madre Ponisa: su triple profesion consiste en hospedar de noche, tener el bodegon y alquilar vestidos á las personas miserables que pululan en estas calles inmundas. Tiene cuarenta años poco mas ó menos, es alta, robusta, corpulenta, de un color subido y algun tanto barbuda: voz ronca y hombruna, brazos gruesos y anchas manos denotan una fuerza nada comun: sobre la papalina ó gorro lleva un pañuelo viejo encarnado y amarillo: cruza su pecho un chal de pelo de conejo que se anuda por la espalda: su vestido de lanilla verde deja ver unos enormes zuecos abrasados muy amenudo por el braserillo que tiene á sus pies: finalmente, su rostro es acobrado y encendido por el abuso de licores espirituosos. El mostrador chapeado de plomo se ve lleno de grandes jarras ordinarias con aros de hierro, y medidas de estaño; y sobre un estante clavado en la pared se ven tambien algunas botellas ó frascos de vidrio que representan la efigie de Napoleon. Estas botellas contienen brevages de color de rosa y verde, conocidos por los nombres de *perfecto amor*, y *consuelo*: Finalmente un gatto gordo de ojos amarillos, hecho un ovillo á los pies de la tabernera parece el Diabolo familiar de esta casa.

Por un contraste, que seria imposible espli-

car, sino se supiese que el alma humana es un abismo impenetrable, una rama de box, bendita el domingo de Ramos, y comprada á la puerta de la Iglesia por la tabernera, estaba colocada detras de la caja de una antigua péndola.

Dos mal encarados, de barba erizada, vestidos casi de arapos, y que apenas habian probado el vino que se les sirvió, hablaban en voz baja y con turbacion. El uno de ellos, sobre todo, de un color pálido, ya casi livido se metia hasta los ojos un malísimo gorro griego, que cubria su cabeza, tenia su mano izquierda casi siempre oculta, y cuando se veia precisado á servirse de ella, lo hacia de modo que no se lo notasen.

Un poco mas allá un joven, como de unos diez y seis años, sin pelo de barba, macilento, ojos hundidos, color de plomo, y de un mirar apagado, typo del vicio precoz; se hallaba fumando en una pipa blanca y muy corta: apoyada su espalda en la pared, las manos metidas en los bolsillos de su blusa, extendido á lo largo del banco no dejaba su pipa sino para beber de un jarrito de aguardiente que tenia á su lado.

Los otros parroquianos de la taberna, hombres ó mugeres nada ofrecian de notable: sus caras eran feroces, ó embrutecidas, su alegría grosera ó licenciosa, y su silencio sombrío ó estúpido.

Tales eran los concurrentes de esta taberna

cuando entraron en ella el desconocido, Chourineur y la cantora.

Como estos tres personajes figuran tanto en esta relacion ó historia, es de la mayor importancia que sean caracterizados.

El Chourineur de alta estatura y constitucion atlética tiene el cabello rubio que casi raya en blanquezino, largas y pobladas cejas, y unas enormes patillas de un rojo subido. La intemperie, la miseria y penalidades que sufrió en el presidio broncearon su rostro, ya por naturaleza sombrío y aceitunado, propio, digámoslo así de los malhechores. Sin embargo de su terrible apodo sus facciones denotan mas bien una audacia brutal que no la ferocidad, aunque la protuberancia de la parte posterior del craneo manifiesta que predominan en él apetitos sangui-narios y sensuales. Su trage es una mala blusa azul, un pantalon de pana que primitivamente fué verde, cuyo color apenas se distingue por lo puerco y sucio que le tiene.

Por una anomalía singular las facciones de la cantora presentan un tipo angelical y cándido, que conserva el idealismo mas perfecto, aun en medio de la prostitucion, como para probar que es imposible á la criatura borrar con sus vicios el sello del criador que pusiera en la frente de seres privilegiados. Diez y seis años y medio tiene la cantora. Una frente pura y blanca corona su rostro perfectamente ovalado, sus ligeras y largas cejas, algun tanto rizadas,

cubren una buena parte de sus grandes ojos azules con sus finísimas pestañas, y el bozo de la primera juventud brillaba en sus redondas y sonrosadas mejillas. Su boquita purpurea, nariz fina; y derecha, y su barba con un gracioso hoyuelo formaban unas líneas suaves y adorables. De cada una de sus delicadas sienas descendiendo una hermosa madeja de cabellos de un rubio fino, que llegando hasta la mitad de la mejilla, vá subiendo por debajo de la oreja hasta perderse en los apretados pliegues de su gran manton de cotonía con cuadros azules, anudado como se suele decir, á la marmota. Rodea su garganta de marfil un collár de granates de coral. Su vestido de alepin obscuro, largo en extremo permitia conocer un talle fino, flexible y redondo como un junco; y cruzaba su pecho un chal de color anaranjado.

Su voz encantadora habia sido la admiracion de su desconocido defensor. En efecto, su voz dulce, penetrante y armoniosa atrahia irresistiblemente la turba de malvados, y corrompidas mugeres, entre quienes vivia esta joven, pidiéndola muchas veces que cantase, y escuchándola embelesados; por cuyo motivo la habian puesto la *Goualeuse*, que quiere decir la cantora. Habia recibido ademas otro sobrenombre, debido sin duda alguna á la candidez de sus facciones... la llamaban *Fior de Maria*, que en su lenguaje era lo mismo que virgen.

¿Podremos hacer que comprenda el lector

nuestra impresion, cuando en medio de ese infame language, cuyas palabras que significan el robo, la sangre y el asesinato, son mas horribles todavia que la cosa significada, hallamos esta metáfora de una poesia tan dulce y tan tiernamente piadosa, *Flor de Maria*?

¿No se pudiera decir lo que de un hermoso lirio, que en medio de los horrores y estragos de un campo de batalla levanta la fragante blancura su caliz immaculado?

Bizarro contraste, extraña casualidad! los inventores de este horrendo language se han elevado hasta una poesia santa! Han dado un mérito mas al casto pensamiento que quisieron expresar! Estas reflexiones nos conducen á creer, (sin olvidar otros contrastes que rompen á menudo la horrible monotonía de la existencia mas criminal) que ciertos principios de moral y de piedad, innatos, por decirlo asi, esparcen de vez en cuando vivos resplandores sobre las almas mas tenebrosas. Los completamente malvados son por dicha fenómenos muy raros.

El defensor de la cantora, que en adelante llamaremos Rodolfo, aparentaba tener unos treinta años á lo mas, y su estatura mediana, recta y muy bien proporcionada no parecia indicar la sorprendente fuerza que acababa de desplegar en su lucha con el atlético Chourineur. Dificil hubiera sido dar un carácter fijo á la fisonomia de Rodolfo, pues que reunia contrastes los mas estraños: sus facciones hermosas, á

caso demasiado hermosas para un hombre: su color pálido, delicado y fino, sus grandes ojos de un color negro anaranjado, casi siempre á medio cerrar, y orlados de una pequeña aureola azulada, su continente descuidado, su mirar distraido y su irónica sonrisa, indicaban un hombre estragado, cuya constitucion estaba, sino destruida, á lo menos debilitada por los excesos aristocráticos de una vida opulenta. Y sin embargo este hombre con su mano elegante, blanca y fina acababa de vencer á uno de los bandidos mas valientes y el mas temido de los de este barrio.

Decimos excesos aristocráticos, porque la embriaguez de vinos generosos es muy diversa de la que produce un ordinario brevaje adulterado; en una palabra, porque á los ojos del observador los excesos difieren en síntomas, como tambien en naturaleza y especie. Algunas arrugas de la frente de Rodolfo descubrian un pensador profundo, un hombre por esencia contemplativo... y con todo la firmeza de los perfiles de su boca, su continente algunas veces imperioso y atrevido descubrian entonces al hombre de accion, cuya fuerza y audacia ejercen siempre sobre la turba un poderoso é irresistible ascendiente.

En sus miradas se descubria á veces una triste melancolía, y en su semblante se veia retratada muy al vivo la conmisericion y cuanto tiene de mas tierno la piedad: otras veces por el

contrario su mirar era duro y amenazador: sus facciones demostraban tanto desprecio como crueldad de manera que parecia ser incapaz de sentir alguna dulce emocion.

En la continuacion de esta historia se irá manifestando el orden de hechos, ó de ideas que excitaban en él pasiones tan encontradas.

En la lucha con Chourineur no manifestó Rodolfo cólera ni odio contra este adversario indigno de él: confiado en su fuerza, destreza y agilidad miró con un desprecio burlon la clase de bruto que habia vencido. Y para concluir el retrato de Rodolfo diremos que sus cabellos eran de castaño claro, como tambien sus cejas noblemente arqueadas, su pequeño vigote fino y suave, y su barba, un poco sobresaliente, estaba afeitada con mucho esmero. Por lo demas los modales y el language que afectaba con una increíble facilidad le hacian muy semejante á los parroquianos de la taberna. Su cuello esbelto y tan perfectamente modelado como el de Baco el indiano, estaba rodeado de una corbata negra anudada con negligencia, cuyas puntas caian sobre el cuello de su blusa azul, de un color blanquizco de puro usada: En fin, sino por sus manos de una finura delicada, nada le distinguia materialmente de los huespedes de la *cortina franca*, al paso que su aire resuelto, y por decirlo asi, atrevidamente sereno hacia que mediase entre ellos y él una distancia muy grande.

Al entrar Chourineur en la tasquera poniendo una de sus grandes y velludas manos sobre el hombro de Rodolfo, exclamó—Salud al maestro de Chourineur!... Si, amigos míos, este mocito acaba de sacudirme bien el polvo..... aviso á los que gusten que les rebienten las tripas, ó les rompan la cabeza, sin esceptuar al maestro de escuela, quien por esta vez encuentra la horma de su zapato..... yo respondo de ello, yo... y apuesto contra el....

Al acabar estas palabras, todos, desde la tabernera hasta el último de los huéspedes de la Tasca, fijaron su vista en el vencedor de Chourineur con un tímido respeto. Unos apartaron sus vasos y jarros al extremo de la mesa que ocupaban apresurándose á hacer lugar á Rodolfo, en el caso que hubiese querido colocarse á su lado: otros se acercaron á Chourineur, pidiéndole en voz baja detalles sobre el desconocido que tan victoriosamente *entraba por primera vez en el mundo*. En fin la tabernera miró á Rodolfo con una agradable sonrisa, cosa inaudita, grandiosa y hasta fabulosa en los fastos *del conejo blanco*! se levantó de su asiento, y fué á tomar órdenes de Rodolfo para saber lo que habia de servir á los que le acompañaban: atencion que jamás mostró ni aun con el maestro de escuela, terrible facineroso que hacia temblar al mismo Chourineur.

Uno de los hombres mal encarados de que hemos hablado (el cual muy pálido, ocultaba su

mano izquierda, y á cada paso bajaba su gorro hasta los ojos) se inclinó hacia la tabernera, que limpiaba cuidadosamente la mesa de Rodolfo, y la dijo con voz ronca.

—Ha venido hoy el maestro de escuela?

—No, contestó la madre Ponisse.

—Y ayer?

—Ayer.....si.

—Con su nueva esposa?

—Hola! me tienes acaso por un polizon? vaya unas preguntas impertinentes. Crees que yo voy á denunciar mis parroquianos? dijo la tabernera con voz brutal.

—Tengo una cita esta noche con el maestro de escuela, repuso el bandido, tenemos ciertos asuntos entre los dos.

—Ah!si! Buenos asuntos serán ellos, asesinos!

—Asesinos! repitió furioso el ladron; ¿quien te sostiene sino nosotros?

—Eh! mira, dejame en mis quehaceres! gritó la bodegonera con tono amenazador, levantando un jarro que tenia en la mano en ademán de darle con él en la cabeza. El jóven se volvió á su puesto refunfuñando.

Flor de Maria, al entrar con Chourineur en la Tasca, hizo un saludo amistoso al jóven de rostro escualido, á quien dirigiéndose Chourineur, le dijo: Ola! barbilampiño! siempre bebiendo aguardiente!

—Siempre!..... mas quiero estar sin comer

todo el día, y andar descalzo de pie y pierna que privarme de tragar aguardiente, y que me falte tabaco en la pipa, repuso el jóven con voz quebrada, y sin cambiar de posicion, echando enormes bocanadas de humo sobre el interrogante.

—Buenas noches, madre Ponisse, dijo la cantora.

—Muy buenas, Flor de Maria, contestó la tabernera, acercándose á la jóven á inspeccionar los vestidos que habia alquilado á esta infeliz. Despues de este exámen, la dijo con aire de satisfaccion, pero espresada con tono regañon; es un gusto alquilarte vestidos..... eres tan aseada... verdad es que no hubiera dado ese hermoso chal de naranja á bribonas, como la *tornera* ó la *cabeza de muerto*; pero no lo es menos que te he educado desde que saliste de la cárcel..... y dando á cada uno lo que es suyo, debo decir que no hay en toda la Cité mejor rapáza que tu.

La cantora bajó la cabeza, y pareció gustarla este incienso.

—Ola madre! teneis un ramo de box bendito en la rinconera! dijo Rodolfo, señalando el que estaba detras de un descompuesto y viejo relox.

—Y qué? hemos de vivir como gentiles? respondió con la mayor sencillez aquella horrible muger: y dirigiéndose á la cantora, la dijo.

—No nos entonarás alguna cancion, Flor de Maria?

—En cenando, madre Ponisse, dijo Chourineur.

—Que gusta usted que le sirva mi valiente? dijo á Rodolfo la tabernera, cuya amistad quería captarse, y aun en caso necesario comprar á toda costa su apoyo.

—Pregunteselo usted á Chourineur, él convida; yó pago.

—Bien, dijo la tabernera, y volviéndose al bandido ¿que quieres de cenar, bribon?....

—Cuatro chuletas grandes de ternera de á veinte y cuatro cuartos, un arlequin, (1) tres libretas de pan bien tierno, y cuatro cuartillos de vino de lo neto.

—Ya veo que siempre eres un tragon, y que te gustan los arlequines.

—Y ahora cantora, dijo Chourineur, ¿no tienes hambre?

—Oh! no!..... se me pasó.

—Pero ahí tienes á mi maestro..... muchacha dijo Chourineur, riéndose á carcajadas, y señalando con la vista á Rodolfo: no te atreves á guiñarle?. La cantora se avergonzó y bajó los ojos sin responder.

Al cabo de algunos instantes la misma bodega vino á colocar en la mesa de Rodolfo un jarro de vino, pan y el arlequin, cuya descripción omitimos, pero que Chourineur le halló muy de su gusto, puesto que gritó: Santo Dios! que plato! Dios de los Dioses! que plato! si me

1 Arlequin es un conjunto de carnes, pescados ó toda clase de viandas, restos de la mesa de las casas de los poderosos.

parece un *Omnibus*..... aqui hay para todos los gustos del mundo, para los que comen de viernes, y para los que comen de carne, para los que gustan del dulce y los que quieren picante! fragmentos de aves, colas de pescados, huesos de chuletas, pasta de empanadas, fritos, queso, legumbres, cabezas de perdiz, bizcochos y ensalada!.... Pero come, cantora!..... está muy bueno! acaso has estado de convite hoy en otra parte?

—¡De convite! Ah si! Esta mañana tomé según costumbre, dos cuartos de leche, y otros dos de pan....

La entrada en la taberna de un nuevo personaje interrumpió todas las conversaciones, é hizo que todos levantasen sus cabezas.

Era un hombre de mediana edad, viveza y robustez, vestido de chaqueta y gorro al uso de los bandidos, perfectamente enterado en sus usos y costumbres, y con el lenguaje que es peculiar de estas gentes pidió de cenar. Aunque no éra del número de los parroquianos del conejo blanco, bien pronto dejaron de ocuparse de él, fué conocido y le juzgaron: los bandidos, así como los hombres de bien, tienen mucha perspicacia en conocerse á primera vista.

El recién llegado tomó su asiento, y se colocó de modo que pudiese observar á los dos mal encarados, de los cuales uno habia preguntado por el maestro de escuela: no los perdía de vista, mas por la posición que aquellos ocupaban,

no podían ver que eran objeto de su vigilancia. Interrumpidas, como queda dicho, las conversaciones por algunos momentos, volvieron á tomar su rumbo.

Chourineur, á pesar de su audacia, manifestaba cierta deferencia á Rodolfo; no se atrevía á tutearle. A este hombre no le causaba respeto la ley, pero la fuerza si....

—A fe de hombre, dijo á Rodolfo, que aunque se me haya hecho bailar sin son me alegro de haber encontrado á usted....

—Si, porque te gusta el arlequin.....

—Es verdad.... pero tambien porque deseo ver á usted como se rompe el alma con el maestro de escuela; el que siempre me ha sacudido.... Verle á su vez que le sacuden.... tendré el mayor gusto en ello....

—Ola! crees que por darte gusto voy á saltar como una pelota sobre el maestro de escuela?

—No: pero él será quien salte sobre usted, luego que oiga ser usted mas fuerte que él, contestó Chourineur, frotándose las manos.

—Tengo bastante dinero para pagarle! dijo con desprecio Rodolfo, y luego añadió: Diablos! que tiempo tan condenado de frio! si pidieramos un jarro de aguardiente con azucar, esto animaría á la cantora para que entonase alguna canción.

—Bravo! dijo Chourineur.

—Y para conocernos, nos diremos quien somos añadió Rodolfo.

—Me llaman Albinos, por apodo Chourineur, presidario cumplido, descargador de leña en el muelle de S. Pablo, helado en invierno, y asado en el verano, este es mi carácter, dijo el convidado de Rodolfo, haciéndole un saludo militar con la mano izquierda. Y usted, camarada? es la primera vez que se le vé en la Cité?.... No es para echarse en cara, pero ha entrado como un perro rabioso, á tambor batiente sobre mi cabeza. En el nombre del Diablo que puñetazos! sobre todo los últimos, jamás los podré olvidar, que finos eran! pero usted no tiene otro oficio mas que sacudir á Chourineur?

—Soy pintor de abanicos, y me llamo Rodolfo.

—Pintor de abanicos!.... por eso tiene usted las manos tan blancas, dijo Chourineur: corriente, si todos sus camaradas son como usted, ya veo que se necesita mucha fuerza para egercer ese oficio.... y ya que es usted un artesano, y sin duda honrado.... como es que viene á esta zahurda donde se reunen ladrones, asesinos, ó presidarios cumplidos, como yo, que no pueden ir á otro lado?

—Vengo aqui, porque me gusta la buena sociedad.

—Ya, ya!.... dijo el bandido meneando la cabeza con aire de duda: he hallado á usted en el pasadizo de la habitacion de Bras-rouge, en fin.... basta.... usted dice no conocerle?

—Vuelves otra vez á fastidiarme con tu Bras

—rouge? llevele el Diablo, si tiene gusto en ello.

—Oiga usted, mi maestro, usted desconfía de mi, y no se equivoca.... pero si gusta, le contaré mi historia..... mas con la condicion que me ha de enseñar usted á dar aquellos puñetazos, que me dió al fin y postre de la fiesta.... con esta condicion.....

—Acordado Chourineur, tu me contarás tu historia, y la cantora dirá tambien la suya.

—Muy bien, contestó Chourineur, al cabo hace un tiempo que ni aun los polizones pueden parar en la calle..... esto nos tendrá divertidos..... quieres tu cantora?

—Bien, pero mi historia es muy corta, dijo Flor de Maria.

—Y usted nos dirá la suya camarada Rodolfo? añadió Chourineur.

—Sí, yo principiaré.

—¡ Pintor de abanicos! dijo la cantora, es un oficio muy bonito.

—Y cuanto gana usted por reventarse en ese trabajo? dijo Chourineur.

—Trabajo por mi cuenta, contestó Rodolfo. unos dias salgo á cuatro francos, otros á cinco, pero esto en verano que son los dias mas largos.

—Y corre usted muy á menudo las calles, holgazan?

—Si, mientras tengo dinero! y mis gastos por de pronto son seis sueldos por la cama.

—Perdone usted Monseñor.... usted paga seis sueldos? usted?.... dijo Chourineur, llevando su

mano á la cabeza en señal de respeto.

Esta palabra, Monseñor, dicha irónicamente por Chourineur, hizo sonreír imperceptiblemente á Rodolfo quien continuó: oh! me gusta mi comodidad y la limpieza.

—Esto es ser un par de Francia! un banquero! un rico! gritó Chourineur, se acuesta por seis!

—Con esto, volvió á decir Rodolfo, cuatro sueldos para tabaco hacen diez; cuatro para almorzar, catorce, quince para la comida, uno ó dos de aguardiente, hacen treinta sueldos poco mas ó menos por día: no tengo necesidad de trabajar toda la semana, lo demas del tiempo le paseso en francachelas.

—Y la familia de usted? dijo la cantora.

—El cólera se la comió, contestó Rodolfo.

—Qué oficio tenían los padres de usted? preguntó la cantora.

—Ropavejeros en los soportales de los mercados, comerciantes de trapos viejos.

—Y por cuanto vendió usted su capital? dijo Chourineur.

—Era muy joven: mi tutor fué quien lo vendió: cuando fui mayor de edad le volví treinta francos..... esta fué mi herencia.

—Y el fabricante, su maestro ¿cómo se llama? preguntó Chourineur.

—Mi mono? (1) Se llama Borel, vive calle de

(1) Así llaman al maestro en su language.

Bourdounais: es una bestia brutal, ladron, aváro: prefiere que le saquen los ojos á pagar á sus oficiales. Estas son sus señas, y si se perdiese, no hay que llevarle á su fábrica: estube de aprendiz en su casa desde la edad de quince años: saqué un buen número en la quinta, vivo calle de la Juderia y me llamo Rodolfo Durand..... esta es mi historia.

—Ahora te toca á tí, cantora, dijo Chourineur, yo guardo la mia para lo último porque es lo mas agradable.

## III.

## HISTORIA DE LA CANTORA.

Entremos ahora por el principio, dijo Chourineur.

—Si..... tus padres? repitió Rodolfo.

—No los conozco, dijo Flor de Maria.

—Ah! no puede ser, dijo Chourineur.

—Ni los he visto ni conocido, fui encontrada en una escudilla, como dicen á los niños.

—Toma; es singular! somos de una misma familia, cantora.....

—Tu tambien, Chourineur?

—Soy huérfano de Paris como tú hija mia.

—Y quien te ha educado, cantora? preguntó Rodolfo.

—No lo sé..... de lo que me acuerdo, si, que tenia siete años cuando estaba con una vieja tuerta que llamaban la Mochuela..... porque tenia una nariz retorcida, un ojo verde enteramente redondo y que se parecia á un mochuelo que tuviese el ojo hecho una tortilla, como vulgarmente se dice.

—Ah!..... ah!..... ah!..... me parece que veo á

la Mochuela, gritó Chourineur, riendo á carcajadas.

—La tuerta me obligaba, volvió á decir Flor de Maria, á vender por la noche azucar de cebada en el puente nuevo, que es lo mismo que pedir limosna..... cuando no llevaba á lo menos diez sueldos al retirarme á casa, la Mochuela me pegaba en lugar de darme de cenar.

—Lo entiendo hija mia, un puntapie en lugar de pan y algunos bofetones por encima.

—Ay Dios mio! así es la verdad!.....

—Y estás segura que esta muger no era tu madre? preguntó Rodolfo.

—Si que lo estoy, pues muchas veces me echó en cara que no tenia padre ni madre y que me habia recogido de las calles.

—Con qué tenias por guisado un baile sin música cuando no recogias diez sueldos?

—Y ademas un vaso de agua, é iba á tiritar de frio toña la noche en un mal jergon de paja, tendido en el suelo, y en el que habia un agujero para que me metiese en él..... ¡Pues bien! se cree que la paja calienta, y no es así.

—La paja! gritó Chourineur, tienes razon, hija mia, es un verdadero yelo; mas vale estar en un estercolero! pero á todo se acostumbra uno, y como se dice, es una canalla esta gente..... ya esto pasó.

Esta chuscada hizo sonreir á Flor de Maria que continuó; la tuerta me daba por la mañana la misma racion para almorzar que para cenar

é iba á Montfancon á buscar gusanos para cebo de pescar, porque por el dia tenia la Mochuela un puesto de cañas para el mismo objeto bajo el puente de nuestra Señora (1); para una niña de siete años, muerta de hambre y de frio está bien lejos desde la Mortellerie á Montfancon. (2.)

—El ejercicio te ha hecho derecha como una caña, no debes quejarte de esto, hija mia, dijo Chourineur, sacando fuegos con el eslabon para encender su pipa.

—En fin volvía reventada con un canastillo lleno de gusanos: al medio dia me daba la Mochuela un gran pedazo de pan y te aseguro que no dejaba ni aun una miga.

—El no comer ha hecho que tengas el talle fino y recto como un uso, hija mia, y tampoco tienes motivo para quejarte, dijo Chourineur, aspirando con mucho ruido algunas pipadas: pero que es lo que tiene usted camarada?..... no: quiero decir, maestro Rodolfo? Está usted como pensativo..... ¿es porque esta joven ha sufrido trabajos? toma!..... entónces..... todos los hemos tenido y grandes.

—Oh! te apuesto á que no has sido tan desgraciado como yo? Chourineur, dijo Flor de Maria.

—Yo! cantora..... figurate, hija mia, que tu estabas como una reina en comparacion mia! á lo menos cuando eras pequeña te acostabas en

(1) Desde el puente de nuestra Señora á Montfancon hay cerca de dos leguas.

(2) La misma distancia.

la paja y comias pan!,.... pero yo! yo pasaba las noches en las yeserías de Clichy, como un vagamundo, y toda mi comida eran hojas de berza, que recogía por las calles; y lo mas comun era que como habia mucha distancia á las yeserías de Clichy y el hambre no me dejaba andar, me acostaba sobre las piedras del Louvre (1).... y en el invierno tenia sábanas..... cuando nevaba.

—Toma! un hombre es mucho mas fuerte, pero una chiquilla! dijo Flor de María, y con todo estaba gorda como un capon.

—Tu te acuerdas bien de todo?

—Ya lo creo: cuando la mochueta me pegaba caña siempre al primer trompazo, entonces se ponía á bailar sobre mí gritando: «*esta miserable pordiosera no tiene dos adarmes de fuerza, no puede sufrir dos bofetones*» y luego me llamaba la Pedrota, no he tenido otro nombre, asi me bautizó.

—Lo mismo que yo, he tenido el bautismo de los perros perdidos» aventurero *fortuna*..... ó Albinos:.... es admirable!: como nos parecemos, dijo Chourineur.

—Es verdad, dijo Flor de María, que se dirigia casi siempre á este hombre; sintiendo á pesar suyo cierta vergüenza en presencia de Rodolfo, apenas se atrevía á levantar los ojos sin embargo que parecía pertenecer á la clase de gentes con quienes ella vivia comunmente.

(1) Palacio que está cerca de las Tullerías.

—Y despues de traer los gusanos para la Mochuela, ¿que hacias? preguntó Chourineur.

—La tuerta me mandaba à pedir limosna à vista suya; porque por la tarde iba al puente nuevo à freir y vender patatas y peces. Caramba! todavia en esta hora estaba bien lejos mi pedazo de pan, pero si por desgracia la pedia de comer, me pegaba diciendo «*junta los diez sueldos de limosna y tendrás para cenar*». Entonces como tenia hambre, y que me hacia daño, lloraba à todo llorar. La tuerta me colocaba en el cuello el cestillo de azúcar de cebada y me ponía en el puente nuevo. Como sollozaba y temblaba de frio y hambre.....

—Como yo, hija mía, dijo Chourineur interrumpiendo à la cantora, no se creerá... pero es cierto que el hambre hace temblar tanto como el frio.

—En fin estaba en el puente nuevo hasta las once de la noche con mi tienda de azúcar de cebada al cuello y llorando à lágrima viva: de verme así.... muchos de los que pasaban se enternecían y algunas veces me daban hasta diez y aun quince sueldos, que entregaba à la mochuela.

—Grande noche para una alondra.

—Viendo esto la tuerta....

—Con un ojo, dijo Chourineur, riendo.

—Con un ojo, si tu quieres, puesto que no tenia mas que uno, viendo esto la tuerta, toma la costumbre de pegarme siempre antes de ponerme de faccion en el puente nuevo con el ob-

jeto de que llorase delante de los que pasaban y aumentar de este modo la limosna.

—No era tonta!

—Sí: lo crees tu Chourineur? pues bien; me hice á los golpes: veía que la mochuela rabiaba cuando no lloraba, entonces por vengarme de ella, cuanto mas daño me hacía, tanto mas reía y por las noches en lugar de sollozar, vendiendo mi azúcar de cebada, cantaba como una calandria, á pesar de que no tenía ganas.... de cantar.

—Dime.... el azúcar de cebada no te tentaba los deseos de probarla, mi pobre cantora?

—Sí por cierto, Chourineur! nunca la habia probado, era mi única ambicion.... y esta es la que me ha perdido: vas á ver como. Un dia, volviendo de mis gusanos, unos muchachuelos me pegaron y quitáronme el cestillo: entro en casa donde sabía lo que me esperaba, recibo mi paga y nada de pan: á la noche, antes de ir al puente, la tuerta, furiosa de que la vispera no me habia estrenado, en lugar de darme golpes segun costumbre, para hacerme llorar, me martirizó, haciéndome derramar sangre, arrancándome los cabellos de las sienes que es la parte mas sensible.

—Por vida de!..... esto es ya demasiado! gritó el bandido, dando un terrible golpe en la mesa y arqueando las cejas: pegar á una niña pase... pero martirizarla..... no se puede sufrir..

Rodolfo habia escuchado atentamente la relacion de Flor de Maria; miró á Chourineur

con admiracion: esta ráfaga de sensibilidad en el bandido le sorprendió: y le dijo ¿ que tienes Chourineur?

—Que! que tengo! que que tengo? como!... esto no le hace á usted nada? Este monstruo de Mochuela que martiriza á una criatura! usted es tan duro como sus puños!

—Continúa, hija mia, dijo Rodolfo, á Flor de María sin responder á la interpelacion de Chourineur.

—Decía qué la mochuela me martirizaba para hacerme llorar: yo me aferro en que no, para hacerle rabiarse, me pongo á reír y me voy al puente con mi azúcar de cebada: allí en lugar de llorar, cantaba con mas brio y con todo eso tenía un hambre!... un hambre tan grande!... hacía seis meses que llevaba el azúcar de cebada y no habia probado ni uno.....(1) En esta noche no me pude contener..... tanto por el hambre que tenía, como por hacerle rabiarse á la mochuela, y tomé uno y lo comí.

—Brabo, hija mia!

—Como dos.

—Brabo! viva la carta! (2)

—Me gustaron: pero he aquí que una naranjera se pone á gritar á la puerta.

—Mira mochuela..... Pedrota come tus dulces!....

(1) Son una especie de caramelos de muy mal color y de un dulce nada agradable.

(2) Es el Código fundamental de los Franceses.

—Diablo! que tempestad va á moverse, dijo Chourineur, interesado en extremo en esta escena: pobre ratita! que temblor tendrías cuando la mochuela se apercibió de esto, eh!

—Como saliste del paso, mi pobre cantora? dijo Rodolfo, tan interesado como Chourineur.

—Ah caramba! fué duro, pero hubo una cosa muy singular, añadió Flor de María, y es que la tuerta rabiando de ver que me comía sus dulces de cebada, no podía abandonar su sarten, porque el frito se quemaría.

—Ah.... Ah.... Ah..... es verdad: he aquí una posicion difícil! gritó Chourineur, riendo á carcajadas.

Despues de haber participado Flor de María de la misma impresion que Chourineur, continuó.

—Por mi fé! cuando pensé en los golpes que me esperaban me dije: lo mismo he de ser castigada por tres que por uno: tomo pues el tercero y antes de comerlo, como la mochuela me amenazaba con su grande trinchante de hierro.... tan cierto como tengo aquí este plato, la enseño el dulce, lo rompo á sus barbas y me lo como.

—Brabísimo, hija mfa!.... esto me explica tus tigeretazos de ahora poco.... vamos.... vamos, si te lo he dicho, tienes valor; pero la mochuela te desollaría viva despues del juego que la hiciste.

—Asi que acabó su fritada, vino hácia mi.... me habian dado tres sueldos de limosna, y ha-

bia comido valor de seis.... Cuando la tuerta me cogió la mano para llevarme, creí quedarme en el sitio.... tanto era mi miedo! me acuerdo, como si ahora fuese .... porque justamente era por navidades: tu sabes que hay siempre tiendas de juguetes de niños en el puente nuevo: toda la tarde habia pasado embelesada con ellos, y sobre todo viendo aquellas hermosas muñecas, los bonitos menages de casa.... tu creés.... para una niña....

— Y tu no habías tenido nunca juguetes, cantora? ¿dijo Chou rineur.

—Yo! Vaya un bestia!.... quien me los habia de dar? En fin: concluida la noche, y sin embargo de que estábamos en medio del invierno, yo no tenía mas que un mal trapo de tela por vestido, ni medias, ni camisa y zapatos de madera! No se podía uno sofocar, no es verdad? Pues bien, cuando la tuerta me agarró de la mano quedé bañada en sudor: lo que me espantaba mas era que en lugar de jurar y echar pestes, la mochuela no hacia sino regañar entredientes, durante el camino.... no me dejaba, y me hacía andar tan ligera, tan ligera, que, tenía que correr, á pesar de mis pequeñas piernas para poderla seguir: corriendo perdí uno de mis zapatos y no me atreví á decirselo, la seguí lo mismo, descalza de un pie y al llegar lo tenía todo ensangrentado.

—La mala perra de la tuerta! gritó Chourineur, pegando de nuevo y con fuerza lleno de

cólera: esto me hace no se qué pensar en esta niña que corre detrás de esta vieja ladrona, con su pobre piececito todo ensangrentado.....

— Viviamos en un granero de la calle de la Mortellerie al lado de la puerta del Corredor, donde había una especie de aguardentería: la mochuela entró teniéndome agarrada siempre de la mano: allí bebió un cuartillo de aguardiente en el mismo mostrador.

— Diablos! no le bebería yo sin ponerme mas borracho que una cabra.

Era la ración de la tuerta, así es que se acostaba siempre á medios pelos: esta era sin duda la razón para que tanto me maltratase; en fin subimos á nuestra bohardilla, no estaba en bodas, te lo aseguro: llegamos: la Mochuela cierra la puerta: echa el cerrojo: me postro á sus pies, pidiéndola perdon de haber comido sus dulces de cebada: no me responde, y la oigo hablar entre dientes, dando pasos por el cuarto, «*que voy hacer esta noche á esta Pedrota, á esta ladrona de azúcar de cebada?... veamos que la voy hacer?*» y se detenía para mirarme, revolviedo su ojo verde..... Yo estaba siempre de rodillas: de repente, la tuerta va á una mesa y coge unas tenazas.

— Tenazas! gritó Chourineur.

— Si: tenazas.

— Y para qué?

— Para pegarte? dijo Rodolfo.

— Para pellizcarte? dijo Chourineur.

—Ah bien! si!

—Para arrancarte los cabellos?

—No aciertan ustedes: déense ustedes por vendidos.

—Yo me doy.

—Y yo lo mismo.

—Pues bien: era para arrancarme un diente! (1)

Chourineur profirió tal blasfemia, acompañándola de imprecaciones tan furiosas, que todos los concurrentes de la tasca se volvieron, llenos de admiracion y espanto hacia el punto de donde salian.

—Pero bien qué sucede? qué hay? dijo la cantora.

—Que hay!.... que la asesinaria, si estuviese aqui! la tuerca! dimelo donde está? Si la hallo, la mato! y la vista del bandido se cubrió de sangre. Rodolfo participaba del horror que Chourineur habia manifestado por la crueldad de la tuerca; pero se preguntaba porqué fenómeno un asesino entraba en furor oyendo contar que una vieja mala hubiese querido, por pura maldad, arrancar un diente á una niña. Creemos posible este sentimiento de piedad y aun probable en una naturaleza por feroz que sea.

—Y te arrancó el diente, pobrecita mia, esta vieja miserable?

(1) Suplicamos á los lectores que hallen esta crueldad exagerada que recuerden las condenas casi diarias dadas contra los seres feroces que pegan y hieren á los niños: padres y aun madres que no dejan de entregarse á estos abominables tratamientos (Nota del autor.)

—Yo lo creo que me lo arrancó!.... y no de un tiron! Dios mio! y como trabajó! me tenia la cabeza entre sus rodillas, como en un tornillo. En fin la mitad con las tenazas y la otra mitad con sus dedos, me sacó este diente, y luego me dijo, seguramente por asustarme «de aqui «en adelante te arrancaré uno como este todos «los dias, Pedrota, y cuando no tengas dientes te «echaré al rio y serás comida por los peces: «ellos se vengarán de ti por haber ido á buscar «gusanos para pescarlos.» Me acuerdo de esto porque me parecia injusto.... toma! como si hubiese ido por mi gusto á buscar gusanos.

—Ah infame vieja! romper, arrancar los dientes á una pobre criatura! gritó Chourineur con furor redoblado.

—Y bien! qué tenemos? Acaso se conoce ahora nada? Mirad dijo Flor de Maria; y entreabrió sonriendose uno de sus labios de carmin, enseñando dos hileras de dientes blancos como la nieve.

¡Era esto indiferencia, olvido, ó generosidad instintiva de parte de esta desgraciada criatura? Rodolfo notó que no hubo en toda su relacion una sola palabra que manifestase odio contra la mujer feroz que la habia martirizado.

—Y bien! despues que has hecho? volvió á decir Chourineur.

—Te aseguro que hubo bastante con lo pasado. Al dia siguiente en lugar de ir á los gusanos, fuí por el lado del Panteon. Anduve todo

el dia por allí tal era mi temor á la mochuela: hubiera ido al fin del mundo antes que volver á caer entre sus garras: como me hallaba en barrios desconocidos no encontraba nadie á quien pedir limosna, ademas que no me hubiera atrevido: por la noche me acosté en un almacén de leña: era pequeña como un raton, deslizándome debajo de una puerta vieja, me acurrugué en medio de un monton de cortezas: el hambre me devoraba: traté de mascar un poco de pelusa de leña para engañarla, pero no pude; solamente conseguí morder un poco de corteza de alamo, esto era mas tierno; y así me dormí: al amanecer, oyendo ruido, me metí mucho más debajo de la pila de leña: hacía casi calor como en una cueva: si hubiese tenido que comer, nunca hubiera pasado mejor invierno.

—Como yo, en un horno de yeso.

—No me atrevia á salir del almacén de leña: se me figuraba que la mochuela me buscaba por todas partes para arrancarme los dientes y arrojarme á los peces, y que me cogeria si me movia de aquel parage. En fin al segundo dia despues de haber comido otro poco de corteza de álamo, y cuando me quedaba dormida, oigo ladrar á un perro; me despierto asustada; escucho.... el perro seguia ladrando y aproximándose hácia la pila de leña: otro susto que me atormenta, mas felizmente, no sé por qué motivo, no se atrevia el perro á llegar.... te vas á reir Chourineur.....

—Contigo siempre hay que reir..... eres una excelente chieca..... y te aseguro, á fe de hombre, que ahora estoy muy arrepentido de haberte pegado.

—Por qué no me habias de pegar cuando no tengo á nadie que me defienda?.....

—Y yo? dijo Rodolfo.

—Usted es muy bueno, Señor Rodolfo, pero Chourineur no sabia que usted estaria alli..... ni yo tampoco.....

—No importa, estoy por lo que he dicho..... siento el haberte pegado, repitió Chourineur.

—Continúa tu historia hija mia, volvió á decir Rodolfo.

—Estaba agazapada debajo de la pila de leña cuando oigo ladrar un perro; y como continuase éste, he aqui que una voz gruesa y sonora se pone á gritar diciendo: «mi perro ladra, alguno está escondido en el almacén» «ladrones» repite otra voz, y «kas, kas, principian á azuzar al perro, gritándole» pillá, pillá» el perro corre hácia mí, tengo miedo de que me muerda y doy un gran grito. Toma! dijo la voz, parecen lloros de un niño: llamar al perro, traer una linterna, salgo de mi agujero y me hallo á la vista de un hombre gordo y de un mozo con blusa. ¿Qué hacias en mi almacén, ladronzuela? me dijo este hombre gordo con mal tono.

—Mi buen Señor, no he comido hace dos dias, me he escapado de casa de la mochuela, que me ha arrancado un diente y queria echarme á

los peces: no sabiendo donde acostarme, he pasado por debajo de la puerta, he pasado la noche sobre las cortezas, bajo las pilas de leña, no creyendo que hiciese daño á nadie.» El tratante de leña dijo á su mancebo:» no me engaño, esta es una ladronzuela que viene á robar mis leños»

El maldito viejo! mas leño que su almacén! gritó Chourineur: robar sus troncos, y tu no tenias mas que ocho años!

Era una necedad, pues el mismo mancebo le contestó—Robar los leños de usted? y como pudiera hacerlo, cuando el mas pequeño es mas gordo que ella?

—Tienes razon, dijo el tratante en leña, pero sino viene para hacerlo ella, no importa; los ladrones tienen chicas como esta, que envian para espiar y ocultarse con el fin de que les abran las puertas: es preciso llevarla á la comisaria.

—Oh infame bestia!.... dijo Chourineur.

—Me llevan á casa del comisario: cuento mi historia, me acusan de vagamunda, me mandan presa: soy citada ante el tribunal correccional, se me condena como vagamunda á estar hasta la edad de diez y seis años en la casa de correccion: caramba! gracias á los jueces por su bondad!.... que piensas..... en la prision..... tenia que comer y no me pegaban, para mí era esto el cielo en comparacion del granero de la mochuela: ademas en la cárcel aprendí á coser: pero mira que desgracia! era perezosa y holgazana,

me gustaba más cantar que trabajar sobre todo cuando veía el sol..... Oh! cuando daba el sol en el patio de la cárcel, no podía contenerme sin cantar..... y entonces..... es singular, si me parecía que estaba presa.

—Es decir, hija mia, que eres un verdadero ruiseñor de nacimiento, dijo Rodolfo sonriéndose.

Usted me hace favor, Señor Rodolfo: desde este tiempo me llaman la cantora en lugar de Pedrotta: en fin cumplo mis diez y seis años, salgo de la prision..... y he aquí que á la puerta encuentro la tabernera de esta tasquera y dos ó tres viejas que habian venido algunas veces á ver mis compañeras de cárcel y que me habian prometido el darme trabajo cuando saliese de ella.

—Ah! bueno! bueno! estoy en ello, dijo Chourineur.

—«Hermosa mia! ángel mio! querida mia! me dijeron la tabernera y las viejas..... quieres venir á vivir á nuestras casas? te daremos hermosos vestidos y no harás mas que divertirte.» Debes conocer que habiendo estado ocho años en la cárcel aprendí lo que queria decir este lenguaje, así que eché á pasear á estas viejas embaucadoras, y me dije: sé coser bien, tengo trescientos francos y juventud.....

—Y benita juventud..... hija mia! dijo Chourineur.

—Ocho años he pasado encarcelada, voy á go-

zar un poco de la vida, esto no hace mal á nadie, el trabajo vendrá cuando falte el dinero.... y hago bailar mis trescientos francos: hice mal, añadió Flor de María suspirando, hubiera debido, antes de todo, asegurarme el trabajo..... pero no tenía á nadie que pudiera aconsejarme... en fin, al hecho, pecho..... principio á gastar mi dinero: en primer lugar compro flores para llenar todo mi cuarto, me gustan tanto! luego un vestido, un hermoso chal y me voy á pasear al bosque de Boloña montada en un borrico, á San German, tambien en borrico.....

— Con tu querido, hija mia! preguntó Chourineur.

— No por cierto! queria ser dueña de mi misma: iba con una de mis amigas de cárcel una que habia estado en la inclusa, buena muchacha, la llamaban la Risueña porque estaba siempre riendo.

— Risueña! Risueña! no la conozco, dijo Chourineur, como queriendo consultar su memoria.

— Yo lo creo que no la conoces! es muy honesta la Risueña: buena costurera, y ahora gana á lo menos veinte y cinco sueldos al dia y tiene su casita..... asi es que no me he atrevido á volverla á ver: en fin tanto hice bailar á mi dinero que no me quedaron mas que cuarenta y tres francos.

— Con esos debias haber comprado una tienda ambulante de bisteria.

—Aun hice mejor que eso.... tenia por lavandera una muger que llamaban la Lorena, la cordera del buen Señor, estaba preñada y en los últimos meses á pesar de todo, siempre metida en el agua de su lavadero: puedes pensar como estaria la pobre! no pudiendo ya mas quiso entrar en la Bourbe, (1) no lo pudo conseguir porque no habia plaza vacante, no ganaba nada: y próxima á parir sin tener siquiera con que pagar una cama en una mala posada; felizmente encontró por casualidad una tarde á la muger de Goubin en la esquina del puente de nuestra Señora que se hallaba oculta, hacia cuatro dias, en la cueva de una casa que estaban derribando detras del Hotel de Dios.

—Y por qué se ocultaba por el dia la muger de Goubin?

—Para substraerse de su marido que queria matarla! No salia sino por la noche á comprar pan: de este modo se encontró á la pobre Lorena que no sabia donde quedarse pues esperaba parir de un momento á otro.... viendo esto la muger de Goubin la condujo á la cueva donde se escondia; al fin era un asilo.

—Aguarda! aguarda! la muger de Goubin no es Helmina? dijo Chourineur.

—Si: una buena muchacha, respondió la cantora: una costurera que trabajó para mi y la Risueña.... Ah! hizo todo lo que pudo dando la

(1) Un establecimiento de beneficencia.

mitad de su cueva, de su paja y de su pan á la Lorena que parió un pobre niño y sin tener si- quiera con que cubrirlo, nada mas que paja!.... viendo esto lá muger de Goubin no puede con- tenerse y aun esponiéndose á ser asesinada por su marido que la buscaba por todas partes, sale á la mitad del dia de la cueva y viene en busca mia: sabia que yo tenia algun dinero y que no era de mal corazon: precisamente íbamos á subir en Milord (1) Risueña y yo: queriamos enterrar mis cuarenta y tres francos, yendo al campo..... me gusta tanto ver los campos!..... los árboles..... los prados!..... pero bah!..... cuando Helmina me cuenta la desgracia de la Lorena, despido el coche, corro á mi cuarto para tomar el lienzo que tenia, mi colchon y mi colcha, lo entrego á un mozo de cordel y corro á la cue- va con la muger de Goubin..... Ah! era neces- rio haber visto el contento de la pobre Lorena! la cuidamos Helmina y yo, cuando pudo levan- tarse la ayudé con el resto de mi dinero hasta que pudiese lavar: ahora gana su vida, pero no puedo conseguir de ella que me diga el importe del lavado! por lo que veo es, que quiere pa- garme de este modo!, y si así continúa, dejaré de ser su parroquiana..... dijo la cantora dando se importancia.

—Y la muger de Goubin? preguntó Chou- rineur.

(1) Coche Simón.

—Como! no lo sabes? dijo la cantora.

—No: que pues?

—Desgraciada!..... Goubin no faltó á lo que habia dicho: la dió tres puñaladas entre espalda y espalda! le habian dicho que su muger andaba por las cercanías del Hotel de Dios y una noche al tiempo de salir ésta de su cueva para traer leche á la Lorena la asesinó.

—Ah! por eso es sin duda que tiene una *fièvre cerebral*, (1) y que será, segun dicen, segado (2) dentro de ocho dias, dijo Chourineur.

—Justamente; dijo la cantora.

—Y cuando diste tu dinero á la Lorena, qué hiciste, hija mia? dijo Rodolfo.

—Busqué trabajo: sabia coser bien, tenia buena voluntad, no me embarazaba; entro en una tienda de lencería de la calle de San Martin: por no engañar á nadie, dije, que hacia dos meses que habia salido de la cárcel y que tenia deseos de trabajar: me enseñaron la puerta por toda contestacion; pido obra que llevar, me contestan que si me burlo de la gente en el hecho de pedir una sola camisa: volvia muy triste..... y encontré á esta tabernera y una de las viejas que no me dejaban un punto desde mi salida de la cárcel..... yo no sabia ya como vivir..... me trageron... me han hecho beber aguardiente!... y esto es todo!.....

—Comprendo, dijo Chourineur; ahora te co-

(1) Que esta condenado á muerte.

(2) Ajusticiado.

nozco como si fuera tu padre y tu madre, y como si hubieses vivido á mi lado: bien! buena confesion.

—Parece hija mia que te ha entristecido el contarnos tu historia? dijo Rodolfo.

—Lo cierto es que me disgusta el echar una mirada atras: desde mi infancia no me ha sucedido el acordarme de todas estas cosas aun mismo tiempo..... esto no es gustoso..... ¿no es verdad Chourineur?

—Eso es, dijo este con ironía, tu sientes quizás no haber estado moza de cocina en un figon, ó sirviendo á viejas tontas para cuidarlas?

—Es igual..... pero debe ser hermoso el ser honrada!..... dijo Flor de María suspirando.

—Honrada! oh!..... gritó el bandido con una gran carcajada: honrada! y porqué no vírgen, para honrar á tus padres que no conoces?

—El rostro de la jó ven habia perdido desde algunos instantes la espresion de indiferencia que le caracterizaba: dijo á Chourineur.

—Mira no soy llorona!..... mis padres me pusieron en la calle como á un perro que estorba, por eso no les quiero mal, sin duda que no tendrian ni para mantenerse! pero esto no impide, Chourineur, que haya quien sea mas feliz que yo lo soy.

—¡Tú! qué es lo que te falta? tú eres hermosa como una Venus, no tienes todavía diez y siete años, cantas como un ruiseñor, tienes la cara de una vírgen, te llaman la Flor de Ma-

ria, y te quejas? Pero qué dirás cuando tengas un braserillo á los pies y una peluca color de chinche como la tabernera?

—Oh! no llegaré nunca á este estado.

—Quizás lograrás el tener un privilegio de invencion para no envejecer.

—No: pero no tendré tan larga vida, porque tengo ya una tos!

—Ah bueno! ya te veo en el carro de los muertos: tu eres tonta.... bah!.....

—Tienes á menudo estos pensamientos, cantora? dijo Rodolfo.

—Algunas veces, mire usted, Sr. Rodolfo, usted entenderá esto quizás: por la mañana cuando voy á comprar mi sueldo de leche á la lechería de la esquina de la calle de la Vieille Draperie, y que la veo volverse en su pequeño carro tirado con su asno, me dá mucha envidia... me digo, ella se vá á la campiña, al aire puro, á su casa, á su familia..... y yo subo sola á la pocilga de la tabernera donde no se vé claro, ni al medio día.

—Bien! sé honrada, hija mia, haz la comedia... sé honrada! dijo Chourineur.

—Honrada! ¡Dios mio! y con qué quieres que yo pueda ser honrada? Los vestidos que llevo pertenecen á la tabernera, le debo la casa y mi manutencion..... no puedo menearme de aqui.... me pondría presa como ladrona..... yo la pertenezco..... es preciso que *compre mi libertad*.....

Al pronunciar estas últimas y horribles pa-

labras la desgraciada tembló á pesar suyo.

—Entonces quédate como estás y no te compares á una campesina, dijo Chourineur, te has vuelto loca? Pero piensa que brillas en la capital, mientras que la lechera va á dar pienso á sus reses, ordeñar sus vacas, buscar yerba para sus conejos y recibir una tunda de su marido cuando sale de la taberna: he aquí un destino que se puede ponderar..... como halagüeno!

—Bebamos, Chourineur, dijo bruscamente, Flor de María, despues de un silencio prolongado y alargó su vaso: no quiero vino! aguardiente es mas fuerte, dijo con su dulce voz, separando el jarro de vino que Chourineur la iba á servir.—Aguardiente! enhorabuena! asi es como te quiero, dijo este hombre sin comprender el movimiento de la jóven ni notar una lágrima que se asomó en las pestañas de la cantora.

—Es lástima que el aguardiente sea tan malo de beber..... porque adormece, trastorna..... dijo Flor de María, despues de haber bebido con tanta repugnancia como disgusto.

Rodolfo escuchó con sumo interés esta relacion si bien triste, llena de sencillez. La miseria, el abandono, mas bien que sus malas inclinaciones, habian perdido á esta desgraciada muchacha.

## IV.

## HISTORIA DE CHOURINEUR.

El lector no habrá olvidado que dos de los concurrentes de la tasquera estaban observados con mucha atención por un tercero recientemente venido á la taberna. El uno de éstos, se dijo, que traía un gorro griego, ocultaba siempre su mano izquierda y habia preguntado muchas veces á la tabernera si el maestro de escuela habia venido. Mientras la relacion de la cantora (que no podian oír) los dos hombres se habian hablado varias veces al oído, dirigiendo su vista hácia la puerta con ansiedad. El que llevaba el gorro griego, dijo á su camarada: el maestro de escuela no viene, como no le haya asesinado el compañero para robarle. Eso sería gracioso para nosotros que les he nos proporcionado el robo! contestó el otro. El recién venido, que observaba á éstos dos sugetos, estaba demasiado lejos para que pudiese oír estas últimas palabras: despues de haber consultado con mucha destreza un papelito, que tenia oculto en el fondo de su gorro, pareció quedar satisfecho de sus señas, se levantó y dijo á la tabernera, que dormitaba en su mostrador con los pies en el brasero y su gordo gato negro entre sus piernas:

madre Ponisa, vuelvo al instante, cuide usted de mi jarro y mi plato..... porque no se puede fiar de los borrachos.

—Tranquilízate, amigo, dijo la madre Ponisa, si tu plato está vacío y tu jarro también, no llegarán á ellos.

Mi hombre se rió de la gracia de la tabernera y desapareció sin que nadie lo notase. Al momento que salió, Rodolfo vió en la calle al carbonero de cara negra y talla colosal de quien hemos hablado: antes que la puerta se cerrase, Rodolfo tuvo tiempo de manifestar por un gesto de impaciencia cuanto le incomodaba la especie de vigilancia protectora del carbonero, mas éste, sin hacer caso de lo que contrariaba á Rodolfo, no abandonó la entrada de la taberna.

Sin embargo del vaso de aguardiente que habia bebido la cantora no tenia su antigua alegría: á pesar de la influencia de este escitante, su fisonomía se puso cada vez mas triste: apoyada la espalda en la pared, la cabeza baja, y errantes maquinalmente sus hermosos ojos, la desgraciada parecia estar entregada á las mas tristes reflexiones. Encontrándose por dos ó tres veces sus miradas con las de Rodolfo, Flor de María habia vuelto la vista á otra parte, no podia darse cuenta de la impresion que le causaba este desconocido: mortificada, oprimida con su presencia reprendia su ingratitude, para con el que la habia librado de las garras de Chou-

rineur, y hasta sentia haber sido tan ingenua en la narracion de su vida, delante de Rodolfo.

El Chourineur, por el contrario, se hallaba muy alegre: él solo habia devorado el arlequin, el vino y el aguardiente lo hicieron comunicativo: la vergüenza de haber encontrado *su maestro*, como él decia, habia desaparecido con el generoso proceder de Rodolfo y ademas reconocia una superioridad física, tan grande que la humillacion en él se convirtió en un sentimiento de admiracion, de temor y respeto.

El ningun odio, la salvage franqueza con que confesaba haber asesinado y haber sido justamente castigado, y el orgullo feroz con que se defendia de que jamas habia robado probaban á lo menos que, á pesar de sus crímenes, el Chourineur no era un ser completamente endurecido. Esta particularidad no se habia escapado á la sagacidad de Rodolfo: aguardaba con curiosidad la relacion de Chourineur. Es tan insaciable la ambicion del hombre, tan original en sus pretensiones infinitas, que Rodolfo deseaba la llegada del maestro de escuela, de este terrible bandido á quien él acababa casi de destruir. Para entretener su impaciencia invitó á Chourineur á que contase sus aventuras.

—Vamos..... amigo; ya te escuchamos; le dijo.

Chourineur apuró su vaso y principi6 de esta manera: tu, mi pobre cantora, tu, á lo menos, fuiste recogida por la Mochuela, que el

infierno confunda! tu tuviste un sitio donde recogerte hasta el momento que te pusieron presa, como vagamunda..... pero yo no me acuerdo de haberme acostado en lo que se llama cama, antes de la edad de diez y nueve años..... hermosa edad en que me alisté soldado.

—Tu has servido, Chourineur? dijo Rodolfo.

—Tres años, pero ya llegaré á ello: las piedras del Louvre, los hornos de yeso de Clichy y las canteras de Mortrouge, éstas fueron las posadas de mi juventud: ya ven ustedes..... tenia casa en París y en el campo: nada me faltaba.

—Y en qué te ocupabas?

—En verdad, mi amo..... tengo como una idea de haber vagamundeado en mi infancia con un traperero viejo que me desollaba con los golpes que me daba con su garfio: debe ser asi porque asi que veo alguno de esos cupidos con su aljaba de mimbres me dan muchas ganas de echarme encima: prueba de que me maltrataron en la niñez: mi primer oficio fué ayudar á los desolladores de caballos en Montfancon.... tenia diez ó doce años, cuando principié á degollar á estas pobres bestias, me causaba cierta sensacion: al cabo de un mes ya se me pasó y por el contrario tenia gusto en ejercer mi oficio: nadie habia que me igualase en tener tambien afilados y punteados los cuchillos: daba gusto en servirse de ellos: cuando habia degollado á mis bestias me daban por mi trabajo un pedazo de pierna de un caballo muerto de en-

fermedad, porque los que se mataban se vendian á los figoneros del distrito de la escuela de Medicina que hacian de ellos vaca, carnero, ternera, caza, segun el gusto de las personas..... ah! pero lo bueno que habia, que asi que atrapaba mi racion de carne de caballo, ni el rey mandaba en mi persona! corria al horno de yeso, como un lobo á su guarida, y allí con permiso de los yeseros hacia un asado magnífico: cuando estos no trabajaban iba á recoger leña á Romainville, encendia mi lumbre, y asaba mi carne en la pared del cercado: ello estaba chorreando sangre y casi crudo, pero amigo! de este modo variaba de guisados.

—Y tu nombre? cómo te llamaban? dijo Rodolfo.

—Tenia mi cabello de un color de estopa mas subido que ahora: la sangre se me subia á la cabeza, y por esto me llamaban Albinos, (los Albinos son los conejos blancos de los hombres y tienen los ojos encarnados, añadió con mucha gravedad Chourineur, á manera de parentesis fisiológica.)

—Y tus padres? tu familia?

—Habitan en el mismo número que los de la cantora: lugar de mi nacimiento? la primera esquina de cualquier calle, la esquina izquierda ó la derecha, descendiendo ó remontando el arroyo.

—Has maldecido á tus padres por haberte abandonado?

—Buenas pantorrillas hubiera echado con eso!..... pero es igual; buena pieza me jugaron, echándome al mundo..... no me quejaré, si por tanto hubiesen hecho como el *meg de los megs* (1) debiera hacer á los pobres, es decir sin frio, ni hambre ni sed: esto nada le costaría; y entonces no sería tan difícil á los miserables el ser hombres de bien.

—Tu has tenido hambre, frio y no has robado, Chourineur?

—No! y sin embargo he tenido mucha miseria, caramba!..... he estado en ayunas por espacio de dos dias y mas á menudo que lo que me tocaba..... pues bien! no he robado.

—Por miedo de la cárcel?

—Oh! eso hubiera sido una farsa! dijo Chourineur, encogiéndose de hombros y riendo á carcajadas, con qué no hubiera robado pan por temor de tener pan?..... honrado, me moria de hambre, ladron me hubieran alimentado en la cárcel!..... No; yo no he robado porque..... porque..... en fin porque no estaba en mi ideas la de robar.....

Esta respuesta verdaderamente exacta y cuyo sentido no estaba á los alcances de Chourineur, conmovió profundamente á Rodolfo.

Se convenció que el pobre, que permanecía hombre de bien en medio de las mas crueles pri-

(1) *Meg de los megs* significa Dios de los Dioses. No es extraño y significativo que el nombre de Dios se encuentre hasta en esta lengua corrompida!

vaciones, era mucho mas respetable, puesto que el castigo del crimen podia ser para él un recurso seguro.

Rodolfo alargó la mano á este desgraciado salvaje de la civilizacion que la miseria no le habia perdido del todo.

El Chourineur miró á su Anfitrión con admiracion, y casi con respeto; apenas se atrevió á tocar la mano que se le ofrecia: presentia que entre él y Rodolfo habia una gran distancia.

—Bien! bien! le dijo Rodolfo, eres valiente y tienes honor....

—A fé de hombre que no lo sé! dijo Chourineur enteramente conmovido: pero lo que usted me dice.... en verdad..... jamas he sentido cosa semejante..... pero lo que hay de cierto es que esto.... y los puñetazos del final de mi tanda.... que eran festonados y que me parecia habian de durar hasta otro dia y por el contrario... me paga usted la cena.... y me dice cosas.... en fin hasta, en vida y en muerte puede usted contar con Chourineur.

Rodolfo no queriendo dejar se trasluciese la emocion que sentia, volvió á preguntar friamente: ¿estuviste mucho tiempo de ayudante de desollador?

—Yo lo creo.... en un principio me causaba sentimiento degollar á estos pobres animales.... despues me divertía.... pero cuando llegué á los diez y seis años y que mi voz se mudó! esto fué para mí una rabia, un furor de degollar. ! De-

jaba de beber y de comer.... no pensaba mas que en degollar: era preciso haberme visto en el trabajo; fuera de un pantalon viejo de tela, estaba enteramente desnudo: con mi cuchillo en la mano bien afilado, y que tenia delante de mí quince ó veinte caballos (y no pondero) que formaban hilera esperando su turno; caramba! cuando me ponía á degollarlos, yo no se lo que me sucedia.... era como una furia: los oidos me zumbaban! la vista se me enturbiaba y todo me parecia rojo, y degollaba!.... degollaba.... y degollaba hasta que el cansancio hacia que se me cayese el cuchillo de las manos! diablos! esto era mi gran placer y si hubiera sido millonario hubiera pagado por ejercer este oficio.....

—Esta es la causa de haber adquirido la costumbre de dar cuchilladas.

—Puede ser muy bien: pero cuando tuve diez y seis años esta rabia de degollar fué tan grande, que una vez puesto á ello, me ponía como loco y echaba á perder el trabajo.... si: agujereaba las pieles á fuerza de dar cuchilladas sin ton ni son: en fin me despidieron: quise colocarme con los carniceros; siempre me gustó este oficio.... pues bien! eran tan orgullosos que me despreciaron, como despreciaría un maestro zapatero á un remendon: viendo esto, y que la rabia de acuchillar se me habia pasado con los diez y seis años; busqué mi sustento en otra parte y no lo hallé tan pronto como queria: entonces ayunaba frecuentemente: en fin traba-

jé en las canteras de Moutrouge, pero al cabo de dos años me fastidié de arrastrar el carrillo y sacar piedras por veinte sueldos al dia: era grande y robusto y me alisté en un regimiento: me preguntaron por mi nombre, edad y pidieron mis papeles. Mi nombre? Albinos; mi edad? véase mi barba: mis papeles? aquí está el certificado de mi maestro cantero: podia ser un buen granadero, y me tomaron la filiacion.

—Con tu fuerza, tu valor y la manía de acuchillar, si hubiese habido guerra en aquel tiempo, serias quizá oficial.

—Diablo! á quien lo dice usted? acuchillar ingleses ó prusianos, me hubiera dado: mucho mas gusto que á rocines viejos..... y he aquí la desgracia! que no habia guerra, y si disciplina. Un aprendiz trata de dar una tunda á su maestro, bueno, si es mas débil la recibe, si mas fuerte dá; se le pone en la calle y algunas veces le hacen tocar el violon, pero no es mas que esto: en lo militar es muy diferente: Un dia mi sargento me atropelló para que obedeciese mas pronto, tenia razon, pero yo me hacia el remolon, esto le incomodó; resisto, me empuja, le empujo, me agarra del cuello, le sacudo un puñetazo; se echan sobre mí y entonces me monto en cólera; la sangre me sube á la cabeza, estaba de ranchero, tenia el cuchillo en la mano y entonces..... doy cuchilladas y mas cuchilladas como en el desolladero..... mato al sargento, hie-ro á dos soldados !.... una verdadera carnice-

ria!.... once cuchilladas para los tres! si, once!.... sangre!.... y mas sangre como en un matadero!

El bandido bajó la cabeza con aire sombrío, vista turbada y quedó por algun tiempo en silencio.

—En que piensas Chourineur? dijo Rodolfo, observándolo con interés.

—En nada, nada, contestó bruscamente y luego con su brutal indiferencia continuó: en fin me prenden, me forman causa y me sentencian á pena capital.

—Y tu te has escapado?

—No: pero he estado quince años en presidio en lugar de ser guillotinado: se me habia olvidado decir á usted que en el regimiento habia pescado dos camaradas que se ahogaban en la Marne: (1) estábamos de guarnicion en Melun. Otra vez.... va usted á reirse y decir que soy un amphibio en el fuego y en el agua, salvador de hombres y de mugeres! otra vez, repito, estando de guarnicion en Racan, donde son todas las casas de madera, verdaderas barracas, se manifestó el fuego en un barrio; ardían como pajuelas: estaba de servicio para los incendios, llegamos al fuego, se me grita que hay una vieja que no puede bajar de su habitacion que principiaba á arder, corro allí: caramba! si que calentaba.... pero esto me acordaba mis hornos de

(1) Marne: grande río de Francia.

yeso en los bellos días de mi infancia, finalmente, salvo á la vieja..... mi abogado tanto revolvió con las patas y la lengua que consigue que se cambie la pena y en lugar de ir al patíbulo, fuí por quince años á presidio..... cuando [vi que no me mataban, mi primer movimiento fué echarme sobre el hablador para ahogarle! usted comprende esto, mi maestro?

—Sentías que te hubiesen conmutado la pena.

—Si....., á los que dan con cuchillo..... el cuchillo de Charlot (1); es muy justo: á los que roban, hierro á las patas! á cada uno lo que le corresponde..... pero obligar á uno á vivir cuando ha asesinado! Mire usted!..... los jueces no saben lo que esto hace sentir en los primeros meses.

—Luego, has tenido remordimientos.... Chou-rineur?

—Remordimientos? no; puesto que he cumplido mi condena, dijo el salvaje: pero en otro tiempo no se pasaba ninguna noche sin que viese como en sueños al sargento y los soldados que habia acuchillado, es decir..... no eran solo éstos, añadió el bandido con gran terror, habia docenas, centenares, millares que aguardaban su turno en una especie de matadero..... asi como los caballos de Montfancon, que degollaba, esperaban el suyo..... entonces mi vista se turbaba, todo me parecia sangre y principiaba á dar cuchilla-

(1) Verdugo.

das..... á estos hombres como lo habia hecho con los caballos..... pero cuanto mas soldados mataba, tantos mas aparecian.... y al morir me miraban con tanta dulzura..... tan cariñosos..... que maldecia tenerlos que matar..... pero no podia contenerme.... hay mas..... no he tenido ningun hermano..... y sucedía que todos los que asesinaba eran hermanos míos..... y hermanos por quienes me hubiera sangrado..... en fin reventado, me despertaba bañado en un sudor tan frio como la nieve recientemente desecha.....

—Era una pesadilla terrible, Chourineur!

—Oh! seguramente!..... pues bien! en los primeros tiempos del presidio tenia todas las noches este sueño... ya ve usted..... era para volverse uno loco ó rabioso..... asi es que dos veces ensayé de matarme, la una tomando cardenillo, y la otra ahogándome con una cuerda, pero soy fuerte como un toro: el cardenillo me dió sed, este fué su efecto, y con respecto á la cuerda, que rodeé á mi cuello, me hizo una corbata azul á lo natural: despues de esto la costumbre de vivir ha podido mas, mis lienzos no se me presentaban tan amenudo, y he hecho como los demas, es decir que me he acostumbrado.

—Estabas en buena escuela para aprender á robar.

—Sí, pero yo no tenia ese gusto..... los demas presidiarios se burlaban de mi en este asunto, pero yo los aporreaba grandemente con mi cadena: asi es como he conocido al Maestro de

escuela.... pero este.... por lo que toca á puñetazos! me dió mi paga, como usted me la ha dado hace poco.

—Luego es un presidiario cumplido?

—Es decir, era presidiario por toda su vida, pero él se ha puesto en libertad.

—Se ha escapado? cómo no lo denuncian?

—No seré yo quien lo haga, esto sería manifestar que le tenia miedo.

—Cómo no lo descubre la policía? No está marcado?

—Marcado?... Si: pero hace mucho tiempo que ha borrado de su cara el sello que Dios le habia puesto: ahora, el diablo solo puede conocer al Maestro de escuela.

—De qué modo lo hizo?

—Principió recortándose la nariz que tenia mas de una vara de larga, y luego se quitó las barbas con agua de vitriolo.

—Tú te chanceas?

—Si viene esta noche lo verá usted: tenia una nariz de papagayo, y ahora es tan chato.... como un mochuelo, sin contar con que tiene los labios gordos como el puño, y una cara de color de aceituna con tantas costuras como la chaqueta de un trapero.

—Tan desconocido está?

—Desde hace seis meses que se escapó de Rochefort le han encontrado cien veces los espías de la policía y no le han conocido.

—¿ Por qué estaba en presidio?

—Por falsificador, ladron y asesino: le llaman el Maestro de escuela porque tiene buena letra y es muy sabio.

—Es temido?

—No lo será ya, cuando usted le peine como me ha peinado: diablo!.... esto será muy hermoso.

—Que hace para vivir?

—Dicen que se ha alabado de haber muerto y desvalijado, hace como tres semanas á un tratante en bueyes en el camino de Poisy.

—Mas pronto ó mas tarde, al fin le prendrán

—Será preciso que para esto sean mas que dos, porque lleva siempre debajo de la blusa un par de cachorrillos cargados y un puñal: el verdugo lo espera, no será guillotinado mas que una vez: Oh! no se oculta, y como es dos veces mas hombre que usted y yo, habrá trabajo en rendirle.

—Y despues que saliste de presidio que has hecho Chourineur?

—Fui á pedir trabajo al descargador de barces de leña del muelle de S. Pablo, donde gano mi vida.

—Pero supuesto que no eres ladron ¿porqué vives en la Cité?

—Y donde quiere usted que viva? quien es el que querrá alternar con un presidario? y luego me fastidia el estar solo: me gusta la sociedad y aquí vivo con mis iguales: algunas veces

me doy porrazos.... se me teme como al fuego en la Cité, el comisario nada tiene que decirme, sino por algunas riñas que me valen veinte y cuatro horas de prision.

—Que es lo que ganas al dia?

—Treinta y cinco sueldos: esto durará mientras tenga fuerzas: cuando no las tenga, cogere un gancho y una aljaba de mimbre como el viejo trapero de mi infancia de quien conservo una idea confusa.

—Con todo, no eres desgraciado?

—Hay quienes están peor que yo, bien seguro, sin mis sueños del sargento y los soldados degollados, sueños que tengo todavía muchas veces, podria reventar, como cualquiera otros en una esquina de calle, ó en el hospital; pero esta pesadilla!.... mire usted!.... caramba!.... no me gusta pensar en ello, dijo Chourineur.

Y sacudió su pipa en una esquina de la mesa.

La Cantora habia escuchado á Chourineur con distraccion, parecia como absorta en un pensamiento doloroso. Rodolfo se hallaba tambien pensativo: las dos relaciones que acababa de oír despertaban en él nuevas ideas, cuando un incidente trágico hizo conocer á estos tres personajes el lugar en que se encontraban.

## V.

## EL ARRESTO.

El hombre que habia salido, hacía poco, recomendando á la tabernera su jarro y su plato, volvió al momento acompañado de otro personaje de anchas espaldas y rostro imponente: este dijo: buena casualidad ha sido el que nos hayamos encontrado Borel! entra hombre, beberemos un vaso de vino.

—El Cbourineur dijo en voz baja á Rodolfo y la cantora (señalándoles al recién venido) va á haber tempestad..... es un polizon: atención!

Los dos bandidos, (de los cuales uno era el de bonete griego calado hasta las cejas y el que habia preguntado varias veces por el Maestro de escuela) se ojearon con rapidez, se levantaron simultaneamente y se dirigieron hácia la puerta: pero los dos agentes se echaron sobre ellos, dando un grito particular: se trabó una lucha: la puerta de la taberna se abrió precipitándose otros agentes en la sala, y por la parte de afuera se vieron brillar los fusiles de los gendarmes. Aprovechándose del tumulto, el carbonero, de quien hicimos mencion, se adelantó hasta el umbral de la tasquera, y encontrando por casualidad, que le miraba Rodolfo, le hizo una seña

con el dedo índice, puesto en sus labios. Rodolfo, con un gesto tan rápido como imperioso, le mandó alejarse y luego continuó observando lo que pasaba en la taberna.

El del gorro griego bramaba de rabia, medio tendido en la mesa, daba saltos tan desesperados que tres hombres no le podían sujetar. Su compañero anonadado, silencioso, lívido, los labios blancos y la quijada inferior caída, no hizo la menor resistencia, y él mismo presentó sus manos á las esposas. La tabernera sentada en su mostrador y acostumbrada á escenas semejantes, estaba impasible con las manos en los bolsillos de su delantal.

—Que han hecho esos dos sujetos, mi buen señor Borel? preguntó al agente que conocía.

—Ayer asesinaron á una vieja de la calle de S. Cristobal por robarla el cuarto y esta desgraciada, poco antes de morir, dijo que habia mordido la mano de uno de ellos: se vigilaba sobre estos dos malvados: mi camarada vino hace poco para asegurarse de su identidad, y ya están cogidos.

—Felizmente me han pagado su vino de adelantado, dijo la tabernera: quiere usted tomar alguna cosa señor Borel? una copa de perfecto amor ó de consuelo?

—Gracias madre Ponisa, es preciso que meta en el horno á estas buenas pastas: ¿pues no ve usted uno que todavía quiere resistirse?

Efectivamente, el asesino del gorro griego se

revolcaba con rabia, y cuando se trató de meterlo en un fiacre (1) que estaba esperando en la calle, se defendió de tal modo que fué necesario llevarlo. Su cómplice, acometido por un temblor nervioso, se sostenía con trabajo, sus labios cárdenos se movían, como para hablar..... echaron esta masa inerte en el coche.

—Ola! madre Ponisa, dijo el agente, no se fie usted de Bras-Rouge, es malo y la pudiera comprometer.

—Bras-Rouge! hace algunas semanas que no le he visto por el barrio.

—Eso es, cuando está en alguna parte..... que no se le ve, usted lo sabe..... no reciba usted de él para guardar, ó en prenda ningun paquete, fardo, pues sería ocultar.....

—Pierda usted cuidado, señor Borel, tengo tanto miedo á Bras-Rouge, como al diablo: no se sabe nunca donde va, ni de donde viene: la última vez que le ví me dijo que venia de Alemania.

En fin yo la prevengo..... mírese usted!

Antes de salir de la tasquera miró atentamente el agente á los otros bebedores, y dijo á Chourineur con tono casi afectuoso: estás ahí, pícaro! hace tiempo que no se habla de tí! no tienes pendencies? ¿te has enmendado?

—Con nadie me meto, señor Borel, oiga usted que yo no rompo la cabeza sino al que me provoca.

(1) Coche público llamado así.

—No faltaba mas sino que provocases, siendo tan forzado!

—Con todo, aquí está mi maestro señor Borrel, dijo Chourineur poniendo la mano sobre la espalda de Rodolfo.

—Toma! no te conozco dijo el agente, examinando á Rodolfo.

—Ni nos conocerémos camarada, respondió éste.

—Lo deseo por su interés, dijo el agente.

—Buenas noches madre Ponisa: vuestra tabernera es una buena madriguera, ya va el tercer asesino que cojo en ella.

—Y espero que no sea el último, señor Borrel; está á la disposicion de usted..... dijo graciosamente la tabernera, inclinándose con respeto.

—Asi que se marchó el agente de policía, el jóven de rostro aplomado, que fumaba y bebia aguardiente, rellenó su pipa y dijo con voz ronca á Chourineur.

—No has conocido al del gorro griego? es el del Alamo, es Velú: cuando entraron los agentes, dije para mí, alguna cosa hay! ademas Velú ocultaba su mano izquierda bajo de la mesa.

—Ha tenido suerte el maestro de escuela en no haberse estado aquí, contestó la tabernera: el gorro griego me preguntó dos veces por él, para asuntos que tenían que tratar..... pero yo jamas denunciaré á mis parroquianos: que los prendan, bueno..... cada cual á su oficio..... pero

yo no los vendo..... toma! cuando se habla del ruin de Roma, se le ve que asoma, añadió la tabernera al mismo tiempo que un hombre y una muger entraban en la taberna: eran el maestro de escuela y su pareja.

Cierta impresion de terror se apoderó de todos los huéspedes de la tasquera. Sin embargo de su natural intrepidez, Rodolfo no pudo contener una pequeña emocion á la vista de este temible asesino á quien contempló algunos momentos con una curiosidad mezclada de terror.

Efectivamente segun habia dicho Chourineur, el maestro de escuela se habia mutilado horrosamente.

No se puede ver cosa mas espantable que la figura de este bandido. Su cara estaba sembrada en todos sentidos de profundas y lividas cicatrices: la accion corrosiva del vitriolo habia inclinado estraordinariamente sus lábios, y destruido las ternillas de la nariz, y en su lugar se veian dos grandes agujeros: en sus ojos cenicientos, pequeños y redondos, se veía pintada la ferocidad de su frente, aplastada como la del tigre, no se veía sino la mitad, porque el resto lo cubria un gorro de piel que daba salida á sus cabellos largos y erizados; de modo que parecia el horrendo monstruo.

El Maestro de escuela no pasaba de cinco pies, dos ó tres pulgadas; su cabeza, estraordinariamente grande, estaba metida entre sus hombros anchos, elevados, fuertes y carnudos, cu-

yos contornosse veían dibujados hasta sobre los pliegues flotantes de su blusa de lienzo crudo: los brazos largos, musculosos: las manos cortas, gruesas y belludas hasta las estremidades de los dedos: sus piernas un poco arqueadas, y sus enormes pantorrillas manifestaban una fuerza atlética: en una palabra, este hombre ofrecía sin exageracion todo lo que hay de mas corto y rechoncho en el tipo de Hércules Farnesio. Por lo que respecta á la espresion de ferocidad, que sobresalía en esta máscara horrorosa, su mirada torva, movil y ardiente como la de un animal salvage: nos es imposible pintarlo. La mujer que acompañaba al Maestro de escuela era vieja; llevaba un vestido oscuro y limpio, un manton de cuadros encarnados y negros y una cofia blanca. A Rodolfo que la veía de perfil su ojo verde y redondo, su nariz de garabato, labios delgados, barba de tacon, mala cara y astuta, le recordaron desde luego la Mochuela: iba á comunicar esta observacion á la cantora, y al levantar los ojos sobre la jóven la vió palidecer: esta miraba con un terror pánico la honrosa compañera del Maestro de escuela: en fin agarrándose del brazo de Rodolfo con mano temblona, Flor de Maria le dijo en voz baja: La Mochuela!..... Dios mio!....., la Mochuela!..... . la tuerta!.....

—En este momento el Maestro de escuela, despues de hablar en voz baja algunas palabras con uno de los parroquianos de la tasquera, se

adelantó lentamente hácia la mesa en que estaban Rodolfo, la cantora y Chourineur, y dirigiéndose á Flor de María con voz ronca y cavernosa como el rugido del tigre la dijo: hola! rubia! vas á dejar á esos mascarones y venirte conmigo.....

La cantora no chistó, se estrechó con Rodolfo, dando diente con diente de puro miedo.....

—Y yo! ¿no tendré celos? dijo la horrible Mochuela, riendo á carcajadas.

No reconoció todabia en la cantora á la Pedrola, su victima.

—Vamos! chicuela, no me oyes? dijo el monstruo, avanzando: si no vienes te saco un ojo para pendiente de la Mochuela; y tú... vigotes... (dirigiéndose á Rodolfo) si no me hechas esa rapaza por encima de la mesa.... te saco las tripas.

—Dios mio! Dios mio! defendedme! gritó la cantora á Rodolfo, juntando las manos; mas reflexionando que le iba á esponer á un gran peligro, volvió á decirle en voz baja: no, no se mueva usted, señor Rodolfo; si se acerca gritaré socorro! y por temor del escándalo, que atraería á la policía, la tabernera saldrá á mi favor.

—Tranquilizate, hija mia, dijo Rodolfo, mirando con intrepidez al Maestro de escuela: estás á mi lado, no te moveras y asi como á tí me horroriza tambien á mi este feo animal; voy á echarlo á la calle....

—Tú?..... dijo el Maestro de escuela.

—Yo!..... contestó Rodolfo.

Y á pesar de los esfuerzos de la cantora se levantó.

El Maestro de escuela retrocedió un paso, al terrible aspecto de la fisonomía de Rodolfo.

Admirados quedaron tambien Flor de María y Chourineur de la espresion de maldad y de rabia diabólica, que en este momento se vieron pintadas en la noble figura de su compañero: era enteramente desconocido. En la lucha con Chourineur se habia mostrado desdeñoso y burlon, pero delante del Maestro de escuela parecía poseido de un odio feroz; sus pupilas dilatadas por el íuror resplandecian de un modo extraño. Ciertas miradas tienen un poder mágico é irresistible; algunos celebres duelistas deben, segun dicen, sus sangrientos triunfos á esta accion fascinadora de su mirada que desconcierta y aterra á sus contrarios. Dotado Rodolfo de este espantoso golpe de vista, que penetra, que hace temblar y que no pueden evitar á quienes se dirige.... esta mirada los turba, los domina, y sienten casi físicamente sus efectos á pesar suyo y sin que sean dueños de sustraerse por mas que buscan los medios.

El maestro de escuela se estremeció, retrocedió otro paso, y no fiándose en su fuerza prodigiosa iba á echar mano de su puñal. Quizás hubiera sido la tasquera, el teatro de una trágica escena, si la Mochuela no hubiese agar-

rado del brazo al maestro de escuela gritándole, cuidado..... cuidado..... detente.... déjame decir dos palabras..... tu *comerás* (1) luego á éstos dos mascarones; no te se escaparán.

—El Maestro de escuela miró con admiración á la tuerta. Hacía algunos minutos que la Mochuela obserbaba á Flor de María con una atención que iba en aumento y recordando su memoria: no teniendo ya la menor duda reconoció á la cantora. Es posible! gritó la tuerta juntando las manos y con admiración: es la Pedrola! la ladrona de azúcar de cebada! pero de donde sales? ¿es el diablo que te envía? añadió euseñando el puño á la jóven. Tu caerás para siempre entre mis garras! tranquilízate, no te sacaré los dientes, pero no te dejaré gota de sangre en tu cuerpo: ¿No sabes? conozco á tus padres.... el Maestro de escuela ha visto en el presidio al sugeto que te me entregó, cuando eras pequeñuela..... le ha dicho el nombre de tu madre.... son gentes ricas tus padres.....

—Mis padres! ¿usted los conoce!.... gritó Flor de María.

—Sí, mi hombre sabe el nombre de tu madre..... pero le arrancaría la lengua antes que te lo dijese.... ayervió al que te trajo á mi chirivital porque dejaron de pagar á la que te habia dado de mamar..... pero no importa, si tu supieses su nombre pudieras sacar buen dinero

(1) Asesinará.

bastardilla..... el hombre que te digo tiené papeles... .. Sí Pedrola, tiene cartas de tu madre..... y si no se sirve de ellas es porque tiene sus motivos..... he! tu rabias, lloras, Pedrola! pues bien, no!..... no la conocerás!

—Lo mismo me da que me crea muerta..... dijo Flor de Maria, limpiándose los ojos.

Rodolfo, olvidando al Maestro de escuela, habia escuchado con atencion á la Mochuela, cuya relacion le interesaba. En todo este tiempo, vuelto en sí el bandido y viéndose libre de las miradas de Rodolfo recobró su valor: no creía que este jóven de talla mediana y delgada, pudiese medir con él sus fuerzas, seguro de la suya herculea, se aproximó al defensor de la cantora, y dijo á la Mochuela con autoridad: basta de charla..... quiero romper la cara á este mascarón..... para que la rubia me halle mas hermoso que él.

—De un brinco Rodolfo salvó la mesa.

—Cuidado con mis platos! dijo la tabernera; y el Maestro de escuela se puso en guardias, las manos levantadas, medio cuerpo inclinado un poco hácia atrás, el pecho sacado, y apoyándose sobre una de sus enormes piernas formaba de este modo un arco que parecia un balaustre de piedra. Al tiempo de echarse Rodolfo sobre él, abrióse violentamente la puerta de la tasquera: el carbonero, de quien hemos hablado, y que tenia casi seis pies de alto se precipitó en la sala, separó rudamente al Maestro

de escuela, se aproximó á Rodolfo y le dijo en inglés y en voz baja: Monseñor, Tom y Sarah... están á la esquina de la calle. A estas palabras misteriosas, Rodolfo hizo un movimiento de cólera, tiró un luis sobre el mostrador de la tabernera y corrió hácia la puerta: el Maestro de escuela quiso oponerse á su salida, pero aquél volviéndose, le sacudió en medio de la cara dos puñetazos, tan bien sentados que el toro se trastornó y quedó medio tendido sobre una mesa.

— Viva la carta! ahí conozco mis puñetazos del final! gritó Chourineur: con otras lecciones como ésta, ya sabré como se dán!....

— Vuelto en sí el Maestro de escuela al cabo de algunos segundos, se precipitó en persecucion de Rodolfo: éste habia desaparecido con el carbonero en el oscuro laberinto de las calles de la cité: era imposible hallarle.

Al mismo tiempo que volvía á entrar el Maestro de escuela; echando espuma de rabia, dos sugetos corriendo por el lado opuesto al que Rodolfo habia tomado, se precipitaron en la tasquera, sofocados como si hubiesen andado mucho y con rapidez. Su primer movimiento fué tender la vista por todas partes. Qué desgracia para mí! dijo uno, á un no lo tenemos! paciencia!.... los dias tienen veinte y cuatro horas y la vida es larga, contestó el otro personage, éstos recién venidos se esplicaban en inglés.

## VI.

## TOM Y SARAH.

Los dos personajes que acababan de entrar en la taberna pertenecían á una clase mucho mas elevada que la de sus ordinarios parroquianos.

El uno era alto, delgado, tenia los cabellos casi blancos, las cejas y patillas negras, una cara hermosa y morena, el semblante duro y severo: su sombrero era redondo con gasa negra: tenia abotonada hasta el cuello su larga levita negra, y llevaba sobre el pantalon de paño gris de cuero, unas botas en otro tiempo llamadas á la *suvarovv*. Su compañero, de muy pequeña estatura, vestido tambien de luto, era pálido y hermoso: sus largos cabellos, sus cejas y ojos de un negro subido, hacian resaltar la delicada blancura de su cara: en su modo de andar, en su talle y en la delicadeza de sus facciones, era fácil conocer en este personaje una muger disfrazada de hombre.

—Tom, pedid de beber y preguntad á éstas gentes por él, dijo Sarah, hablando siempre en inglés.

—Bueno, Sarah, respondió el de cabellos blancos y cejas negras.

Sentándose á una mesa mientras que Sarah,

se limpiaba el sudor, dijo á la tabernera en muy buen francés y casi sin acento: señora, tenga usted la bondad de hacer que se nos dé de beber.

La entrada de estos personajes en la taberna habia escitado extraordinariamente la atención: su modo de vestir y sus modales denotaban no estar acostumbrados á frecuentar sitios tan innobles: en su fisonomía inquieta y preocupada se adivinaba que causas de importancia les traían á tan inmundo lugar. El Chourineur, el Maestro de escuela, y la Mochuela los contemplaban con ansiosa curiosidad. La cantora asustada aun de su encuentro con la tuerta, temiendo las amenazas del Maestro de escuela que quería llevarla consigo, se aprovechó de la distracción de éstos dos malvados, se escurrió por la puerta que habia quedado entre abierta, y salió de la taberna. Chourineur y el Maestro de escuela en su posición respectiva, no tenían ningún interés en suscitar nuevas riñas. Participaba de la admiración general la tabernera, sorprendida de unos huéspedes que no estaba acostumbrada á ver.

—Tom la dijo por segunda vez y con alguna impaciencia: «hemos pedido de beber, tenga usted la bondad de servirnos.»

La madre Ponisa, lisongeada con esta cortesía, se levantó del mostrador y fué á recostarse graciosamente sobre la mesa de Tom, y le dijo: quiere usted media azumbre de vino ó una botella lacrada?

—Traed una botella de vino, vasos y agua.

—La tabernera sirvió: Tom la hechó un napoleon y rehusando recibir la vuelta, la dijo: guardadla para vos patrona, y aceptad un vaso de vino.

—Muchas gracias, Señor, dijo la madre Ponisa, mirando á Tom con mas admiracion que reconocimiento.

—Pero diga usted, dijo éste, habiamos dado cita á un compañero para una taberna de esta calle, temo nos hayamos equivocado....

—Esta es la del conejo blanco, para servir á usted.

—Pues es la misma, dijo Tom, haciendo una seña de inteligencia á Sarah.

—Si: en el conejo blanco debia esperarnos.

—No hay dos conejos blancos en la calle, me alabo de ello, dijo orgullosamente la tabernera. Como era su camarada?

—Alto y delgado, cabello y vigote color castaño claro, dijo Tom.

—Espere usted, espere.... sí... el hombre que ahora poco salió.... un carbonero de muy grande estatura vino á buscarle y se marcharon juntos.

—Ellos son, dijo Tom.

—Estaban solos? preguntó Sarah.

—Es decir, el carbonero no ha estado mas que un momento; el otro camarada ha cenado aquí con la cantora y Chourineur: designando con la vista la tabernera al convidado de Rodolfo que estaba aun allí.

Tom y Sarah se volvieron hácia Chourineur.

—Despues de algunos momentos de un minucioso exámen, Sarah dijo en inglés á su compañero: conoceis á ese hombre?

—No; Karl perdió la pista de Rodolfo á la entrada de estas calles oscuras: viendo á Murph disfrazado de carbonero andar alrededor de esta taberna y venir sin cesar á mirar por los cristales, sospechó algo y vino á advertirnos.... Mientras se tenia esta conversacion en voz baja y en lengua estrangera, el Maestro de escuela hablaba al oido á la Mochuela, mirando á Tom y á Sarah y la decia, ese señoron flaco ha dejado cinco francos á la tabernera: luego es media noche, llueve, hace viento, cuando salgan les seguiremos, atolondraré al grande y le quitaré el dinero: está con una muger y no se atreverá á respirar.

—Si el pequeño gritase á la guardia, tengo mi vitriolo en el bolsillo, le romperé la botella en la cara, dijo la tuerta: es bueno dar de beber á los niños para que callen; luego añadió: dime, valenton, la primera vez que encontremos á la Pedrota será necesario llevarla por fuerza y cuando esté en nuestro poder, la frotaremos las narices con mi vitriolo; esto hará que no se envanezca tanto con su hermosa cara.....

—Mira Mochuela, concluiré con casarme contigo, dijo el Maestro de escuela; no tienes igual en destreza y valor.... la noche del tratante en

bueyes..... te juzgué y dije..... «esta es una mujer de provecho, trabajará mejor que un hombre.»

Después de un momento de reflexión, Sarah dijo á Tom indicando á Chourineur: si preguntáramos á este hombre por Rodolfo, quizá supiéramos lo que le habia traído á este sitio. •

—Probemos, dijo Tom; y dirigiéndose á Chourineur: camarada, debíamos encontrar en esta taberna un amigo; ha cenado con usted, puesto que le conoce, díganos usted si sabe á donde ha ido.

—Le conozco porque me ha cascado hace dos horas, defendiendo á la cantora.

—Y usted no le habia visto nunca?

—Jamás.... nos hemos encontrado en el pasadizo de la casa de Bras-Rouge.

—Tabernera! otra botella de vino y del mejor, dijo Tom.

Este y Sarah apenas lo habian gustado, ya la madre Ponisa habia apurado varios vasos sin duda por honrar su cueva.

—Sirvanos usted en la mesa del señor, si nos lo permite, añadió Tom, yendo á colocarse con Sarah al lado de Chourineur, tan admirado como lisongeado de esta política.

El Maestro de escuela y la Mochuela continuaban hablando en voz baja de sus siniestros proyectos. Servida la botella, Tom, y Sarah sentados á la mesa de Chourineur con la tabernera, que creyó superfluo segunda invitacion: siguió el

coloquio: nos decia usted buen hombre, que habia encontrado á nuestro camarada Rodolfo en la casa de Bras-Rouge: dijo Tom, brindando con Chourineur.

—Sí, mi bravo, respondió este vaciando prontamente su vaso.

—Vaya un nombre extraño... Bras-Rouge quien es este Bras-Rouge?

—*Pastica la matulza*, dijo con descuido Chourineur, y luego añadió: buen vino, madre Ponia!

—Esta es la razon por que no debe usted tener vacío su vaso, dijo Tom, llenando el de Chourineur.

—A la salud de usted y la de su amiguito que.. pero basta.... si mi tia fuese hombre, sería mi tío, como dice el refran.....

—Calla truan!

—Yo me entiendo.

—Sarah se sonrojó un poco: Tom continuó: no he comprendido bien lo que usted me ha dicho de Bras-Bouge, salia Rodolfo de su casa?

—Le he dicho que Bras-Rouge *pasticaba la matulza*.

Tom miró sorprendido á Chourineur: que quiere decir *pasticar* la mal.... como dice usted?

—*Pasticar la matulza*: contrabandear: parece que usted no habla en caló!

—Buen hombre, tampoco le entiendo.

—Digo á usted que no habla en caló como el señor Rodolfo.

—Caló! dijo Tom, mirando sorprendido á Sarah.

—Vamos! vamos, son ustedes unos tontos.... pero el camarada Rodolfo es buen compañero; sin embargo que es pintor de abanicos me puede dar lecciones en caló.... bueno! puesto que no habla usted esta hermosa lengua le digo en buen francés que Bras-Rouge es contrabandista, lo digo sin hacerle traicion.... porque él mismo no lo oculta; al contrario se alaba de ello delante de los guardas, pero búsquele usted y atrápele si puede.... Bras-Rouge es muy tuno.

—Que iba á hacer Rodolfo en casa de este hombre? preguntó Sarah.

—A fé de hombre, señor ó señora, como usted quiera, que no lo sé, tan cierto es lo que digo como bebo este vaso de vino: esta noche quise pegar á la cantora, hacía mal porque es buena muchacha: se metió en el pasadizo de la casa de Bras-Rouge, la persigo.... estaba oscuro como en casa del diablo, en lugar de agarrar á la cantora, caigo sobre el Maestro Rodolfo.... que me dá la paga.... pero con una fuerza atroz..... Oh! si.... sobre todo los últimos puñetazos.... caramba! estaban bien festonados! me ha prometido enseñarme esto.

—Que clase de hombre es Bras-Rouge? preguntó Tom: cuales son los géneros que vende?

—Bras-Rouge! toma! vende todo lo que está prohibido, hace lo que está vedado: este es su comercio; no es verdad madre Ponisa?

—Oh! es un mozo que lo entiende, dijo la tabernera.

—Engaña perfectamente á los guardas: mil veces han ido á su covacha y nunca han encontrado nada.

—Buen pícaro es! dijo la tabernera: dicen que tiene en su casa un escondite que dá á un pozo que tiene comunicacion con las catacumbas.

—No obstante, no han podido hallar el escondite, era preciso derribar su covacha para descubrirlo.

—Qué número tiene la casa de Bras-Rouge?

—Número 13 de la calle de las Teves: Bras-Rouge tratante en todo lo que se quiera.... es muy conocido en la Cité, dijo Chourineur.

—Voy á escribir estas señas en mi cartera: si no encontramos á Rodolfo, trataré de indagar en casa de Bras-Rouge, contestó Tom, y puso él la calle y número del contrabandista.

—Puede usted alabarse de tener en el señor Rodolfo un amigo sólido..... dijo Chourineur, y un buen mozo.... sino hubiera sido por el carbonero se hubiera peinado con el Maestro de escuela que está allí bajo en su rincon con la Mochuela.... por vida de!.... mucha paciencia es preciso para no esterminar á esta arrugada bruja, al pensar lo que ha hecho con la cantora.... pero en fin.... un puñetazo nunca se pierde, como dice el otro.

—Debe usted aborrecer á Rodolfo, puesto que le ha pegado?

—Yo aborrecer á un hombre que se porta de este modo? de ninguna manera: pero es extraño ahí está el Maestro de escuela que me ha pegado, y vería con gusto que lo ahorcasen..... por el contrario al señor Rodolfo que lo ha hecho con mucha mas fuerza, no le quiero sino mucho bien: me parece que me sangraría por él y no le conozco sino desde esta noche.

—Usted dice esto porque somos sus amigos.

—No: caramba! á fé de hombre que no!.... mire usted tiene la ventaja de los puñetazos del final.... y sin embargo parece un niño en su trato: no se puede decir mas.... es un Maestro, un Maestro consumado.... y luego le dice á usted unas espresiones.... cosas que llegan al corazon, y cuando mira á uno..... hay en sus ojos yo no se que..... en fin, he sido soldado..... y con un gefe semejante se comería uno la luna y las estrellas.

Tom y Sarah se miraron.

—Le seguirá siempre y por todas partes este dominio? dijo amargamente Sarah.

—Sí... hasta tanto que destruyamos el encanto.

—Sí: es preciso, suceda lo que suceda; dijo Sarah pasándose la mano por la frente como para desterrar un penoso recuerdo.

Las doce de la noche se oían en el relox del Ayuntamiento: el quinqué de la taberna apenas alumbraba, y fuera de Chourineur, sus compañeros, el Maestro de escuela y la Mochuela, todos los demas concurrentes de la taberna se habían retirado.

El Maestro de escuela dijo en voz baja á la Mochuela; vamos á escondernos en la acera de enfrente, veremos salir á estas víctimas y las seguiremos: si toman la izquierda los esperaremos en el esquinazo de S. Eloy: si la derecha los aguardaremos en los escombros por la parte de la tripería, hay un gran hoyo, tengo yo mi plan: dicho esto se dirigieron hácia la puerta el Maestro de escuela y la Mochuela.

—No beben ustedes nada esta noche? les dijo la tabernera.

—Nó madre Ponisa, hemos entrado para ponernos al abrigo del mal temporal, dijo el Maestro de escuela, y salió con la Mochuela.

## VIII.

## LA BOLSA Ó LA VIDA.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse hizo cesar la meditacion en que se hallaban Tom y Sarah; se levantaron, dieron gracias á Chourineur por las noticias que les habia dado, inspirándoles éste menos confianza por la admiracion que, aunque vulgarmente espresada, habia manifestado con toda sinceridad por Rodolfo.

—A la salida de Chourineur el viento era muy fuerte y llovía á torrentes. El Maestro de escuela y la Mochuela estaban ocultos en un portal, en frente de la taberna, vieron que Chourineur se marchaba por la parte de la calle en que habia una casa derribada: pronto sus pisadas, un poco entorpecidas por las frecuentes libaciones de la velada, se confundieron con los silvidos del viento y con el ruido del agua que azotaba las paredes.

Tom y Sarah salieron de la taberna, á pesar de la tormenta tomando una direccion opuesta á la de Chourineur.

—Son perdidos, dijo muy bajo el Maestro de escuela, á la Mochuela: saca tu vitriolo: atencion!

—Quitémonos los zapatos para que no oigan que vamos detras, dijo la Mochuela.

Tienes razon Mochuela, siempre la tienes: no lo habia pensado: escondamos las uñas.

—La horrible pareja se quitó el calzado deslizándose por la oscuridad raspando las paredes. Gracias á esta estratagema, no fueron oidos de Tom y Sarah los pasos de aquellos, sin embargo que casi los tocaban.

—Felizmente el coche está en la esquina de la calle, dijo Tom, porque la lluvia iba á ponernos hechos una sopa: no tiene usted frio! Sarah?

—Quizás podrémos saber algo por el contrabandista, por ese Bras-Rouge, dijo ésta pensativa y sin contestar á la pregunta de Tom, de repente se detuvo éste.

Habia ya muy poca distancia al punto designado por el Maestro de escuela para cometer su crimen.

—Hé equivocado la calle, dijo Tom, debimos tomar la izquierda saliendo de la taberna: hemos de pasar por delante de una casa derribada para hallar el coche: retrocedámos.

—El Maestro de escuela y la Mochuela se echaron en el quicio de una puerta para no ser notados por Tom y Sarah que pasaron tocando casi codo con codo.

—En verdad que me alegro que vayan por la parte de los escombros, dijo muy bajo el Maestro de escuela; si la víctima resiste.... tengo mi plan.

—Después de haber pasado de nuevo por delante de la taberna llegaron Tom y Sarah cerca de una casa arruinada: ésta medio demolida, presentaba sus cuevas abiertas que parecían otras tantas simas, prolongándose todavía la calle.

—El Maestro de escuela dió un brinco con el vigor y la agilidad de un tigre, y agarrando del cuello á Tom con su larga mano le dijo: el dinero ó sinó te echo en este hoyo, y empujando á Tom, hizo que perdiese el equilibrio, con una mano le tuvo por esplicarme así, suspendido encima de la cueva, mientras que con la otra cogió el brazo de Sarah, y le sujetaba como si estuviese dentro de un tornillo.

—Antes que Tom hiciese el menor movimiento, ya la Mochuela lo había despojado con una destreza admirable.

Sarah no gritó, ni trató de desembarazarse, antes por el contrario, dijo con calma: Tom desles usted su bolsa; y dirigiéndose al ladrón, «no gritamos, no nos hagan ustedes daño.»

—La Mochuela, después de haber registrado escrupulosamente los bolsillos de las dos víctimas, dijo á Sarah.

—Veamos tus manos si tienen anillos; nó, dijo la vieja refunfuñando: no tienes quien te dé sortijas?..... que miseria!

—Tom no perdió su calma habitual mientras esta escena tan rápida como inesperada, y dijo al Maestro de escuela que ya le oprimía menos: quiere usted hacer un trato? mi cartera con-

tiene papeles que le son inútiles: démela usted, y mañana le daré veinte y cinco luisas.

—Sí; para tendernos una red, respondió el ladrón: vamos, arrea sin volver la vista: eres dichoso de salir también.

—Aguarda dijo la Mochuela, si es hombre de bien tendrá su cartera, hay un medio, y dirigiéndose á Tom: conoce usted la llanada de S. Dionisio?

—Sí.

—Sabe usted donde está San-Ouen?

—Sí.

—Enfrente de San Ouen, á la conclusion del camino de la Revuelta, la llanada es grande, atravesando los campos se ve de lejos, vaya usted á aquel punto, traiga usted el dinero y me hallará; y dándomelo con una mano le entregaré con la otra su cartera.

—Pero te peinará, Mochuela?

—No soy tan tonta, no puede ser.... se ve de muy lejos: no tengo mas que un ojo.... pero es bueno: si la víctima viene con alguno, á nadie hallará, ya habré levantado los reales.

Sarah pareció iluminada con una nueva idea: quíeres ganar dinero?

—Sí.

—Has visto en la taberna, de donde acabamos de salir, porque ahora te conozco, has visto al hombre que el carbonero vino á buscar?

—Uno delgado de vigote?

—Sí.

—Iba á comer un pedazo de esa máscara, pero no me ha dado tiempo..... me ha atolondrado con dos puñetazos y me ha tirado sobre la mesa.... es la primera vez que me ha sucedido.... Oh! ya me vengaré!

—Pues bien de él se trata, dijo Sarah.

—De él? gritó el Maestro de escuela: deme usted mil francos y le mato.

—Sarah!..... gritó Tom con espanto.

—Miserable! no se trata de matarle..... dijo Sarah al Maestro de escuela.

—Pues entonces, de qué?

—Venga usted mañana á la llanada de S. Dionisio, hallará á mi compañero contestó, verá usted que va solo y le dirá lo que ha de hacer: no son mil francos, son dos mil los que le daré.... si usted consigue el objeto.

—Picaron! dijo muy bajo la Mochuela al Maestro de escuela: se puede ganar dinero, es gente rica que quiere jugar una pieza á un enemigo; este enemigo es el pelon á quien querías sacar las tripas..... es necesario acudir..... yo iré en tu lugar..... dos mil francos! tunante! esto es algo!

—Bien! mi muger irá dijo el Maestro de escuela, usted la dirá lo que hay que hacer, y veremos.

—Corriente: mañana á la una.

—A la una.

—En la llanada de San Dionisio.

—Buena.

—Entre San-Ouen y el camino de la Revuelta, al fin del camino.

—Está dicho.

—Y llevaré á usted su cartera.

—Y tendrá usted los quinientos francos prometidos y una cantidad á cuenta del otro asunto, si usted se pone en la razon.

—Ahora vayan ustedes por la derecha, nosotros por la izquierda, no nos sigan ustedes, porque si..... y se alejaron el Maestro de escuela y la Mochuela.

—El demonio ha venido á ayudarnos, dijo Sarah, este bandido puede servirnos.

—Sarah, ahora tengo miedo..... dijo Tom.

—Yo no : al contrario tengo esperanzas... pero venga usted : reconozco el terreno : el coche no puede estar lejos, y á largos pasos se dirigieron los dos personajes hácia el atrio de Nuestra Señora.

Un testigo invisible habia asistido á esta escena: era Chourineur que se habia metido entre los escombros para librarse del agua. La proposicion hecha al ladron con respecto á Rodolfo interesó en extremo á aquél, y se asustó de los nuevos peligros, que amenazaban á su nuevo amigo; sentía no poder libertarle de ellos y su odio contra el Maestro de escuela quizá ocasionó este buen sentimiento: resuelto á prevenir á Rodolfo del riesgo que corria, no sabia como hacerlo: habia olvidado las señas del que se de-

cia pintor en abanicos: quizá Rodolfo no volvería á la tasquera y en este caso cómo pudiera hallarle?

En estas reflexiones habia seguido maquinalmente á Tom y Sarah, y los vió subir en un coche delante del atrio de Nuestra Señora. El coche partió, é iluminado con una idea feliz, fué detras. A la una paró el coche en el baluarte del observatorio, desapareciendo Tom y Sarah en una de las muchas callejuelas que van á este punto, estando la noche muy oscura, Chourineur no pudo señalar ningun sitio que le pudiera hacer conocer con exactitud al dia siguiente el ea que se encontraba: en esta situacion, con la sagacidad de un salvage, saca su navaja hace una larga y profunda abertura en uno de los árboles cerca de los cuales se habia detenido el coche; y en seguida se volvió á su posada de donde se habia alejado considerablemente.

Por la primera vez, despues de mucho tiempo, gozó el Chourineur de un sueño tranquilo que no fué interrumpido con la horrible vision del *matadero de los sargentos*, como él decia en su tosco language.

## VIII.

## EL PASEO.

Al día siguiente de la noche en que habian pasado los acontecimientos que acabamos de referir, un sol hermoso de otoño brillaba en medio de un cielo puro, habiéndose pasado la tormenta: el horroroso distrito donde el lector nos siguió, á pesar de estar obscurecido por la altura de las calles, visto á la claridad del sol, presentaba un golpe de vista menos desagradable.

Sea que Rodolfo no temiese ya el encuentro de las dos personas de quienes habia huido la víspera, ó que le importase poco el verse con ellas, el hecho es que á las once del día entró en la calle de las Feves y se dirigió á la taberna: estaba vestido de trabajador, pero se notaba en su traje cierta elegancia: abierta la blusa se veía la chaqueta interior de lana encarnada cerrada con muchos botones de plata, el cuello de la camisa blanca de lino se doblaba en su corbata de seda negra, anudada con cierto descuido al rededor de su cuello: se dejaban ver algunos rizos de sus cabellos color de castaño claro por debajo de su gorro de terciopelo de seda azul celeste con visera de charol: botas muy lustradas reemplazaban á los zapatos con clavos de

la víspera, dejando ver un hermoso pie, que parecía tanto mas pequeño, cuanto que salía de un pantalon de terciopelo extraordinariamente ancho. Este traje favorecía á la elegancia del físico de Rodolfo, mezcla rara de gracia, agilidad y fuerza. Son tan feos nuestros vestidos que no se puede dejar de ganar en abandonarlos, aun cambiándolos por los mas vulgares. La tabernera se paboneaba por el umbral de la tasquera al tiempo que Rodolfo se presentó.

—Servidora de usted, jóven! viene usted, sin duda, á buscar la vuelta de sus veinte francos? dijo esta con cierta deferencia, no atreviéndose á hacerse la olvidadiza de que el vencedor de Chourineur le habia tirado sobre el mostrador un luis: le sobran á usted diez y siete francos, y diez sueldos..... no es todo..... ayer vinieron á buscar á usted un señor grande, bien cubierto, tenia en las piernas botas de corazon, como un tambor mayor vestido de paisano, y traía de bracero una muger pequeña, disfrazada de hombre: bebieron del sellado con Chourineur.

—Ah! bebieron con Chourineur! y qué le digeron.

—Cuando digo que bebieron me equivoco, no hicieron mas que llegar los basos á sus lábios.

—Te pregunto que digeron á Chourineur?

—Le hablaron de varias cosas: que se yo! de Bras-Rouge, de la lluvia y del buen tiempo.....

—Conocen á Bras-Rouge?

—Al contrario, Chourineur les ha explicado

quien era éste sugeto..... y como usted le habia zurrado.....

—Bueno, no se trata de eso.

—Pide usted su moneda?

—Si..... llevaré á la cantora á la campiña.

—Oh! eso es imposible!

—¿Por qué?

—Podiera no venir! sus vestidos son míos, sin contar que me debe todavía doscientos veinte francos para concluir de pagar su manutencion y el alquiler de su cuarto desde que la tengo en mi compañía; si no fuese honrada, como lo és, no la dejaría ir mas lejos que á la esquina de la calle, á lo menos.....

—La cantora te debe doscientos veinte francos?

—Doscientos veinte francos y diez sueldos; pero qué importa á usted esto? cualquiera diría que los va usted á pagar! Quiere usted hacer el Milord?

—Toma, dijo Rodolfo echando once luisés sobre el estaño del mostrador; cuanto vale el saco que la tienes alquilado?

—Deslumbrada la vieja examinaba los luisés uno por uno con cierto aire de duda y de desconfianza.

—Mira! creés que te doy moneda falsa? envía á cambiar este oro y concluyamos..... cuanto vale el hábito que has alquilado á esta desgraciada?

—La tabernera, dividida entre el deseo de hacer un buen negocio, la admiracion de ver á un

trabajador, que poseía tanto dinero, el temor de ser engañada y la esperanza de ganar mucho mas todavía, guardó un momento silencio y luego dijo: sus vestidos valen á lo menos.... cien francos.

—Semejantes harapos! vamos! guardarás la moneda de ayer y te daré todavía un luis, nada mas: dejarse desollar por tí..... es robar á los pobres que tienen derecho á las limosnas.

—Pues bien! buen mozo, guardo mis vestidos: la cantora no saldrá de aquí: soy libre en vender mis cosas en lo que quiero.

—!Que lucifer te abra se un dia segun mereces! ahí está tu dinero, ve á buscar á la cantora.

—La tabernera se embolsó el oro, pensando que el trabajador habria cometido un robo ó tenido una herencia, y le dijo con innoble sonrisa: porque, hijo mio, no sube usted mismo á buscar á la cantora?..... esto la agradaria..... porque á fé de madre Ponisa! ayer guiñaba á usted con.....

—Vete á buscarla y dila que la llevaré á la campiña, y nada mas; sobre todo que no sepa que he pagado su deuda.....

—Porqué pues?

—Qué te importa?

—Efectivamente me es igual; quiero mas que se crea bajo mi dominio.....

—Te callarás? subirás?

—Oh que mirar tan malo! compadezco á los que usted quiere mal!.....

—Vamos! voy..... voy; y subió la tabernera.

Al cabo de algunos minutos bajó diciendo: la cantora no quería creerme: se ha puesto como un carmesí cuando ha sabido que estaba usted aquí.. pero creí que se volvía loca al saber que la permitía pasar el día en el campo, por la primera vez de su vida la he visto con ganas de saltarme al cuello.

—Era..... la alegría de dejarte.

Flor de Maria entró en este momento, vestida como la vispera: vestido de alepin oscuro, chal color de naranja anudado por la espalda y papalina de cuadros encarnados dejándose tan solamente dos gordas trenzas de cabellos rubios. Al ver á Rodolfo se ruborizó y bajó los ojos con aire confuso.

—Quiére usted venir, hija mia, á pasar el día en el campo? dijo Rodolfo.

—Con mucho gusto, dijo la cantora, puesto que la Señora lo permite.

—Te lo autorizo, gatita mia, por tu buena conducta..... de que eres el adorno..... vamos ven á abrazarme; y la furia infernal presentaba á Flor de Maria su in noble rostro, lleno de granos y costra: ésta sobreponiéndose á la repugnancia que la causaba acercó su frente á los lábios de la tabernera; pero Rodolfo con un golpe que la sacudió con el codo rechazó á la vieja hasta su mostrador, tomó el brazo de Flor de Maria y salió de la taberna en medio de las maldiciones de la madre Ponisa.

—Guárdese usted, señor Rodolfo, dijo la can-

tora, la tabernera vá á tirar á usted cualquiera cosa á la cabeza: es tan mala!

—Tranquilizaos, hija mia, pero qué tiene usted! Parece que está usted confusa..... triste..... acaso no tiene usted gusto de venir conmigo?

—Al contrario..... pero..... pero me dá usted el brazo.

—Y qué?

—Usted es trabajador..... cualquiera puede decir á su maestro que le han encontrado conmi-go..... esto le perjudicaría á usted: á los amos no les gusta que sus oficiales tengan mala conducta, y la cantora sacó su brazo con mucha dulzura de el de Rodolfo; añadiendo: vaya usted solo!..... le seguiré hasta la puerta..... una vez en el campo me reuniré á usted.

—No tema usted nada contestó Rodolfo, enternecido de esta delicadeza, y volviendo á tomar el brazo de Flor de Maria, añadió, mi maestro no vive en este cuartel y ademas que vamos á buscar un coche al arrecife de las flores.

—Lo creo y lo agradezco.

—Pero con franqueza le es á usted indiferente ir á cualquier punto del campo?

—Me es igual, señor Rodolfo, con tal que sea á la campiña..... es tan agradable!..... el aire que se respira es tan bueno! sabe usted que hace cinco meses que no he estado mas lejos que del mercado de las flores?

—Y cuando venia usted á este mercado era para comprar flores?

—Oh! no! no tenía dinero: venia tan solo por verlas y respirar su buen olor... en la media hora que la tabernera me permitía estar en el arrecife los dias de mercado, todo lo olvidaba.

—Y al entrar en su casa..... en estas infames calles....?

—Volvía mas triste que habia salido..... y me enjugaba las lágrimas para que no me pegase: mire usted..... en el mercado..... lo que me daba envidia, oh! mucha envidia! era ver á las oficiales muy limpietas que se iban tan alegres con un tiesto de flores en el brazo.

—Estoy seguro que si hubiese usted tenido algunas flores solamente en su ventana, la hubieran hecho compañía.

—Es mucha verdad lo que usted dice, señor Rodolfo; figúrese usted que un dia la tabernera, sabiendo mi gusto, me dió un rosal: si usted supiese cuan feliz era! ya no estaba triste! no hacia mas que mirar mi rosal... me divertía en contar sus hojas, sus flores.... pero el aire es tan malo en la Cité, que al cabo de dos dias principió á marchitarse.... entonces..... pero usted se va á burlar de mi.

—No, no, continúe usted.

—Pues bien! entonces pedí permiso á la tabernera para salir y llevar de paseo á mi rosal... si... como si hubiese llevado á un niño: lo llevé al arrecife porque me figuraba que estando con otras flores en aquel buen aire, tan fresco y embalsamado le haria bien: mojaba sus pobres ho-

jas marchitas en la hermosa agua de la fuente y para secarle lo ponía al sol mas de un cuarto de hora.... este querido rosalito no veía jamás el sol en la Cité, porque en nuestra calle no baja mas que hasta el techo... en fin volvía.... pues bien! aseguro á usted, señor Rodolfo, que, gracias á estos pascos, mi rosal vivió diez dias mas que no hubiera vivido sin esto.

—Lo creo, cuando murió fué una grande pérdida para usted?

—Lo lloré: fué un verdadero disgusto.... mire usted, señor Rodolfo, puesto que comprende que se pueden amar las flores, puedo decirle que le estaba reconocida..... de..... Ah! esta vez se va usted á reír de mí....

—No, no! amo.... adoro las flores, así es que comprendo todas las locuras que se hacen por ellas, ó inspirados de ellas.

—Pues bien! estaba reconocida á este pobre rosal de florecer tan hermosamente para mí.... á pesar.... en fin sin embargo de lo que yo era...

Y la cantora bajó la cabeza quedando su cara hecha una grana de vergüenza.

—Desgraciada niña! con esta convicción de su horrible posición, habrá usted muchas....

—Tenido deseos de morir, no es verdad, señor Rodolfo? dijo la cantora interrumpiendo á su compañero, Oh! sí! bien á menudo he mirado el Sena por encima del puente.... pero luego miraba las flores, el sol.... y entonces me decía, aquí estará siempre el río: no tengo aun diez

y siete años.... quien sabe?

—Cuando decia usted *quien sabe*.... tenia esperanzas?

—Si...

—Y cuales eran estas?

—No lo sé.... esperaba.... si, esperaba á pesar mio.... en aquellos momentos me parecia que no era merecedora de mi suerte: que tenia en mi misma algo de bueno: me decia: me han atormentado mucho, pero á lo menos no he hecho mal á nadie.... si hubiese tenido alguno que me aconsejára, no me hallaria en el estado en que me encuentro!.... esto mitigaba un poco mi tristeza... es preciso decir que estos pensamientos me afligieron mas comunmente despues que perdí mi rosal, añadió la cantora con tono tan solemne que hizo sonreir á Rodolfo.

—Siempre el mismo sentimiento....

—Oh! si! mire usted, y sacó la cantora de su bolsillo un lío de madera muy bien cortada y atado con corteza de ramo de rosa.

—Usted le ha conservado?

—Ya lo creo.... esto es todo lo que poseo en el mundo.

—Como! no tiene usted nada que la pertenezca?

—Nada...

—Y este collar de coral.

—Es de la tabernera.

—Como! no tiene usted un mal trapo, una papalina, un pañuelo?

—No, nada... nada... mas que las ramas secas de mi rosal: por esta razon le quiero tanto.

—A cada palabra de estas se redoblaba la admiracion de Rodolfo: no podia comprender esta espantosa esclavitud: esta venta terrible del cuerpo y del alma por un abrigo indecente, algunos harapos y una inmunda comida. (1)

—Rodolfo y la cantora llegaron al muelle donde les esperaba un fiaere, hizo aquel subir á la cantora y en seguida él, diciendo al cochero: á san Dionisio.

El coche partió: el sol estaba radiante, el cielo sin nubes, el frio se hacía sentir un poco, y el aire penetrante y fresco entraba por las hendiduras de los cristales que habian bajado.

—Toma! un pañuelo de muger! dijo la cantora notando que se había sentado sobre este ropage que no había visto.

—Si es para usted, hija mía, lo he tomado por que temia que tuviese usted frio, envuelva-se usted bien.

—Poco acostumbrada á tales atenciones la pobre muchacha miró á Rodolfo con sorpresa: la

(1) Si nos fuese permitido entrar en detalles que nos espantan, probaríamos que existe esta esclavitud porque las leyes de policia la protegen, de modo que una desgraciada criatura, vendida muchas veces por sus parientes y echada en este abismo de infamia, está, por decirlo de una vez, condenada á vivir en ella: su arrepentimiento, sus remordimientos son inútiles y que es casi materialmente imposible que pueda salir de este lodazal (véase la magnífica obra del Doctor Parent-Duchatelet), obra de un gran filósofo y de un hombre de bien.) Nota del autor.

especie de timidez que éste la causaba se aumentaba como tambien una tristeza vaga no sabiendo á que atribuir la causa.

—Dios mio! señor Rodolfo; que bueno es usted! esto me avergüenza.

—Por qué soy bueno?

—No; pero.... me parece que usted no habla ahora como ayer, es usted otro [distinto.

—Veamos Flor de María, qué quiere usted mas, que sea el Rodolfo de ayer.... ó el Rodolfo de hoy?

—Le quiero á usted mas como ahora..... sin embargo ayer me parecia que era su igual..... y luego arrepintiéndose de lo que habia dicho y temerosa de haber humillado á Rodolfo; volvió á decir: cuando digo su igual..... señor Rodolfo, sé muy bien que esto no puede ser.

—Hay una cosa que admiro en usted!

—Y cual, señor Rodolfo?

—Parece que ha olvidado lo que la Mochuela dijo á usted ayer de sus padres..... que conocía á la madre de usted.

—Ah! no lo he olvidado..... en ello he pensado toda la noche..... he llorado mucho.... pero estoy segura que esto no es cierto.... y que la tuerca lo ha inventado para mortificarme....

—Puede ser que la Mochuela esté más instruida que á usted le parezca: si fuese asi, no se consideraría feliz de hallar á su madre?

—Ah! señor Rodolfo! si mi madre no me amó nunca.... para que encontrarla? no quisiera ni aun verme.... si me ha amado.... que vergüen-

za la causaré! quizá moriría de ella.

—Si su madre ha querido á usted, Flor de María, tendrá! perdonará á usted, y la amará todavía: si abandonó á usted... viendo el estado á que la redujo su abandono.... su vergüenza vengará á usted

—Y para que sirve el vengarse? y luego si me vengaba ya no tendría el derecho de quejarme de ser desgraciada... y esto me consuela muchas veces.....

—Quizá tiene usted razon... no hablemos mas.

En este momento llegaba el coche cerca de San-Ouen en la encrucijada del camino de San Dionisio y la Revuelta.

—Sin embargo de la monotonía que presentaba el país, quedó tan transportada, Flor de María, al ver los *campos*, como ella decia, que, olvidando los tristes pensamientos, que el recuerdo de la Mochuela acababa de renovar, su hermosa cara se dilató; se inclinó á la portezuela dando palmadas y gritando: señor Rodolfo, que gusto!..... yerba! campos! si quisiera usted dejarme bajar..... hace tan buen tiempo! tendría tanto placer en correr por estos prados!.....

—Corramos, hija mia.... Cochero, pare usted...

—Como! usted tambien, señor Rodolfo? y éste y la cantora dándose la mano principiaron á correr á escape por un gran trozo de retoño tardío recién segado: pintar los saltos, los gritos de alegría y el entusiasmo de Flor de María nos sería imposible: la pobre calandria, tanto tiempo

presa, aspiraba el aire puro con enagenamiento! Iba, venia, se paraba, volvía á correr con nuevos transportes: al ver algunas mazorcas de margaritas y flores de ranunculos que no habian marchitado las primeras escarchas, la cantera no pudo contener sus nuevas exclamaciones de alegría, diciendo cogereé todas estas flores, y ni una quedó en el prado.

Asi que hubo corrido por todo el campo, cansada bien pronto, porque no estaba acostumbrada al ejercicio, la jóven, deteniéndose para respirar, se sentó sobre un tronco de un árbol derribado al borde de un foso profundo: el rostro transparente y blanco de Flor de Maria, comunmente pálido, se cubrió con los mas vivos colores: brillaban con la mayor dulzura sus grandes ojos azules: sus lábios de coral en continuo movimiento dejaban ver dos carreras de liquidas perlas, su pecho palpitaba bajo de su viejo y pequeño chal de color de naranja, apoyando una de sus manos en el corazon para comprimir las pulsaciones, y con la otra presentaba á Rodolfo el ramillete de flores que habia cogido en el campo: nada mas encantador que la espresion de alegría inocente que brillaba en su cándida fisonomía. Asi que pudo hablar Flor de Maria dijo á Rodolfo con acento de una felicidad profunda de reconocimiento, casi religioso: ¡que bueno es el señor en darnos un dia tan hermoso! una lágrima humedeció los ojos de Rodolfo al oír á esta pobre muchacha abandonada, despreciada, per-

dida, sin asilo y sin pan, dar un grito de felicidad y de gratitud inefable hácia el criador por que gozaba de un rayo de sol y de la vista de una [pradera. . . . .]

Rodolfo salió de esta contemplacion por un accidente imprevisto.

## IX.

## LA SORPRESA.

Dijimos que la cantora se habia sentado sobre un tronco de un árbol caído orilla de un foso profundo.

De repente salió de él un hombre que se habia ocultado entre sus escombros, sacude el polvo de que estaba cubierto y dá una carcajada formidable.

La cantora se volvió dando un grito de espanto.

Era Chourineur: no tengas miedo hija mia, la dijo este, viendo el susto de la jóven que se refugió hácia su compañero: vaya un famoso encuentro, eh! Maestro Rodolfo, usted no me esperaba? ni yo tampoco.... y luego añadió con tono serio: mire usted, Maestro.... mire usted, se dirá lo que se quiera.... pero hay algo en el cielo.... allá arriba.... encima de nuestras cabezas.... el señor de los señores es muy astuto, pues me parece que dice al hombre; vete por donde yo te llevo.... puesto que él nos ha traído aqui á los dos, lo que es endemoniadamente admirable!

—Que hacías aqui?... dijo Rodolfo muy sorprendido.

—Estoy vigilando por usted, mi Maestro.... pero caramba! que bien vestido viene usted?

—Quien diablos os ha hecho venir á esta sazón á las cercanías de mi casa de campo?...

—Mire usted, algo hay.... decididamente hay algo....

—Pero en fin que hacias aqui?

—Luego lo sabrá usted, deme solamente permiso para subir al coche que será mi observatorio, y corrió hácia él que estaba parado á poca distancia, echó una mirada penetrante por todos los puntos de aquella inmensa llanura, y volvió con presteza á reunirse con Rodolfo.

—Me esplicarás lo que todo esto significa?

—Paciencia! paciencia! Maestro.... una palabra aun, qué hora es?

—Las doce y media, dijo Rodolfo mirando á su reloj.

—Bueno!.... tenemos tiempo.... la Mochuela no vendrá sino dentro de media hora.

—La Mochuela! gritaron á la vez Rodolfo y la jóven.

—Si.... la Mochuela: en dos palabras, Maestro.... la historia es, que ayer, cuando dejó usted la taberna, vinieron....

—Un hombre muy alto con una muger vestida de hombre, preguntaron por mí, lo sé y luego?

—Y luego me pagaron lo que bebí y quisieron que charlase sobre usted.... pero yo no quise decir nada.... puesto que usted no me ha co-

municado otra cosa mas que la tanda que me dispensó.... nada sabía de los secretos de usted,.. el diablo me lleve si sé mas; por que le tengo como quien diria el cariño que un perro dogo tiene á su amo.... pero es igual.... asi es.... es mas fuerte que yo, no me mezclo en mas.... esto le toca á usted... compongaselas usted....

—Te lo agradezco, muchacho, pero continúa.

—El señor alto y la mugereilla vestida de hombre, viendo que nada sacaban de mi, salieron de la taberna y yo tambien.... ellos por la parte del palacio de justicia, y yo por la de nuestra Señora: llegado que fui al cabo de la calle, noto que caía muchisima agua.... una lluvia de diluvio! habia cerca una casa derribada, y me dije: si el diluvio dura mucho tiempo, tambien dormiré aqui como en mi posada: metime en una especie de cueva donde estaba á cubierto: hago mi cama de una viga grande y vieja, y por cabecera un gran yeson y cáteme usted acostado como un Rey....

—Y luego.... luego, qué sucedió?

—Habiamos bebido juntos, Maestro Rodolfo; bebi luego con el señoron y la señorita vestida de hombre: es decir á usted que tenia la cabeza pesada.... con esto no hay cosa que me arrulle mejor que el agua: principio á dormirar, y hacia creo poco tiempo que dormia, cuando me despierta sobresaltado un ruido: era el Maestro de escuela que hablaba como quien dice amigablemente con otro.... escucho y.... diablo! quien

era? el señoron, que había venido á la tasquera con la señorita vestida de hombre!

—Hablaban con el Maestro de escuela y la Mochuela? dijo Rodolfo, estupefacto.

—Con el Maestro de escuela y la Mochuela.... estaban concertando de verse juntos al dia siguiente....

—Hoy es.... dijo Rodolfo.

—A la una.

—Va á dar.

—En la encrucijada de S. Dionisio y la vuelta....

—Aquí es!

Así es, como usted dice, ¡aquí es!

—El Maestro de escuela!.... guárdese usted, señor Rodolfo! exclamó Flor de María.

—Tranquilízate, hija mía; él no debe venir.... y solo sí, la Mochuela....

—Como ha podido este hombre ponerse en relaciones con estos dos miserables? dijo Rodolfo.

—No sé nada, y luego que hube de despertar al fin de la conversacion, por que el señor hablaba de rescatar su cartera, que la Mochuela debé traerle á este punto.... en cambio de quinientos francos; se debe creer que el Maestro de escuela principió por robarles.... y que despues se pusieron á hablar como amigos.

—Es muy estraño.

—Dios mio! esto me espanta por usted, señor Rodolfo, dijo Flor de María.

—El Maestro Rodolfo, no es un niño, hija mía,

pero como tu dices, esto pudiera ir mal.... para él.... y aquí estoy yo.

—Continúa, muchacho.

—El señor y la señorita han prometido dos mil francos al Maestro de escuela.... para hacer á usted.... yo no sé qué; la Mochuela es la que debe venir al momento para traer la cartera y saber de qué se trata, para ir á decirlo al Maestro de escuela, quien está encargado de lo demás.

Flor de María tembló, Rodolfo se sonrió desdenosamente.

—Dos mil francos por hacer á usted alg una cosa! señor Maestro Rodolfo.... esto me hace pensar (perdone usted la comparacion) que cuando veo fijado un cartel de quinientos francos de recompensa por un perro perdido, me digo modestamente á mi mismo: si tu te perudieses, animal no habria quien para hallarte diese ni cinco francos..... dos mil francos por hacer alguna cosa!.... pues quien es usted?

—Luego te lo diré.

—Basta, Maestro.... cuando oí esta proposicion hecha á la Mochuela, me dije: es preciso que sepa donde viven estos ricos que azuzan al Maestro de escuela contra el señor Rodolfo: esto puede servir; cuando se alejaron, salgo de mi cueva, los sigo á paso de lobo: el señor y señora entran en un fiacre que les esperaba en el atrio de nuestra Señora, yo detras, y llegamos al arrabal del observatorio: estaba oscura la noche como un horno, nada se podia ver: doy una cuchillada á un

árbol para reconocer el sitio al día siguiente.

—Muy bien, amigo.

—Esta mañana he vuelto.... á diez pasos de mi árbol he visto una callejuela cerrada por una puerta..... en el barro de la callejuela pisadas pequeñas y grandes..... al fin de ésta una casa... el nido del señor y de la señora debe estar allí.

—Gracias, valiente; me haces sin ninguna duda, un gran servicio.

—Perdone usted! escúseme usted! Maestro Rodolfo; lo creía así.... y esta es la razón por que los seguí.

—Lo sé, amigo, y quisiera recompensar tu servicio de otro modo que con gracias.... desgraciadamente no soy más que un pobre diablo de trabajador, aunque den, como dice dos mil francos por hacerme alguna cosa.... te lo voy á explicar....

—Bueno, si le agrada, si no me es indiferente.... quieren darle un golpe, me opongo..... lo demás no me importa.

—Ya adivino lo que quieren.... escúchame con atención: tengo un secreto para cortar con máquina el marfil de los abanicos, pero no pertenece á mí tan solo: espero á mi socio para poner en práctica este procedimiento, y seguramente quieren apoderarse á cualquier precio del modelo de la máquina que tengo en mi casa, por que se puede ganar mucho dinero con esta invención.

—El señor y la señora.... son?

—Los fabricantes en cuya casa he trabajado.... y á quienes no he querido descubrir mi secreto.

Esta esplicacion satisfizo á Chourineur, cuya inteligencia no estaba muy desarrollada y contestó: ahora lo comprendo.... vea usted los canallas!.... que ni aun tienen el valor de dar ellos mismos el golpe.... mas para concluir, esto es lo que me dije esta mañana: sé la cita del grande y la Mochuela, voy á esperarlos, tengo buenas piernas: mi Maestro el descargador me esperará; tanto peor para él.... llego á este punto.... veo este escondite, tomo una brazada de paja allí abajo, me escondo hasta las narices y espero á la Mochuela.... y hetelo á usted en la llanura, y á la pobre cantora que viene á sentarse precisamente al borde de mi parque, entonces, á fé de hombre quise hacer la comedia y he gritado como un quemado al salir de la huronera.

—¿ Y cual es tu designio?

—Esperar la Mochuela que vendrá, bien seguro, la primera: oir lo que diga al grande, por que esto puede servir á usted: no hay mas que este tronco de árbol derribado en el campo, desde este sitio se vé por todas partes la llanura, parece hecho á propósito para sentarse.... el lugar de la cita de la Mochuela está á cuatro pasos, en la encrucijada del camino: se puede apostar á que vendrán á sentarse en este sitio.... si no viesen.... si no pudiese oirles.... cuando se separan caigo sobre la Mochuela, esto será siempre,

la pago lo que la debo por el diente de la cantora y la refuerzo el pescuezo hasta que me diga el nombre de los padres de la pobre muchacha.... qué dice usted de mi idea, Maestro Rodolfo?

—Hay cosas buenas, pero es preciso corregir tu plan.

—Oh! Chourineur, no se ponga usted en mal por mí.... si pega usted á la Mochuela, el Maestro de escuela.... dijo Flor de María.

—Basta, hija mía.... la Mochuela pasará entre mis manos.... caramba! justamente por que tiene para defenderla al Maestro de escuela doblaré la dosis.

—Escucha, camarada, tengo mejor medio de vengar á la cantora de las maldades de la Mochuela: te lo diré luego: al presente, dijo Rodolfo alejándose algunos pasos de la cantora y bajando la voz, por ahora, quieres hacerme un servicio grande?

—Hable usted mi Maestro.

—La Mochuela no te conoce?

—Por la primera vez la ví ayer en la tasquera.

—Mira! lo que debes hacer.... por de pronto te ocultarás, pero cuando la veas cerca de aquí saldrás de tu nido.

—Para retorcerla el cuello....

—No.... mas tarde!.... pero ahora debes solamente impedir que hable con el grande.... viendo alguno con ella no se atreverá á acercarse....

si lo hiciese no te separes de ella ni una pulgada.... no podrá hacerle ninguna proposición delante de ti.

—Si el hombre me llama curioso....

—Dices, hago mi negocio.... por que no es ni un Maestro de escuela, ni un Maestro Rodolfo, conozco al hombre, no se batirá contigo.

—Muy bien, sigo á la Mochuela, como su sombra: él no dice una palabra que no la oiga, y concluye marchándose.

—Si conviniesen en otra cita, tu la sabrás, puesto que no los dejarás.... ademas que tu presencia alejará al sugeto.

—Bueno, bueno: despues doy una vuelta á la Mochuela? tengo empeño en esto.

—Todavía no: la tuerta no sabe, si tu eres ó no ladrón?

—No: á menos que el Maestro de escuela no le haya dicho que no es mi idea esta.

—Si se lo hubiese dicho, tu fingirás haber cambiado de modo de pensar.

—Yo!

—Tú!

—Caramba! señor Rodolfo.... pero dígame usted..... hum..... hum..... esta farsa no me gusta.

—No harás mas que lo que quieras..... y verás si te propongo alguna infamia....

—Ah! por lo que respecta á eso estoy tranquilo.

—Y puedes estarlo....

—Hable usted..... obedeceré:

— Una vez alejado el hombre, tratarás de halagar á la Mochuela.

—Yo..... á esta vieja fea?..... mas quisiera batiirme con el Maestro de escuela: y no sé como he de hacer para no saltar al momento sobre sus faldas.

—Entonces lo pierdes todo.

—Pues qué tengo de hacer?

—La Mochuela estará furiosa, por la buena ocasion, que habrá perdido: tratarás de calmarla, diciéndola que sabes donde se puede dar un buen golpe de mano, que estás esperando á tu cómplice y que si el Maestro de escuela quiere entrar..... habrá mucho oro que ganar.

—Toma..... toma.....

—Al cabo de una hora de espera la dirás, «mi camarada no viene..... es que no es tiempo» y darás una cita á la Mochuela y al Maestro de escuela..... para mañana..... temprano; lo entiendes?

—Comprendo.

—Y esta noche á las diez te hallarás al esquinazo de los campos-eliseos y al del paseo de las viudas: me uniré contigo y te diré lo demas.

—Si es un lazo, mírelo usted bien!..... el Maestro de escuela es malo.... usted le ha batido..... sin la menor duda, y es capaz de matar á usted.

—Tranquilizate.

—Caramba! parece mentira..... pero usted hace lo que quiere conmigo. .. esto no me embaraza, cierta cosa me dice que hay caldo ó de beber

para el Maestro de escuela y la Mochuela..... sin embargo..... todavía una palabra, señor Rodolfo.

—Habla.

—No es que crea á usted susceptible de tender una red al Maestro de escuela para que le peine la policía..... es un malvado consumado que merece cien veces la muerte..... pero hacerle prender..... no entro en ello.

—Ni yo tampoco, mi valiente! pero tengo una cuenta que arreglar con él y la Mochuela, puesto que conspiran con las gentes que me quieren mal..... nosotros dos conseguiremos el fin si tú me ayudas.

—Oh! bien... .. puesto que el macho no vale mas que la hembra..... convengo.

—Y si salimos bien, añadió Rodolfo con tono sério, casi solemne, que sorprendió á Chourineur estarás tan orgulloso, como cuando salvaste del fuego y del agua al hombre y la muger que te deben la vida.

—Cómo dice usted eso, maestro Rodolfo!..... no he visto á usted nunca semejante mirada! ... pero pronto, pronto, gritó Chourineur, veq allá bajo..... allá bajo un punto blanco, debe ser el capillo de la Mochuela..... marchad, me vuelvo á mi escondite.

—Esta noche á las diez.

—Al esquinazo del paseo de las viudas y de los campos-eliseos, corriente.

—Flor de María no había oído esta última parte de la conversacion de Chourineur y Rodolfo; y volvieron éste y aquella á subir al coche.

## X.

## LA GRANJA.

Después de la entrevista con Chourineur, Rodolfo quedó algunos momentos abismado y pensativo. Flor de María, no atreviéndose á interrumpir el silencio de su compañero, le miraba tristemente, Rodolfo levantando la cabeza le dijo, sonriéndose con bondad: en qué piensa usted, hija mía? el encuentro de Chourineur le ha sido desagradable, no es verdad? Estábamos tan alegres!

—Al contrario, es un bien para nosotros, señor Rodolfo, porque Chourineur podrá ser á usted útil.

—No era tenido por los parroquianos de la tasquera como un hombre que conservaba aun buenos sentimientos?

Lo ignoro, señor Rodolfo..... antes de la escena de ayer lo había visto muchas veces, pero apenas le había hablado..... lo creía tan malo como á los otros.

—No pensemos mas en esto, Florecita mía de María; me creería desgraciado si entrísteciese á usted, yo, que justamente quería que pasase usted un buen día.

—Oh! soy muy dichosa! hacia tanto tiempo que no salía de París!

—Desde vuestras expediciones con la risueña?

—Dios mio! si, señor Rodolfo;... era por la primavera.... pero á pesar de que estamos casi en el invierno me causa tanto gusto: qué buen sol hace! no vé usted aquellas nubecitas, color de rosa allá abajo.... y aquella colina.... con sus blancas y hermosas casas en medio de los árboles... todavía tienen hojas! es admirable en el mes de Noviembre, ¿no es verdad, señor Rodolfo? y en París caen tan pronto.... y mas allá.... una bandada de palomas.... mírelas usted como posan en el tejado del molino.... en el campo no se cansa uno de mirar, todo divierte.

—Es muy agradable el ver cuan sensible es usted á estas pequeñeces que hacen el encanto de la perspectiva de la campiña, Flor de María.

En efecto á medida que la jóven contemplaba el cuadro tranquilo y risueño que se desplegaba á su vista, su fisonomía se ensanchaba.

—Y allá bajo, aquel fuego de rastrojo en las tierras labradas, el hermoso humo blanco que sube hasta el cielo.... y aquel carro con esos dos hermosos caballos grises... si fuese hombre ; como me gustaría ser labrador!.... andar por medio de un llano silencioso, siguiendo el carro.... ver allá lejos los montes con un tiempo, por ejemplo, como el de hoy!...

—Seguramente que tendría usted deseos de

cantar aquellas canciones un poco tristes que hacen llorar...

¿Conoce usted la cancion de *Genoveba de Brabante*, señor Rodolfo?

—No, hija mía, pero siendo usted tan amable me la cantareis cuando lleguemos á la granja?

—Que dicha! vamos á una granja, señor Rodolfo?

—Si á una granja que tiene en arriendo una buena muger que ha sido mi nodriza.

—Y podremos beber leche? gritó la cantora, dando palmadas.

—Yo lo creo, leche, excelente requeson, manteca que la granjera hará á nuestra presenciay huevos frescos.

—Que iremos á coger nosotros mismos en los nidales!

—Seguramente.

—Y tambien iremos á ver las vacas al establo?

—Por supuesto.

—Y á la lechería?

—Tambien.

—Y al palomar?

—Y al palomar.

Ah! mire usted, señor Rodolfo, son cosas que parecen increíbles.... cómo voy á divertirme! que dia tan hermoso! ¡qué bella jornada! gritó la jóven toda llena de alegría; y luego por un brusco retroceso de pensamientos, acordándose que despues de estas horas de libertad pasadas en la

campiña volvería á su infecta jaula, ocultó su cara entre sus manos y principió á llorar.

—Sorprendido Rodolfo, dijo á la cantora: ¿qué tiene usted Flor de María? cuál es el motivo de su tristeza?

—Nada.... nada, señor Rodolfo, y limpió sus ojos haciendo por sonreirse. Perdóne usted si me entristezco.... no haga usted caso.... nada tengo, se lo aseguro.... es una idea.... voy á alegrarme.

—Estaba usted tan alegre hace un momento!....

—Por eso es.... respondió con la mayor sencillez Flor de María levantando hácia Rodolfo los ojos todavía húmedos.

—Estas palabras le iluminaron, y lo adivinó todo: queriendo desterrar de la jóven este humor sombrío, la dijo: apuesto que pensaba usted en su rosal? estoy seguro que siente no poder compartir con él nuestro paseo en la granja.... pobre rosal! creo que era usted capaz de hacer tambien que comiese un poco de requeson!

La cantora tomó ocasion de este chiste para sonreirse: poco á poco desapareció de su pensamiento esta pequeña impresion de tristeza: trató de gozar del presente y cuidar poco del porvenir.

El coche estaba cerca de S. Dionisio y se veía á lo lejos la veleta de la iglesia.

—Oh! que hermoso campanario! exclamó la cantora.

—Es el de S. Dionisio, soberbia iglesia!....

quiere usted verla! haremos parar el coche.

—La cantora bajó los ojos, no he entrado en ninguna iglesia; no me he atrevido: en la cárcel por el contrario, me gustaba tanto cantar en la misa! y por el Córpus hacíamos unos ramilletes tan hermosos para el altar!

—Pero Dios es bueno, clemente, por qué temer el rogarle y entrar en la iglesia?

—Oh no! no!.... señor Rodolfo.... esto sería una impiedad.... bastante es ofender á este buen señor de otro modo!

—Despues de un momento de silencio dijo Rodolfo: hasta ahora no ha amado usted á alguno?

—Nunca, señor Rodolfo!

—Por que asi?

—Usted ha visto las gentes que frecuentaban la tasquera.... y luego que para amar, es preciso ser honrada.

—Como es eso?

—No depender, sino de si misma.... poder... pero si es á usted igual, señor Rodolfo, no hablemos de eso....

—Sea asi, Flor de María, hablemos de otra cosa.... pero qué tiene usted para mirarme asi? otra vez veo sus hermosos ojos llenos de lágrimas.... hé disgustado á usted?

—Oh! al contrario, pero es usted tan bueno para mi, que esto me dá ganas de llorar.... y luego ya no me futea usted.... y además.... en fin

se puede decir que no me ha traído aquí sino para que yo sola tuviese todo el placer, al verle el semblante tan contento de verme feliz! no satisfecho de haberme ayer defendido.... me hace usted pasar en su compañía todo un día....

—Es usted verdaderamente dichosa?

—En mucho tiempo no olvidaré este honor.

—Es tan rara la felicidad!

—Oh! muy rara.

—A fé de hombre que en defecto de lo que no tengo, me divierto algunas veces en soñar lo que quisiera tener y en decirme: esto desearía yo ser.... ésta la fortuna que quisiera poseer.... y usted Flor de María, no le sucede á veces tener estos sueños, en fin hacer castillos en el aire.

—En otro tiempo sí: cuando estaba en la cárcel, antes de entrar en casa de la tabernera pasaba mis días en eso y en cantar, pero después rarísima vez.... y usted señor Rodolfo, qué ambicionaría?

—Yo; quisiera ser rico, muy rico.... tener criados, equipages, un palacio, frecuentar el gran mundo, ir todos los días al teatro: y usted, Flor de María?

—Yo no sería tan difícil de contentar: tener con qué pagar á la tabernera, algún dinero de reserva mientras hallaba trabajo, un cuartito bien limpio de donde, trabajando, viese los árboles...

—Muchas flores en su ventana.

—Oh seguramente!.... vivir en el campo si fuese posible; esto es todo.

—Un cuartito y trabajo no es mas que lo indispensable: pero cuando no hay necesidad, es permitido desear lo superfluo.... No quisiera usted tener coches, diamantes y magnificos trages?

—No quisiera tanto.... mi libertad, vivir en el campo y estar segura de no morir en el hospital.... Oh! esto.... sobre todo, no morir allí!... mire usted, señor Rodolfo, muchas veces me viene este pensamiento.... me és horroroso!

—Ay Dios mio! nosotros los pobres!

—No es por la miseria.... que digo esto.... pero es despues.... cuando se ha muerto!....

—Y bien!

—No sabe usted lo que hacen despues que uno ha muerto? señor Rodolfo?

—No....

—Una jóven que conocí en la cárcel.... murió en el hospital.... y entregaron su cuerpo á los cirujanos.... murmuró entre dientes la desgraciada con un temblor espantoso.

—Ah! es horrible!.... como! desgraciada criatura, tiene usted muchas veces estos siniestros pensamientos?

—Y se admira usted señor Rodolfo, que tenga vergüenza despues de mi muerte.... Dios mio! *no me han dejado mas que esta!*

—Estas amargas y dolorosas palabras conmovieron á Rodolfo. Ocultó su cara entre sus manos, horrorizándose: pensaba en la fatalidad que

se habia desplomado sobre Flor de María... pensaba en la madre de esta pobre muchacha.... en su madre que quizás era feliz, rica y tal vez respetada.... respetada.... rica.... feliz!... y su hija á quien sin duda habia sacrificado atrozmente á la vergüenza, habia dejado el granero de la Mochuela por la cárcel, la cárcel por la caberna infernal de la tasquera, y de esta podia ir á morir á un hospital.... y despues de su muerte.... esto le espantaba. La pobre cantora, viendo el aire sombrío de su compañero, le dijo tristemente: perdone usted, señor Rodolfo, no debiera yo tener estas ideas.... me trae usted consigo para que esté alegre y le digo cosas tan tristes!... tan tristes! Dios mio! no sé como sucede esto, es á pesar mio.... jamás he sido tan feliz como hoy y sin embargo las lágrimas me vienen á cada instante.... no me quiere usted mal, señor Rodolfo? Además que.... ve usted.... esta tristeza se marcha... como ha venido.... bien pronto.... ahora.... no pienso mas.... seré razonable.... mire usted mis ojos señor Rodolfo.... y Flor de María, despues de haber cerrado por dos ó tres veces para echar una lágrima rebelde, los abrió cuan grandes eran..... muy grandes y miró á Rodolfo con una naturalidad encantadora.

—Suplico á usted, Flor de María, que no se haga esta violencia.... alegrese usted, si tiene deseos de ello.... y triste si le agrada estarlo... Dios mio! yo mismo que os hablo, algunas veces, tengo como usted pensamientos sombríos.... sería

muy desgraciado, si fingiese una alegría que no sintiese.....

—Verdaderamente está usted triste algunas veces señor Rodolfo?

—Sin duda: mi porvenir no es mas hermoso que el de usted.... no tengo padre ni madre.... mañana caigo enfermo, como he de vivir? gasto lo que gano en el día, el mismo día.

—Es una falta, mire usted.... una grande falta, señor Rodolfo, dijo la cantora á éste con tono de grave repreension que le hizo sonreír: debiera usted poner en la caja de ahorros.... á mi toda mi desgracia ha venido por no haber economizado: teniendo doscientos francos un trabajador no necesita estar á espensas de nadie, no se vé jamás en apuros.... y esto es muchas veces lo que nos perjudica.

—Lo que acaba usted de decirme es muy bueno, muy sensato, querida mia; pero doscientos francos!.... como se pueden juntar?

—Pero señor Rodolfo, es muy sencillo; hagamos la cuenta, va usted á verlo: no gana usted, no es verdad, algunas veces hasta cinco francos al día?

—Si, cuando trabajo.

—Se debe trabajar siempre: puede usted quejarse? un oficio tan bonito como el suyo.... pintor de abanicos.... esto debiera ser un gusto para usted.... no es usted razonable, señor Rodolfo! añadió la cantora con tono severo: un trabajador puede vivir, vivir muy bien con tres fran-

cos, le quedan dos, al cabo de un mes sesenta francos de economía.... sesenta francos por mes... no es una buena suma?

—Si, pero es tan agradable el olgazanear y no hacer nada!

—Señor Rodolfo, le vuelvo á repetir no tiene usted mas juicio que un niño....

—Bueno! ya le tendré, regañadorcilla, me dá usted buenos consejos.... no habia pensado jamás en esto.

—Lo hará usted asi? dijo la jóven dando palmadas de alegría, si supiese usted que contenta me pone!.... hará usted una economía de cuarenta sueldos por dia? lo hará usted asi?

—Vamos.... economizaré cuarenta sueldos por dia, dijo Rodolfo sonriéndose á pesar suyo.

—Será verdad? lo hará usted asi?

—Se lo prometo.

—Verá usted como quedará satisfecho con los primeros ahorros que haga..... y ademas hay otra cosa... si usted me prometiese que no se enfadaría....

—Tan mal gesto os pongo?

—No seguramente.... pero no sé si debo....

—Debe usted decirmelo todo Flor de María.

—Pues bien, vaya: usted que.... esto se vé luego que es superior su estado... por qué frecuenta usted tasqueras como la del conejo blanco?

—Si no hubiera ido á la taberna, no hubiera tenido el gusto de venir hoy al campo con usted Flor de María.

—Es verdad, pero no por eso señor Rodolfo... mire usted, soy tan feliz como se puede ser en esta jornada; pues bien! renunciaría de buena gana á pasar otra igual, si esto pudiese causarle perjuicio.

—Al contrario pues que me ha dado usted tan buenos consejos de economía.

—Y los seguirá usted?

—Lo he prometido, bajo palabra de honor; y economizaré por lo menos al dia cuarenta sueldos....

## XI.

## LOS DESEOS.

En este instante, dijo Rodolfo al cochero que habia pasado la aldea de Sarcelles: toma el primer camino á la derecha, atravesarás á Viliers-le-bel, y luego á la izquierda, siempre recto; y dirigiéndose á la cantora: ahora que está usted contenta de mí, Flor de María, podemos divertirnos, como decíamos poco há en formar castillos en el aire: esto no cuesta caro, y no me reprenderá los gastos.

—No.... veamos el castillo de usted.

—Luego será el mio.... vamos á ver el suyo.

—A ver si adivina usted mi gusto, señor Rodolfo.

—Vamos á ver.... supongo que este camino.... digo aquel.... porque vamos á entrar.....

—Es verdad, no hay necesidad de ir muy lejos.

—Supongo que este camino nos conduce á una bonita aldea, muy apartada del camino real.

—Si; es mas pacífica.

—Que está edificada en la mitad de una cuesta y rodeada de muchos árboles.

—Tiene cerca un riachuelo.

—Justamente.... un riachuelo: al extremo de

la aldea se vé una bonita granja: en un lado de la casa hay una huerta y en el otro un bello jardín lleno de flores.

—Me parece verlo señor Rodolfo!

—En el piso bajo una gran cocina para la gente de la granja y un comedor para la granjera.

—La casa tiene persianas verdes.... son tan alegres, no es verdad señor Rodolfo!

—Persianas verdes. .. soy del mismo gusto.... no hay cosa mas alegre que las persianas verdes.... naturalmente la granjera será tia de usted.

—Naturalmente.... y sería muy buena muger.

—Escelente: y amaría á usted, como si fuese su madre.

—Buena tia!.... debe ser tan bueno el ser querido de alguno!....

—Y usted la querrá tambien, no es verdad ?

—Oh! gritó Flor de María, juntando las manos y levantándolas al cielo con una espresion de felicidad imposible de describir: Oh! si, que la querré! la ayudaré á trabajar, á coser, á arreglar la ropa blanca, á lavar, á encerrar los frutos para el invierno, en fin á todo.... no se quejaría de mi pereza, á buen seguro.... por la mañana....

—Espere usted Flor de María.... está usted impaciente permita usted que concluya de pintar la casa.

—Vaya, vaya señor pintor, se conoce que está usted acostumbrado á hacer hermosos paisa-

ges en sus abanicos, dijo la cantora riéndose.

—¿Otorrita.... dejeme usted concluir mi casa.

—Es verdad que charlo demasiado, pero es tan divertido!.... escucho á usted, señor Rodolfo, concluya usted la casa de la granjera.

—Su cuarto está en el primer piso.

—Mi cuarto! que felicidad! veamos mi cuarto y la jóven se acercó mas á Rodolfo, llena de curiosidad y con los ojos tan abiertos....

—Su cuarto tiene dos ventanas que dan al jardín y al prado por donde pasa el arroyuelo: al otro lado del río se eleva una cuesta toda llena de castaños y en medio de ellos se descubre el campanario de la iglesia.

—Que bonito!.... que bonito señor Rodolfo!... da ganas de estar allí!

—Tres ó cuatro vacas hermosas pacen en el prado, que está separado del jardín por un vallado de majuelo.

—Y desde mis ventanas veo las vacas?

—Perfectamente.

—Hay una que será mi favorita, no es verdad señor Rodolfo?: la haré un collar con una campanilla y la acostumbraré á venir á comer á mi mano.

—Oh! no faltará: será enteramente blanca y se llamará *museta*.

—Ah! que nombre tan bonito! como quiero á esta pobre museta!

—Concluyamos su cuarto de usted Flor de María: está colgado de hermosa tela indiana

con cortinas de lo mismo: un gran rosal y una enorme madreSelva cubren las paredes de la granja por esta parte y rodean los balcones, de modo que por las mañanas no tiene usted mas que alargar la mano para coger un hermoso ramillete de rosas y madreSelva.

—Ah! señor Rodolfo, que buen pintor es usted!

—Ahora vea usted como pasa el dia.

—Veamos.

—Su tia viene á despertarla, dándola un beso cariñoso: trae á usted una gran taza de leche caliente, por que su pecho de usted está débil, pobre niña! se levanta usted y va á dar una vuelta por la granja, á ver á *museta*, las gallinas, sus amigas las palomas, las flores del jardin.... á las nueve llega su maestro de escribir.

—Mi Maestro.

—Usted conoce que es preciso saber leer, escribir y contar para que pueda usted ayudar á su tia á llevar las cuentas de la granja.

—Es verdad, señor Rodolfo, no pienso en nada.... es necesario que aprenda á escribir para ayudar á mi tia, dijo con mucha seriedad la pobre niña enteramente absorta, por la risueña pintura de esta vida apacible que creía ya ser realidad.

—Despues de la leccion trabaja usted en la ropa blanca de casa, ó se borda usted una bonita papalina á lo campesina, á las dos escribe usted y luego va con su tia á dar un gran paseo

á ver los segadores en el verano, y los trabajadores en el otoño: hace usted mucho ejercicio y trae usted un hacecito de yerbas del campo cogidas por usted para su querida museta.

— Si, por que damos la vuelta del prado, ¿no es asi señor Rodolfo?

—Sin duda alguna: hay un puente de madera sobre el rio: de vuelta deben ser ya las seis ó las siete: para este tiempo hay ya en la cocina un buen fuego, va usted á calentarse y hablar un rato con estas buenas gentes que están cenando de vuelta de su trabajo: en seguida come usted con su tia: algunas veces el cura ó alguno de los amigos antiguos de la casa se sienta á comer con ustedes: despues de esto, lee ó trabaja usted mientras que la tia está en otra cosa: á las diez la dá á usted un beso, sube á su cuarto y al dia siguiente por la mañana vuelta á lo mismo.

—Asi se pueden vivir cien años, señor Rodolfo, sin estar fastidiada ni un momento....

—Pero esto no es nada! y los domingos? y los dias de fiesta?

—Y estos dias, señor Rodolfo?

—Se pone usted hermosa, viste un bonito vestido de labriega con un sombrerito redondo que le sienta á usted perfectamente. Sube usted á un carro de mimbres con su tia y Santiago, el mozo de la granja para ir á la misa mayor de la aldea, y en verano asiste usted con su tia á las fiestas de las vecinas parroquias: como sois linda, afable y hacendosa la tia adora en usted, el cura

hace sus elogios de un modo tal que todos los jóvenes de las cercanías quieren bailar con usted, por que así es como principian siempre los casamientos.... así poco á poco distingue usted uno.... y estrañado del silencio de la cantora la miró.

La desgraciada comprimía los sollozos á duras penas: seducida un momento por las palabras de Rodolfo, había olvidado lo presente y el contraste de este con el sueño de una existencia dulce y risueña la recordaba el horror de su posición.

—Flor de María ¿que tiene usted?

—Ah! señor Rodolfo! sin quererlo me ha dado usted un gran sentimiento.... he creido por un instante en ese paraíso....

—Pobre niña: este paraíso existe.... mírelo usted.... cochero: para!....

—El coche paró, la cantora levantó maquinalmente la cabeza.... se hallaba en la altura de una pequeña colina.... ¡cual fué su admiracion, su asombro! ¡la hermosa aldea, edificacada en mitad de la cuesta, la granja, las bellas vacas, el riachuelo, el castañar, la iglesia á lo lejos, el cuadro que se la había hecho estaba delante de sus ojos.... nada faltaba, hasta la museta, bonita ternerilla, y la futura favorita de la cantora.

Este encantador paisaje estaba iluminado por un hermoso sol de Noviembre.... las hojas pagizas y encarnadas de los castaños todavia las cubrían y muchas se desprendían bajo un cielo azulado.

—Y bien! Flor de María, que dice usted? soy buen pintor? dijo Rodolfo sonriéndose. La cantora le miraba con sorpresa mezclada de inquietud: lo que estaba viendo, apenas podía creerlo.

—Como es esto señor Rodolfo?... Dios mío es esto un sueño!.... me dá casi miedo.... como! lo que usted me ha dicho....

—Nada mas sencillo, hija mia!.... la granjera es mi nodriza, he sido criado aqui.... la he escrito esta mañana que vendría á verla; he pintado al natural.

—Ah! es verdad, dijo la cantora con un profundo suspiro.

## XIII.

## LA GRANJA.

La granja á donde conducia Rodolfo á Flor de María estaba situada al extremo de la aldea de Bouqueval, parroquia muy limitada, solitaria, ignorada, y distante de Eouen como dos leguas.

El coche, segun las indicaciones de Rodolfo, bajó un camino rápido y entró en una larga calle de cerezos y manzanos: el coche se deslizaba sin ruido sobre un alfombrado de yerba fina y lisa, muy comun en la mayor parte de los caminos vecinales. Flor de María silenciosa y triste estaba oprimida bajo el peso de una impresion dolorosa, apesar de los esfuerzos que hacia por desterrarla, y se reprendia asi mismo Rodolfo de haber sido el causante de ella: al cabo de algunos minutos pasó el coche por delante de una gran puerta del patio de la granja, continuó su camino á lo largo de un espeso seto y se paró en frente de un pequeño pórtico labrado á la rústica y como escondido bajo un grande emparrado con hojas amarillas y rojizas por el otoño. Ya hemos llegado, Flor de María, dijo Rodolfo, está usted contenta?

—Si señor:..... sin embargo me parece que voy á tener vergüenza delante de la granjera,

no me atreveré á mirarla.....

—Porqué asi, hija mia?

—Tiene usted razon, señor Rodolfo..... ella no me conoce; y la cantora abogó un suspiro: sin duda que habian estado á la mira de la llegada del coche, puesto que asi que abrió la portezuela el cochero se presentó en el pórtico y adelantándose hácia Rodolfo con cierta celeridad respetuosa una muger de unos cincuenta años, vestida como lo están generalmente las ricas granjeras de las cercanías de Paris.

La cantora estaba hecha una grana y bajó del coche despues de un momento de perplegidad.

—Buenos dias, Señora George..... dijo Rodolfo á la granjera..... usted vé que soy exacto, y volviéndose al cochero y dándole dinero, le dijo, puedes volverte á Paris.

El cochero, pequeño y rechoncho tenia metido el sombrero hasta las orejas y metida casi toda su cara en el cuello levantado de su carrik: metió el dinero, no contestó, subió á su asiento, arreó el caballo y desapareció al instante.

Despues de un camino tan largo..... tiene mucha prisa este cochero.... marcharse al momento! dijo entre sí Rodolfo.

Vamos! no hay mas que dos horas y quiere estar pronto en Paris para utilizar el resto del dia, no dando ninguna importancia á su primera observacion.

Flor de María se acercó á Rodolfo con el semblante agitado, lleno de turbacion y aun alar-

mante y de modo que oyese la Señora George, le dijo:

¡Dios mio! disimule usted señor Rodolfo, pero hace usted volver el coche?..... Y la tabernera? Hay!..... es preciso que vuelva esta tarde..... sino..... me mirará como á una ladrona.... estos vestidos son suyos..... y la debo.....

—Tranquílicese usted, hija mia, yo soy el que tengo que pedirla..... perdon.

—Perdon! y de qué?

—De no haberla dicho antes que ya nada debia usted á la tabernera..... y que puede dejar esos viles vestidos por otros que la buena Señora George vá á dar á usted: es de su talle y no dejará de prestarla con qué vestirse..... vamos, ya principia su papel de tia vuestra.

—Cómo? dijo, con voz palpitante, no volveré mas á Paris?..... podré estar aquí? La Señora me lo permitirá?..... será posible!..... el castillo en el aire de ahora poco!.....

—Era la granja..... ya se ha realizado.

—No! no, es demasiada felicidad..... demasiada.....

—Nunca es uno demasiado feliz, Flor de Maria.....

—Ah! por piedad! señor Rodolfo..... no me engañe usted, esto me haría mucho daño.

—Mi querida hija, créame usted dijo Rodolfo con voz siempre afectuosa pero con un acento de dignidad que Flor de María no le habia conocido: sí..... usted puede, si le conviene, llevar des-

de hoy en compañía la señora de George, la vida apacible, cuyo cuadro encantaba á usted ahora poco... sin embargo de que la señora George no sea su tia, tendrá para usted, cuando la conozca, el mas tierno cariño: pasará usted por su sobrina á los ojos de las gentes de la granja: esta mentirilla es conveniente á la posicion de usted..... repito..... si esto la conviene, Flor de María, podrá usted realizar su sueño de ahora poco: luego que esté usted vestida de granjerilla añadió sonriéndose, la llevaremos á ver á su futura favorita la museta que es una hermosa y blanca ternerrilla que está esperando el collar que usted la ha prometido..... irémos tambien á dar un vistazo á sus amigas las palomas y á la lechería, en fin recorreremos toda la granja estoy empeñado en cumplir mi promesa.

Flor de María juntó sus manos con fuerza: la sorpresa, la alegría, el reconocimiento y el respeto se vieron pintados en su encantadora fisonomía; sus ojos se llenaron de lágrimas y gritó: señor Rodolfo... usted es un ángel del Señor que hace usted tanto bien á los desgraciados sin conocerlos! y los liberta usted de la vergüenza y de la miseria!

—Mi pobre niña, respondió Rodolfo con una sonrisa en que se veía pintada una profunda melancolía, é inefable bondad; aunque jóven, he sufrido ya..... y esto esplica á usted mi compasion por los que padecen: Flor de María, ó mas bien María, vaya usted con la señora George.... Sí,

María, guarde usted de aquí en adelante este nombre, suave y hermoso como usted! antes de mi marcha hablaremos, y me separaré de usted contento, al saber que es usted feliz!

Flor de María nada respondió, se aproximó á Rodolfo, dobló las rodillas y cogió su mano que llevó respetuosamente á sus labios con un movimiento lleno de gracia y de modestia, y siguió á la señora George que la contemplaba con un profundo interés.

## XIII.

## MURPH Y RODOLFO.

Rodolfo se dirigió hácia el patio de la granja donde halló el hombre muy alto, que el día anterior, disfrazado de carbonero, vino á hacerle saber la llegada de Tom y Sarah. Murph, (asi se llamaba) tenia poco mas ó menos cincuenta años: algunos mechones blancos argenteaban dos pequeños cope-tes de cabellos muy rubios que rodeaban sus dos lados del craneo casi enteramente calvo: su cara ancha y encarnada estaba enteramente afeitada, excepto unas patillas muy cortas de un rubio subido, que no pasaban de las orejas, y se redondeaban extendiéndose sobre sus megillas. A pesar de su edad y gordura, Murph era ligero y robusto: su fisonomía, aunque stemática, era á la vez bondadosa y resuelta: llevaba corbata blanca, grande chaleco y un levita con las faldas muy largas; su calzon gris-verde era de la misma tela que sus polainas con botones de nacar, que no llegando hasta las ligas, dejaban ver sus medias de viaje de lana basta. Su vestido y el poco aire de Murph recordaban el tipo perfecto del que los ingleses llaman gentil-hombre de provincia: digamos que Murph era ingles, gentil-hombre

(Squire) pero no arrendador de tierras. Cuando entraba Rodolfo estaba poniendo Murph un par de pistolas en una bolsa de la calesa de viage las que habia limpiado antes con mucho cuidado.

—Que diablos vas hacer con tus pistolas? le dijo Rodolfo.

—Esto es cosa mia Monseñor, contestó Murph bajando del estribo: mezclese V. A. en sus asuntos y déjeme en los mios.

—Para que hora has pedido los caballos?

—Segun las órdenes de V. A. al caer del dia.

—Llegaste esta mañana?

—A las ocho: la señora Jeorge tuvo tiempo para prepararlo todo.

—Estás mal humoriento.... estás descontento de mi?

—Lo estoy y mucho, Monseñor..... si mucho.... uno; y otro dia.... en fin.... es el peligro.... es su vida.

—Puedes hablar!.... si te dejaran obrar, no hubiera riesgos sino para ti y....

—Y aun cuando hiciese V. A. el bien sin esponer su vida, donde estaría el mal, Monseñor?

—Donde estaría el placer, Maestro Murph?

—V. A... dijo el Squire encogiéndose de hombros V. A.... en semejantes tabernas!

—Oh! miren ustedes á estos señores Joub Bull con sus escrupulos aristocráticos!.... que creen que los grandes señores son de una esencia superior á la de ellos, pobres carneros que estáis orgullosos con vuestros carniceros!

—Si V. A. fuese inglés comprendería esto... se honra á quien honra.... ademas que si yo fuese turco, chino ó americano, diría lo mismo, y es que V. A. hace mal de esponerse así.... anoche en aquella abominable calle de la Cité, yendo con V. A. para desenterrar á ese Bras-Rouge: que el infierno confunda! solo el grande temor que tengo de irritar á V. A. pudo contenerme que le desobedeciese y no fuese á socorrerle en su lucha con el bandido que halló en el pasadizo de aquel chirivital.

—Es decir, caballero Murph, que usted duda de mi fuerza y de mi valor!

—Desgraciadamente, Monseñor, me ha puesto en el caso de no dudar de la una ni del otro: gracias á Dios, Grabl de Ramsgate le enseñó á reñir á puñetazos y Lacour de París á manejar el palo, y por curiosidad el caló: el famoso Bertrand la esgrima, y en sus ensayos contra estos profesores muchas veces ha salido V. A. con ventajas.... mata al vuelo las golondrinas con una pistola de munición: tiene músculos de acero, y á pesar que es ligero y delgado se batiría con tanta facilidad como lo haría un caballo joven y entero con uno viejo y capon.... esto es cierto.

Rodolfo escuchó con gusto esta enumeracion de sus cualidades de gladiador y contestó sonriéndose.

—Y luego, entonces, que temes?

—Digo, Monseñor, que no es decoroso que V. A. entregue su cuello al primer galopo que se

presenta: no digo esto por razon de lo poco conveniente que es para un honorable gentil-hombre de mi nacimiento al frotarse la cara con carbon y parecerse al diablo.... apesar de mis cabellos grises, mi gordura y mi gravedad me disfrazaría de polichinela, si esto le pudiese servir; pero me mantengo en lo dicho.

—Oh lo sé muy bien, buen Murph, cuando se ha puesto alguna cosa en tu craneo de hierro: cuando tu cariño por mi se ha arraigado en tu firme y valiente corazon, aunque el diablo con sus dientes y uñas quisiese arrancarle.....

—Me lisongea V. A: Monseñor medita alguna!....

—No te contengas....

—Alguna locura.

—Pobre Murph! has escogido mal tiempo para sermonearme!

—Por que?

—Estoy en unos de estos momentos críticos, momentos de orgullo y de felicidad.... estoy aqui....

—En un sitio donde V. A ha hecho beneficios.

—Es un lugar sagrado contra tus homilias.... es mi templo-bar....

—Si así es, ¿donde quiere V. A que le reprenda, Monseñor?

—Maestro Murph usted me lisongea, usted quiere impedirme hacer alguna locura....

—Monseñor hay locuras de que soy indulgente.

—Las locuras de dinero?

—Si, por que bien mirado, con cerca de dos millones de renta...

—Se halla uno algunas veces bien apurado, mi pobre Murph....

—A quien lo dice V. A Monseñor?

—Y sin embargo hay placeres tan vivos, tan puros y tan profundos que cuestan tan poco! que puede compararse á la sensacion que he experimentado hace poco, cuando esta desgraciada criatura.... viéndose aqui con seguridad.... en reconocimiento me ha besado la mano? no es esto solo: mi felicidad es mayor: mañana, despues de mañana, por espacio de muchos dias podré en fin pensar con delicia en lo que esta pobre niña sentirá al despertarse en este tranquilo retiro, á lado del de esta escelente señora Jeorge que la amará con ternura, por que la desgracia simpatiza con la desgracia.

—Oh! por lo que respecta á la señora Jeorge, nunca beneficios fueron mejor colocados: noble, valiente muger!,... un ángel de virtud.... un ángel.... rara vez me conmuevo, y sin embargo me conmoví al oír las desgracias de la señora Jeorge.... pero su nueva protegida.... vamos.... no hablemos mas de esto, Monseñor....

—Por que Murph?

—Monseñor hace lo que le parece....

—Yo hago lo que es justo, dijo Rodolfo con alguna impaciencia.

—Lo que es justo.... segun V. A.

—Lo que es justo delante de Dios y de mi conciencia, contestó severamente.

—Vamos, Monseñor, no nos entenderemos: lo repito, no hablemos mas de esto.

—Y yo le mando á usted que hable! gritó con imperio.

—Nunca me espuse á que Monseñor me mandase callar... espero que no me mandará hablar respondió fieramente Murph.

—Señor Murph! gritó Rodolfo con un acento de irritacion que iba aumentándose.

—Monseñor!

—Ya sabe usted, caballero, que no me gustan las reticencias.

—Me conviene tenerlas, dijo bruscamente Murph.

—Sepa usted, caballero, que si desciendo con usted hasta la familiaridad, es con condicion que usted se elevará hasta la franqueza! es imposible el pintar la altanería soberana de la fisonomía de Rodolfo al pronunciar estas palabras.

—Monseñor! tengo cincuenta años, soy gentil-hombre, no debe V. A hablarme de esta manera.

—Calle usted!....

—Monseñor!

—Calle usted!....

—Monseñor, es indigno el que se obligue á un hombre de honor que recuerde los servicios que ha hecho....

—Tus servicios? ¿acaso no los pago de todos modos?

Debe decirse que Rodolfo no había dado á estas crueles palabras el sentido humillante que colocaba á Murph en la posicion de un mercenario: desgraciadamente las interpretó así: se puso encarnado como una grana, llevó sus manos á la calva con una espresion de dolorosa indignacion; y luego, volviendo en si repentinamente se dirigió á Rodolfo cuya noble figura estaba entonces contraida y ajeada por la violencia de un desden salvaje: Murph ahogó un suspiro, miró al jóven con cierto aire de conmiseracion y le dijo con voz conmovida.

—Monseñor, volved en vos!.... estais fuera de sí!....

—La irritacion de Rodolfo llegó á su colmo al oir estas palabras: brilló su mirada con resplandor salvaje: sus labios se volvieron lividos y adelantándose hácia Murph con gesto amenzador, gritó.

—Te atreves?.....

—Murph retrocedió y dijo con viveza y como á pesar suyo: Monseñor! Monseñor! *acordaos del trece de Enero!*

Estas palabras produgeron en Rodolfo un efecto mágico. Su semblante contraido por la cólera, se dilató, miró fijamente á Murph, bajó la cabeza y despues de un momento de silencio, murmuró entre dientes y con voz alterada dijo.

—Ah! Caballero! sois un cruel! os creia!.....

y usted! tambien y..... usted!..... y no pudo concluir, su voz se apagó, cayó sentado sobre un banco de piedra y ocultó su cabeza entre sus manos.

—Monseñor, gritó Murph afligido: mi buen señor, perdonadme, perdonad á vuestro viejo y fiel Murph! no ha sido por que apurado y temiendo..... ay!..... no por mi sino por V. A..... las consecuencias de su cólera que he dicho esto... lo he dicho sin cólera, sin querer echarle en cara nada, lo he dicho á pesar mio y con compasion.... Monseñor! he hecho mal en ser susceptible.... Dios mio! quien debe conocer mejor que yo, su carácter, yo, que no le he dejado desde su infancia!..... os lo suplico, decid que me perdonais de haberos recordado este dia funesto,.... Ah!..... cuantas espiaciones no habeis sufrido!.....

Rodolfo levantó la cabeza: estaba muy pálido: y dijo á su compañero con voz dulce y triste basta, basta, mi viejo amigo! te doy las gracias por haber sofocado con una palabra esta furia infernal: yo no te doy satisfaccion de las espresiones duras que te he dicho, porque sabes bien, como dicen en nuestro pais las gentes honradas, *que hay mucha distancia del corazon á los lábios*: estaba loco, no hablemos mas de eso.....

—Ay! ahora estará V. A. por mucho tiempo triste!..... no soy bastante desgraciado que!..... yo que deseo tanto el verle salir de su sombrío humor.... y le meto en él por mi tonta susceptibilidad! Por vida de!..... de qué sirve ser honrado

y tener los cabellos blancos, sino se pueden sufrir con paciencia las tachas que uno no merece! Pero nó, volvió á decir Murph con exaltacion cómica, que formaba un gran contraste con su flemma habitual: pero no señor, es necesario sin duda que se me esté alabando todo el día: que se me diga: caballero Murph, usted es el modelo de los criados fieles, señor Murph, no hay fidelidad que iguale á la suya: caballero Murph, es usted un hombre admirable: señor Murph, diablo! peste! oh! oh que bello sugeto es el señor Murph! Brabo caballero Murph! Vamos viejo papagayo, arráscate tu cabeza cana! Y luego acordándose de las afectuosas espresiones que Rodolfo le habia dicho al principio de la conversacion, gritó redoblando su violencia grotesca: y es que me habia llamado su bueno, su viejo, su fiel Murph!..... y yo que voy como un palurdo, por un arrebató involuntario..... á mi edad.... por vida de!..... es para arrancarse uno los pelos.....

Y el digno gentil hombre llevó las manos á sus sienes.

Estas palabras y este gesto eran en él el signo de la desesperacion llegada hasta su último estremo: desgraciada ó felizmente para Murph, su cabeza estaba casi enteramente calva lo que hacía que fuese inútil esta manifestacion capilar con grande y sincero sentimiento de su parte; porque cuando la accion correspondía á la palabra, es decir, cuando sus dedos encrespados

no encontraban sino la superficie de su cráneo lúcido y liso como el mármol, el digno Squire (caballero) se veía confuso y avergonzado de su presunción, se creía un charlatan, un fanfarrón, démonos prisa en decir para disculpar á Murph de toda sospecha de fanfarronería, que había tenido una cabellera muy poblada y la más dorada de cuantas adornan el cráneo de un gentil-hombre de Yorkshire.

Comunmente divertía mucho á Rodolfo el disgusto de Murph con respecto á su cabellera, pero en este momento se hallaba aquel con pensamientos muy graves y dolorosos: sin embargo no queriendo aumentar el sentimiento de su compañero, le dijo sonriéndose con dulzura.

—Escúchame, buen Murph, parece que aplaudías sin ninguna restricción los beneficios que he hecho á la señora George....

—Monseñor....

—Y te admirabas de mi interés por esta pobre muchacha perdida?

—Monseñor; por favor.... he obrado mal.....

—No.... concibo esto: las apariencias te han podido engañar.... como tu conoces solamente mi vida.... toda mi vida, como me ayudas con tanta fidelidad como valor en la empresa que he tomado.... es de mi deber.... ó si quieres más de mi reconocimiento el convencerte que no he obrado ligeramente....

—Lo sé, Monseñor.

—Tú conoces mis ideas con respecto al bien

que el hombre puede hacer..... Socorrer honrosas desgracias de los que no se quejan, está bien. Indagar las de aquellos que luchan con honor, con energía y ayudarles, algunas veces sin que lo sepan.... prevenir á tiempo la miseria ó la tentacion que conducen al crimen..... está mejor. Rehabilitarlos á sus propios ojos, hacer enteramente honrados y buenos á los que han conservado con pureza algunos generosos sentimientos en medio del desprecio que los humilla, de la miseria que los come, de la corrupcion que los rodea, y para que puedan hacer frente al contacto de esta indigencia, de esta corrupcion y lodazal..... es todavía mucho mejor. Perseguir con odio vigoroso y con una venganza implacable al vicio, la infamia y el crimen, sea que se arrastren en el lodo ó que tengan su trono en palacios dorados, es justicia.... Pero socorrer ciegamente una indigencia merecida, degradar la limosna y la piedad; prostituir estas castas y piadosas, consoladoras de mi alma lastimada..... prostituir las á seres indignos é infames seria horrible, una impiedad, un sacrilegio: seria dudar de la existencia de Dios, y el que dá debe hacer que se crea en él.

—Monseñor: no he querido decir que V. A. hubiese colocado mal sus beneficios.

—Dos palabras, mi amigo antiguo. La señora George y la pobre muchacha que la he confiado, han salido de dos puntos opuestos para caer en un abismo comun..... la desgracia..... la una fe-

liz, rica, amada; con una posicion social honrosa, dotada de todas las virtudes, ha visto su existencia humillada, estrellarse y aniquilada por el malvado con quien la casaron sus padres alucinados..... lo digo con alegría, sin mí la desgraciada muger hubiera espirado de miseria y de hambre; porque la vergüenza la impedia el dirigirse á nadie.

Ah! Monseñor: que horrorosa pobreza encontramos en aquel miserable chiribitil... era espantoso..... si espantoso..... y luego despues de su larga enfermedad, se despertó, por decirlo asi, en esta casa tan tranquila, qué sorpresa! qué reconocimiento!..... tiene V. A. razon, Monseñor, socorrer tales infortunios es hacer creer en Dios.

—Es honrar á Dios socorriéndolos: lo reconozco, no hay nada mas celestial que la virtud serena y reflexiva: nada mas respetable que la señora George que educada por una madre piadosa y buena en una inteligente observancia de todos sus deberes, nunca los desmintió..... jamas!..... y experimentó las mas horrosas pruebas!..... Pero no es tambien honrar á Dios en lo que tiene de mas divino, el sacar del lodazal de la corrupcion una de sus criaturas raras en quien se complació derramar todas sus gracias?..... no merece esta tambien piedad, interes respeto?..... Si, respeto: la desgraciada niña que abandonada á su solo instinto, atormentada, encarcelada, envilecida, manchada, ha conservado santamen-

te en el fondo de su corazón las nobles semillas que el Señor había sembrado en él? Si hubieses oído á esta pobre criatura..... á la primera palabra de cariño que la he dicho, á la primera palabra honrada y amiga que ha oído..... el mas encantador instinto, los gustos mas puros, los pensamientos mas delicados y poéticos salieron de su alma ingenua, así como en la primavera salen mil flores en los prados incultos á los mas pequeños rayos del sol..... sin saberlo en una conversacion de una hora con un pobre trabajador, he descubierto en Flor de Maria tesoros de bondad, de gracia y de prudencia, mi amigo Murph: una sonrisa vino á mis labios y una lágrima á los ojos, cuando en su encantadora parla llena de juicio me ha probado que debia economizar cuarenta sueldos por dia para estar fuera de la necesidad y de las malas tentaciones: pobre muchacha! me decia esto con un tono tan serio, tan penetrante: tenia una satisfaccion tan grande en darme un consejo prudente, tan dulce alegría cuando la dije que lo seguiria..... estaba conmovido..... Oh! conmovido en términos que se me saltaron las lágrimas; ya te lo he dicho..... y se me acusa de estragado, duro, inflexible..... Oh! no gracias á Dios! todavia siento latir mi corazón ardiente y generoso.....! pero tu mismo estas enternecido, mi antiguo amigo.... vamos, Flór de Maria no tendrá celos de la señora George, tu te interesas tambien en su suerte.

—Es verdad, Monseñor.... este rasgo de querer que economizase cuarenta sueldos por dia.... creyéndole un trabajador.... en lugar de inducirle á que gastase con ella.... si, este rasgo me entenece mas de lo que quizás debiera.

Y cuando pienso que esta muchacha tiene una madre rica, respetada, segun dicen, que la abandonó tan indignamente.... Oh! si esto es así.... lo sabré... lo espero.... y te dire como.... Oh! si esto es así! infeliz!.... infeliz muger! tendrá que sufrir una terrible espiacion.... Murph, Murph!... jamás he sentido unos impetus de odio mas implacables que al pensar en esta muger que no conozco.... ya lo sabes.... ciertas venganzas me son agradables, bien preciosos ciertos sufrimientos... tengo sed de ciertas lágrimas.

—Ah! Monseñor, lo sé! dijo Murph afligido de la espresion infernal que se veia pintada en las facciones de Rodolfo, lo sé, los que merecen su interés y compasion han dicho de V. A: *es un ángel bueno!* los que merecen el menosprecio y su odio han gritado maldiciéndoos en su desesperacion *este es un demonio!*....

—Callate, yé aqui á la señora George y María: haz preparar lo necesario para nuestra marcha: es preciso estar temprano en París.

## XIV.

## LA DESPEDIDA.

María á quien daremos en adelante este nombre, gracias al cuidado de la señora George no era ya conocida. Una bonita papalina colocada á lo labriego, y espesas trenzas de cabellos rubios guarnecían la fisonomía virginal de la jóven: un pañuelo grande de muselina blanco cubría su pecho y desaparecía la mitad bajo el delantal cuadrado de tafetan tornasolado, cuyas listas azules y de rosa se reflejaban sobre el fondo oscuro de un vestido carmelitano que parecía estar hecho á propósito para María. Su fisonomía estaba profundamente abstraída: ciertas felicidades ponen al alma en una inefable tristeza; en una santa melancolía: Rodolfo no se sorprendió de la seriedad de María, la esperaba, hubiera concebido una idea menos elevada de ella si se hubiese presentado alegre y bulliciosa. Sin embargo que resplandecía por su gran hermosura, Rodolfo, con un tacto perfecto, no la hizo el menor cumplido: conocía que había alguna cosa de solemne y augusto en esta especie de redencion de una alma arrancada al vicio.

Se veía en las facciones serias y resignadas de la señora George el sello de largos sufrimientos

y profundos disgustos: miraba á María con una mansedumbre y compasion casi maternal, tan simpáticas eran para ella la gracia y la dulzura.

—Aqui tiene usted á *mi hija*,... que viene á darle las gracias por sus bondades, señor Rodolfo, dijo la señora Jeorge presentando á María. A las espresiones de *mi hija* la cantora volvió lentamente su vista hácia su protectora contemplándola por algunos momentos con una espresion de inesplicable reconocimiento.

—Gracias por María, mí querida señora Jeorge, es digna de su tierno cariño.... y lo merecerá siempre.

—Señor Rodolfo, dijo María con voz temblona, usted me entiende, no es verdad que no encuentro nada que decirle?...

— Su emocion me lo dice todo, María....

—Oh! conoce que toda la felicidad que le ha venido es de la providencia, dijo la señora Jeorge enternecida: su primer movimiento al entrar en mi cuarto ha sido arrodillarse delante de un crucifijo.

—Es que ahora, gracias á usted señor Rodolfo, me atrevo á orar á Dios.... dijo María mirando á su amigo.

—Murph se volyó bruscamente: su flema inglesa, su dignidad de Squire (caballero) no le permitian hacer ver hasta que punto le enternecían las palabras sencillas de María.

Rodolfo dijo á la jóven: hija mia, tengo que hablar con la señora Jeorge: mi amigo Murph

conducirá á usted á la granja.... y hará que conozca usted á sus futuros protegidos.... luego nos reuniremos.... Hola! Murph!.... Murph, no me oyes?

El buen gentil-hombre volvió entonces la espalda fingiéndose sonarse con gran ruido y aun estrépito terrible: metió su pañuelo en el bolsillo, su sombrero hasta los ojos y dando media vuelta ofreció su brazo á María.

Habia con tanta habilidad maniobrado que ni Rodolfo ni la señora Jeorge se apercibieron de su sensacion: tomado el brazo de la jóven se dirigió á la granja pero con tanta ligereza que para seguirle la cantora tuvo que correr tras él como lo hacía en su niñez con la Mochuela.

Y bien señora Jeorge! que piensa usted de María? dijo Rodolfo.

—Ya se lo he dicho á usted, apenas entró en mi cuarto.... viendo mi crucifijo corrió á arrojarse.... es imposible pintar á usted todo lo que ha habido de espontaneo y naturalmente religioso en este movimiento: al instante he comprendido que su alma no estaba corrompida: además la espresion de su reconocimiento por usted sin ser exagerada es verdaderamente muy natural: mas para probar á usted cuan poderoso es en ella el instinto religioso, la he dicho, ha debido usted admirarse y considerarse bien feliz cuando el señor Rodolfo la dijo que quedaría usted en la granja para siempre! que profunda impresion le debió causar á usted!.... Oh! si!

respondió, cuando el señor Rodolfo me dijo esto, no sé lo que pasó en mí, pero experimenté una especie de felicidad piadosa y de respeto santo como cuando entraba en una iglesia!.... cuando podía entrar! «añadió, por que usted sabe, señora! no la dejé concluir al ver que su cara se cubría de vergüenza: sé, hija mia.... y la llamaré á usted siempre mi hija.... si usted quiere.... sé que ha sufrido mucho; pero Dios bendice á los que le aman y le temen.... á los que han caído y se arrepienten.

—Vamos mi buena señora George: ahora estoy doble contento con lo que he hecho.

—Esta pobre muchacha interesará á usted.... no tendrá mas que sembrar para recoger: ha sido usted exacto, su instinto es excelente. Lo que me ha enternecido tambien, señor Rodolfo, es que no ha hecho la menor pregunta relativa á usted, sin embargo que su curiosidad debia estar muy escitada: admirada de esta reserva quiso saber si lo hacía con conocimiento y la dije: debe usted tener muchos deseos de saber quien es su misterioso bienhechor?

—Lo sé.... me respondió con una candidez la mas encantadora, *se llama mi bienhechor.*

—Con que la querrá usted? buena señora: su compañía la será á usted agradable? á lo menos ocupará algun tanto su corazon....

—Oh! si, me ocuparé con ella.... como me hubiera ocupado con él, dijo la señora con voz trastornada.

Rodolfo la tomó de la mano y la dijo: vamos, vamos, no se desanime usted; si hasta ahora nuestras pesquisas han sido inútiles.... quizás un día....

La señora George meneó tristemente la cabeza y dijo con amargura: mi pobre hijo tendría ahora veinte años....

—Diga usted que tiene esa edad.

—Dios oiga á usted y le escuche, señor Rodolfo!

—Me escuchará.... lo espero mucho.... ayer fui, pero en vano á buscar un cierto perillan llamado Bras-Rouge que podia quizás segun me habian dicho, darme conocimientos sobre el hijo de usted: al bajar de casa de este Bras-Rouge.... á consecuencia de una riña encontré á esta desgraciada niña....

—Ah! tanto mejor!.... á lo menos, su buena resolucion por mi hijo le ha proporcionado socorrer una nueva desgracia, señor Rodolfo.

—Ademas que hacía mucho tiempo que deseaba explorar estas clases miserables.... por que estaba casi seguro que habia alli algunas almas que arrancar á Satanás á quien me divierto muchas veces en contrarestar, añadió Rodolfo sonriéndose, y á quien quito otras veces sus mejores presas. Y luego con tono serio: no ha tenido usted ninguna noticia de Rochefort?

—Ninguna: dijo la señora George en voz baja y temblando.

—Tanto mejor!.... este monstruo habrá en-

contrado la muerte en alguna intentona de tomarse las... sus señas son muy conocidas por las requisitorias: es un malvado muy temible para que se haya dejado de poner toda la posible actividad á fin de descubrirle.... y hace seis meses que desapareció del pre.... Rodolfo se detuvo al pronunciar esta horrible palabra.

—Del presidio! Oh! digalo usted.... del presidio.... gritó con horror la desgraciada muger y con voz sofocada. El padre de mi hijo! ... Ah! si este desgraciado hijo vive todavía.... si como yo, no ha cambiado de nombre, que vergüenza!.... que vergüenza! y esto no es nada todavía.... quizás ha cumplido su padre su horrible promesa.... Ah! señor Rodolfo, perdonadme, pero á pesar de sus beneficios, soy todavía muy desgraciada!....

—Pobre muger! calmes usted.

—Algunas veces soy acometida de horribles pensamientos, me figuro que mi marido se ha escapado sano y salvo de Rochefort y que me busca para matarme como lo ha hecho quizás con mi hijo; por que en fin que se ha hecho de él? ¿que ha sido de él?

—Este misterio es la tumba de mi entendimiento: dijo Rodolfo como pensativo pero ¿que interés podia tener este miserable en llevarse á vuestro hijo, cuando, hace quince años, me ha dicho usted, intentó pasar al extranjero?: un niño de esta edad tenia que serle embarazoso para su huida.

—Ah! señor Rodolfo, cuando mi marido (al pronunciar este nombre la desgraciada tembló) detenido en la frontera, traído á París y hechado á la cárcel, donde se me permitió entrar, me dijo estas horribles palabras «he llevado á tu «hijo por que le amas y que es un medio para «forzarte á que me mandes dinero, del cual «disfrutará, ó no disfrutará.... esto es de mi «cuenta.... que viva ó que muera poco importa... «pero si vive, está en buenas manos: tragarás «la deshoara del hijo como has tragado la del padre» Ay! un mes despues, mi marido fué condenado á presidio por toda su vida.... despues.... ni las instancias ni las súplicas de que estaban llenas mis cartas todo ha sido inútil, nada he podido saber sobre la suerte de este muchacho.... Dios mio! señor Rodolfo, donde estará ahora mi hijo? tengo grabadas en mi memoria aquellas horrosas palabras que me martirizan «tragarás la deshonra del hijo como has tragado la del padre»

—Pero esto sería una atrocidad que no se pudiera explicar: con que objeto viciar y romper á este desgraciado niño? ¿por qué sobre todo, quitarselo á usted?

—Ya se lo he dicho: con el objeto de que le enviase dinero: á pesar de que él me habia arruinado, me quedaron todavía algunos pequeños recursos que se agotaron de este modo.... á pesar de su maldad no podia persuadirme que no emplearía una parte de lo que le mandaba

en la educacion de este infortunado niño....

—Y su hijo no tenia ninguna señal, ningun indicio que pudiese servirnos de guía para reconocerlo?

—Ninguno mas que el de que he hablado, señor Rodolfo, un pequeño Espíritu santo gravado en una piedra preciosa y rodeado á su cuello por una cadenita de plata: esta reliquia, bendita, por el Santo Padre, me vino de mi madre que la habia llevado siendo pequeña y la que veneraba sobre manera: yo tambien la habia traído al cuello, y la puse asi mismo al de mi hijo! Ah! este talisman ha perdido su virtud.

—Quien lo sabe, buena madre? Dios es todo poderoso.

—La divina providencia no hizo que encontrase á usted, señor Rodolfo?

—Demasiado tarde, mi buena señora George, demasiado tarde: la hubiera quizás evitado á usted muchos años de trabajos.

—Ah! señor Rodolfo: ¿no me ha llenado usted de beneficios?

—En que? he comprado esta granja: en dias mas prósperos estaba usted, por gusto, á la cabeza de sus haciendas: ha consentido usted en ser mi administrador y gracias á sus cuidados é inteligente actividad este cortijo me produce....

—Le produce, Monseñor? dijo la señora George interrumpiéndole, ¿no soy yo la que pago el arrendamiento á nuestro buen cura Laporte? y no es invertida esta suma con arreglo á sus

órdenes en limosnas?

—Y que! no es este un excelente producto? pero ya avisó usted á este querido eclesiástico de mi llegada, ¿no es verdad? deseo recomendarle mi protegida.... ha recibido mi carta?

—El señor Murph se la llevó á luego que llegó.

—En esta carta contaba en pocas palabras á nuestro buen cura la historia de esta pobre muchacha, no estaba seguro de poder yo venir hoy... en este caso Murph la hubiera conducido.

Esta conversacion que tuvo lugar en el jardin fué interrumpida con la llegada de un mozo de la granja; señora: el señor cura espera á usted.

—Mozo: han venido los caballos de posta? dijo Rodolfo.

—Si señor: están enganchando, y salió.

La señora George, el cura y los habitantes de la granja no conocían al protector de Flor de María mas que bajo el nombre del señor Rodolfo: la discrecion de Murph era impenetrable; pues asi como era puntual en *monseñorear* á Rodolfo cuando estaban los dos solos, delante de los estraños tenia el mayor cuidado en no llamarle de otro modo que el de señor Rodolfo.

—Se me olvidaba decir á usted, mi querida señora George, dijo este, al entrar en casa que María tiene, á lo menos lo creo asi, el pecho un poco delicado.... las privaciones y la miseria han alterado sin duda su salud: esta mañana al

medio día, me ha sorprendido su palidez, por que sus mejillas tenían un color subido sonrosado; me ha parecido además que había en sus ojos un brillo algún tanto febril.... será necesario cuidarla.

—Pierda usted cuidado, señor Rodolfo.... pero á Dios gracias! en esta edad no hay nada peligroso.... el campo, el aire puro, con reposo y felicidad, pronto se recuperará.

—Lo creo ... pero sin embargo no me fio en sus médicos campesinos... diré á Murph haga venir un doctor de habilidad.... y este indicará el régimen que debe seguirse: me dará usted muy á menudo noticias de María.... dentro de algún tiempo, cuando esté bien sosegada, bien tranquila pensaremos en su porvenir.... quizás la convendría mejor el que estuviese siempre en su compañía.... si su carácter y conducta convienen á usted.

—Este sería mi deseo, señor Rodolfo.... reemplazaría al hijo que lloro todos los días.

—En fin, esperemos para usted, esperemos para ella.

Al entrar Rodolfo y la señora George en la granja, Murph y María llegaban también por otro lado: la fisonomía de esta estaba animada por el paseo: Rodolfo hizo notar á la señora George el encarnado de los carrillos de la jóven; color vivo y limitado que formaban un contraste con la blancura delicada de su rostro.

El digno gentil-hombre dejó el brazo de la

cantora y vino á decir al oido de Rodolfo con aire un poco confuso: esta chiquilla me ha encantado: no sé quien me interesa mas ahora si ella, ó la señora George: era yo una bestia salvaje y feroz.

—No te arranques por eso los cabellos, buen viejo Murph, contestó Rodolfo sonriéndose y apretando la mano del Squire.

—La señora George apoyándose en el brazo de María, entró con ella en una salita del piso bajo, donde aguardaba el cura Laporte....

—Murph se marchó para cuidar de los preparativos del viage, y la señora George, María y Rodolfo quedaron solos: sencillamente pero con gusto, estaba adornada esta pequeña sala con colgaduras de tafetan como lo demas de la casa, y tal como la habia pintado Rodolfo á la cantora: estaba cubierta con una alfombra bastante grande: un buen fuego ardía en la chimenea: dos grandes ramilletes de reinas—margaritas de todos colores, colocados en dos jarrones de cristal, derramaban en esta pieza un ligero olor aromático: por entre las persianas verdes á medio cerrar se veían el prado, el riachuelo, y mas arriba la cuesta poblada de castaños: el cura Laporte sentado cerca de la chimenea, tendría mas de ochenta años y servía á esta pobre parroquia desde los últimos tiempos de la revolucion: nada mas venerable, ni mas dulce que su imponente fisonomía senil, acartonada y doliente; su cabeza estaba adornada con largos cabe-

llos blancos que cafan sobre el cuello de su sotana negra remendada por muchas partes, por que decia le gustaba mas vestir á dos ó tres niños de paño fuerte, que hacer el presumido, es decir, tirarla á los dos ó tres años de servicio. Estaba tan viejo que sus manos le temblaban siempre, y habia un no sé qué de tierno y afectuoso en este movimiento continuo, que cuando algunas veces las levantaba para hablar parecia que echaba la bendicion.

—Rodolfo que observaba á María con atencion, se hubiera admirado de verla acercarse al eclesiástico con cierto aire de serenidad piadosa si la hubiera menos conocido, ó mejor dicho adivinado: el admirable instinto de ésta la decia que concluye la vergüenza cuando el arrepentimiento y la espiacion principian.

—Señor cura, dijo aquel con mucho respeto, la señora George ha tenido la bondad de encargarse de esta muchacha.... ruego á usted la dispense sus bondades.

—Tiene derecho, caballero, como todos los que nos busquen.... hija mia! la clemencia de Dios es inagotable y se lo ha demostrado, no abandonándola..... en medio de bien dolorosas pruebas... todo lo se..... y tomó la mano de María entre las suyas temblonas. El hombre generoso que ha salvado á usted ha realizado la palabra de la sagrada escritura: *el Señor está cerca de los que le invocan, llenará los deseos de los que le temen; escuchará sus gemidos y los salvará. Há-*

gase usted digna de sus bondades con su buena conducta, siempre me encontrará para animarla, sostenerla.... en el buen camino en que acaba de entrar.... tendrá en la señora George un ejemplo perfecto que imitar..... en mi un consejero vigilante..... el señor concluirá su obra.....

—Y yo le rogaré por los que han tenido piedad de mi y me han traído á él, padre mio!.... dijo la cantora, quien por un movimiento casi involuntario se echó á los pies del sacerdote: los sollozos la ahogaban.

—La señora George, Rodolfo y el cura estaban muy conmovidos: este último la dijo: levántese usted, querida hija, bien pronto merecerá usted..... la absolución de las grandes culpas de que mas bien há sido victima que culpable: y para hablar todavía con el profeta: *el Señor sostiene á los que van á caer y levanta á los oprimidos.*

—A Dios, María, dijo Rodolfo, dándola, una crucecita de oro, atada á una cinta de terciopelo negro; añadiendo: guarde usted esta crucecita en memoria mia: hé hecho grabar en ella esta mañana el dia de su libertad.... de su redención.... pronto nos vereinos.

—María besó la cruz y al mismo tiempo Murph abrió la puerta del salon, diciendo: señor Rodolfo, los caballos estan dispuestos.... A Dios, padre mio..... á Dios mi buena señora George.... recomiendo á ustedes su hija..... A Dios María:....

El venerable sacerdote, apoyado en los brazos de ésta y de la señora George que sostenian

sus piernas temblonas salió del salon para ver marchar á Rodolfo.

Los últimos rayos del sol iluminaban este grupo triste é interesante. Un anciano sacerdote símbolo de caridad, de perdon y de esperanza eterna: una mujer agoviada con el peso de todos los dolores que puede experimentar una esposa; una madre..... y una jóven que apenas salia de la infancia, arrojada en otro tiempo en el abismo del vicio por la miseria y la infame seduccion del crimen.

Rodolfo subió al coche , y Murph se colocó á su lado. Los caballos partieron á galope.

## XV.

## LA CITA.

Al día siguiente de haber Rodolfo confiado al cuidado de la señora George á la cantora, se hallaba á las doce en punto éste, vestido como siempre de trabajador, á las doce en punto en la puerta de la taberna titulada *le Panier fleuri* situada no lejos de la puerta de Berci.

La vispera y á las diez de la noche se halló exactamente Chourineur en el punto que aquel le indicó: la continuacion de esta historia dirá el resultado de esta cita.

Era como hemos dicho, medio día, llovía á torrentes: el Sena, inchado con las continuas lluvias, habia subido extraordinariamente é inundaba una parte del muelle.

Miraba de cuando en cuando con cierta impaciencia por el lado de la *barrera*, y avistando por fin y á lo lejos un hombre y una mujer que venian bajo de un paraguas, reconoció á la Mochuela y al Maestro de escuela: estaban estos completamente mudados: el ladron, abandonando sus malos vestidos y el aire de ferocidad brutal, habia cambiado aquellos por un levita de castorina verde, sombrero grande redondo: la camisa y el pañuelo que llevaba al cuello eran de una

blancura estremada: sin la espantable fealdad de sus facciones y su salvaje mirada, ardiente y agitada, se le hubiese tenido, al ver su marcha apacible por un honrado ciudadano: la tuerta vestida tambien como en dia de fiesta llevaba una papalina blanca, un gran chal de estopa de seda á modo de cachimir, traía en la mano un grande cesto.

Habiendo parado un momento la lluvia, Rodolfo, sobreponiéndose á la repugnancia, se dirigió hácia esta horrorosa pareja.

El Maestro de escuela, al caló de la tasquera substituyó y habló un language casi esmerado de modo que contrastaba con las fanfarronerías sanguinarias de este ladron, tanto mas horrible cuanto que anunciaba que su entendimiento habia sido cultivado. Cuando Rodolfo se halló acercado á él, el Maestro de escuela le saludó con respeto y la Mochuela le hizo una grande reverencia.

—Caballero.... servidor de usted.... dijo el Maestro de escuela: estoy á la disposicion y dispuesto á hacer.... ó mas bien de volver á tener relaciones con usted.... por que antes de ayer me honró con dos puñetazos capaces de aplastar á un rinoceronte.... pero no hablemos de eso: era una chanza de usted.... estoy seguro de ello.... una sencilla chanza.... no hagamos caso.... puesto que intereses de importancia nos reunen: ayer á las once de la noche ví al Chourineur en la tasquera, le he dado cita para aqui esta mañana

en el caso que quiera ser nuestro colaborador, pero que decididamente se niega.

—Usted acepta?

—Si usted quisiera caballero.... su nombre?

—Rodolfo.

—Señor Rodolfo.... pudieramos entrar en el *Panier Fleuri*.... ni yo ni la señora hemos almorzado.... hablaríamos de nuestros pequeños asuntos, tomando un bocado.

—Con mucho gusto.

—Podemos tratar de ello sin dejar de andar: usted y el Chourineur nos deben sin contradiccion alguna á mi muger y á mi una indemnizacion.... nos han hecho ustedes perder mas de dos mil francos. La Mochuela tuvo cita cerca de S. Ouen con un señor alto, vestido de luto que vino á buscarle la otra noche á la tasquera: proponía dos mil francos por hacer á usted alguna cosa.... Chourineur me lo ha explicado asi poco mas ó menos...: pero ahora me acuerdo, hola! Mochuela, dijo el ladron dirigiéndose á aquella, vete á tomar un cuarto en el cesto de flores, al *Panier Fleuri*; y que dispongan el almuerzo: chuletas, un buen pedazo de ternera, una ensalada y dos botellas de vino de Beaume de primera, al momento somos contigo.

Esta no habia separado su vista de Rodolfo: marchó no sin haberse antes hecho señas con el Maestro de escuela, quien continuó: decia á usted señor Rodolfo que Chourineur me habia empuñesado con la proposicion de dos mil francos.

—Que significa embelesar?

—Tiene usted razon.... este lenguaje es superior á usted: queria decirle que el Chourineur me habia dicho mas ó menos lo que el señor del duelo queria de usted por sus dos mil francos.

—Bien, bien.

—No es tan bueno como usted dice: por que habiendo encontrado Chourineur á la Mochuela cerca de San-Ouen no se ha apartado de ella ni un ápice desde que vió llegar el señor del duelo, de modo que por esto no se atrevió á acercarse; con que son dos mil francos, que es preciso que usted haga que volvamos á ganar con mas quinientos por una cartera que debiamos entregarle, pero que no lo huvieramos hecho en vista de la inspeccion de los papeles que nos han parecido de mas importancia que los quinientos francos.

—Contendrá valores de consideracion?

—Contiene papeles muy curiosos, á pesar que la mayor parte de ellos están escritos en inglés, los guardo aqui, dijo el ladron dando un golpe en el bolsillo de su levita. Siendo de suma importancia para Rodolfo se alegró mucho cuando oyó al Maestro de escuela que guardaba todavia en su poder los papeles arrancados por este á Tom: sus instrucciones á Chourineur no tuvieron otro objeto que el de impedir que aquel (Tom) se acercase á la Mochuela con el fin de

que ésta guardase la cartera de que esperaba apoderarse.

—Guardo pues estos papeles, dijo el asesino, como una naranja para la sed por que he encontrado las señas del señor del duelo, y de cualquier modo lo veré.

—Podremos hacer un trato, si usted quiere.... si el golpe de mano sale bien, le compraré esos papeles por que conozco al hombre.... y esto.... me conviene mas que á usted.

—Veremos.... ahora volvamos á nuestro cuento.

—Pues bien, propuse un gran negocio á Chourineur, al principio aceptó, y luego se ha negado.

—Siempre ha tenido esas ideas tan singulares....

—Pero negándose me ha observado....

—Le ha hecho á usted *observar*.... diablo.... siempre está usted con la gramática.

—Maestro de escuela, es mi profesion, me ha hecho observar que si él no *comía pan moreno* no por eso habia de disgustar á los demas y que usted me pudiera ayudar. Y pudiera yo saber, sin ser indiscreto, por que citó usted ayer mañana á Chourineur para San Ouen? y como esto le proporcionó la honra de encontrar á la Mochuela? se vió confuso para contestarme sobre esto.

—Rodolfo se mordió superceptiblemente los labios y contestó; encogiéndose de hombros; lo creo, no le dije sino á medias mi proyecto... us-

ted me entiende.... por que no sabia si estaba enteramente decidido.

—Esto era muy prudente.

—Tanto mas cuanto que tenia dos cuerdas en el arco.

—Ah!

—Seguramente.

—Es usted un hombre de prevision.... habia dado á Chourineur cita para San Ouen con el objeto....

Despues de un momento de duda halló Rodolfo un fabula verosimil para cubrir la torpeza de Chourineur y continuó: he aqui el asunto.... el golpe que propongo es escelente por que el amo de la casa se halla en el campo.... todo mi temor era que volviese: para tranquilizarme: me dije: hay que hacer una cosa ...

—Era asegurarse usted de la presencia de dicho amo en la campiña.

—Asi es.... marchó á Pierrefitte donde está su casa de campo.... alli tengo una prima que está de criada.... me comprende usted?

—Muy bien, valiente, y luego?

—Mi prima me ha dicho que su amo no volvia á París sino dentro de dos dias.

—Pasado mañana?

—Si.

—Perfectamente; pero vuelvo á mi pregunta, por que dar cita al Chourineur para San Ouen.

—No lo entiende usted.... cuanto hay de Pierrefitte á San Ouen?

—Una legua.

—Y de este último punto á París?

—Otro tanto.

—Pues bien, sino encontraba á nadie en Pierrefitte, es decir, si encontraba la casa desierta... tenia tambien allí un buen golpe que dar.... no tan bueno como el de París.... pero regular.... volvía á San Ouen á buscar á Chourineur que me esperaba, y regresabamos á Pierrefitte por un atajo que yo conozco, y....

—Comprendo: si por el contrario, debia darse el golpe en París?

—Ybamos á la puerta de la estrella por el camino de la Revuelta, y de allí al paseo de las Viudas....

—No hay mas que un paso.... es muy sencillo: en San Ouen estaba usted en vilo sobre las dos operaciones.... esto es muy bien pensado: ahora entiendo la ida de Chourineur á San Ouen.... deciamos que la casa del paseo de las Viudas estará deshabitada hasta pasado mañana.

—Deshabitada.... excepto del portero....

—Por supuesto.... y es operacion ventajosa?

—Mi prima me ha hablado de sesenta mil francos en oro.... en el gavinete de su amo....

—Conoce usted las gentes?...

—Como mi bolsillo.... hace que está mi prima mas de un año, y á fuerza de oirla hablar de las cantidades que de tiempo en tiempo saca su amo del banco para darlas otro giro... me vino esta idea.... como el portero es hombre for-

zudo, por eso hablé á Chourineur.... el que, despues de mil reparos, consintió.... y luego.... se retractó.... por lo demas es incapaz de vender á un amigo.

—No: asi es.... .. pero ya hemos llegado..... no sé si le sucede á usted lo que á mi que el fresco de la mañana me ha abierto el apetito.

La Mochuela estaba en el quicial de la puerta de la taberna. Por aqui, por aqui! dijo esta, he mandado disponer nuestro almuerzo.

Rodolfo quiso que pasase el ladron el primero, tenia para ello sus motivos; pero se opuso á esta política con tanta resistencia que tubo que hacerlo él. Antes de sentarse á la mesa dió el Maestro de escuela algunos ligeros golpes á los tabiques para asegurarse de su grueso y sonoridad.

—No tendremos necesidad de hablar bajo, dijo este, el tabique no es delgado: nos servirán todo de una vez y asi nadie interrumpirá nuestra conversacion.

Una criada sirvió el almuerzo, y antes que se cerrase la puerta, vió Rodolfo al carbonero Murph sentado gravemente á una mesa del cuarto inmediato al en que pasaba la escena, que acabamos de describir: era largo y estrecho, recibiendo la luz por una ventana que daba á la calle y hácia frente á la puerta. La Mochuela estaba vuelta de espaldas á la ventana: el Maestro de escuela á un lado de la mesa, Rodolfo al otro: habiendo salido la criada, el ladron se levantó,

tomó su cubierto y fué á sentarse al lado de aquel de modo que le ocultaba la puerta.

Así podremos hablar mejor sin necesidad de levantar la voz.....

—Y quiere usted ponerse entre mi y la puerta para impedirme el que salga, replicó Rodolfo con la mayor sangre fría.

El Maestro de escuela hizo un signo afirmativo, sacando al mismo tiempo del bolsillo de su levita un estoque pequeño redondo y gordo como una pluma de ganso, metido en un puño de madera que se ocultaba en sus velludas manos: vé usted esto?

—Si.

—Aviso á los que gusten..... y frunciendo sus cejas con un movimiento que arrugó su ancha frente, chata como la de un tigre, hizo un gesto muy significativo.

—Y confíe usted en mi que he afilado el puñal de mi hombre, añadió la Mochuela.

—Rodolfo; con una presencia de espíritu la mas admirable, metió la mano en su blusa, sacó una pistola de dos cañones, la enseñó al Maestro de escuela y la volvió á meter en el bolsillo.

—Nos entendemos, dijo el ladrón, pero usted no me comprende..... voy á suponer un imposible que viniesen á prenderme sea que usted haya ó no tendido la red..... le dejaría frío! y echó sobre Rodolfo una mirada feroz.

—Al mismo tiempo saltó yo sobre él para

ayudarte, valenton, dijo la Mochuela.

—Este no contestó, se encogió de hombros, tomó un vaso de vino y se lo bebió.

—Esta sangre fría impuso al Maestro de escuela.

—Quería tan solo prevenirle.

—Bien, bien! meta usted su mechera en el bolsillo porque no hay aquí ningún pollo para mechar: soy gallo viejo y tengo buenos espolones, amigo: ahora hablemos de nuestros asuntos, enhorabuena.

—Pero no diga usted mal de mi mechera: esta no hace ruido, ni descompone á nadie.....

—Y se trabaja bien, no es verdad, pequeño asesino? dijo la Mochuela.

—A propósito dijo á esta Rodolfo, es cierto que usted conoce á los padres de la cantora?

—Mi hombre ha metido en la cartera del señor de lo negro dos cartas que hablan de esto... pero no las verá la picarueta..... antes la habia de sacar los ojos con mis manos..... oh! cuando la encuentre en la tasquera, buena cuenta.....

—Hola! raposuela, hablamos y hablamos!..... y las cosas no marchan.

—Se puede hablar delante de ella? preguntó Rodolfo.

—Con toda confianza: está hecha á toda prueba y podrá sernos muy útil para espiar, tomar conocimientos, ocultar, vender &c.: tiene todas las cualidades de una excelente mujer de su casa.

—Buena raposuela! añadió el malvado pre-

sentando su mano á la horrible vieja, no puede usted tener una idea de los servicios que me ha hecho.... pero si te quitases tu chal, raposuela!... podrías tener frio al salir..... ponlo en una silla con tu cestillo.

La Mochuela lo hizo así.

A pesar de su presencia de espíritu y del imperio que Rodolfo tenia sobre si mismo, no pudo menos de conmoverse al ver colgado de un anillo de plata unida á una gorda cadena de similar que la vieja tenia al cuello, un pequeño espíritu santo en una piedra preciosa conforme en un todo á la descripción que le habia hecho la señora George del que llevaba su hijo cuando desapareció.

Con este descubrimiento le vino á la idea que el Maestro de escuela pudiera ser el marido de esta desgraciada muger, él segun la misma, se habia escapado del presidio hacia ya seis meses sin que se supiese de él, y segun tambien el Chourineur estaban conformes en la misma época de la huida de aquel sitio y que aquel bandido habia escapado de todas las pesquisas de la policia, desfigurándose horriblemente: este miserable habia pertenecido á una clase distinguida de la sociedad, esplicándose muchas veces con frases escogidas. Un recuerdo trae otro: Rodolfo se acordó tambien que la señora George, contándole un dia el arresto de su marido, le habló de la resistencia desesperada de este monstruo que faltó poco para escaparse, gracias á su

fuerza herculea. Si este bandido era su marido debia saber el paradero de su hijo. Ademas conservaba en la cartera robada á Tom algunos papeles concernientes al nacimiento de la cantora: estos eran nuevos y graves motivos para que Rodolfo perseverase en sus proyectos. Felizmente la distraccion de Rodolfo no fué advertida por el Maestro de escuela, muy ocupado en servir á la Mochuela.

—Voto á tal!.... que tiene usted una buena cadena, dijo Rodolfo á la tuerta.

Hermosa..... y no muy cara..... contestó riéndose la vieja: es oro falso hasta que mi hombre me dé una del bueno.

—Eso dependerá del señor: raposuela!..... si hacemos buen negocio, entonces.....

—Es admirable lo bien imitado que está, prosiguió Rodolfo..... y á la conclusion..... qué es esa cosa azul?

—Es un regalo de mi hombre, hasta que me dé un brillante..... no es verdad, pequeño asesino?

—Y guardarás eso á pesar del brillante raposuela..... es un talisman..... lleva consigo la dicha.....

—Un talisman? dijo con cierta negligencia Rodolfo: acaso cree usted en los talismanes? y donde diablos ha hallado ese? deme usted las señas de la fábrica.

—No se hacen ya mas mi querido caballero, la tienda se cerró..... tal como usted lo vé, esta

alaja sube á una grande antigüedad..... á tres generaciones..... la aprecio mucho porque es una tradicion de familia, añadiò con una horrible sonrisa, por esta razón se la he dado á la raposuela..... para que la haga feliz en las empresas en que me ayuda con mucha habilidad: ya la verá maniobrar..... usted la verá si hacemos alguna operacion *comercial*, pero volviendo á nuestro asunto:..... dice usted que en el paseo de las viudas.....

—En el núm. 17 hay una casa habitada por un rico..... se llama..... el señor.

—No cometeré la indiscrecion de preguntar su nombre..... tiene, dice usted, en su gabinete sesenta mil francos en oro?

—Sesenta mil francos! gritó la Mochuela.

—Rodolfo hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Y usted conoce las gentes de esta casa? dijo el Maestro de escuela.

—Muy bien.

—Es difícil la entrada?

—Una tapia de siete pies de altura por la parte del paseo de las Viudas, un jardín, ventanas que se tocan con la mano, y la casa no tiene mas que un cuarto bajo.

—No hay mas que un portero para guardar este tesoro?

—No hay mas.

—Cual será su plan de campaña, jóven? preguntó con descuido el Maestro de escuela.

—Muy sencillo.... saltar la tapia, abrir la puerta de la casa con ganzuas á forzar el postigo exterior.

—Y si se despertase el portero? dijo el Maestro de escuela mirando fijamente al jóven.

—Tanto peor para él.... contestó este con un signo significativo: vamos! conviene á usted esto?

—Debe usted conocer que no le puedo contestar sin antes haber examinado todo por mí mismo, es decir con la ayuda de mi muger: y si todo lo que me dice es exacto, debemos tomarlo en caliente.... esta noche, y el ladron fijó su vista en Rodolfo.

—Esta noche es imposible, respondió este con la mayor frialdad.

—Por que? si el amo no debe venir hasta pasado mañana?

—Si, pero yo no puedo esta noche.

—De veras? pues bien! yo no puedo mañana.

—Por que razon?

—Por la misma que á usted le impide hacerlo esta noche.... dijo el asesino con risa falsa.

Despues de un momento de reflexion Rodolfo continuó.

—Bueno! enhorabuena.... sea para esta noche: donde nos encontraremos?

—Encontrarnos! no nos separaremos, dijo el Maestro de escuela.

—Como asi?

—Para que separarnos? si el tiempo aclara

un poco, iremos paseándonos á dar un vistazo al paseo de las Viudas; verá usted como mi mujer sabe trabajar: hecho esto, nos volveremos á jugar á los cientos y comer un bocado en una cueva de los campos eliseos.... que yo conozco... muy cerca del rio y como el paseo de las Viudas queda desierto desde muy temprano, nos volveremos allá hácia las diez.

—Yo á las nueve podré reunirme con ustedes.

—Quiere usted ó no que hagamos juntos el negocio?

—Si quiero.

—Pues bien! no nos separemos esta noche.... si no?

—Sino?

—Creeré que quiere usted tenderme un lazo, y esta es la razon por que se quiere ir.

—Si quisiera tenderle un lazo.... quien me lo impide hacerlo esta noche?

—Todo... usted no pensaba que le propusiese tan pronto el negocio, y no separándose de nosotros no puede prevenir á nadie....

—Desconfia usted de mi?....

—Muchisimo.... pero como puede ser cierto lo que me ofrece y que la mitad de sesenta mil francos merece el trabajo de dar un paso... quiero probarlo esta noche ó nunca... si nunca, sabré á que atenerme con respecto á usted.... y le serviré en otra ocasion.... cualquier dia un plato de mi gusto....

—Y yo le corresponderé... cuente usted con ello.

—Todo eso es una tontería! dijo la Mochuela: pienso como el pequeño asesino: esta noche ó nunca.

Rodolfo se encontraba en una cruel ansiedad: si dejaba escapar esta ocasion de apoderarse del Maestro de escuela, no la volvería á tener quizás jamás: este asesino que en adelante viviria con precaucion, ó que reconocido y preso por la justicia seria conducido al presidio, llevaría consigo los secretos que aquel tenia tanto interés en conocer. Confiándose á la casualidad, á su destreza y valor, dijo al Maestro de escuela: consiento; no nos separaremos hasta la noche.

—Entonces soy suyo.... pero son cerca de las dos.... de aqui al paseo de las Viudas hay mucha distancia: llueve á cantaros: paguemos el escote y tomemos un fiacre.

—Mientras viene el coche, bien puedo fumar un cigarro.

—Sin duda, dijo el Maestro de escuela; á la raposuela no la incomoda el olor del tabaco.

—Pues bien, voy á buscar cigarros, dijo Rodolfo levantándose.

—No se tome usted ese trabajo, dijo el bandido deteniéndole: la raposuela ira por ellos: se volvió á sentar: aquel penetró su designio: la Mochuela salió.

—¡Que muger tan casera tengo eh! dijo el malvado, es tan complaciente! se tiraría al fuego por mi!

—A propósito de fuego: caramba! aquí no hace calor, dijo Rodolfo metiendo sus dos manos bajo la blusa, y continuando la conversacion con el Maestro de escuela tomó el lapiz y un papelito del bolsillo de su chaleco, y sin que pudiese ser notado, escribió corriendo dos palabras teniendo cuidado de separar bien las letras para que no se confundiesen; pues escribía debajo de su blusa y sin ver nada, sustraído á la penetracion del Maestro de escuela, trataba de ver como podia hacer que llegase la escuela á su destino. Rodolfo se levantó y fué maquinalmente á la ventana, poniéndose á cantar entre dientes y acompañándose con los cristales: el Maestro de escuela se dirigió á la misma para mirar y dijo con descuido: que tonada canta usted?

—Canto.... *tu no tendrás mi rosa.*

—Es bonita cancion.... y queria ver tan solo si causaba bastante efecto en los que pasan, y les hacia mirar aqui.

—No tengo tal pretension.

—Se equivoca usted, jóven: por que toca el tambor con toda su fuerza sobre los cristales: pero pienso en ello.... el guarda de la casa del paseo de las Viudas es quizás un mozo determinado.... si resiste.... usted no tiene mas que una pistola.... esto es muy ruidoso, en lugar que un instrumento como este (é hizo ver á Rodolfo el mango de su puñal) no mete ruido y no descompone á nadie.

—Acaso pretende usted asesinarlo? gritó este:

si tiene tales ideas no hablemos mas..... nada se ha hecho..... no cuente usted conmigo.

—Y si se despierta?

—Nos escaparemos....

—Enhorabuena, habia comprendido mal: bueno es convenir en todo... antes de..... á fé que no se trata mas que de un simple robo, escalamiento y fraccion.....

—Nada mas.

—Corriente.

Y como que no me separaré de ti ni un segundo, dijo Rodolfo entre si, te impediré que derames sangre.

## XVI.

## PREPARATIVOS.

La Mochuela volvió á entrar en el cuarto con tabaco.

—Me parece que ya no llueve, dijo Rodolfo, encendiendo su cigarro, podríamos ir nosotros mismos á buscar el coche!..... desentorpeceríamos las piernas!

—Como! que no llueve? contestó el Maestro de escuela: está usted ciego? Acaso puede creer que voy á esponer á la raposuela á que coja un costipado..... arriesgar una vida tan preciosa..... y echar á perder su chal?

—Tienes razon, mi hombre, hace un tiempo de perros.

—Bueno! la moza vá á venir..... al pagarla la diremos que vaya á buscar un coche; contestó Rodolfo.

—Nada ha dicho usted tan precioso, jóven; podremos irnos á vagamundear por el sitio del paseo de las viudas.

La moza entró y Rodolfo la dió cinco francos.

—Ah! caballero..... usted abusa..... no lo su-

friré..... gritó el Maestro de escuela.

—Vamos!..... otra vez le tocará.

—Me someto..... pero con condicion que aceptará lo que le presente bien pronto en una pequeña taberna de los campos eliseos ..... que comozco..... un sitio escelente.

—Bien, bien; acepto.

Pagada la criada, bajaron: Rodolfo quiso salir el último *por atencion* á la Mochuela, pero el Maestro de escuela no lo permitió y siguió observándole muy de cerca en sus mas pequeños movimientos: el hostelero tenia tambien un despacho de vino al pormenor y entre los consumidores habia un carbonero, la cara muy tiznada, sombrero grande metido hasta los ojos que pagaba en el mestrador el gasto que habia hecho al tiempo que pasaban nuestros tres personajes: sin embargo de la grande vigilancia del Maestro de escuela y la Mochuela, el primero que iba delante de esta horrible pareja cambió con Murph una imperceptible y rápida mirada: abierta la portezuela del coche Rodolfo se detubo bien decidido esta vez á entrar el último, pues el carbonero se le habia aproximado insensiblemente: en efecto pasó la primera la Mochuela y despues de muchos cumplidos tuvo que entrar aquel porque el Maestro de escuela le dijo al oido: quiere decididamente que desconfie de usted?

Habiendo subido Rodolfo, el carbonero se adelantó silvando hasta el quicio de la puer-

ta, y le miró con aire sorprendido é inquieto.

—Donde se va, amo? preguntó el cochero; y Rodolfo contestó á aquel en alta voz: paseo de las.....

—De las Acacias, en el bosque de Boloña, gritó el Maestro de escuela interrumpiéndole, añadiendo, te se pagará bien cochero, y se cerró la portezuela.

—Cómo diablos puede usted decir á donde vamos en voz alta á estos tontos? repuso el Maestro de escuela: supongamos que mañana se descubra esto, un indicio semejante puede perdernos! Ah! joven, joven! que imprudente es usted. El coche principiaba á caminar y Rodolfo contestó: es verdad, no habia pensado en ello: pero con mi cigarro voy á llenar á ustedes de humo como si fuesen cecina: debieramos abrir una vidriera, y haciéndolo como lo habia indicado dejé caer con mucha destreza el papelito, plegado muy bien y en el que habia escrito con priesa y de lapiz algunas palabras.

La vista del Maestro de escuela era tan perspicaz que á pesar de la impassibilidad de la fisonomía de Rodolfo, descubrió en este una ráfaga de triunfo, por que sacando la cabeza por la portezuela gritó al cochero: sacuda! sacuda usted cochero! alguno hay detras:

Rodolfo se estremeció, pero á pesar de esto unió sus gritos á los de su compañero: el coche se detuvo: el cochero se puso de pies, miró y di-

jo: no mi amo, no hay nadie.

—Voto ha! quiero asegurarme dijo el Maestro de escuela saltando á la calle. No vió ni avistó á nadie: despues que Rodolfo habia tirado el papel el coche habia andado algunos pasos: el Maestro de escuela creyó haberse equivocado. va usted á reirse, dijo al subir al coche no se por que me habia imaginado que alguien nos seguía: en este momento el coche tomó un camino trasversal:

Murph que no lo habia perdido de vista, asi que vió que no podia ser observado corrió y recogió el papelito oculto en un hueco que formaban dos piedras separadas: pasado un cuarto de hora el Maestro de escuela dijo al cochero: vamos cochero, hemos cambiado de idea: á la plaza de la Magdalena! Rodolfo le miró asombrado.

—Es lo que conviene jóven: desde este punto se puede ir á mil distintos, si quisiera incomodarnos la deposicion del cochero no tendria ninguna fuerza. Al mismo tiempo que el coche se acercaba á la barrera (1), pasó con rapidez por el camino un hombre de talle alto, vestido con un levita gris claro, con un sombrero calado hasta los ojos, el que parecia moreno inclinado hácia el cuello de un hermoso y grande caballo de eaza de una ligereza éstraordinaria.

—A buen caballo, buen caballero! dijo Ro-

(1) Barrera: así llaman en Paris á las puertas de la Ciudad.

dolfo, asomándose por la portezuela del coche y siguiendo á Murph con la vista: que ligero que va ese hombre-gordo!... lo ha visto usted?

—Ha pasado tan ligero que no lo he notado, contestó el Maestro de escuela.

Aquel disimuló perfectamente su alegría: Murph habia descifrado muy bien los signos, casi hieroglíficos del papelito: seguro el bandido, de que nadie seguía al coche, se tranquilizó y queriendo imitar á la Mochuela que dormitaba ó á lo menos parecía hacerlo asi, dijo á Rodolfo: perdone usted jóven, por que el movimiento del coche me causa un efecto singular, me hace dormir como á un niño: el malvado se proponía, al abrigo de este falso sueño, examinar en la fisonomía de su compañero, si descubria alguna emocion: este conoció el artificio y contestó: me he levantado temprano, tengo sueño..... voy á hacer lo mismo; y cerró los ojos.

Pronto la respiracion sonora del Maestro de escuela y de la Mochuela que formaban un duo, engaña tan completamente á Rodolfo, que creyendo verdaderamente dormidos á sus dos colegas, entreabrió sus parpados: á pesar de sus ruidosos ronquidos tenian los ojos abiertos y se entendian con signos misteriosos por medio de sus dedos, que tenian estendidos ó doblados sobre la palma de sus manos: de repente cesó este simbólico language por que el asesino conoció, sin duda alguna, que Rodolfo no dormia, gritándole.

—Hola! camarada!.... parece que prueba usted á sus amigos!

—No debe estrañar á usted esto puesto que ronca con los ojos abiertos.

—Yot es muy diferente: soy sonámbulo. El coche paró en la plaza de la Magdalena: la lluvia habia cesado por un momento, pero las nubes echadas por la violencia del viento eran tan negras y estaban tan bajas que parecia de noche.

—Estos tres personajes se dirigieron hácia Cours la Reiné.

—Jóven: tengo una idea.... que no me parece mala dijo el bandido.

—Cual?

—El asegurarme si es cierto todo lo que usted nos ha dicho del interior de la casa del paseo de las Viudas.

—Quiere usted ir ahora á aquel punto? esto haría sospechar....

—No soy tan inocente como todo eso.... jóven!.... pero para que se quiere una muger que se llama raposuela? La Mochuela levantó la cabeza.

—La ve usted jóven? se parece á un caballo de trompeta que oye tocar á la carga.

—Quiere usted mandarla de explotadora?

—Asi es.

—Número 17, paseo de las Viudas, no es esto, mi hombre? gritó aquella con impaciencia: puedes estar seguro, no tengo mas que un ojo pero es bueno.

—Que le parece á usted, compañero? no la vé? ya está en brasas.

—Si es bastante astuta para poder entrar, no hallo mala su idea.

—Guarda el paraguas pequeño asesino.... dentro de media hora estoy de vuelta y verás hasta donde llega mi habilidad.

—Escucha un momento: vamos á bajar al *corazon ensangrentado*.... está á dos pasos de aqui; si está allí el cogito lo llevarás contigo; quedará en acecho por la parte de afuera, mientras que tu entras.

—Tienes razon: este cogito es astuto como un raposo: no tiene mas que diez años, y á pesar de eso él es el que el otro dia....

—Una seña del Maestro de escuela hizo callar á la Mochuela.

—Que significa el *corazon ensangrentado*? vaya un nombre singular para una taberna.

—Quéjese usted al tabernero.

—Como se llama este?

—El tabernero del *corazon ensangrentado*.

—El tabernero del *corazon ensangrentado*!

—Si: el no pregunta el nombre á sus parroquianos.

—Pero en fin!....

—Llemele usted como quiera, Pedro, Tomás, Cristobal ó Bernabé siempre os entenderá..... mas ya estamos.... y bien á tiempo por que principia el diluvio.... como brama el rio! parece un mar! mire usted! con dos dias mas de agua

pasará los ojos del puente.

—Dice usted que hemos llegado... donde diablos esá esa taberna?... no veo por aquí ninguna casa.

—Si mira usted á su alrededor, seguramente que no la encontrará.

—Y á donde quiere usted que mire?

—Bajo de sus pies.

—A mis pies?

—Si...

—Donde está?

—Mirela usted!... aquí... vé usted el techo? cuidado no ande usted por encima!

Efectivamente Rodolfo no habia notado una de estas tabernas subterráneas que todavía existían hace pocos años en ciertos puntos de los campos eliseos y señaladamente cerca del paseo de la Reina. Una escalera formada sobre tierra húmeda y barrosa conducía al fondo de una especie de foso ancho; á uno de los lienzos de la pared, cortados á pico, estaban unidos unos paredones bajos, indecentes y horadados por todas partes: su techo de tejas mohosas y sucias apenas se elevaba al nivel del suelo en que se hallaba Rodolfo, dos ó tres chozas hechas de tablas podridas que servían para cubrir la cueva y de cobertizo para los conejos, eran todas las habitaciones de este miserable chiribitil. Un pasadizo muy estrecho que atravesaba lo largo del foso conducía á la escalera de la casa, lo demas del terreno desaparecía bajo un emparrado que cu-

bría dos hileras de tablas groseras clavadas en el suelo. El viento hacía rechinar tristemente sobre los goznes una mala plancha de hierro, en donde aun se distinguía, á pesar de lo mohosa y sucia, un *corazon encarnado herido por una flecha....* la muestra se balanceaba en un poste clavado sobre esta caberna ó *verdadero infierno de este mundo*. Además de la grande lluvia se llegaba una niebla espesa y húmeda: la noche se acercaba!

—Que dice usted de esta magnífica fonda? dijo el Maestro de escuela.

—Gracias á los aguaceros que caen, hace quince dias.... no debe estar muy húmeda.... para un estanque: debe haber abundante pesca.... vamos pase usted, dijo Rodolfo.

—Un momento.... es preciso que yo sepa si está el fondista.... atención!.... y apretando con fuerza su lengua al paladar, dió un chillido extraordinario, una especie de rugido gutural, sonoro y prolongado que se puede acentuar de este modo Prrrrrrr!!! otro igual á este salió de lo profundo de este infierno: ya está dijo el Maestro de escuela: perdone usted jóven.... respecto á las señoras, deje usted pasar á la Mochuela... soy con usted.... cuidado con caerse.... que está resbaladizo....

## XVII.

## EL CORAZON ENSANGRENTADO.

El amo del *corazon ensangrentado*, despues de haber contestado al grito del Maestro de escuela, se adelantó con mucha política, hasta el umbral de la puerta.

Este hombre á quien Rodolfo habia ido á buscar en la Cité y al que no debia conocer todavia bajo su verdadero nombre, ó mejor dicho su sobre nombre, habitual, era Bras-Rouge: era este como de unos cincuenta años, pequeño y cenceño, ruin y débil: su fisonomía se parecia al mismo tiempo á la garduña y la rata; nariz puntiaguda, huadida la barba, mejillas huesosas; pequeños ojos negros, vivos y penetrantes daban á sus facciones una espresion inimitable de astucia, sutileza é inteligencia: una vieja peluca rubia ó mas bien amarilla como su cara biliosa, colocada sobre la corona de su craneo dejaba en descubierto su canosa nuca: llevaba un gran chaqueton y unos de estos delantales parduzcos que usan los mozos de taberna.

Apenas hubieron bajado el último escalon nuestros tres personajes, cuando un niño de diez años á lo mas, muy pequeño, de cara delicada, pero enfermiza, cojo y un poco contrahecho vi-

no á buscar á Bras-Rouge á quien se parecía de tal modo que no se podía menos de conocer que era su hijo: tenia la misma mirada penetrante y astuta, la mitad de su frente estaba oculta bajo una porcion grande de cabellos amarillentos duros y tiesos como si fuesen crines: un pantalon, color de castaña y una blusa gris ceñida por una correa de cuero componian el traje de Tortillard asi nombrado á causa de su cogerá: estaba al lado de su padre sosteniéndose sobre su pierna sana, como una grulla al borde de un pantano: justamente aqui tenemos la *máscara* dijo el Maestro de escuela: el tiempo pasa, la noche se acerca, raposuela.... es necesario aprovecharse del resto del dia.

—Tienes razon, mi hombre..... voy á pedir al padre su borrego.

— Buenos dias, viejo, dijo Bras-Rouge dirigiéndose al Maestro de escuela con voz falsilla, áspera y aguda: qué tienes que mandarme?

—Que vas á prestar tu muchachuelo á mi muger por un cuarto de hora, por que se la ha perdido cerca de aqui una cosa..... y la ayudará á buscarla.....

—Bras-Rouge guiñó el ojo, hizo una señal de inteligencia á aquel y dijo á su hijo: Tortillard... sigue á la señora.

El horrible niño, atraido por la fealdad y mal semblante de la Mochuela, asi como otros lo son por un exterior benévolo; corrió cogiendo á tomar la mano de la tuerta.

—Que cupidillo tan hermoso!..... véase un niño! dijo esta, como viene á seguirme al momento!..... no es como la Pedrota, que parecia que la daba mal de corazón cuando se me acercaba, la mendruguera!

—Vamos, despachate raposuela..... abre el ojo y cuida el grano..... aqui te espero.

—No tardaré.... anda adelante Tortillard, y este y aquella treparon la resbaladiza escalera.

—Raposuela, toma el paraguas.... gritó el asesino.

—Me serviría de estorbo, mi hombre..... respondió la vieja, desapareciendo al instante con Tortillard, en medio de los vapores amontonados por el crepúsculo de la noche y de los tristes murmullos del viento que agitaba las ramas negras y desnudas de ojas de los olmos de los Campos Eliseos.

—Entremos, dijo Rodolfo, y le fué preciso bajar la cabeza para pasar por debajo de la puerta de la taberna que estaba dividida en dos salas: en la una hay un mostrador y una mesa de villar en mal estado, en la otra mesas y sillas de los jardines que en otro tiempo estaban pintadas de verde: dos ventanas estrechas con pedazos de cristal llenos de telarañas y moho: apenas estuvo este un minuto solo, que ya Bras-Rouge y el Maestro de escuela tuvieron el tiempo suficiente para entenderse por medio de signos y palabras misteriosas.

—Beberá usted un vaso de cerbeza ó aguar-

diente, mientras vuelve la raposuela..... dijo el Maestro de escuela.

—No..... no tengo sed.

—Cada cual hace su gusto.... yo beberé un vaso de aguardiente, volvió á decir, y se sentó en una de las mesitas de la segunda pieza. Penetraba ya de tal modo la obscuridad en esta caberna infernal que era imposible el ver en uno de los ángulos del segundo cuarto la entrada abierta de una de las cuevas á las que se baja por una trampa de dos puertas quedando siempre abierta una de ellas para la comodidad del servicio: la mesa á que estaba sentado el Maestro de escuela estaba muy cerca de este arroyo negro y profundo y al que estaba vuelto de espaldas, ocultándolo por este medio á la vista de Rodolfo: este miraba por entre los cristales de la ventana para manifestar serenidad y disimular su ánimo preocupado. La vista de Murph que habia ido corriendo al paseo de las viudas no le tranquilizaba completamente, temia que el digno *Squire* no hubiese comprendido enteramente todo el significado de su papelito, y por fuerza tan laconico que no contenia mas que estas palabras *para esta noche á las diez*. Resuelto á no ir al paseo de las Viudas antes de esta hora y á no dejar ni un instante al Maestro de escuela, sin embargo temia el perder esta única ocasion de poseer los secretos que tenia tanto interés en conocer: apesar de su vigor y de que estaba bien armado, tenia que luchar en astucia con un asesino temible y

capaz de todo. Lo diremos? tal era el carácter enérgico de este hombre raro, avaro de emociones nerviosas y violentas que encontraba cierto terrible encanto en las inquietudes y obstáculos que contrariaban el plan combinado el día anterior con su fiel Murph y el Chourineur. No queriendo, sin embargo, ser penetrado, vino á sentarse á la mesa del Maestro de escuela y pidió un vaso para hacer buen continente. Bras-Rouge, despues de haber hablado algunas palabras en voz baja con el ladron, miraba á Rodolfo con cierto aire curioso, sardónico y desconfiado.

—Soy de opinion, joven, dijo el Maestro de escuela, que en el caso que mi muger nos diga que estan en casa las personas que queremos ver, podremos ir á visitarlas hácia las ocho.

—Seria demasiado dos horas de anticipacion, esto las incomodaria.

—Lo cree usted asi?

—Estoy seguro.....

—Bah!..... entre amigos..... no hay cumplimientos.

—Las conozco, y le repito, que no se puede ir antes de las diez.

—Es usted testarudo, joven!.....

—Tengo mi plan..... y que el diablo me lleve si me muevo de aqui antes de las diez.

—No se incomode usted: nunca cierro mi establecimiento antes de media noche, dijo Bras-Rouge con su voz falsilla: es el momento en que vienen mis mejores parroquianos..... y mis ve-

cinos no se quejan del ruido que se hace en mi casa.

—Es preciso ceder á lo que usted quiere, joven, volvió á decir el Maestro de escuela: sea así; no iremos á la visita hasta las diez.

—Ya está la Mochuela! dijo Bras-Rouge, oyendo y contestando á un abullido de llamamiento igual al que dió el bandido antes de bajar á la cueba.

Pasado un minuto la Mochuela entró sola en la sala del villar: ya está mi hombre..... ya está empuñado, es cosa hecha, gritó esta al entrar.

—Bras-Rouge con mucha discrecion se retira sin preguntar por Tortillard á quien seguramente no esperaba ver tan pronto.

Los vestidos de la vieja estaban hechos una sopa, se sentó en frente á Rodolfo y del ladron.

—Y bien? dijo el Maestro de escuela.

—Este mozo ha dicho la verdad hasta ahora.

—Vé usted! gritó Rodolfo.

—Deje usted á la Mochuela esplicarse: vamos continúa raposuela.

—Llego al número 17 y dejo á Tortillard metido en un agujero para espiar..... no era todavía de noche: registro una portezuela, que tiene goznes por defuera de dos pulgadas de hueco en su quicio, en fin, en suma, nada..... toco la campanilla, el guarda me abre: es uno grande, gordo y como de cincuenta años, traza de tonto y buen Juan, patillas rubias largas y la cabeza calva..... antes de tocar con la campanilla puse

mi papalina en la bolsa, para hacerle creer que era una vecina, así que veo al guarda me pongo á lloriquear con toda fuerza, gritando que he perdido mi cotorra, la cotorra animalito á quien adoro..... digo que vivo á la entrada de Marbeut y que de jardin en jardin vengo en busca de mi cotorra: en fin ruego al Señor que me permita buscar mi animalito.

—Eh, que tal! dijo el Mæstro de escuela con tono de orgullosa satisfaccion señalando á la raposuela, ¡que muger!

—Muy diestramente: dijo Rodolfo: y luego?

—El guarda me permite buscar mi animal, y héteme corriendo en el jardin y llamando cocota! cocota! mirando al aire y por todas partes para ver y observarlo todo: y continuando la vieja su descripcion: volvió á decir: por la parte de dentro de las paredes, por todas partes enverjados, verdaderas escaleras, á la esquina de la pared, por la de la izquierda, un pino que está hecho como para servir de escala, una muger en cinta pudiera subir por él: la casa tiene seis ventanas á piso bajo, no hay más que esto: cuatro respiraderos de cueva sin barras: las ventanas se cierran de golpe, picaporte por bajo y barra por encima, apoyanse en el plinto, tirar el alambre..... y.....

—Zas..... dijo el Maestro de escuela, ya está abierto: la Mochuela continuó: la puerta de la entrada con cristales..... dos persianas por la parte de afuera.

—Que memoria! dijo el ladrón.

—Bien está..... es absolutamente, como si uno estubiese allí: dijo Rodolfo.

—A la izquierda, dijo la Mochuela cerca del patio hay un pozo, la cuerda puede servir porque por este sitio no hay enverjado en la pared, y en el caso en que la retirada fuese cortada por el lado de la puerta, al entrar en la casa.....

—Has entrado en la casa?

—Ha entrado! joven.... dijo el Maestro de escuela con orgullo.

—Seguramente que entré! no hallando la cocota, gemí y lloré tanto que hice como si echase los bofes: pedí permiso al guarda para sentarme en el paso de la puerta: el buen hombre dijo que entrase y me presentó un vaso de agua con vino "agua sola, un vaso de agua mi buen señor le dije" entonces me hace entrar en la antecámara por todas partes entapizada, buena precaución: para que ni se oiga el ruido de pasos ni el de los cristales, á derecha é izquierda puertas y cerraduras de pico de caña; que se abren soplando... en el fondo una fuerte puerta cerrada con llave con apariencias de estar la caja.... esto olía á dinero!.... tenia mi cera en el canastillo....

—Tenia su cera! jóven.... no anda nunca sin cera! dijo el bandido:

La Mochuela continuó: era preciso que me acercase á la puerta que olía á dinero.... entonces fingí que me daba una tos tan violenta que

me veía obligada á apoyarme en la pared... oyéndome toser el guarda dijo: voy á echar un pedazo de azúcar en el agua.... buscó probablemente alguna cuchara por que oi reir á la plata.... plata en la pieza de la mano derecha.... no olvides esto, pequeño asesino: en fin tosiendo y lloricando me acerqué á la puerta del fondo... tenia la cera en la palma de la mano.... me apoyé en la cerradura, como si nada hiciese: he aqui la marca: si esta no sirve hoy otro dia podrá servir.... y dió al brigante un pedazo de cera amarilla en donde se veía impresa perfectamente.

—Esto es decir que nos vá usted á manifestar si esta puerta es la de la caja, dijo la Mochuela.

—Justamente!.... allí está el dinero contestó Rodolfo, diciéndose para si; habrá sido engañado Murph por esta vieja malvada? puede ser, por que no espera que lo ataquen hasta las diez en que ya tendrá tomadas sus precauciones....

—Pero todo el dinero no está allí! gritó la Mochuela, cuyo ojo verde y aplastado despidió una luz horrible: acercándome á las ventanas, siempre en busca de cocota.... he visto ademas en uno de los cuartos á la izquierda de la puerta.... sacos llenos de escudos en el bufete.... los he visto como te veo á tí, mi hombre.... cuando menos habia una docena.

—Donde está Tortillard? dijo bruscamente el Maestro de escuela.

—Está en su agujero.... á dos pasos de la

puerta del jardín.... vé de noche lo mismo que los gatos.... no tiene mas entrada que esta el número 17, cuando vayamos nos advertirá si alguno ha aparecido por allí.

—Bueno.... y dicho esto por el Maestro de escuela se tiró de improviso sobre Rodolfo, lo agarró por la garganta y lo precipitó en la cueba que estaba abierta detras de la mesa.... este ataque fué tan pronto, tan inesperado y tan vigoroso que no pudo ni preverlo ni evitarlo....

Espantada la Mochuela, dió un grito penetrante, por que no habia previsto el resultado de aquella lucha de un instante.

Cuando el ruido del cuerpo de Rodolfo dejó de oirse.... el Maestro de escuela, que conocia perfectamente todas las vueltas y revueltas subterranas de esta casa, bajó lentamente á la cueva y paró el oido con atencion.

—Pequeño asesino!.... no te fíes.... gritó la Mochuela, doblándose hácia la abertura de la trampa.... saca tu puñal!....

El asesino nada respondió y desapareció!

Por el momento nada se oyó, pero al cabo de algunos instantes, el ruido lejano de una puerta enmohecida rechinó en sus goznes, resonó sordamente en lo profundo de la cueva y luego quedó en silencio. La oscuridad era completa, la Mochuela buscó en su cesto un fosforo y encendió una cerilla cuyo débil resplandor se esparció por esta lugubre estancia.

En este momento apareció la monstrusa figu-

ra del Maestro de escuela en la abertura de la cueva. La Mochuela no pudo contener un grito de espanto á la vista de esta cara pálida, llena de costurones, mutilada, horrible y de ojos fosfóricos que parecía arrastrarse en el suelo en medio de las tinieblas.... que la claridad de la cerrilla apenas podia disipar. Vuelta de su emocion la vieja exclamó con un tono de espantosa adulación: debes ser muy horroroso, pequeño asesino, puesto que me has causado miedo!.... á mi miedo!

—Pronto, pronto.... al paseo de las Viudas, dijo el ladron sugetando los dos batientes de la trampa con una barra de hierro: dentro de una hora quizás será tarde! si es una red, todavía no la han puesto.... sino es asi, daremos solos el golpe.

## XVIII.

## LA BÓVEDA.

Con el golpe de su horrible caída Rodolfo se desmayó, quedó sin movimiento al fin de la escalera de la cueva. El Maestro de escuela, arrastrándole hasta la entrada de otra nueva bóveda mucho mas profunda, lo habia bajado y encerrado con una puerta maciza llena de cerrojos; luego se reunió con la Mochuela para ir con ella á cometer un robo, quizás un asesinato en el paseo de las Viudas.

Al cabo de una hora poco mas ó menos Rodolfo volvió en si. Estaba echado en tierra, en medio de espesas tinieblas, estendió los brazos á su alrededor y tocó los escalones de piedra: resentidos sus pies de una impresion de frialdad puso su mano en ellos y encontró que estaban en un aguazal. Con un esfuerzo muy violento pudo conseguir sentarse en el último escalon: su atolondramiento se disipaba poco á poco é hizo algunos movimientos: felizmente ninguno de sus miembros estaba fracturado.... escuchó con atencion.... nada oyó.... nada mas que una especie de un pequeño ruido sordo, débil pero continuo. Al principio no conoció la causa: á medida que su pensamiento se despejaba, las circunstancias de

la sorpresa de que habia sido victima se retrataban en su imaginacion, pero incompletamente y con lentitud..... estaba ya en el caso de juntarlas todas, cuando resintió en los pies una nueva impresion de frialdad, se bajò y palpó; y conoció que tenia el agua hasta el tovillo, y en medio del triste silencio que le rodeaba oyó muy distintamente el pequeño choque, sordo, débil y continuo. Esta vez ya conoció la causa, el agua invadía la bóveda..... la crecida del Sena era formidable y este subterráneo se hallaba bajo el nivel del rio.... este peligro le hizo volver enteramente en sí, pronto como un rayo subió toda la escalera y llegando al fin se pegó contra una puerta; en vano procuró echarla abajo, pues se mantuvo firme en sus goznes de hierro: en esta posicion tan desgraciada su primer lamento fué por Murph: si no ha tomado sus medidas, decia, este monstruo lo vá á asesinar..... yo seré la causa de su muerte!..... pobre Murph!..... Este cruel pensamiento exasperó las fuerzas de Rodolfo que apoyándose en sus pies y doblando el cuerpo hizo esfuerzos ináuditos contra la puerta y á la que no pudo conseguir que cediese en lo mas mínimo. Creyendo encontrar en la bóveda alguna palanca volvió á bajar y en el penúltimo escalón, dos ó tres cuerpos redondos y elásticos pasaron y huyeron tocando sus pies: eran ratas que el agua echaba de sus madrigueras. Recorrió la cueva á tientas por todas partes teniendo el agua hasta la mitad de la pierna y no

halló nada: volvió á subir lentamente la escalera con una sombría desesperacion. Contó los escalones: eran trece; tres estaban ya sumergidos. Trece! número fatal! En ciertas posiciones los corazones mas fuertes no estan al abrigo de ideas supersticiosas: en este número vió un mal presagio: la suerte posible que podia caber á Murph volvió á su pensamiento: en vano buscó alguna avertura entre el suelo y la puerta la que se habia sin duda inchado por efecto de la humedad, pues estaba unida herméticamente con la tierra. Dió gritos violentos, creyendo que quizás llegarían á los oidos de los concurrentes de la taberna. Se sentó postrado con la espalda apoyada en la puerta: lloró por su amigo que quizás en aquel momento estaría luchando bajo el puñal del asesino. Muy amargamente lloró entonces sus imprudentes y audaciosos proyectos á pesar de que la causa que se los hizo emprender, fuese muy generosa y noble: se acordaba despedazándose el corazon, las mil pruebas del cariño de Murph que, rico y venerado habia dejado una esposa y un niño que amaba con ternura, por seguirle y ayudarle en la valiente, pero estraña expiacion que se habia impuesto: el agua continuaba subiendo... no habia mas que cinco escalones en seco: puesto de pies tocaba con su cabeza el techo: podia calcular el tiempo que podría durar su agonía: esta muerte lenta y muda era horrosa: se acuerda de la pistola que tenia; y á pesar del riesgo que corría de mutilarse, descar-

gándola contra la puerta y á quema ropa, se decide á ello por ver si podia tirarla: pero, Oh desgracia! este instrumento se perdió en su caída, ó bien se lo habia quitado el Maestro de escuela. Sin sus temores por Muph, Rodolfo hubiera esperado la muerte con serenidad.... estaba cansado de vivir.... habia sido querido con entusiasmo.... habia hecho muchos beneficios, hubiera querido hacer todavía mas; Dios lo sabia! sin murmurar contra la sentencia que lo destruía, vió en este destino un justo castigo de una acción *fatal* que todavía no habia expiado: sus pensamientos á la vista del peligro, se elevaban y engrandecían. Nuevo suplicio vino á probar la resignacion de Rodolfo.

Las ratas echadas por el agua se refugiaban de escalon en escalon: no pudiendo facilmente saltar una puerta ó una pared perpendiculares, subieron sobre sus vestidos: cuando las sintió hormigear á su alrededor, su asco y horror fueron indecibles: quiso echarlas y sus manos se ensangrentaron con sus mordiscos agudos y frios en la caída, su blusa y la chaqueta se habian abierto; sintió en su pecho desnudo la impresion de patas heladas y de un cuerpo vellosos: arrojaba lejos de si estos inmundos animales despues de haberlos arrancado de su vestido, pero luego volvían nadando. Dió nuevos gritos, que no se oyeron.... dentro de algunos instantes no podría ya tampoco gritar por que el agua le llegaba al cuello y pronto le llegaría á la boca. El aire no teniendo

cabida en este estrecho espacio principió á faltar, y los primeros síntomas de asfixia atacaron á Rodolfo; las arterias de sus sienas latían con violencia, tuvo sus vertigos, iba á morir! Pensó por última vez en Murph y elevó su alma al Señor.... no para que le sacase del peligro, sino para que admitiese sus sufrimientos. En este momento supremo, al tiempo de abandonar no solamente todo lo que hace la vida feliz, brillante y envidiada sino tambien un título casi real, un poder *soberano*.... forzado á renunciar á una empresa que satisfaciendo sus dos instintos favoritos *el amor al bien y el odio á los malvados*, podia contar que un dia se le tendría en cuenta para el perdon de sus faltas: en los momentos de perecer con una muerte espantosa, Rodolfo no tuvo ninguno de los movimientos de rabia y de frenesí impotente con que las almas débiles acusan, ó maldicen alternativamente á los hombres, al destino y á Dios. No: mientras que su entendimiento se mantuvo claro, sufrió su suerte con sumision, con respeto. Cuando la agonía obscureció sus ideas, entregado enteramente al instinto vital, luchó con la muerte física, si así se puede esplicar, pero no moralmente. El vertigo dominaba á su razon: llevándola en su rapidez y espantable torbellino: el agua hervía en sus oídos: se creía estar dando vueltas alrededor de si mismo: el último resplandor de su razon iba ya á apagarse cuando resonaron pasos precipitados y un ruido de voces cerca de la puerta de la cueva. La esperanza rea-

nimó sus espirantes fuerzas y por una atención muy grande pudo coger estas palabras, las últimas que oyó y comprendió.

—Ya lo ves no hay nadie.

—Por vida de!... respondió tristemente la voz de Chourineur; y se alejaron los pasos. Aniquiladas las fuerzas de Rodolfo no tubo ya la de sostenerse por mas tiempo y se deslizó á lo largo de la escalera.

De repente se abre bruscamente la puerta de la bóveda por la parte de afuera: el agua contenida en el subterráneo se escapa como por la abertura de una esclusa.... y el Chourineur pudo coger los dos brazos de Rodolfo que, medio ahogado, se agarraba al quicio de la puerta con un movimiento convulsivo.

## XIX.

## EL ENFERMERO.

Ya libertado de una muerte cierta por Chourineur y transportado á la casa del paseo de las viudas, explorada por la Mochuela, antes de la tentativa del Maestro de escuela, Rodolfo está en un cuarto bastante bien amueblado: un gran fuego arde en la chimenea, una lámpara colocada sobre una cómoda esparce un vivo resplandor en la habitación, la cama en que se halla acostado, rodeada de hermosas cortinas de damasco verde, está en la obscuridad.

Un negro de mediana estatura; de cabellos y cejas blancos, vestido con elegancia y llevando una cinta de color de naranja y verde en uno de los ojales de su levita azul, tiene en su mano izquierda un reloj que señala los segundos al que parece consulta; contando al mismo tiempo con la derecha las pulsaciones del enfermo. Este negro está triste, pensativo y mira á Rodolfo adormecido con la ternura la mas solícita.

El Chourineur, vestido de harapos y lleno de lodo está inmobil al pie de la cama, los brazos caidos y las manos cruzadas, su barba roja está bastante larga, sus espesos cabellos color de cáñamo se hallan en el mayor desorden y empapa-

dos en agua: sus gruesas facciones duras y broncaedas; sin embargo de esta fea y ruda corteza, se ve en su fisonomía una inefable espresion de interés y de piedad.

No atreviendose ni aun á respirar, levanta con embarazo su ancho pecho: inquieto de la actitud meditabunda del doctor negro, temiendo un pronóstico fatal, se aventura en hacer en voz baja esta reflexion filosófica contemplando á Rodolfo.

—Quien lo diría al verle tan debil como esta que él fué quien me festonó el craneo á puñetazos? sobre todo los del fin!..... no tardará en recuperar sus fuerzas..... no es verdad señor Médico? A fe de hombre mucho me alegraría me tamborinase las espaldas en su convalecencia.... esto le templaría..... no es asi señor Médico?

El negro sin responderle le hizo una ligera señal con la mano.

El Chourineur enmudeció.

La pocion? dijo el negro.

No bien la habia pedido cuando Chourineur, que habia dejado sus zapatos claveteados á la puerta del cuarto, fué hácia la cómoda, andando sobre las puntas de los pies, y lo mas ligero que podia, pero haciendo tales contorsiones con sus piernas, balanceamientos de brazos, subidas y bajadas de pecho y espaldas que hubiera sido muy divertido el verlo en otras circunstancias. Parecia que el buen hombre queria llevar sobre si toda la pesadez de su cuerpo y no tocar al suelo, lo que, sin embargo de la alfombra no im-

pedia que el pavimento gimiese bajo su pesada estatura: desgraciadamente, con el mayor deseo de hacerlo bien, y por miedo de que se le escapase una redomita diafana que traía con extremo cuidado, apretó de tal manera el gollete en su ancha y fuerte mano que se rompió y la medicina inundó la alfombra.

A la vista de este desastre quedó inmóvil, una de sus gordas piernas al aire, los dedos de los pies estraordinariamente contraídos, mirando alternativamente con aire confuso al doctor y al gollete que le había quedado en la mano.

—Diablos! que torpeza! exclamó el negro con impaciencia.

—Por vida del majadero! añadió Chourineur apostrofándose así mismo.

—Hola! volvió á decir el esculapio mirando á la cómoda; felizmente se equivocó usted, quería la otra redomita.

—La roziza? dijo muy bajo el malhadado enfermero.

—Por supuesto; no hay otra.

El Chourineur volviéndose con presteza apoyado en sus talones por una costumbre que había adquirido cuando fué soldado, hizo diez mil pedazos los restos de la redoma: otros pies mas delicados se hubieran cruelmente ensangrentado, pero el ex-descargador debía á su especial profesion unas sandalias naturales, duras como el casco de un caballo.

—Cuidado con lo que usted hace! se va á ha-

cer daño! dijo el Médico.

Sin hacer el menor caso de esta recomendacion, muy ocupado de su nuevo encargo, de que queria salir con gloria, para que se olvidase su torpeza, era preciso haberlo visto con qué delicadeza, con qué ligereza, con qué escrúpulo, separando sus dos dedos pulgares, cogió esta vez el delgado frasco. Una mariposa no hubiera podido dejar ni un atomo del polvo dorado de sus alas entre el pulgar y el indice del enfermero.

El doctor negro temblaba que pudiese suceder nuevo accidente por exceso de precaucion, felizmente no sucedió asi: aproximándose aquel á este, molió de nuevo con sus pies los restos del anterior frasco.

—Pero hombre! usted se quiere estropear? dijo el doctor en voz baja: Chourineur le miró con sorpresa.

—Y de qué me tengo de estropear, señor Médico?

—Ya van dos veces que anda usted sobre el vidrio.

—Si no es mas que eso, no haga usted caso: tengo las plantas de los pies forrados con planchas de yerro.

—Una cucharita; dijo el doctor:  
Volvió á principiari sus operaciones silfídicas y trajo lo que el Médico le habia pedido.

Despues de algunas cucharadas de esta bebida Rodolfo hizo un movimiento y movió debilmente las manos.

—Bueno! bueno! ya sale de su letargo dijo el Médico: la sangría lo ha aliviado, pronto estará fuera de peligro.

—Salvado! bravo! viva la carta! gritó Chourineur con una espresion de alegría.

—Pero hombre esté usted quieto!.....

—Si: señor Médico:

—El pulso se arregla....., perfectamente!..... muy bien!.....

—Y el pobre amigo del señor Rodolfo, señor Médico! caramba! cuando sepa!..... afortunadamente que.....

—Silencio!

—Si: señor Médico.

—Sientese usted.

—Pero señor Mé.....

—Sientese usted, me incomoda que ande siempre á mi rededor, esto me distrae: vamos á ver, sientese usted!... ..

—Señor Médico estoy tan puerco como un tronco de leña que se va á descargar de la embarcacion, mancharía todos los muebles.

—Entonces, sientese usted en el suelo.

—Mancharía la alfombra.

—Haga usted lo que quiera, pero por Dios! estése quieto, dijo el doctor con impaciencia, y recostándose en un sillón apoyó la cabeza en sus manos.

Despues de un momento de profunda meditacion, Chourineur, no por necesidad de descansar sino por obedecer al Médico, tomó una silla con

las mayores precauciones y volvió de arriba abajo, con aire de satisfaccion, el respaldo sobre la alfombra con la buena intencion de sentarse limpia y modestamente sobre los palos anteriores con el objeto de no manchar nada..... lo que verificó con toda clase de cuidado y de delicadeza.

Desgraciadamente para él, ignoraba las leyes de la palanca y del equilibrio, la silla se vaneó, el infeliz por un movimiento involuntario, extendió hácia adelante los brazos, tiró un velador en que habia una taza con su plato y una tetera.

Al ruido estrepitoso, el doctor negro levantó la cabeza, dando un brinco en su sillón.

Rodolfo, despertándose sobresaltado, se sentó en la cama, miró con ansiedad al rededor de sí, recapituló sus ideas y gritó: Murph! donde está Murph?

—Tranquílicese vuestra alteza, dijo respetuosamente el negro hay mucha esperanza.

—Está herido? gritó Rodolfo.

—Ay! si Monseñor.

—Donde está? quiero verlo, y trató de levantarse, pero cayó vencido por el dolor de las contusiones cuya repercursión sentia ahora.

—Que se me traiga á Murph al instante, ya que no puedo andar! gritó.

—Monseñor, está descansando..... y seria peligroso en este momento causarle una emocion fuerte.

—Ah! usted me engaña! ha muerto..... ha

muerto asesinado!..... y yo soy..... y yo soy la causa! gritó Rodolfo con acento amenazador y levantando las manos al cielo.

—Monseñor, sabe que no soy capaz de mentir... afirmo bajo mi honor que Murph vive..... gravemente herido es verdad, pero hay probabilidades casi seguras de que curará.

—Usted me dice eso para prepararme alguna noticia horrorosa.... sin duda que se halla en un estado desesperado!

—Monseñor....

—Estoy seguro... usted me engaña.... quiero me lleven al instante á su lado!.... la vista de un amigo es siempre saludable.

—Lo repito, Monseñor, afirmo bajo mi honor que á menos que no sobrevengan accidentes improbables el señor Murph puede estar muy pronto en estado de convalecencia.

—Será posible! será verdad! mi querido señor David.

—Cierto, Monseñor.

—Escuche usted, ya sabe mi consideracion por usted desde que pertenece á mi casa, ha merecido siempre mi confianza.... nunca puse en duda su saber.... pero por el amor de Dios! si fuese necesaria una consulta....

—Este fué mi primer pensamiento, Monseñor: pero por ahora una consulta es absolutamente inútil, puede creerme V. A..... y ademas no quise introducir gente estraña antes de saber si las órdenes que dió ayer V. A.....

—Pero como ha sucedido todo esto? dijo Rodolfo interrumpiendo al negro: quien me ha sacado de la bóveda en que me ahogaba.... tengo un recuerdo confuso de haber oído la voz de Chou-rineur, me habré equivocado?

—No! No! este buen hombre puede decirselo todo, Monseñor, pues él es quien ha hecho todo.

—Pero donde está? ¿donde está?

—El doctor buscó con la vista al enfermero improvisado que, confuso por su caída, se habia refugiado detras de la cortina de la cama.

—Aqui está, dijo el médico, está avergonzado.

—Vamos adelantate, mi valiente! dijo Rodolfo presentando la mano á su salvador.



## RELACION DEL CHOURINEUR.

La confusion de Chourineur fué mucho mayor cuando oyó al médico negro llamar muchas veces Monseñor á Rodolfo.

—Pero acercate.... dame tu mano, dijo este.

—Perdón, señor... no, queria decir Monseñor.... mas....

—Llamame señor Rodolfo, quiero mas esto.

—Y yo tambien, estaré menos atado.... pero en cuanto á mi mano, escuse usted.... he hecho tanto trabajo desde hace poco.... y adelantó con timidez su mano negra y callosa: Rodolfo la apretó cordialmente.

—Vamos, sientate y cuéntame todo.... como has descubierto la cueva?.... mas no me acordaba, y el Maestro de escuela?

—Aqui lo tenemos seguro, dijo el médico negro.

—Líados como dos fardos de tabaco.... él y la Mochuela.... vista la figura que deben hacer, si se miran, deben repugnarse el uno al otro en este momento.

—Y mi pobre Murph!.... Dios mio! y no lo he pensado hasta ahora! David, donde ha sido herido?

—En el costado derecho, Monseñor.... felizmente hácia la última costilla falsa.

—Oh! es necesaria una terrible venganza, terrible!...: David! cuento con usted.

—Ya sabe Monseñor que mi cuerpo y alma le pertenecen; respondió friamente el negro.

—Pero como llegaste aquí á tiempo, mi valiente? dijo Rodolfo á Chourineur.

—Si usted quiere Monse.... no, señor Rodolfo.... comenzaré por el comenzamiento.

—Tienes razon.... te escucho.

—Ya sabe usted que ayer me dijo de vuelta del campo, donde fué con la pobre cantora: «trata de encontrar al Maestro de escuela en la Cité, le dirás que sabes que se puede dar un buen golpe, que tu no quieres entrar, pero que si quiere entrar en tu lugar, no tiene mas que hallarse mañana (esta mañana) en la puerta de Ber-ci en el Panier-Fleuri y que allí verá quien ha dado de mamar al nene» (1)

—Muy bien.

—Luego que me separo de usted corro á la Cité.... voy en casa de la tabernera, no estaba el Maestro de escuela, recorro las calles de S. Eloy, la de las Habas, la de la Vicilles-Draperie.... nadie.... en fin me encuentro con esta babosa de Mochuela en el atrio de nuestra Señora en casa de un sastrecillo revendedor, alcabete y ladrón: querían lucirlo con el dinero robado al señor

(1) Quien ha preparado el robo.

grande de luto que queria hacer á usted alguna cosa: compraban disfraces de casualidad: la Mochuela regateaba un chal encarnado.... monstruo viejo!.... digo mi rosario al Maestro de escuela: me dice que le conviene y que se hallará en la cita: bueno! esta mañana, segun sus órdenes de ayer, vengo aqui á dar á usted la contestacion... usted me dijo: «mira, muchacho, vuelve mañana «antes de amanecer, pasarás el dia en casa, y por «la noche.... verás algo de bueno.» Ya no me habla en caló pero por eso no dejo de entenderle: dije para mí, es un golpe preparado para hacer un pastel para el Maestro de escuela, cebándolo con un negocio: es un gran malvado.... ha asesinado al tratante en bueyes.... estoy seguro....

—Y mi falta ha consistido en no habertelo dicho todo, querido mio.... quizás no hubiera sucedido esta horrible desgracia.

—Eso tocaba á usted, señor Rodolfo, lo que á mi correspondía era servirle.... por que en fin.... yo no sé como sucede, se lo he dicho á usted, me parece que soy su perdiguero, en fin.... basta.... me digo: mañana es el dia de la boda; hoy tengo asueto; el señor Rodolfo me ha pagado los dos dias que he perdido y otros dos adelantados, por que ya van tres que no parezco por la casa de mi amo el descargador, y no siendo millonario, el trabajo... es mi pan: y me dije tambien: al hecho, el señor Rodolfo me paga mi tiempo, luego este le pertenece; voy á emplearle para él:... esto me dió una idea, héla aqui: el Maestro de es-

cuela es maligno, temerá una trampa.... el señor Rodolfo le propondrá la cosa para mañana, es verdad, pero el pícaro es capaz de venir por el día para olfatear por aquí y reconocer los alrededores.... y, si desconfía.... del señor Rodolfo, podrá tenderle él otro lazo, ó decir en otro caso «para mañana» y dar el golpe por su cuenta el día de hoy.

—Tu lo adivinaste perfectamente.... así ha sucedido.... y la providencia ha querido que te deba la vida!....

—Es admirable, señor Rodolfo, despues que le he conocido me vienen unas cosas que parece que se fabrican allá arriba! (señalando al cielo) y tengo ideas que nunca habia tenido, desde que me dijo usted «*mi bravo, hay en ti valor y honor... valor! honor!* estas palabras le remueven á usted alguna cosa en el vientre: (1) mire usted señor Rodolfo, cuando está uno acostumbrado á no oirse llamar: al lobo! al perro rabioso! al acercarse tan solamente á gentes honradas.... es...

—Con que desde algunos dias tienes pensamientos nuevos para ti?....

—Seguramente señor Rodolfo.... mire usted, me decia ademas: si ahora conociera alguno que hubiese hecho alguna mala accion, por la bebida, lacólera.... en fin no importa que sea cualquiera... le diría.... «mi hombre, has hecho una mala ac-

(1) Tengan presente que habla un hombre que no ha recibido ninguna educacion y que toda su vida la pasó entre la hez de la sociedad. (Nota del traductor.)

«cion, bueno.... pero esto no es para morirse de  
 «pena, ciertamente que Dios hace á los hombres  
 «que se ahogan, que se asan, ó que mueren de  
 «hambre; tu me vas á dar el gusto, si ganas  
 «cuarenta sueldos, de repartir veinte á los po-  
 «bres viejos, ó á los niños, en fin á los que, mas  
 «desgraciados que tu, no tienen pan, ni fuerza  
 «para ganarlo..... y sobre todo no olvides, mi  
 «hombre, que si hay alguno á quien salvar ar-  
 «riesgando su piel, puedes estar cierto..... es tu  
 «negocio! mediante esto y que no vuelvas á ha-  
 «cer tus bestialidades, me encontrarás siempre....»  
 pero perdone usted, señor Rodolfo, charlo.... y  
 usted deseoso.

—No: me gusta oírte hablar así.... además que  
 demasiado pronto sabré como ha sucedido la hor-  
 rible desgracia de que ha sido víctima mi pobre  
 Murph.... estaba bien determinado á no dejar ni  
 un solo paso al Maestro de escuela, ni un mi-  
 nuto, mientras esta empresa peligrosa.... enton-  
 ces antes me hubiera muerto mil veces que per-  
 mitir tocarse á Murph. Ay! la suerte decidió de  
 otro modo.... continúa mi bravo

—Queriendo pues emplear mi tiempo en us-  
 ted: me dije; es preciso que vaya á emboscar-  
 te en alguna parte desde donde puedas ver las  
 paredes, la puerta del jardín; no hay mas que es-  
 ta entrada..... si hallases un buen rincon.....  
 llueve; estarás todo el día, toda la noche, sobre  
 todo, y mañana por la mañana me hallaré allí....  
 me dije esto hacia las dos de la tarde; en las Ba-

tignolas á donde habia ido á comer un bocado, al separarme de usted... vuelvo á los Campos Eliseos.... busco un nicho: que es lo que veo? un ramo de taberna á diez pasos de la puerta del jardin.... me establezco en el piso bajo, cerca de la ventana, pido media azumbre de vino y un cuarteron de nueces, diciendo que espero amigos.... un giboso y una vieja, esto parece mas natural: me instalo y héteme puesto á mirar á la puerta de la casa de usted.... llovía á mares, nadie pasaba, la noche se acercaba....

—Pero hombre! dijo Rodolfo interrumpiendo á Chourineur; por que no fuiste á mi casa?

—Usted me habia dicho, señor Rodolfo, que volviese al dia siguiente por la mañana.... no me atrevía á venir antes.... eso hubiera tenido viso de hacer el pendejo.... *el cepillador* (1) como dicen los de tropa.... ademas que yo sé quien soy, un presidiario cumplido, y cuando alguno como usted está conmigo, como usted lo está señor Rodolfo.... no se debe ir á él sino dice: *ven!* sin embargo de que si viese una araña en el cuello de su vestido la quitaría y la pisaría sin pedirle permiso.... comprende usted?.... estaba en la ventana de la taberna cascando mis nueces y bebiendo mi pitanza, cuando, á pesar de la niebla, veo desfilar la Mochuela con la máscara de Bras-Rouge, el pequeño Tortillard.

—Bras-Rouge! es el amo de la taberna sub-

(1) Adulador.

terranea de los Campos Eliseos? gritó Rodolfo.

— Si, señor Rodolfo, no lo sabia usted?

— No: creía que vivía en la Cité.

— También vive allí.... vive en todas partes Bras-Rouge.... es un bribon fino y fiero: ya! con su peluca amarilla y su nariz puntiaguda!.... finalmente, al ver desfilar la Mochuela y Tortillard, me dije: bueno, fuego tenemos! en efecto, Tortillard se acurrucó en uno de los hoyos del paseo, en frente de la puerta, como si se pudiese al abrigo de la tempestad, hizo lo mismo que el topo.... la Mochuela se quitó su papalina, la puso en su bolsa y tiró de la campanilla. El pobre Murph, su amigo de usted, vino á abrir á la tuerca; y hétela que levanta sus brazos, recorriendo el jardin: yo mismo me daba á los diablos por no poder adivinar á lo que venía la Mochuela.... en fin, salió, se pone su papalina, dice dos palabras á Tortillard, que vuelve á entrar en su agujero, y ella desfila.... vuelvo á decirme por vida de!.... no nos embrollemos: Tortillard ha venido con la Mochuela, el Maestro de escuela, y el señor Rodolfo están en casa de Bras-Rouge! La Mochuela ha venido para espíar la casa, luego darán su golpe esta noche? Si lo dan esta noche, el señor Rodolfo, que cree que se dará mañana, no será engañado? Si el señor Rodolfo es engañado debo ir en casa de Bras-Rouge para ver de que se trata, si, pero en este intermedio llega el Maestro de escuela.... justamente.... entonces, tanto peor: voy á entrar en la casa y de-

cir al señor Murph, cuidado!.... si, pero este reptil de Tortillard está cerca de la puerta, me oírá tocar la campanilla, me verá y pondrá en alerta á la Mochuela, si esta volviese.... se echaría todo á perder.... tanto mas que el señor Rodolfo quizás lo ha compuesto de otra manera para esta noche.... Caramba! estos si es y estos no es, me atormentaban la cabeza.... estaba embrutecido, ya no veía sino fuego,.... no sabía que hacer, y me dije: voy á salir; quizás el aire puro me aconsejará: salgo:.... me aconseja! me quito mi blusa y mi corbata, voy al foso de Tortillard, le agarro por el pescuezo, por mas que pateo, gruñe y llora, lo meto en mi blusa como en un saco, hago un nudo con las mangas, y otro con mi pañuelo del cuello, le dejé de modo que pudiese respirar: cojo el paquete debajo de mi brazo, veo cerca de alli una mala huerta rodeada de una pared pequeña, lo tiro en medio de unas zanahorias, gruñía sordamente lo mismo que un lechoncillo, pero á dos pasos de distancia no se le oía.... abandono el campo, era ya tiempo..... subo á uno de los árboles grandes del paseo, justamente en frente de la puerta de su casa y encima del foso en donde habia estado Tortillard: pasados diez minutos oigo andar, continuaba lloviendo: estaba muy oscuro,.... tan oscuro que el *panadero* (1) hubiera tenido que andar con la cola... escucho con atencion: era la Mochuela.

(1) El Diablo.

—Tortillard!.... Tortillard! dijo ella por lo bajo.

—Si: busca tu Tortillard: está lloviendo y la máscara se habrá cansado de esperar, dijo el Maestro de escuela echando un juramento, si lo cojo, lo desuello!.... Pequeño asesino, mira lo que haces! contestó la Mochuela, quizás que haya ido á advertirnos alguna cosa.... no pudiera ser esto una trampa?.... el otro no quería dar el golpe sino á las diez. Esta es la razon precisamente, no son mas que las siete; tu has visto el dinero.... quien no se aventura, no pasa la mar: dame la garra y la ganzua.

—Y estos instrumentos? dijo Rodolfo.

—Los traian de casa de Bras-Rouge: oh! tiene una casa bien montada de todo.... en un nada se fuerza la puerta «quedate aqui» dijo el Maestro de escuela á la Mochuela: «atencion y «grita alerta si oyes ú observas alguna cosa:» «Pon tu puñal en un ojal de tu chaleco para poderlo sacar al momento» dijo la tuerta: y el Maestro de escuela entró en el jardin.... yo me dije en seguida: el señor Rodolfo no está allí: en este momento está vivo ó muerto, no puedo hacer nada por él, pero los amigos de nuestros amigos son nues... Eh! perdon, Monseñor!

—Bueno, bueno, y en seguida!

—Me digo, el Maestro de escuela puede asesinar al señor Murph, amigo del señor Rodolfo, que no espera esto.... allí es donde ahora hay fuego; salto de mi árbol, me tiro sobre la Mo-

chuela, la aturdo con dos puñetazos.... escogidos.... cae sin respirar.... entro en el jardin.... caramba!.... señor Rodolfo!.... era demasiado tarde....

—Pobre Murph!....

—Al oír ruido en la puerta, salió sin duda al portal, se revolvía con el Maestro de escuela sobre una pequeña grada, y sin embargo de estar herido, se mantenía siempre firme, sin pedir socorro: hombre valiente! es como los buenos perros, morder y no ladrar, que es lo que yo digo.... me tiro al monton, ó sobre las dos caras, empuño al Maestro de escuela por la garganta, era el único pedazo de que se podia disponer por el momento: viva la Carta! yo soy!.... el Chourineur! partamos la presa señor Murph.

—Ah! ¡ladron! de donde sales? me gritó el Maestro de escuela aturdido de lo que le pasaba.

—«Curioso! te lo voy á decir» le respondí asegurando una de sus piernas entre mis rodillas, y empuñándole el brazo, era el del puñal, era el bueno....

—Y.... Rodolfo? «me gritó el señor Murph sin dejarme de ayudar.»

—Bueno, excelente hombre! dijo entre dientes Rodolfo y con dolor.

—«No se nada le respondí: este pícaro lo ha quizás muerto» y redoble mis esfuerzos contra el Maestro de escuela que trataba de *mecharme* con su puñal, pero tenia mi pecho sobre su bra-

zo, no tenía mas que el puño en libertad: «está usted solo?» digo al señor Murph continuando nuestra lucha con el Maestro de escuela.

—«Cerca de aquí hay gente, pero no me oírían gritar»—«Está lejos»—«Habrá como unos diez minutos»—gritemos pidiendo socorro, si pasan gentes vendrán á ayudarnos—«No: ya que lo tenemos es preciso guardarlo aquí; pero me siento débil... estoy herido» me dijo el señor «Murph—Por vida de! vaya usted á pedir socorro si es tiempo todavía: trataré de retenerle, quítele usted su puñal, ayúdeme solamente á ponerme sobre él, á pesar de que sea dos veces mas fuerte que yo, corre de mi cuenta teniendo lo debajo» El Maestro de escuela nada decía, no se oía mas que soplar como un buey, pero caramba! que de esfuerzos!... el señor Murph, no pudo arrancarle el puñal, el puño de este hombre es un torniquete: en fin, echando siempre toda la pesadez de mi cuerpo sobre su brazo derecho, le paso mis dos manos por detras del cuello y las junto.... como si quisiera abrazarlo: tenerlo de esta manera eran todos mis deseos; entonces, dije al señor Murph, «despachese usted.... le aguardo: si tiene usted alguno de mas... haga usted recoger á la Mochuela que está detrás de la puerta del jardín; la he atolondrado» quedo solo con el Maestro de escuela, ya sabía él lo que le esperaba.

—No lo sabía!.... ni tu tampoco, valiente; dijo Rodolfo con tono sombrío, contrahidas, sus fac-

ciones con la espresion dura y casi feroz de que hemos hablado.

—Chourineur admirado dijo á Rodolfo.—Creía que el Maestro de escuela sabía lo que le esperaba, por que caramba! no es por alabarme.... pero hubo un momento en que no estaba en bodas.... estábamos la mitad por tierra y la otra mitad sobre la última baldosa de la grada... tenia mis brazos alrededor de su cuello.... mis mejillas sobre las suyas.... oía rechinar sus dientes... estaba obscuro.... continuaba lloviendo.... y la lámpara que estaba en el portal nos alumbraba muy poco.... habia metido una de sus piernas entre las mias.... á pesar de esto tenia los riñones tan fuertes que nos levantaba á los dos hasta un pie del suelo.... quería morderme pero no podía.... nunca me senti con tantas fuerzas y tan vigoroso.... Caramba! el corazon me latia.... pero en buen sitio.... me decia: estoy como uno que se agarra á un perro rabioso para impedir que se tire á las gentes: «dejame escapar y no te haré nada» me dijo el Maestro de escuela.— «Ah! tu eres un cobarde! le contesté; tu valor «consiste en tu fuerza? No te hubieras atrevido «á asesinar al tratante en bueyes de Poissy para «robarle, si hubiese sido solamente tan fuerte «como yo, eh? «No, me dijo, pero te voy á matar como á él»: diciendo esto, dió un empuje tan violento, apretando al mismo tiempo las rodillas, que me echó de costado, pero tenia siempre mis manos cruzadas sobre su cuello y su

brazo derecho debajo de mí.... así que tuvo las piernas libres usó de ellas con mucha fuerza.... esto le animó.... y me puso la mitad de mi cuerpo debajo del suyo.... si no hubiera contenido con fuerza el brazo del puñal.... me concluía.... en este momento mi puño derecho vagueó, me vi obligado á aflojar los dedos.... esto va perdido.... me dije: estoy debajo y él encima, me va á matar.... no importa, tengo en mas mi plaza que la suya.... el señor Rodolfo me ha dicho que tenia valor y honor.... conozco que es verdad.... estaba en esto cuando veo á la Mochuela derecha sobre la grada.... con su ojo redondo y su chal encarnado.... Caramba! creía tener la pesadilla— «raposuela! gritó el Maestro de escuela, he dejado caer mi puñal, recógele.... ahí.... debajo de «él.... dale por detras en las dos espaldas.... Es— «pera, espera, pequeño asesino.... que vea donde «estoy» Cátele usted á la Mochuela que dá vueltas.... y mas vueltas alrededor de nosotros como un pájaro de mal agüero, como ella lo es: en fin vé el puñal.... quiere echarse encima, yo estaba boca-abajo, la mando un par de coces al estomago y cae; luego se levanta y se encarniza conmigo.... no podia ya mas, sin embargo estaba todavía agarrado con el Maestro de escuela, pero me daba por debajo tales golpes en las quijadas que iba aflojando todo.... principiaba á atolondrarme.... cuando veo tres ó cuatro mozos armados que bajan corriendo por la grada.... y á Murph enteramente pálido, sosteniéndose con

trabajo en el señor Médico... agarran al Maestro de escuela y á la Mochuela y los atan... No era esto todo. Me faltaba el señor Rodolfo... salto sobre la Mochuela, me acuerdo del diente de la pobre cantora, la agarro del brazo, y se lo retuerzo diciéndola: «donde está el señor Rodolfo?» se mantiene firme, á la segunda vuelta me «grita: en casa de Bras-Rouge, en la cueva, en el corazón ensangrentado...» Bueno... al pasar quiero recoger á Tortillard en la tabla de zanahorias: era mi camino: miro, y ya no había otra cosa que mi blusa... la había roído y roto con sus dientes: llego al corazón ensangrentado, me tiro al cuello de Bras-Rouge... «Donde está el joven que ha venido esta tarde con el Maestro de escuela?— «No me aprietes tanto, voy á decirte, han querido hacerle una jugada, le han encerrado en mi cueva, vamos á abrirle» Bajamos... y nadie... Habrá salido mientras estaba vuelto de espaldas, dijo Bras-Rouge, ya ves que no hay nadie» Me volvía muy triste, cuando con la luz de la linterna, veo otra puerta: corro, tiro hácia mi, recibo de repente como quien dijera un buen cubo de agua: veo los dos pobres brazos de usted en el aire... le refresco y le traigo en mis hombros hasta aquí, en razón de que no había nadie que fuese á buscar un coche: esto es todo señor Rodolfo... y puedo decir sin jactancia, que estoy loco de contento!

—Querido, te debo la vida... es una deuda...

yo la pagaré, puedes estar seguro y de todos modos.... tienes tanto corazon.... que tendras el mismo sentimiento que yo en este momento.... tengo una horrorosa inquietud por el amigo que tan valientemente has salvado, y una necesidad de venganza feroz contra el que por poco no os mata á los dos....

—Comprendo esto, señor Rodolfo.... tirarse sobre usted como un traidor, echarle á la cueva y llevarle luego desmayado á la bóveda para que se ahogase usted, esto merece lo que se debe al Maestro de escuela.... me ha confesado que habia asesinado al tratante en bueyes.... no soy polizon, pero, caramba!.... de esta vez iría de buena gana á buscar la guardia para que lo prendiesen, ladron!....

—David, quiere usted ir á saber de Murph? dijo Rodolfo sin contestar á Chourineur: vendrá usted en seguida.

—El negro salió.

—Sabes donde está el Maestro de escuela, valiente?

En una sala baja con la Mochuela: va usted á mandar buscar la guardia?

—No tendría usted la idea de soltarlo?... Ah! señor Rodolfo, nada de estas generosidades.... vuelvo á lo que he dicho, es un perro rabioso.... mire usted por los pasajeros!

—Y no morderá á nadie, tranquilízate.

—Va usted á encerrarlo en alguna parte?

—No! dentro de media hora saldrá de aquí.

—El Maestro de escuela?

—Si....

—Sin gendarmes?

—Si....

—Como? ¿saldrá libre de aqui?

—Libre.

—Y solo?

—Si, solo.

—Pero irá....

—A donde quiera dijo Rodolfo interrumpiendo á Chourineur con una sonrisa que lo asustó.

—El negro entró:

—Y bien! David.... y Murph?

—Está adormecido.... Monseñor, dijo tristemente el médico: la respiracion está siempre... oprimida..

—Siempre en peligro?

—Su posicion.... es muy grave, Monseñor.... sin embargo.... se puede esperar....

—Oh! Murph! venganza!.... venganza!.... gritó Rodolfo con furor frio y concentrado; y luego añadió: David.... una palabra; y habló al oido al negro: este se estremeció.

—Duda usted? le dijo Rodolfo.... por tanto tengo á usted hablado muchas veces de esta idea... el momento de aplicarla, ha llegado....

—No dudo, Monseñor.... esta idea la apruebo.... encierra en ella toda una reforma penal digna del exámen de los grandes criminalistas, por que esta pena sería á la vez.... simple.... ter-

rible y justa.... en el caso actual es aplicable: sin enumerar los crímenes que echaron á este malvado á presidio por toda su vida.... ha cometido tres asesinatos.... el del tratante en bueyes.... Murph.... y vos.... es justicia....

—Y tendrá además delante de sí, el horizonte sin límites del arrepentimiento.... añadió Rodolfo: bien, David, ya me entiende usted.

—Todos concurrimos á la misma obra... Monseñor....

Después de un momento de silencio, Rodolfo añadió.

—En seguida le bastarán cinco mil francos, David?

—Perfectamente, Monseñor....

—Valiente, dijo Rodolfo á Chourineur que estaba abobado: tengo que decir dos palabras al señor: en este tiempo te vas al cuarto inmediato.... hallarás una gran cartera encarnada sobre un bufete, tomarás de ella cinco billetes de mil francos que traerás....

—Y para quien esos cinco mil francos? gritó involuntariamente Chourineur.

—Para el Maestro de escuela.... y dirás al mismo tiempo que lo traigan aquí....

## XXI.

## EL CASTIGO.

La escena pasa en un salón con colgaduras de seda encarnada, y brillantemente iluminada. Rodolfo, revestido con una gran bata de terciopelo negro de seda, que aumenta todavía mas la palidez de su semblante; está sentado delante de una mesa grande cubierta también con un tapiz: sobre ella se ven dos carteras, la que fué robada á Tom por el Maestro de escuela en la Cité, y la que pertenecía á este malvado, la cadena de similar de la Mochuela de que cuelga el pequeño espíritu santo de piedra preciosa, el puñal, todavía ensangrentado, que hirió á Murph, la ganza que sirvió para la fractura de la puerta, y por último los cinco billetes de mil francos cada uno que el Chourineur trajo del cuarto inmediato.

El doctor negro, está sentado en un lado de la mesa y Chourineur en otro.

El Maestro de escuela, se halla colocado en una gran silla en medio del salón, y atado tan fuerte y estrechamente, que no puede hacer el menor movimiento; los que le han conducido se retiran, y quedan solos Rodolfo, el doctor, Chourineur y el asesino.

El primero ya no está irritado, al contrario manifiesta mucha calma, se halla triste y pensativo; como quien va á cumplir una mision solemne y formidable: el doctor meditabundo: Chourineur siente un temor vago, y su mirada está fija en la de Rodolfo: el Maestro de escuela está lívido... tiene miedo.

Un arresto legal le hubiera parecido menos temible, su audacia no le hubiera abandonado ante un tribunal ordinario: todo lo que le rodea, le sorprende y le espanta: se halla en poder de Rodolfo á quien consideraba como un artesano capaz de haberle vendido ó de flaquear en el momento de cometer el crimen; y al que quiso sacrificar por esta sospecha y en la esperanza de aprovecharse él solo del robo: en este instante le parece terrible é imponente como la justicia. Por la parte de fuera reina el mas profundo silencio interrumpido tan solamente con el ruido del agua que cae. Rodolfo se dirige al Maestro de escuela.

—«Escapado del presidio á que fuisteis condenado por toda la vida.... por crimen de falsario, robo y asesinato.... no os llamais Anselmo Duresnel?

—Es falso; que me lo prueben! dijo el Maestro de escuela con voz alterada y echando una mirada salvaje é inquieta á su alrededor.

—Como! gritó Chourineur; ¿no estuvimos juntos en Rochefort?

Rodolfo despues de haber hecho una seña á

Chourineur, quien calló, continuó: sois Anselmo Duresnel.... luego lo confesareis... habeis asesinado y robado á un tratante en bueyes en el camino de Poissy:

—Es falso!

—Luego convendreis.

El asesino miró con sorpresa á Rodolfo.

—Esta noche os habeis introducido aqui para robar; habeis dado de puñaladas al amo de la casa...

—Usted es el que me propuso este robo, dijo el Maestro de escuela, reponiéndose un poco; me han atacado.... me he defendido....

—El hombre á quien habeis dado de puñaladas, no os ha atacado.... estaba desarmado! os he propuesto, es verdad este robo.... luego os diré con que objeto: la vispera, despues de haber desvalijado á un hombre y á una muger en la Cité, despues de haberle robado la cartera que aqui está, le habeis ofrecido el matarme por mil francos!....

—Lo he oido! gritó Chourineur.

El Maestro de escuela le dirigió una mirada de odio feroz.

Rodolfo volvió á continuar.

—Ya lo veis, no era necesario de que yo os instigase para que hicieseis el mal!....

—Usted no es juez de instruccion, no le volveré á contestar....

—He aqui la razon por que os propuse este robo: sabia que os habiais escapado del presi-

dio.... conociais los padres de una desgraciada á quien la Mochuela, vuestra cómplice, ha causado casi todas sus desgracias... queria atraeros aqui por el incentivo de un robo como único medio de seduciros: una vez en mi poder, pensaba dejaros la eleccion ó de ser entregado en manos de la justicia que os hubiera hecho pagar con la cabeza el asesinato del tratante en bestias....

—Es falso! no he sido yo.

—O de ser conducido fuera de Francia por medios que hubiera tomado, y á un punto de reclusion perpetua, pero con condicion que me dariais las noticias que queria saber. Habiais sido condenado por toda la vida y roto vuestra proscripcion. Apoderándose de vuestra persona, poniéndoos para lo sucesivo en la imposibilidad de hacer daño, servía á la sociedad y por vuestras confesiones hallaba quizás el medio de volver á su familia una pobre criatura mas desgraciada que culpable, tal fué en un principio mi proyecto, no era legal, pero, por vuestra evasion y vuestros nuevos crímenes, estais fuera de la ley.... una revelacion de ayer me hizo saber vuestro verdadero nombre.

—Es falso! no me llamo Duresnel.

Rodolfo tomó de la mesa la cadena de la Mochuela y enseñando al Maestro de escuela el pequeño espíritu santo de piedra preciosa: sacrilego! gritó con voz amenazadora: habeis prostituido á una muger! infame, una reliquia santa... tres veces santa!... por que vuestro hijo tenia

este don piadoso de su madre y de su abuela! El Maestro de escuela estupefacto de este descubrimiento bajó la cabeza sin responder.

—Ayer tambien he sabido que habias robado vuestro hijo á su madre, hace quince años, y erais el solo que poseias el secreto de su existencia: esta nueva maldad fué un motivo mas para asegurarme de vuestra persona; sin hablar de lo que me toca.... no es esto lo que voy á vengar... Esta noche, sin ninguna provocacion, habeis tambien derramado sangre: el hombre á quien habeis asesinado se os dirigió con confianza, no pudiendo sospechar vuestra rabia sanguinaria: os preguntó qué queriais «tu dinero y tu vida».... y le disteis una puñalada.

—Esa fué la declaracion del señor Murph cuando le suministré los primeros auxilios dijo el doctor.

—Es falso, miente.

—Murph no miente nunca, dijo con frialdad Rodolfo. Vuestros crímenes claman por una reparacion estrepitosa: os habeis introducido por la fuerza en este jardin, habeis dado á un hombre una puñalada para robarle: habeis cometido otra muerte.... vais á morir.... por compasion de vuestra muger y de vuestro hijo, se os libertará de la vergüenza del patíbulo.... se dirá que habeis sido muerto en un ataque á manos de los enemigos.... preparaos.... las armas están cargadas:

La fisonomía de Rodolfo estaba implacable.

El Maestro de escuela habia visto en una pie-

za anterior dos hombres armados de carabinas... su nombre era conocido y pensó que en efecto iban á deshacerse de él para sepultar en las tinieblas sus últimos crímenes y evitar este nuevo oprobio á su familia. Lo mismo que sus semejantes, era este hombre tan cobarde como feroz: creyendo que habian llegado sus últimos momentos, tembló convulsivamente, sus labios palidieron y con voz oprimida, gritó:

—Perdon!

—No puede haberle, dijo Rodolfo. Si no os levantan aqui la tapa de los sesos, el patibulo os espera....

—Quiero mas el patibulo.... viviré á lo menos dos ó tres meses todavía.... que le hace á usted esto, puesto que luego seré castigado?.... gracia!... gracia!...

—Y vuestra muger?.... y vuestro hijo?.... no llevan vuestro nombre?....

—Mi nombre está ya deshonrado.... aun cuando no debiese vivir sino ocho dias, gracia!....

—Ni aun este desprecio de la vida que alguna vez se encuentra en los grandes criminales! dijo Rodolfo con repugnancia.

—Ademas la ley prohíbe el hacer la justicia por si mismo, volvió á decir el Maestro de escuela con cierta confianza.

—La ley! gritó Rodolfo; la ley!.... Osais invocar la ley, cuando hace veinte años que vivis en guerra abierta y armada contra la sociedad?

El ladrón bajó la cabeza sin responder, y luego con tono más humilde dijo:—A lo menos dejadme vivir por compasión!

—Me direis, donde está vuestro hijo?

—Si, si..... diré á usted todo lo que sé.....

—Me direis quienes son los padres de esta jóven cuya infancia ha sido atormentada por la Mochuela?

—En mi cartera hay papeles que pondrán á usted en disposicion de seguir sus huellas..... parece que su madre es una señora distinguida....

—Donde está vuestro hijo?

—Me dejará usted vivir?

—Primero confesad todo.

—Es que cuando usted sepa..... dijo el Maestro de escuela con perplegidad.

—Lo has muerto?

—No.... no.... lo confié á uno de mis cómplices quien, cuando me prendieron, pudo escaparse.

—Qué hizo de él?

—Lo educó, le dió los conocimientos necesarios para que pudiese entrar en el comercio con el objeto de que nos sirviese y..... pero no diré lo demás á menos que usted no me prometa que no me matará.

—Condiciones, miserable!

—Pues bien! no, no: pero piedad! hágame usted prender como culpable solamente del crimen de hoy, no hable usted del otro..... déjeme usted correr la suerte de salvar mi cabeza.

—Luego, quieres vivir?

—Oh! si, si! quién sabe?..... no se puede preveer lo que sucederá, dijo involuntariamente el bandido, como quien pensaba en la posibilidad de una nueva evasión.

—Tu quieres vivir á toda costa..... vivir?

—Si vivir..... aun cuando fuese en una cadena por un mes, por ocho dias!..... Oh! que no muera ahora!

—Confiesa todos tus crímenes y vivirás.

—Viviré? oh! será verdad?..... viviré?

—Escucha, por compasion de tu muger y de tu hijo, quiero darte un consejo prudente: muere hoy, muere!

—Oh! no, no! no sé vuelva usted atras de su promesa.... déjeme usted vivir..... la existencia la mas horrorosa, la mas espantosa no es nada en comparacion de la muerte.

—Tu lo quieres?

—Oh! si, si!.....

—Tu lo quieres?

—Oh! jamas me quejaré!

—Y de tu hijo, qué has hecho?

—El amigo, de quien he hablado á usted, le hizo aprender la teneduría de libros para ponerlo en casa de un banquero con el objeto de que nos ilustrase..... para ciertas miras: lo habiamos convenido asi: sin embargo de que estaba en Rochefort, y esperando escaparme, dirigia el plan de esta empresa, teniamos nuestra correspondencia por cifras.

—Este hombre me espanta, gritó Rodolfo, es-

tremeciéndose: hay crímenes de que no podía ni aun sospechar..... confiesa..... confiesa..... porque querías que tu hijo entrase en casa de un banquero?

—Para..... ya me entiende usted..... que estando de acuerdo con nosotros..... sin parecerlo, inspirar confianza al banquero..... ayudarnos.... y....

—Oh Dios mio! su hijo..... su hijo! gritó Rodolfo con doloroso horror ocultando su cara entre sus manos.

—Pero no se trataba mas que de falsificar! grito el ladrón, y ademas que cuando se le hizo saber lo que se esperaba de él, mi hijo se indignó..... despues de una violenta escena con la persona que lo habia educado para nuestros proyectos, desapareció..... hace ya esto diez y ocho meses..... desde entonces no se ha sabido nada de él .. usted verá ahí, en mi cartera; la indicacion de los pasos que esta persona ha dado con el fin de encontrarle..... por temor de que no denunciase la asociacion, pero en París se han perdido todas las huellas: la última casa que habitó era la de la calle del Templo número 17, bajo el nombre de Francisco Germain: las señas estan tambien en mi cartera. Ya usted ve.... he dicho todo.... todo.... cumpla usted su promesa, hagame detener solamente por el robo de esta noche.

—Y el tratante en bueyes de Poissy?

—Es imposible que esto se descubra, no hay pruebas: lo puedo confesar á usted para mos-

trarle mi buena voluntad, pero ante el juez lo negaré. ...

—Luego tu lo confiesas?

—Estaba en la miseria, no sabia como vivir... la Mochuela es la que lo aconsejó.... ahora me arrepiento.... usted lo ve, puesto que lo confieso.... Ah! si fuese usted tan generoso que no me entregase á la justicia, le daría mi palabra de honor de no volver á hacer mas.

—Vivirás..... y no te entregaré á la justicia.

—Me perdona usted? gritó el Maestro de escuela no creyendo lo que oia ; me perdona usted?

—Te juzgo y te castigo gritó Rodolfo con voz de trueno. No te entregaré á la justicia porque irías á presidio ó al patíbulo, no es menester esto.... no, no es menester... á presidio? para que todavia dominases aquella turba con tu fuerza y tu maldad? para satisfacer tus instintos de opresion brutal? para ser aborrecido y temido de todos; porque el crimen tiene tambien su orgullo, y tu te regocijas en tu monstruosidad!..... á presidio? No, no! tu cuerpo de hierro desafía las fatigas del presidio y el palo del Sotacómitre (1); ademas las cadenas se rompen, las paredes se taladran y las murallas se saltan, y llegaría todavia un dia en que rompieses las tuyas para echarte de nuevo sobre la sociedad, como una rabiosa bestia feroz, señalando tus huellas con el robo y

(1) Capataz.

el asesinato..... porque nada hay al abrigo de tu fuerza de Hércules y de tu puñal, y no debe suceder así..... no, no debe ser! Puesto que en presidio romperías tus cadenas..... para libertar á la sociedad de tu rabia ¿qué haremos? Entregarte al verdugo?

—Luego es mi muerte lo que usted quiere, es mi muerte? gritó el ladron.

—La muerte!..... no la esperes..... eres tan cobarde! la temes tanto!..... la muerte que nunca la creería imminente! En tu encarnecimiento por vivir, en tu esperanza obstinada te escaparías de las agonías de su formidable venida! Esperanza estúpida! insensata!..... no importa... te ocultaría el horror expiatorio del suplicio, no creerías en él sino cuando estuvieses bajo las uñas del verdugo! y entonces, embrutecido por el terror, no sería mas que una masa inerte, insensible, la que se ofrecía en holocausto á los manes de tus víctimas.... no puede ser..... creerías hasta el último momento que te ibas á salvar... tu ¡monstruo!..... ¡esperar! ¡cómo!..... había de venir la esperanza á derramar sus dulces y consoladoras miradas á las paredes de tu calabozo... hasta que la muerte hubiese cerrado tus ojos?... vamos, vamos!..... el viejo Satanás se reiría mucho!..... si no te arrepientes..... no quiero que esperes mas en esta vida..... no.....

—Pero qué he hecho yo á este hombre? ¿quién es? ¿qué quiere de mí? ¿donde estoy?..... gritó el Maestro de escuela casi delirando.

—Rodolfo continuó. Si por el contrario desafiases con valor á la muerte, tampoco se debe entregarte al suplicio..... para tí el patíbulo seria un sangriento tablado, donde, como otros muchos, harías alarde de tu ferocidad..... ó, mirando con indiferencia una vida miserable, condenarías tu alma con tu última blasfemia !..... tampoco debe ser esto..... no conviene al pueblo ver al condenado chancearse con el machete, hacer befa del verdugo y silvar jugándose del divino resplandor que el criador ha puesto en nosotros..... es muy sagrado la salvacion de una alma..... todo crimen se espía y se perdona, dijo el salvador, pero es para el que quiere sinceramente la expiacion y arrepentimiento. Del tribunal al patíbulo, el camino es muy corto. No debes pues tampoco morir de esta manera.

—El Maestro de escuela estaba anodado, y por la primera vez de su vida, hubo otra cosa que temiese mas que la muerte.... este vago temor era terrible...

El doctor negro y Chourineur miraban á Rodolfo con grande agonía, escuchaban temblando el acento sonoro, decidido y cruel como el hierro de una lanza, sentían oprimirse dolorosamente sus corazones.

Rodolfo continuó:—Anselmo Duresnel, no irás pues al presidio!.... tampoco morirás!...

—Luego qué quiere usted de mí?.... ¿es el infierno quien le envía?

—Escucha.... dijo Rodolfo levantándose con-

aire solemne y dando á su gesto una autoridad amenazadora: has abusado criminalmente de tu fuerza.... paralizaré tu fuerza.... los mas vigorosos temblaban delante de ti.... tu temblarás ante los mas débiles.... asesino.... sumergiste á criaturas hechas á la semejanza de Dios en las tinieblas eternas.... las tinieblas de la eternidad principiarán para ti en esta vida.... hoy.... dentro un instante.... en fin tu castigo igualará á tus crímenes.... pero añadió Rodolfo con cierta clase de piedad dolorosa, este castigo te dejará á lo menos el horizonte sin limetes para la espiacion.... sería tan criminal como tu, si, castigándote no satisficiese mas que una venganza, por justa que fuera.... lejos de ser estéril como la muerte... tu castigo debe ser fecundo; lejos de condenarte... te puedes salvar.... si, para ponerte en estado que no puedas dañar.... te despojo para siempre de los esplendores de la creacion.... si te meto en una noche impenetrable.... solo.... con el recuerdo de tus maldades.... es para que contemples incesantemente su enormidad.... si.... para siempre aislado del mundo exterior.... te verás forzado á mirar alrededor de ti.... y entonces, lo espero, tu frente bronceada por la infamia se correrá de vergüenza.... tu alma, endurecida por la ferocidad.... corroida por el crimen.... se ablandará por la conmiseracion.... cada palabra tuya es una blasfemia.... cada una de ellas será una súplica.... eres audaz y cruel por que eres fuerte.... serás dulce y humilde por que serás débil...

tu corazón está cerrado al arrepentimiento... llegará día en que llores á tus víctimas.... Has degradado la inteligencia del sér supremo que habia puesto en ti, la has reducido á tus instintos de rapiña y de muerte.... de hombre que eras te has hecho una bestia salvaje.... llegará día en que tu inteligencia se suavizará por el remordimiento y se elevará por la espiacion.... tu, ni aun has respetado lo que respetan las bestias salvajes.... su hembra y sus hijuelos.... despues de una vida larga consagrada á la redencion de tus crímenes, tu última súplica será para Dios que te conceda la dicha inesperada de morir en los brazos de tu muger y de tu hijo....

Al decir estas palabras la voz de Rodolfo se conmovió tristemente.

El Maestro de escuela no tenia ya casi el terror que anteriormente habia manifestado.... creyó que Rodolfo habia querido espantarle antes de llegar á esta moral: casi asegurado por la dulzura del acento de su Juez, el ladron, tanto mas insolente, cuanto menos asustado, dijo con una risa grosera. Hola! representamos comedias? ¿ó estamos en el catecismo?

El negro miró á Rodolfo con inquietud; esperaba de él un acceso de furor: no sucedió asi... el jóven sacudió la cabeza con inefable espresion de tristeza y dijo al doctor.

Obrad David!.... que Dios me castigue á mi solo, si me equivoco!.... y ocultó su cara entre sus manos.

A las palabras «obrad David» el negro tiró de la campanilla. Dos hombres vestidos de negro entraron: con una seña del doctor les indicó la puerta lateral: estos rodaron el sillón en que el Maestro de escuela estaba de tal modo agarrotado que era imposible que hiciese el menor movimiento: la cabeza tenía fijada al respaldo por una banda que rodeaba cuerpo y espaldas.

—Sugetarle la frente al sillón con un pañuelo y teparle la boca con otro, dijo David sin entrar en el gabinete.

—Quiere usted ahora ahorcarme?... gracia... dijo el Maestro de escuela, gracia!.... y.... luego no se oyó mas que un rumor confuso....

Los dos hombres volvieron á reparcer.... el doctor les hizo una seña y se salieron. .. Monseñor? dijo por última vez el negro á Rodolfo, con tono interrogativo.

—Obrad, respondió Rodolfo sin cambiar de posición.

David entró lentamente en el gabinete.

—Señor Rodolfo, tengo miedo, dijo Chourineur, muy pálido y con voz temblona, señor Rodolfo, hableme usted.... tengo miedo.... estoy soñando?... pero que es lo que hace al Maestro de escuela el negro? señor Rodolfo, no se oye nada.... esto me da mas miedo.

—David salió del gabinete; pálido como lo están los negros: sus labios estaban blancos: tiró de la campanilla. Los dos hombres reaparecieron.

—Traed el sillón.

Trageron al Maestro de escuela.

—Quitarle la mordaza.

Se la quitaron.

—Quieren ustedes ponerme en el tormento? gritó el Maestro de escuela con mas cólera que dolor: por que se han divertido ustedes en picarme los ojos de este modo?... me han hecho ustedes mal.... y para martirizarme en las tinieblas han apagado ustedes las luces aqui dentro?....

Hubo un momento de silencio espantoso.

—Está usted ciego.... dijo por fin David con voz conmovida.

—No es verdad.... no es posible!.... lo han puesto ustedes oscuro á propósito! gritó el ladrón haciendo violentos esfuerzos en su sillón.

Quitarle los lazos.... que se levante.... que ande.... dijo Rodolfo....

Los dos hombres hicieron caer las ligaduras del Maestro de escuela. Se levantó bruscamente, dió un paso estendiendo sus manos por delante, luego cayó en el sillón levantando los brazos hácia el cielo.

—David, dele usted esta cartera dijo Rodolfo.

El negro puso en las manos temblonas del Maestro de escuela una cartera pequeña.

—En ella hay lo suficiente para asegurarte un abrigo.... y pan.... hasta el fin de tus dias en cualquiera soledad. Ahora estás libre.... vete.... y arrepientete... el Señor es misericordioso.

—Ciego!.... repitió el Maestro de escuela teniendo maquinalmente la cartera en su mano.

—Abrid las puertas!.... que marche! dijo Rodolfo.

Le abrieron las puertas con estrépito.

—Ciego!.... ciego!.... ciego!.... repitió el ladrón aniquilado. Dios mio!.... Dios mio!.... es cierto!

—Eres libre... tienes dinero.... vete!

—Pero yo no puedo irme.... yo!.... como quiere usted que haga?.... ya no veo!.... gritó con desesperacion.... pero es un crimen atroz el de abusar asi de la fuerza.... para....

—Es un crimen abusar de la fuerza!.... repitió Rodolfo con voz solemne: y tu ¿que has echo de tu fuerza?

—Oh! la muerte.... si, hubiera preferido la muerte!.... gritó el Maestro de escuela: estar á merced de todo el mundo.... tener miedo de todo.... un niño me pudiera ahora pegar.... que hacer?... Dios mio! Dios mio! que hacer?....

—Ya tienes dinero....

—Me lo robarán, dijo el ladrón.

—Te lo robarán!.... comprendes estas palabras.... que dices con temor.... tu que has robado!.... vete!

—Por el amor de Dios, dijo el Maestro de escuela con tono suplicante, que me conduzca alguno! .... que voy á hacer en las calles?... Ah! matadme! tomad, matadme!....

—No.... un dia te arrepentirás....

—Jamás.... nunca me arrepentiré.... gritó el Maestro de escuela con rabia. Oh! yo me vengaré.... vaya... si me vengaré.... y rechinando los dientes de rabia se precipitó de su sillón con los puños cerrados y amenazando; al primer paso que dió tropezó—No, no.... no podré.... y sin embargo ser tan fuerte!... Ah!.... que desgraciado soy!.... nadie se compadece de mí! nadie!.... y lloró. Es de toda imposibilidad el pintar el espanto, el estupor de Chourineur mientras esta terrible escena: su salvaje y rudo semblante manifestaba la compasión: se aproximó á Rodolfo y le dijo en voz baja.

—Señor Rodolfo, no tiene quizás lo que merece.... es un gran malvado!.... quiso también matarme ahora poco, pero está ciego, llora.... mire usted, caramba! me da pena el verle.... no sabe como marcharse.... pueden reventarle en las calles.... ¿quiere usted que le conduzca á alguna parte, donde á lo menos pueda estar tranquilo?

—Bien..... dijo Rodolfo, conmovido de esta generosidad y tomando la mano de Chourineur: bien!.... va....

—Chourineur se aproximó al Maestro de escuela y le puso la mano en el hombro.

—El ladrón se estremeció: quien es el que me toca? dijo con una voz sorda.

—Yo.

—Quien eres tu?

—El Chourineur.

—Vienes tambien á vengarte, no es asi?

—No sabes como salir.... toma mi brazo.... voy á conducirte....

—Tut! tu!

—Si; me das compasion.... ahora ven!....

—Me quieres tender un lazo?

—Tu sabes que no soy traidor.... no abusaré de tu desgracia.... vamos.... marchemos.... ya es de dia.

—Es de dia! ¡ah! ya no veré jamás cuando amanece.... no, ya no! gritó el Maestro de escuela.

Rodolfo no pudo soportar por mas tiempo esta escena.... se metió en otro cuarto bruscamente seguido de David, y haciendo una seña á los dos criados para que se retirasen.

Chourineur y el Maestro de escuela se quedaron solos.

—Es verdad que hay dinero en la cartera que me han dado? dijo el bandido despues de un largo silencio.

—Si.... yo mismo he puesto cinco mil francos.... con esto te puedes poner á pupilo en cualquier parte.... en cualquier rincon, en la campiña.... para el resto de tus dias.... ó bien quieres que te lleve á la casa de la Ogresa.

—No! me robaría.

—En casa de Bras-Rouge?

—Me envenenaría para robarme.

—Donde quieres que te conduzca?

—No lo sé.... tu no eres ladron, Chourineur:

toma, esconde bien mi cartera en mi chaqueta, que no la vea la Mochuela, me desvalijaría....

—La Mochuela! la han llevado al hospital Beaujon.... batiéndome contra vosotros dos esta noche, la he desconcertado una pierna....

—Pero que va á suceder de mi? Dios mio! que va á suceder? con esta cortina negra, siempre delante de mi!.... y sobre esta cortina negra si viere aparecer las figuras pálidas y muertas de los que.... se estremeció, y dijo con voz sorda á Chourineur.

—Ha muerto el hombre de esta noche?

—No....

—Tanto mejor.

Y quedó por algun tiempo silencioso, y luego de repente gritó saltando de rabia: tu eres la causa de lo que me sucede Chourineur!... pícaro!.... si no hubiese sido por ti hubiera dejado frio al hombre y me llevaba el dinero.... si estoy ciego.... tu tienes la culpa.... si es por culpa tu-ya!...

—No pienses ya en eso.... es mal sano para ti.... vamos! vienes ó no vienes?... estoy cansado.... quiero dormir.... basta de bodas como esta.... mañana vuelvo á mi trabajo de leña... voy á llevarte á donde quieras, y despues me iré á acostar.

—Pero si no sé donde ir!... á mi posada.... no me atrevo.... era preciso decir....

—Pues bien, escucha, quieres venir por un dia ó dos á mi chirivital? Quizás hallaré bue-

nas almas que, no sabiendo quien eres, te tendrán en su casa como á un enfermo. .... mira..... justamente conozco un hombre del puerto de S. Nicolas, cuya madre habita en San Mandé, buena muger..... que no es muy feliz..... quizás ella se encargará de ti..... vienes, si ó no?

—Ya se puede fiar de ti, Chourineur..... no tengo miedo de ir á tu casa..... con mi dinero..... tu no has robado nunca..... tu no eres malo, eres generoso.....

—Vamos, bueno..... basta de retórica.....

—Es que estoy reconocido á lo que haces por mi, Chourineur..... no tienes odio ni rencor, tu.. dijo el ladron con humildad, tu eres mejor que yo.....

—Caramba! yo lo creo: el señor Rodolfo me ha dicho que tenia valor y.....

—Pero quien es eso hombre?..... no es un hombre! gritó el Maestro de escuela con un acrecentamiento de rábia desesperada, es un verdugo?..... un monstruo!

—Chourineur se encogió de hombros y le dijo: nos vamos?

—Vamos á tu casa, no es verdad Chourineur?

—Si.

—Tú no tienes rencor por lo de esta noche? ¿me lo juras?

—Si.

—Y estás seguro que no ha muerto..... *el hombre?*

—Estoy cierto.

—Siempre habrá este de menos, dijo el ladrón con voz sorda.

—Y apoyándose en el brazo de Chourineur salieron de la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

—No, no he encontrado nada, pero he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas, y he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

—No, no he encontrado nada, pero he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas, y he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

—No, no he encontrado nada, pero he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas, y he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

—No, no he encontrado nada, pero he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas, y he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

—No, no he encontrado nada, pero he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas, y he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

—No, no he encontrado nada, pero he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas, y he estado un tiempo en la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y cómo te va, Chourineur? ¿has encontrado algo de dinero?

## XXXII.

## LA ISLA DE ADAN.

Se habia pasado ya un mes desde los acontecimientos de que acabamos de hablar, y vamos á llevar al lector á la pequeña aldea de la Isla de Adan, situada en una posicion encantadora, al pie de un bosque y á orillas del rio Oise.

En las provincias los acontecimientos por mas insignificantes que sean ocupan con mucho interés á los ociosos. Los de esta aldea paseándose esta mañana por la plaza de la iglesia, se entretenian mucho en saber cuando llegaría el subarrendador de la mejor carnicería del pueblo, recientemente cedida por la viuda Dumont á quien pertenecia. Debia ser rico el nuevo propietario puesto que habia hecho pintar y decorar magnificamente la tienda: hacia tres semanas que los trabajadores se ocupaban dia y noche: una hermosa reja de hierro dorada se estendia por toda la tabla y la cerraba, dejando sin embargo, circular el aire: dejábanse ver á cada lado de la reja dos anchas pilastras y en ellas dos grandes cabezas de buey con cuernos dorados, sostenian un vasto cornisamiento destinado para poner la muestra de la tienda. Lo demas de la casa, que se componia de un solo piso, habia sido pintado de color de

piedra y las persianas de gris-claro: la obra estaba concluida, excepto la colocacion de la muestra, que esperaban con impaciencia los ociosos, deseando tambien conocer el nombre del sucesor de la viuda. Por fin los obreros llevaron un gran tablon y los curiosos pudieron leer en él, en letras doradas sobre fondo negro *Françœur, marchand bucher* (1). Su curiosidad no fué mas que en una parte satisfecha por esta noticia: quien era este *Françœur*? Hubo uno, de los mas impacientes sin duda, que se dirigió al momento al mozo del carnicero para saber de él el nombre del nuevo poseedor; preguntado el mozo, que se ocupaba con actividad y con aire alegre en los últimos preparativos de la tienda, contestó no conocerle todavia porque habia comprado el establecimiento por medio de poder, pero que no dudaba que su amo haria todos los esfuerzos posibles por contentar á los señores vecinos de la Isla de Adan. Este cumplido hecho con agrado y cordialidad, unidos á la buena apariencia de la carniceria captaron á los curiosos en favor del señor *Françœur*, y muchos de ellos prometieron en el mismo momento ser sus parroquianos. La casa tenia una puerta cochera que daba á la calle de la iglesia.

No se habian pasado dos horas despues de abrirse la carniceria cuando entró en el patio de esta, un calesin enteramente nuevo, tirado por un caballo hermoso, fuerte y bien plantado: dos hom-

(1) Corazon franco, Carnicero.

bres bajaron de este coche, el uno era el señor Murph, curado enteramente de su herida y aun todavía estaba pálido, el otro el Chourineur.

Aunque cometamos una vulgaridad no podemos menos de decir que tiene tanto prestigio el vestido que el parroquiano de la taberna de la Cité, apenas era conocido con el traje que llevaba. La misma metamorfosis se notaba en su semblante, del cual había desaparecido su mirar salvage, brutal y turbulento, viéndole andar con sus manos metidas en los bolsillos de un largo levita de castorina color de avellana, muy bien afeitado, al cuello un pañuelo muy blanco con puntas bordadas, se hubiera dicho que era el hombre mas inofensivo.

Atado el caballo por Murph, hizo este seña á Chourineur para que le siguiese y entraron ambos en una sala baja muy bonita cuyos muebles eran de nogal: las dos ventanas que tenian daban al patio en que se hallaba el caballo relinchando con impaciencia: Murph parecia estar como en su casa pues abrió un armario, tomó una botella de aguardiente y un vaso y dijo á Chourineur: como hace bastante frio, mi amigo, bueno será que tome usted una copa.

—Si es á usted indiferente, señor Murph, el que la beba ó no, no la beberé.

—Beusa usted?

—Si..... estoy muy contento..... y la alegría.... caliente..... y aunque..... cuando digo contento... quizá.....

—Como? ¿qué?

—Ayer vino usted á buscarme en el puerto de San Nicolas donde descargaba leña con fuerza para calentarme.... no le habia visto desde la noche..... en que el negro de pelo blanco habia cegado al Maestro de escuela..... era la única vez que este no habia robado..... es verdad..... pero en fin..... caramba! eso me removió..... y el señor Rodolfo que figura!..... el que tenia el aire de un buen sugeto... me dió miedo en aquel momento.....

—Bien..... bien..... y qué?

—Me dijo usted: «buenos dias Chourineur»  
«que los tenga usted muy buenos señor Murph»  
«ya está usted levantado tanto mejor caramba!...»  
«y el señor Rodolfo?»

—«Tuvo que marchar pocos dias despues del «acontecimiento del paseo de las Viudas..... ha «olvidado á usted querido...» Pues señor Murph, «respondí á usted, si el señor Rodolfo me ha ol- «vidado..... en verdad..... que esto me entriste «ce.....»

—Quería decirle, mi valiente, que habia olvidado la recompensa de sus servicios... pero siempre se acordará de ellos.

—Tambien, señor Murph estas palabras me han animado al instante: caramba!..... yo..... no le olvidaré, no!..... me tiene dicho que tengo valor y honor..... en fin basta.

—Desgraciadamente, mi valiente, Monseñor ha marchado sin dejar ninguna orden con respec-

to á usted, no tengo otra cosa mas que lo que me da Monseñor: no puedo manifestarme agradecido; como quisiera.... á todo lo que debo á usted por mi parte.

—Vamos, vamos! señor Murph..... usted se chancea!

—Pero porqué diablos no ha vuelto usted al paseo de las Viudas despues de aquella noche fatal?.... Monseñor, no hubiera marchado sin pensar en usted.....

—Otra !..... el señor Rodolfo no me ha buscado..... y pensé que no me necesitaba.....

—Debía usted pensar que el debía manifestarle su reconocimiento.

—No me ha dicho usted, señor Murph, que el señor Rodolfo no me habia olvidado?

—Vamos, bien, no hablemos mas..... tuve mucho trabajo en encontrar á usted..... no vá usted ya mas á la tasquera?

—No.

—Por que así?

—Son ideas mias.... tonterías.

—Enhorabuena, pero volvamos á lo que usted me decía....

—Aqui señor Murph?

—Usted me decía «estoy contento de haberle encontrado.... y aunque digo contento, quizás»...

—Ya estoy, señor Murph; ayer volviendo á mi trabajo de leña me dijo usted «mi valiente, «no soy rico, pero puedo conseguirle una colocacion donde tendrá usted menos trabajo que en

«el puerto y ganarás cuatro francos al día»— cuatro francos por día!... viva la carta!... no lo podía creer... paga de ayudante!... le respondí «esto me conviene señor Murph»—«pero, me dijo usted, no puede presentarse como «un pordiosero, por que esto retraería al amo á «donde le llevo»—contesté «no puedo remediarlo»—usted me dijo «vamos al templo»—sigo á usted: escojo de lo que hay mas relumbrante en casa de la tía Hubart, me adelanta usted el dinero para pagar y en un cuarto de hora me veo equipado como un hacendado ó como un dentista; me cita usted para esta mañana en la puerta de san Dionisio, le hallo con su cale-sin y ya estamos aquí.

—Y luego, que hay de sentir en todo esto?

—Hay.... que estando bien puesto, mire usted... señor Murph.... se hecha á perder.... y que cuando vuelva á tomar mis antiguos harapos, hará un efecto!... y luego ganar cuatro francos al día, cuando no ganaba sino dos.... y esto de un golpe.... me parece demasiado bueno y que no puede durar..... quisiera mas acostarme toda mi vida en el mal colchon de paja de mi posada que no hacerlo cinco ó seis noches, no mas en una buena cama..... este es mi génio.

—No deja usted de tener razon..... pero seria mejor acostarse siempre en buena cama.

—Es claro, vale mas hartarse de pan que no morirse de hambre: hola! estamos en una carnicería? dijo Chourineur aplicando el oido á los

hachazos que daba el mozo, vislumbrando por entre las cortinas algunos cuartos de baca.

—Si, mi valiente..... pertenece á un amigo mio..... mientras descansa mi caballo ¿quiere usted visitarla?

—Si por cierto: esto me recuerda mi juventud, sino que en Montfaucon en lugar de vacas, no habia en el matadero mas que viejos rocines; pero es estraño, si hubiese tenido medios me hubiera gustado tratar en bestias tanto como el ser carnicero. Montar un buen jaco: ir á las ferias á comprar bueyes, volver á su casa al rincón del fuego, calentarse si se tiene frio, secarse si está uno mojado, encontrar á su ama, una buena gorda mamá, de buenas carnes y alegre, una buena cria de muchachos que meten sus manos en las alforjas para ver si les trae una alguna cosa.... y luego por la mañana.... al matadero, empuñar un buey por los cuernos, sobre todo cuando es malo.... Dios de los Dioses!.. que fuera bien malo.... sugetarle.... degollarle, cortarle, prepararle.... caramba! esta hubiera sido mi ambicion como la cantora el comerse el azúcar de cebada cuando era pequeña.... á propósito de esta pobre muchacha señor Murph.... cuando he visto que no volvía á casa de la tabernera, he pensado que el señor Rodolfo la habia sacado: mire usted! es una buena accion, señor Murph! pobre muchacha! á nadie hacia mal.... era tan jóven!.... y mas tarde!.... la cos-

tumbre!.... en fin el señor Rodolfo ha hecho bien.

—Soy de su opinion, pero quiere usted venir á la tienda mientras descansa mi caballo?

El Chourineur y Murph entraron y despues de recorrerla fueron al establo donde habia tres magníficos cebones y como unos veinte carneros, luego á la cuadra, á la cochera, al matadero, á los graneros y dependencias de esta casa, puesta con gusto y una limpieza que manifestaban que habia orden y que su amo tenia medios.

Luego que hubieron visto todo, escepto el piso alto, dijo Murph: confiese usted que mi amigo es un mozo dichoso: esta casa y lo que contiene es de él, sin contar con mil escudos que trae entre manos para su comercio: treinta y ocho años, fuerte como un toro, salud de bronce y contento con su profesion: el buen muchacho que ha visto usted abajo le reemplaza con mucha inteligencia cuando va á la feria á comprar ganado.... repito, no es dichoso mi amigo?

—Ah! ya lo creo, señor Murph, pero que quiere usted; hay gentes felices é infelices: cuando pienso que voy á ganar cuatro francos al dia... y que hay quien gana solamente la mitad ó menos....

—Quiere usted subir á ver lo demas de la casa?

—Con mucho gusto, señor Murph.

—Precisamente se halla la persona que debe emplear á usted.

—La que me debe emplear?

—Si.

—Toma! por que no me lo ha dicho usted antes?

—Luego se lo explicaré.

—Un momento, señor Murph, dijo Chourineur un poco triste y confuso, deteniéndole por el brazo: escuche usted: debo decirle una cosa... que quiza el señor Rodolfo no se la ha dicho, pero que no debo ocultar al amo que quiere emplearme.... por que si le disgusta, tanto vale que sea ahora.... que mas tarde....

—Que quiere usted decir?

—Quiero decir....

—Que?

—Que he sido apercibido por la justicia.... que he estado en presidio.... dijo el Chourineur con sorda voz....

—Ah!

—Pero no he hecho mal á nadie; antes me moriría de hambre que robar.... pero he hecho peor que eso, añadió bajando la cabeza, he muerto.... de cólera.... en fin no es esto solo, volvió á decir despues de un momento de silencio; los amos no quieren nunca emplear á un presidiario, tienen razon, no es alli donde se corona con rosas: esto es lo que siempre me ha impedido el encontrar trabajo en otros puntos que en los puertos para descargar leña; por que siempre que me presentaba para pedir trabajo les decia; « esto hay »....« este soy yo ».... quiere usted? óno

quiere usted? quiero mas que me reusen ahora que ser descubierto despues.... es para decirle que voy á cantarle todo al amo: usted le conoce, si se ha de negar, evfíteme usted esto diciéndomelo y vuelvo la espalda.

—Por eso no deje usted de subir dijo Murph.

—Chourineur siguió á Murph, subieron una escalera, se abrió una puerta y se hallaron en presencia de Rodolfo.

—Mi buen Murph, déjanos, dijo aquel.

## XXIII.

## LA RECOMPENSA.

Viva la Carta! estoy loco de contento al ver á usted de nuevo, señor Rodolfo ó Monseñor, gritó Chourineur.

Tenia una verdadera alegría en ver á Rodolfo, por que los corazones generosos toman tanto cariño por los servicios que hacen como por los que reciben.

—Buenos días mi valente; tambien yo me alegro mucho de volverle á ver.

—Vaya con el farsante del señor Murph! que me decia que se habia usted marchado.... pues mire usted Monseñor.

Llameme usted señor Rodolfo me gusta mas.

—Pues bien! señor Rodolfo, perdoneme usted de no haberle ido á ver despues de la noche del Maestro de escuela .... conozco ahora que he cometido una impolitica; pero enfin por eso no me querrá usted mal, no es verdad?

—Se la perdonó á usted, dijo Rodolfo sonriéndose, y luego añadió: no le ha enseñado á usted Murph esta casa?

—Si, señor Rodolfo.... hermosa habitacion, buena tienda, bien cubierta, escogida... ahora

que digo bien cubierta, yo si que lo voy á estar señor Rodolfo: cuatro francos al dia que el señor Murph me hace ganar.... cuatro francos!

—Tengo otra cosa mejor que proponerle, mi valiente.

—Oh! mejor sin incomodarle, es dificil... cuatro francos al dia!

—Tengo cosa mejor, le repito, que proponer á usted: por que esta casa, lo que ella contiene, esta tienda y mil escudos que están en esta cartera, todo esto pertenece á usted.

El Chourineur se sonrió con gesto estúpido, aplastó su sombrero de pelo largo entre sus rodillas que apretaba convulsivamente, y no comprendió lo que le dijo Rodolfo, sin embargo de que sus palabras eran muy claras y terminantes.

Este continuó hablándole con bondad:—concibo su sorpresa, pero le vuelvo á repetir, esta casa y este dinero son de usted, es propiedad suya.

Chourineur se puso como una grana, se pasó su mano callosa por la frente que la tenia bañada en un gran sudor, y tartamudeó con voz alterada: Oh! es decir.... es decir.... mi propiedad...

—Si.... propiedad de usted, puesto que se lo doy todo esto, entiende usted? se lo doy á usted.

El Chourineur se revolvió en su silla, se arascó la cabeza, tosió, bajó las ojos y no respondió.... conocia que habia perdido el hilo de sus

ideas.... comprendia perfectamente lo que le decia Rodolfo, y justamente por esta razon no daba crédito á lo que oía. Entre la grande miseria y la degradacion en que siempre habia vivido y la situacion que le aseguraba Rodolfo, habia para él un abismo, que no podia llenar el servicio que hizo á este.

No queriendo apresurar el momento de que su protegido abriese los ojos á la realidad, Rodolfo gozaba con delicias de este estupor, de este atolondramiento de la dicha..... Veia, con alegría pero mezclada de amargura indecible, que en ciertas gentes la costumbre del sufrimiento y de la desgracia es tal, que su razon no se atreve á dar crédito á la posibilidad de un porvenir que sería para muchos una existencia nada envidiable. Seguramente, se decia, si el hombre á ejemplo de Prometheo, alguna vez ha arrebatado un rayo de luz á la Divinidad, es en los momentos en que hace (perdónese esta blasfemia) lo que la Providencia debiera hacer de tiempo en tiempo para la edificacion del Mundo; probar á los buenos y á los malos que hay recompensa para los unos, y castigo para los otros. Despues de haber gozado por algun tiempo del entontecimiento de Chourineur, Rodolfo continuó: lo que doy á usted le parece mucho?

—Monseñor, dijo Chourineur, levantándose bruscamente; usted me promete esta casa y mucho dinero.... para tentarme; pero.... yo no puedo.

—Usted no puede, por que? dijo Rodolfo admirado.

—El semblante de Chourineur se animó, su vergüenza cesó y dijo con tono fuerte: no es para inducirme á robar por lo que usted me ofrece tanto dinero, lo sé: además que no he robado nunca.... quizás sea para matar.... pero tengo bastante con el sueño del sargento! añadió Chourineur con voz sombría.

—Ah! gritó Rodolfo, llega hasta este extremo, y es tan rara la compasión que se dispensa á los desgraciados que no pueden concebir la liberalidad sino por precio del crimen?.... y dirigiéndose á Chourineur con un tono lleno de dulzura le dijo: me juzga usted mal.... se equivoca usted.... no exigiré de usted nada que no sea honroso: lo que le doy, lo hago por que lo merece usted.

—Yo! gritó el Chourineur, acometiéndole de nuevo sus aturdimientos, yo lo merezco y por que?

—Voy á decirselo á usted: sin ninguna no-  
ción del bien y del mal, abandonado á sus ins-  
tintos salvages, encerrado por espacio de quin-  
ce años en el presidio con los mas malvados fa-  
cinosos, acosado por el hambre y la miseria,  
forzado por la deshonor y por la reprobacion de  
las gentes honradas, á continuar frecuentando  
la hez de los malhechores, no solamente se ha  
mantenido usted íntegro, sino que el remordi-  
miento de su crimen ha sobrevivido á la expia-

cion que la justicia humana le habia impuesto.

Este simple y noble lenguaje fue para Chou-rineur un manantial de admiracion: miraba á Rodolfo con un respeto mezclado de temor y reconocimiento; pero no pudiendo todavía rendirse á la evidencia: dijo: como! señor Rodolfo, por que usted me sacudió, por que creyéndole trabajador como yo, puesto que hablaba usted el caló como mis compadres.... le conté mi vida con los cascos calientes.... y que despues he impedido que se ahogase.... usted, como!... en fin.... yo una casa... dinero.... yo como un hombre bien acomodado.... mire usted, señor Rodolfo, repito, no es posible....

—Creyéndome uno de los suyos me contó usted naturalmente y sin ficcion su vida, sin ocultar lo que habia habido de culpable ó de generoso: he juzgado á usted... bien juzgado y me agrada el recompensarle.

—Pero señor Rodolfo, no puede ser.... no, en fin, hay pobres trabajadores que toda su vida han sido honrados y que....

—Lo sé, y quizás he hecho por muchos de esos mas de lo que hago con usted: pero si el hombre de bien que vive entre gentes honradas animado por su estimacion merece interés y apoyo, el que, apesar de su separacion de las gentes buenas, se mantiene honrado en medio de los mas facinerosos de la tierra, aquel tambien merece interés y apoyo... Ademas, no es esto to-

do, me ha salvado la vida.... la ha salvado usted tambien á Murph, mi amigo el mas querido.... Lo que yo hago por usted no solamente me lo dicta el reconocimiento personal, sino que tambien el deseo de sacar del fango una buena y fuerte naturaleza que se ha estraviado, pero no perdido.... y todavia no es todo

—Qué es lo que he hecho ademas, señor Rodolfo?

Este le tomó cordialmente la mano y le dijo: lleno de comiseracion por la desgracia de un hombre que poco antes quiso matar á usted, le ofreció su apoyo, le dió usted tambien asilo en su pobre morada, callejon de nuestra señora número 9.

—Sabía usted donde vivía?

—Por que usted haya olvidado los servicios que me ha hecho, no los olvido yo: cuando dejó usted mi casa le siguieron y le vieron entrar en la suya con el Maestro de escuela.....

—Pero el señor Murph me ha dicho que no sabía usted donde vivía.

—Quería tentar á usted con otra nueva prueba..... queria saber si tenia usted el desinterés de la generosidad..... En efecto despues de su valerosa accion, volvió usted á sus penosos trabajos del dia, sin pedir ni esperar nada, no escapándosele la menor espresion de amargura para reprender la aparente ingratitud con la que pagaba sus servicios, y cuando ayer propuso á usted una ocupacion un poco mejor retribuida que

su trabajo habitual, la aceptó usted con alegría y reconocimiento.

—Escuche usted, señor Rodolfo, por lo que toca á esto.... cuatro francos al dia son siempre cuatro francos al dia.... en cuanto al servicio que le he hecho..... yo soy el que debo darle las gracias.....

—Cómo asi?

—Si : si, señor Rodolfo, añadió con tono triste: me han vuelto todavia cosas.... porque despues que le conozco y que me ha dicho estas dos palabras «*tienes todavia valor y honor*» es admirable como reflexiono.... es cosa estraña que dos palabras, nada mas que dos palabras produzcan esto: pero en efecto, siembre usted dos granitos de trigo nada mas en la tierra, y van á producir grandes espigas.

—Esta comparacion exacta y casi poética admiró á Rodolfo: efectivamente dos palabras..... pero estas dos palabras poderosas y mágicas, para los que las entienden, habian desenvuelto casi repentinamente en esta naturaleza enérgica los buenos y generosos instintos que existian en germen.

—Vé usted, Monseñor, volvió á decir Chourineur, he salvado al señor Rodolfo y un poco al señor Murph..... es verdad.... pero aunque salvase centenares, y millares esto no volvería la vida á los..... y el Chourineur bajó la cabeza con aire sombrío.

—Este remordimiento es saludable, pero siem-

pre se cuenta una buena accion

—Y luego en lo que ha dicho usted al Maestro de escuela sobre las muertes, señor Rodolfo, habia cosas que me podian tocar en bien como en mal.

Queriendo romper el curso de las ideas de Chourineur, Rodolfo le dijo:—Es usted el que ha colocado al Maestro de escuela en San Mandé.

—Si, señor Rodolfo..... Me hizo cambiar sus billetes por oro y comprarle un cinturon que le he cosido á su cuerpo..... pusimos su *quibus* alli dentro y buen viaje: está á pupilo por treinta sueldos al dia..... en casa de buenas gentes á quienes no viene mal este alivio.

—Será preciso que me haga usted todavia un favor, mi valiente.

—Hable usted, señor Rodolfo.

—Dentro de algunos dias le irá á V. á buscar..... con este papel..... que es el título de una plaza perpetua en los *Buenos pobres*: dará cuatro mil quinientos francos, y será admitido para toda su vida con la presentacion de este título: está convenido y arreglado: he pensado que es mejor esto, porque así aseguraré el abrigo y pan para el resto de sus dias.... y no tendrá que pensar mas que en el arrepentimiento..... siento no haberle dado en seguida esta entrada, en lugar de una suma que puede ser disipada ó robada.... pero me inspiraba tal horror.... que queria ante todas cosas libertarme de su presencia.... le ha-

rá usted esta oferta y le conducirá al hospicio.... si por casualidad reusase obrarémos de otro modo.... está pues convenido que irá usted á buscarle.

—Lo haria con gusto señor Rodolfo, pero no se si estaré libre, el señor Murph me ha comprometido con un amo por cuatro francos al dia.

Rodolfo miró á Chourineur con admiración y le contestó: como!..... y su tienda? y su casa?

—Vamos, señor Rodolfo, no se burle usted de un pobre diablo: bastante se ha divertido usted en *probarme*, como usted dice: su casa y su tienda es una cancion en el mismo tono..... se ha dicho usted: asi mismo veamos, si este animal de Chourineur es algun gallo de la india, ó chino para figurarse que..... basta, basta, señor Rodolfo: usted es un alegre..... rematado!

—Como! ;no le he explicado á usted ahora poco todo esto?

—Para dar colorido á la cosa..... es conocido... y á fe de hombre, que habia picado un poco en el cebo: era necesario ser muy necio!

—Pero, mi valiente..... está usted loco?

—No, no Monseñor..... mire usted, hableme del señor Murph..... á pesar que sea una ganancia en extremo admirable, cuatro francos al dia... en rigor eso lo entiendo, se explica; pero una casa, una tienda y dinero contante.... que sainete!... caramba, que sainete! y se echó á reir cuanto pudo, y con toda sinceridad.

—Pero hombre!.....

—Escuche usted, Monseñor, francamente faltó poco para caer en el anzuelo..... y es cuando me he dicho: el señor Rodolfo es un alegre como hay pocos, tiene que buscar quizá alguna cosa en casa del *panadero*, (1) me da el encargo y quiere untarme la pata para que no tema el fuego..... pero luego he reflexionado que hacía mal en pensar esto de usted..... y aquí es donde he visto que me hacía usted un sainete, porque si fuese tan tonto que creyese que me daba usted una fortuna por nada, de nada..... por Dios! Monseñor, que me diría usted: pobre Chourineur..... mira, me das compasion..... estás enfermo?

Rodolfo se vió y se deséo para ver de convencer á Chourineur, y tomando un tono grave, imponente y casi severo le dijo: no gasto chanzas jamas con el reconocimiento y el interés que me inspira una noble conducta..... se lo he dicho á usted, esta casa y este dinero son suyos..... yo soy quien se lo doy..... y puesto que duda en creerme..... puesto que usted me obliga á hacer un juramento, juro bajo mi honor que todo esto pertenece á usted, y que se lo doy por las razones que he dicho.....

Al oír este acento firme y lleno de dignidad y al ver la espresion séria de las facciones de Rodolfo, Chourineur no dudó ya de la verdad: por algunos momentos le miró en silencio, y luego le dijo sin énfasis y con voz conmovida.—Creo á

(1) Diablo.

usted, Monseñor, y le doy las gracias..... un pobre hombre como yo no sabe hacer frases, pero mire usted..... le doy las gracias..... todo lo que puedo decirle..... es que no negaré jamás un socorro á los desgraciados..... por que el hambre y la miseria... son tan malas como la tabernera que ha enganchado á la pobre cantora..... y que una vez en el sumidero, todos no tienen el puño bastante fuerte para salir de él.

—No pudiera usted agradecermelo mejor que lo que ha hecho, mi valiente..... usted me entiende!..... en este cajon encontrará usted los títulos de esta propiedad adquirida por usted en nombre del señor Francœur (1)

— Señor Francœur?

—Usted no tiene nombre..... le doy este..... es de buen presagio..... estoy seguro que lo honrará usted.....

— Monseñor, se lo prometo.

—Animo, mi valiente..... usted me puede ayudar en una buena obra.

—Yo, Monseñor?

—Usted: á los ojos del mundo será un ejemplo vivo y saludable..... La feliz posicion en que coloca á usted la providencia hará probar que las gentes muy caídas pueden todavía elevarse y esperar mucho, si se arrepienten y conservan con pureza en su corazon alguna centella de virtud: viéndole feliz, despues de haber come-

(1) Corazon franco.

tido una accion criminal, espiada ya por un castigo terrible, porque se mantuvo honrado, valiente y desinteresado, los que hayan sucumbido tratarán de ser mejores: quiero que nada se ignore del pecado de usted: mas pronto ó mas tarde lo sabrian; y mejor es adelantarse: luego iré á buscar con usted el alcalde de este pueblo: ya estoy informado, y me han dicho que es muy digno de concurrir á mi obra: me nombraré y seré fiador de usted, y para establecer desde este momento relaciones honrosas entre usted y las dos personas, que moralmente representan la sociedad de este pueblo, aseguraré por espacio de dos años una suma mensual de mil francos destinados á los pobres: todos los meses mandaré á usted esta suma, cuyo destino lo arreglarán usted, el alcalde y el cura: si cualquiera de los dos mostrase la mas pequeña repugnancia en ponerse en relaciones con usted, esta se horraría ante las exigencias de la caridad: aseguradas una vez estas relaciones, dependerá de usted el merecer la estimacion de estas personas recomendables, y usted no dejará de hacerlo.

—Monseñor..... le entiendo..... no es á mi el Chourineur á quien hace usted todo el bien, es á los desgraciados que, como yo, se han hallado en la desgracia, en el crimen y que han salido como usted, dice; *con valor y con honor* salvo su respeto, es como en el ejército, cuando todo un batallon ha atacado á muerte y á vida, no se puede condecorar á todos, no hay mas que cuatro con-

decoraciones para quinientos valientes, pero los que no las tienen se dicen: «Bueno..... otra vez la tendremos» y la otra vez cargan mas á muerte todavia.

—Rodolfo escuchaba á su protegido con el mayor gusto: dando á este hombre la estimacion de si mismo, elevándole á sus propios ojos y dándole, por decirlo asi, la conviccion de su valer, desenvolvía instantaneamente en su corazon y en su entendimiento reflexiones llenas de juicio, de honradez y casi se puede decir de delicadeza.

—Lo que me acaba usted de decir, contestó Rodolfo, es una nueva manera de probarme su reconocimiento.... se la aprecio mucho.

—Tanto mejor, Monseñor, por que me veria embarazado de poderlo hacer de otro modo.

—Ahora.... vamos á visitar la casa de usted, mi viejo Murph se ha tomado este gusto, quiero yo tenerlo tambien.

Rodolfo y Chourineur bajaron. Acababan de entrar en el patio, cuando se acercó el mozo y dirigiéndose á Chourineur le dijo respetuosamente: puesto que usted es el amo señor Francoeur vengo á decirle que hay muchos parroquianos: ya no hay chuletas ni carne de pierna.... seria necesario matar al momento uno ó dos carneros.

—Pardiez! dijo Rodolfo á Chourineur, he aqui una buena ocasion de ejercer su talento, y quiero tener el estreno.... el frio me ha abierto el

apetito y probaré sus chuletas, aunque temo que estén un poco duras.

—Que bueno que es usted! señor Rodolfo, dijo Chourineur con aire risueño, usted me lisongea, voy á hacer lo mejor que pueda.

—Quiere que lleve al matadero dos carneros, mi amo? dijo el mozo.

—Si, y traheme un cuchillo bien afilado, no muy fino de córte.... y fuerte como dos.

—Tengo lo que usted necesita, mi amo.... pierda usted cuidado.... se puede afeitar.... tome usted

—Caramba!.... señor Rodolfo, dijo Chourineur quitándose el levita y arremangándose la camisa, dejó ver dos brazos de atleta. Esto me recuerda mi juventud.... y el matadero... usted va á ver como trincho allá dentro.... Dios de los Dioses!.... ya quisiera estar en ello... tu cuchillo, muchacho.... tu cuchillo.... eso es.... tu lo entiendes.... buena hoja!.... quien quiere de ella? caramba! con un cortaplumas como este, me comía un toro furioso.... Chourineur blandió el cuchillo: sus ojos principiaron á inyectarse de sangre: la bestia era ya superior á él; el instinto y el apetito sanguinario reparécian en toda su espantable energía. El matadero estaba en el patio: era una pieza abovedada y sombría, embaldosada con piedra, recibiendo la luz por la parte de arriba por una estrecha abertura: el mozo trajo un carnero hasta la puerta y le dijo, quiere usted que lo ate?

—Atarlo, caramba!.... y estas rodillas.... pierde cuidado.... la aseguraré aquí dentro (señalando sus rodillas) como en un torniquete, vete á la tienda.

Rodolfo quedó solo con Chourineur á quien examinaba con atencion y aun casi con ansiedad. Vamos, á la obra! dijo aquel.

—No será larga, caramba!.... va usted á ver como manejo el cuchillo.... las manos me hacen cosquillas.... ya me zumba el oido.... ya siento pulsaciones en las sienes como cuando iba á ver *encarnado*.... adelantate, tu.... hola! Madelon!.... que te acuchille de muerte. Y brillando sus ojos de un resplandor salvaje, no apercibiéndose tampoco de la presencia de Rodolfo, levantó el carnero sin esfuerzo y de un golpe lo puso en el matadero con una alegría feroz.... Al verle se hubiera dicho que era un lobo que se escapaba con la presa á su guarida. Rodolfo le siguió y se apoyó en una de las tablas de la puerta que cerró.

El matadero era oscuro: un rayo de luz bastante claro dando perpendicularmente hizo ver á Rodolfo el rudo semblante de Chourineur.... sus cabellos de color rubio claro y sus patillas rojas: doblado, y teniendo entre sus dientes un largo cuchillo que brillaba en el claro-oscuro, atraía al animal á sus rodillas.... cuando lo hubo sugetado lo tomó por la cabeza, le hizo tender el cuello.... y le degolló. Al momento que el carnero sintió el cuchillo, dió un pequeño vali-

do dulce, quejoso, volvió su vista moribunda hácia Chourineur.... y dos chorros de sangre saltaron á la cara del matador. Este grito, esta mirada y esta sangre causaron una espantable impresion en este hombre: se le cayó el cuchillo de las manos, su semblante quedó lívido, contraído y espantoso con la sangre que le cubría: sus ojos se redondearon, se erizaron sus cabellos, y luego retrocediendo de repente con horror gritó con voz sofocada: Oh! el sargento! el sargento!.... Rodolfo corrió hácia él y le dijo: vuelve en ti, mi valiente! Ahi!.... Ahi!.... el sargento.... repitió retrocediendo paso á paso.... la vista fija y torba, enseñando con el dedo una fantasma invisible: y dando un grito espantoso, como si el espectro le hubiese tocado, se precipitó an el fondo del matadero, en el sitio mas oscuro, y echando alli la cara, pecho y brazos contra le pared, como quien pretende derribarla para escapar de una vision horrible, repetia todavía con voz sorda y convulsiva: Oh! el sargento!.... el sargento!.... el sargento!.....

## XXIV.

## LA MARCHA.

Gracias al cuidado de Murph y de Rodolfo que pudieron calmar aunque con trabajo, la agitación de Chourineur, quien volvió en sí completamente despues de un largo rato. Se hallaba este solo con Rodolfo en una de las piezas del primer piso de la carnicería.

—Monsenor, dijo aquel con abatimiento, usted ha sido muy bueno para conmigo.... pero mire usted quisiera mas ser mil veces mas desgraciado todavía de lo que era, que aceptar el oficio que usted me propone

—Sin embargo reflexiónelo usted.

—Mire usted, Monseñor,.... cuando he oi do el grito de este pobre animal que no se defendía.... cuando he sentido su sangre que me saltó á la cara.... una sangre caliente.... que parecia estar viva.... Oh! ... usted no sabe lo que es esto... entonces he visto mi sueño.... el sargento.... y los pobres soldados que acuchillaba.... que no se defendían y que al morir me miraban con gesto tan dulce.... tan dulce.... que parecia que me compadecian.... Oh! Monseñor!.... esto es para

volverse uno loco!.... y el desgraciado ocultó su cara entre sus manos con un movimiento convulsivo.

—Vamos, cálmese usted.

—Escúseme usted, Monseñor, pero ahora, la vista de la sangre.... ó de [un cuchillo.... no lo podré soportar.... á cada instante me recordaria mis sueños que ya principiaba á olvidar.... tener todos los días las manos ó los pies en la sangre.... degollar á los pobres animales.... que no se defienden.... Oh! no; no puedo!.... mas quisiera estar ciego como el Maestro de escuela que verme en este oficio.

Es imposible pintar la energía del gesto y de la acción de la fisonomía de Chourineur cuando se esplicó del modo que acabamos de referir. Rodolfo estaba profundamente conmovido: y quedó satisfecho de la horrible impresión que la vista de la sangre causó á su protegido: por un momento venció á este el instinto sanguinario, pero el remordimiento venció por último al instinto: esto era hermoso y de una grande enseñanza. Y se debe decir en alabanza de Rodolfo que no habia desesperado de que llegase este caso: su voluntad, no la casualidad, habia preparado la escena del matadero.

—Perdóneme usted, Monseñor, dijo con timidez Chourineur, muy mal recompensó las bondades de usted para conmigo.... pero....

—Lejos de eso.... usted llena mis deseos... sin embargo, se lo confieso, no estaba cierto de en-

contrar en usted esta santa exaltacion de remordimiento.

—Como, Monseñor?

—Escuche usted: este fué mi pensamiento.... escogí para usted el oficio de carnicero, por que su gusto y su instinto parecian llamarle á él.

—Ay! es verdad Monseñor!.... sin lo que usted sabe, hubiera sido mi felicidad.... ahora poco se lo decia al señor Murph....

—Lo sabía.... pobre Francoeur, con razon nombrado asi: si usted aceptaba la oferta que le hacia, y que podia hacerla sin perder mi estimacion, todo lo que hay aqui le pertenecía... yo pagaba una deuda sagrada.... sacaba á usted de una penosa situacion y constituía en usted un evidente, bueno y saludable ejemplo.... y continuaba interesándome en su porvenir. Si por el contrario, la vista de la sangre que aprendió usted á derramar maquinalmente, le recordaba su crimen, si una sublevacion involuntaria me probaba que el remordimiento existía siempre en el fondo de su alma, mis miras con respecto á usted cambiaban, por que el oficio que le proponia era un suplicio continuo....

—Oh! es mucha verdad, señor Rodolfo! un suplicio horrible!

—Ahora vea usted lo que le propongo, que creo aceptará porque he obrado con conocimiento de causa. Una persona que posee muchos bienes en Argel me ha cedido para usted (no falta mas que firmar la escritura) una basta granja,

destinada á la cria de ganados: las tierras que la son anejas son muy fertiles y en completa explotacion; pero debo manifestarle conociendo su valor y el deseo que tiene de ejercerle, que estos bienes estan situados en los límites del Atlas, es decir en sitios muy avanzados y espuestos á frecuentes ataques de los Arabes..... allí es preciso ser un soldado y un cultivador, es á la vez un reducto y un cortijo: el sujeto que corre con esta hacienda en ausencia del propietario, le daría á usted todos los conocimientos necesarios: es, segun dicen, hombre de bien, podria usted tenerlo á su lado el tiempo que le acomodase. Establecido una vez en aquel punto, no solamente podria usted aumentar sus comodidades por medio del trabajo y la inteligencia, sino que tambien haria usted grandes servicios al pais por su valor..... Los colonos se forman en milicia..... la estension de su propiedad y el número de los que dependen de ella le harian naturalmente el gefe de una tropa armada de bastante consideracion. Disciplinada y electrizada por su valor podria ser de grande utilidad para proteger las propiedades esparcidas en la llanura. Repito á usted, he escogido esto, apesar del peligro, ó mejor dicho á causa del peligro, porque queria utilizar su natural intrepidez; porque, habiendo y casi rescatado un gran delito, su rehabilitacion seria mas noble, mas completa, mas heróica, si se acaba en medio de los peligros de un pais no dominado que no en las apacibles costumbres

de un pueblo pequeño. Si no he ofrecido á usted desde un principio esta posición, fué porque era mas que probable que la otra le satisfaría, y esta es tan aventurera que no queria esponer á usted sin dejarle la eleccion..... todavia es tiempo..... si este establecimiento no le conviene, digamelo usted francamente, buscaremos otra cosa.... sino, mañana se firmará todo y entregará á usted los títulos de propiedad.... é irá usted á Argel con una persona que designe el antiguo propietario del cortijo para poner á usted en posesion de los bienes.... le serán á usted debidos dos años de arrendamiento que los cobrará al llegar. La tierra produce tres mil francos, trabaje usted, sea activo y vigilante y aumentará usted facilmente su bien estar y el de los colonos que se halle en estado de socorrer, porque, no lo dudo, usted se mostrará siempre caritativo y generoso, se acordará usted que el ser rico consiste en dar mucho.... apesar que esté alejado de usted no le perderé de vista: no olvidaré nunca que yo y mi mejor amigo le debemos la vida: la única prueba de amor y de reconocimiento que pido á usted es que aprenda pronto á leer y escribir para que me pueda instruir regularmente una vez por semana de lo que usted hace y dirigirse directamente á mi si tiene usted necesidad de consejos ó de apoyo.

Es inútil pintar los transportes de alegría de Chourineur: su caracter y sus instintos son bastante conocidos del lector para que entienda que

ninguna proposicion le podia convenir mas que esta. Al dia siguiente, en efecto, Chourineur salió para Argel.

## XXXV.

## INDAGACIONES.

La casa que poseía Rodolfo en el paseo de las Viudas no era el lugar de su residencia ordinaria: vivía en uno de los mejores palacios del arrabal de San German, situado á la estremidad de la calle Plumet. Por evitar los honores debidos á su rango soberano, guardaba el incognito desde su llegada á Paris, su encargado de negocios en Francia habia anunciado que su amo volvería las visitas de etiqueta é indispensables bajo del nombre y título de *Conde de Duren*. Gracias á este uso, muy comun en las cortes del norte, viaja un príncipe con tanta libertad como gusto, y se libra de los enfados de una representacion incómoda. Sin embargo de su transparente incógnito, tenia Rodolfo, asi como convenia á su clase, el magnífico tren de casa montada segun le correspondía: vamos á introducir al lector en el Palacio de la calle Plumet al dia siguiente de la marcha de Chourineur para Argel.

Acababan de dar las diez de la mañana: en una pieza grande situada en el piso bajo una

precedía al gabinete donde trabajaba Rodolfo, estaba Murph sentado á un escritorio cerrando varios oficios.

El portero de la sala vestido de negro y con una cadena de plata al cuello, abrió los dos batientes de la puerta de un salon que servia de antecámara y anunció:—S. E. el señor baron de Graün.

Murph, sin dejar su ocupacion, saludó al baron con un gesto cordial y familiar.

—Señor encargado de negocios, tenga usted la bondad de sentarse y calentarse, al momento soy con usted.

—Sir Walter Murph, secretario interino de S. A. serenísima..... esperaré sus órdenes, respondió alegremente el señor de Graün, é hizo chanceándose un profundo y respetuoso saludo al digno Squire.

Tenia el baron como unos cincuenta años, cabello gris, escaso, empolvado y rizado: su barba, un poco sobresaliente, desaparecia la mitad en una alta corbata de muselina muy almidonada y de una blancura extraordinaria: en su fisonomía se veía la finura, su talle distinguido y bajo los vidrios de sus anteojos de oro brillaba una mirada tan maligna como penetrante. Sin embargo que no eran mas que las diez de la mañana el señor Graün llevaba un vestido negro: la etiqueta lo exigía así: una cinta de varios colores, estaba metida en uno de los ojales: puso su sombrero en un sillón y se aproximó

á la chimenea mientras que Murph continuaba su trabajo.

—S. A. ha velado sin duda una parte de la noche, mi querido Murph, porque la correspondencia me parece considerable.

—Monseñor se ha acostado esta mañana á las seis: ha escrito entre otras una carta de diez páginas al Gran Mariscal y me ha dictado otra no menos larga para el presidente del consejo supremo. Esperaré á que se levante S. A. para darle parte de las noticias que traigo?

—No, mi querido baron..... Monseñor ha ordenado que no se le despertase antes de las dos ó tres de la tarde: desea que mande usted estos pliegos hoy por la mañana por un correo especial en lugar de esperar al lunes..... Usted me confiará las noticias que ha recogido y dará cuenta á Monseñor cuando se despierte; tales son sus órdenes.....

—Maravillosamente! S. A. será, á lo menos lo creo así, satisfecha de lo que tengo que comunicarla..... pero mi querido Murph, espero que el envío de este correo no sea de un mal presagio.... Los últimos pliegos que he tenido el honor de transmitir á S. A.

—Anunciaban que iba todo muy bien *allà*, y precisamente es porque Monseñor quiere manifestar lo mas pronto posible su agrado al presidente del consejo supremo y al Gran Mariscal, desea que usted haga espedir este correo hoy mismo.

—En eso reconozco á S. A., si se tratase de una reprension , no se apresuraria tanto , por lo demas, no hay mas que una voz unánime sobre la firme y hábil administracion de nuestros gobernantes interinos. Es muy natural, añadió el baron, sonriendose, el relox estaba arreglado escelente y perfectamente por nuestro amo, no se trataba mas que de darle cuerda puntualmente.... para que su marcha invariable y segura continuase indicando el empleo de cada hora y de cada uno. El orden en el gobierno produce siempre la confianza y la tranquilidad en el público: esto es lo que me esplica las buenas noticias que usted me dá.

—Y aquí, nada de nuevo, querido baron!..... nuestras misteriosas aventuras.....

—Se ignoran completamente: desde la llegada de Monseñor á Paris, se han habituado á no verle sino muy rara vez en las pocas casas que se hizo presentar: se cree que gusta mucho del retiro: que hace frecuentes escursiones por las cercanías de Paris. S. A. se ha desembarazado muy prudentemente por algun tiempo del Chambelan y del ayuda de campo que habia traído de Alemania.

—Y que nos hubieran sido testigos muy incómodos.

—Asi, á escepcion de la condesa Sarah MacGregor, de su hermano Tom Seyton de Halsbury y de Karl, su diablo familiar, nadie está instruido de los disfraces de S. A., luego, ni la con-

desa, ni su hermano ni Karl tiene interés en descubrir este secreto.

—Ah! mi querido baron, dijo Murph suspirando que desgracia que esta maldita condesa sea ahora viuda!

—No se casó en 1827 ó 1828?

—En 1827, poco tiempo despues de la muerte de esta desgraciada niña que tendria ahora diez y seis ó diez y siete años..... y que Monseñor llora todavia todos los dias sin hablar nunca.

—Sentimientos tanto mas convenientes en razon de que S. A. no ha tenido hijos de su matrimonio.

—Asi, mire usted, mi querido baron, ¡he adivinado que ademas de la piedad que inspira la pobre cantora, el interés que muestra á esta desgraciada criatura viene de que la hija que llora tan amargamente (sin detestar por eso á la condesa su madre) tendria ahora la misma edad.

—Verdaderamente es fatal que esta Sarah, de quien debia creerse libertado para siempre, se vuelva á hallar justamente libre, diez y ocho meses despues, que S. A. ha perdido el modelo de las esposas y despues de algunos años de matrimonio. La condesa se cree, estoy seguro, favorecida de la suerte por esta doble viudedad

—Y sus esperanzas insensatas renacen mas ardentemente que nunca; sin embargo, sabe que Monseñor la tiene la mas profunda y merecida aversion. No ha sido ella la causa de....? Ah! baron dijo Murph sin acabar su frase, esta muger es

funesta..... Dios quiera que no nos traiga otras desgracias!

—Que se puede temer de ella, mi querido Murph? En otro tiempo tuvo sobre Monseñor la influencia que toma siempre una muger diestra é intrigante con un jóven que ama por la primera vez, y que se halla sobre todo en las circunstancias que usted sabe. Pero esta influencia se destruyó por el descubrimiento de maniobras indignas de esta criatura y sobre todo por el recuerdo del acontecimiento espantable que provocó.

—Mas bajo, mi querido Graün, mas bajo dijo Murph. Ah! estamos en el mes siniestro y nos aproximamos á fecha no menos siniestra el 13 de *Enero*: temo siempre por Monseñor este terrible aniversario.....

—Por tanto..... si una grande falta se puede perdonar por la espiacion: S. A. nó debe estar absuelto?

—Por gracia, mi querido Graün, no hablemos mas de esto.... estaré muy triste todo el dia.

—Decia á usted que las miras de la Condesa en este momento son absurdas, la muerte de la pobre niña de que ha hablado ahora poco ha roto el último lazo que podia todavía hacer que Monseñor quisiese á esta muger; es una loca, si persiste en sus esperanzas.....

—Si! pero es una peligrosa loca: su hermano, usted lo sabe, participa sus mismas ambiciosas y pertinaces ideas, sin embargo de que al presen-

te esta digna pareja tenga tantas razones de desesperar como podía esperar..... hace diez y ocho años.

—Ah! qué de desgracias no ha causado en todo ese tiempo el infernal cura Polidori por su condescendencia!

—Ya que me habla usted de ese miserable, se me ha dicho que hace uno ó dos años que está aquí, reducido sin duda á la mayor indigencia, ó entregándose á alguna tenebrosa industria.

—Que caida para un hombre de tanto saber, de tanto talento y de tanta inteligencia!

—Pero tambien es una abominable perversidad!.... Quiera el cielo que no encuentre á la condesa! la union de estos dos perversos corazones sería bien peligrosa.

—Lo repito, mi querido Murph, el mismo interés de la condesa, por irracional que sea su ambicion, la impedirá siempre el aprovecharse del gusto aventurero de Monseñor, para tentar cualquiera mala accion.

—Lo espero, como usted; sin embargo la casualidad ha desconcertado yo no sé que proposicion, sin duda detestable, que esta muger quería hacer al Maestro de escuela, este horroroso malhechor que en este momento no puede hacer daño á nadie, vive ignorado y quizás arrepentido en una casa de unos buenos aldeanos de san Mandé. Ay! estoy convencido que por

vengarme de este asesino, que Menseñor dándole un castigo terrible se arriesgaba á ponerse en una posicion muy grave.

—Grave! no, no, mi querido Murph; por que enfin la cuestion es esta: un presidiario escapado, un asesino reconocido, se introduce en su casa de usted y le hiere con un puñal, usted lo puede matar por derecho de legitima defensa ó mandarle al patíbulo: en cualquiera de estos dos casos este malvado es entregado á la muerte; ahora pues, en lugar de matarle ó de echarle al verdugo, por un castigo formidable, pero merecido, pone usted á este monstruo en estado de no poder dañar á la sociedad. Quien os acusaría? la justicia se haría parte civil contra usted y en favor de semejante bandido? será usted condenable por haber ido menos que la ley le permitía ir, por haber privado tan solamente de la vista al que legalmente podia usted matar? como! para defender mi vida ó para vengarme de un fragante adulterio, la sociedad me reconoce el derecho de vida y muerte sobre mi semejante, derecho formidable, derecho sin censura que me constituye juez y verdugo.... y no podré modificar á mi gusto la pena capital que hubiere podido imponer impunemente? y sobre todo cuando se trata del facineroso de quien hablamos? la cuestion es esta.... dejo á un lado nuestra posicion de Príncipe soberano de la confederacion gérmanica. Yo sé que en derecho esto no significa nada, pero en el derecho hay im-

munidades obligatorias forzadas: ademas supongase usted, que se levanta un proceso semejante contra Monseñor: qué de acciones generosas no defenderian su causa! qué de limosnas, qué de beneficios entonces revelados! mas todavía, con las condiciones que se presenta, supóngase usted que esta causa estraña se lleve al tribunal, que piensa usted que podrá suceder?

—Monseñor me lo ha dicho constantemente; que aceptaría la acusacion pero que no se aprovecharía en nada de las inmunidades que su posicion le pudiera proporcionar. Pero quien habia de propalar este desgraciado acontecimiento? usted sabe la inalterable discrecion de David y de los cuatro dependientes hungaros de la casa del paseo de las Viudas, Chourineur, á quien Monseñor ha colmado de beneficios, no ha dicho una palabra de la ejecucion del Maestro de escuela, por temor de comprometerse. Antes de marchar á Argel me ha jurado guardar silencio en cuanto al mismo facineroso, este sabe muy bien, que de quejarse, es llevar su cabeza al verdugo.

—En fin, ni Monseñor, ni usted y ni yo no hablaremos.... no es verdad? Este secreto, mi querido Murph, aunque sabido de varias personas, no será por eso menos guardado; lo mas malo que puede suceder es que habrá que temer algunas contrariedades, y estas serán tan nobles, y aparecerán á la vista tan grandes cosas con motivo de esta causa estraordinaria que, una

acusacion como esta, lo repito, sería un triunfo para S. A.

—Usted me tranquiliza completamente: me trae usted, segun me ha dicho, las noticias adquiridas con ayuda de las cartas halladas al Maestro de escuela y por las declaraciones de la Mochuela, durante su permanencia en el hospital de donde ha salido hace algunos dias muy bien curada de su fractura en la pierna.

—Aqui están, dijo el baron sacando un papel de su bolsillo: son relativas á las indagaciones hechas sobre el nacimiento de la jóven, llamada la cantora y sobre el punto de la actual residencia de Francisco Germain, hijo del Maestro de escuela.

—Quiere usted leerme esas notas, mi querido Graün? conozco las intenciones de Monseñor.. y veré si estos informes son bastantes..... Está usted siempre satisfecho de su agente?

—Es un hombre precioso, lleno de inteligencia, de destreza y de discrecion..... algunas veces me veo obligado á moderar su celo; porque como usted sabe, S. A. se reserva para si ciertas aclaraciones.

—Ignora siempre el sugeto la parte que Monseñor tiene en todo esto?

—Completamente..... mi posicion diplomática sirve de escelente pretesto á las indagaciones que le encargo: el señor Badinot (que asi se llama nuestro hombre) tiene mucho *agibilibus* y relaciones patentes, ú ocultas con casi todas las cla-

ses de la sociedad ; procurador en otro tiempo, y forzado á vender su oficio por grandes abusos de confianza, no por eso ha dejado de conservar nociones muy exactas sobre la fortuna y posicion de sus antiguos clientes: sabe cierto secreto de que hace alarde con la mayor desfachatez de haber traficado en él: enriquecido y arruinado dos ó tres veces por sus negocios, demasiado conocido para que pueda tentar nuevas especulaciones, reducido á vivir dia por dia por una porcion de medios mas ó menos ilicitos, es una especie de Figaro digno de oirse: cuando su interés lo pide pertenece en cuerpo y en alma á quien le paga, no tiene ninguno en engañarnos: ademas que lo vigilo sin que él lo sepa, no tenemos pues ninguna razon para desconfiar.

—Las noticias que nos tiene dadas eran muy exactas.

—Tiene probidad á su manera, y aseguro á usted, mi querido Murph, que el señor Badinot es el typo mas original de una de las muchas existencias misteriosas que no se encuentran y que son solo posibles en París: divertiria mucho á S. A. sino fuese necesario que no tenga ninguna relacion con ella.

—Se podria aumentar la paga del señor Badinot: ¿ cree usted esta gratificacion necesaria ?

—Quinientos francos al mes y los gastos menudos..... que suben sobre poco mas ó menos á la misma suma, me parecen suficientes: aparenta estar muy contento; veremos mas tarde,

—Y no se avergüenza del oficio que ejerce.

—El? por el contrario se honra mucho, cuando me trae las noticias, nunca deja de tomar cierto aire de importancia y no me atrevo á decir de diplomático, por que el perillan aparenta creer que se trata de negocios de estado, y finge maravillarse de las relaciones ocultas que puedan existir entré los intereses los mas encontrados y de los destinos de las potencias. Si, algunas veces tiene la imprudencia de decirme «Que de complicaciones desconocidas al vulgo en el gobierno de un Estado! Quien diría, señor Baron, que las notas que entrego á usted tienen, sin duda alguna, su parte de accion en los asuntos de Europa!»

—Vamos, los pillos tratan de hacerse ilusion de su bajeza: esto debe lisongear á los hombres de bien. Y estas notas, mi querido baron?

—Aqui están casi enteramente redactadas segun la relacion del señor Badinot.

—Escucho á usted; y el señor de Graün leyó lo que sigue.

*Nota relativa à Flor de María.*

«A principios del año de 1827, un hombre llamado Pedro Tournemine, en la actualidad en el presidio de Rochefort por crimen de falsificación, propuso á la muger Gervais, dicha la Mochuela, el que se encargase para siempre de una niña de edad de cinco á seis años recibiendo por salario y por una vez la cantidad

«de mil francos»

—Ay! mi querido baron!... dijo Murph interrumpiendo al señor de Graün, 1827.... justamente en este año supo Monseñor la muerte de la desgraciada niña por quien suspira dolorosamente.... por esta causa y por otras muchas ha sido funesto este año para nuestro amo.

—Los años felices son muy raros, mi pobre Murph, continuó.

«Hecho el trato, la niña estuvo en compañía  
«de esta muger dos años, al cabo de los cuales,  
«queriendo escapar de los malos tratamientos  
«que la daba, la niña desapareció. La Mochue-  
«la no habia oido hablar de ella hacía muchos  
«años, cuando la volvió á ver por la primera  
«vez, hace como unas seis semanas, en una ta-  
«berna de la Cité. La niña que es ya moza,  
«tiene por mote la cantora. Pocos dias antes de  
«este encuentro, el nombrado Tournemine á  
«quien el Maestro de escuela conoció en el pre-  
«sidio de Rochefort, hizo que se entregase á  
«Bras-Rouge (corresponsal de los presidarios y  
«de los rematados) una carta detallada concer-  
«niente á la niña confiada en otro tiempo á la  
«muger Gervais, alias, la Mochuela. De esta  
«carta y de las declaraciones de la Mochuela re-  
«sulta que, una llamada señora Serafin, ama de  
«gobierno del notario ó escribano Jacques Fer-  
«rand, encargó en 1827 á Tournemine que le  
«buscase una muger quien, por la cantidad de  
«mil francos, consintiese en encargarse de una

«niña de cinco á seis años que querían aban-  
«donar, como se ha dicho arriba. La Mochuela  
«aceptó esta proposicion. El objeto de Tourne-  
«mine era, dando estos conocimientos á Bras-  
«Rouge, poner á este en situacion de valerse  
«de otra persona para que exigiese un rescate  
«de la señora Serafin, amenazándola que se pu-  
«blicaría esta aventura que hacia tantos años  
«pue estaba olvidada. Tournemine aseguraba  
«que esta señora Serafin no era mas que la en-  
«cargada por otras personas desconocidas. Bras-  
«Rouge confió esta carta á la Mochuela, que es-  
«taba asociada, hacia algun tiempo, en los crí-  
«menes del Maestro de escuela, lo que esplica  
«por que este indicio se encontraba en poder  
«del ladron, y tambien el dicho de la Mochuela  
«cuando encontró á la cantora en la taberna del  
«conejo blanco, y con el objeto de atormentar  
«á Flor de María: *se han encontrado tus padres,*  
«*pero no los conocerás.* El asunto era saber si la  
«carta de Tournemine concerniente á la niña  
«que en otro tiempo fué entregada por este á  
«la Mochuela, contenia la verdad. Se han toma-  
«do informes de la señora Serafin y del notario  
«Jacques Ferrand: ambos existen. El notario  
«vive calle de Sentier número 14: pasa por aus-  
«tero y religioso, á lo menos frecuenta mucho  
«las iglesias: en el ejercicio de su profesion tie-  
«ne una regularidad escesiva que se califica de  
«dureza: su estudio es escelente, vive con una  
«economía, que se aproxima á la avaricia, la

«señora Serafin es siempre su ama de gobierno.

«El señor Jacques Ferrand que era muy po-  
«bre, compró el oficio que tiene en 350000  
«francos: estos fondos le fueron suministrados  
«bajo buenas garantías, por el señor Carlos Ro-  
«bert, oficial superior del estado mayor de la  
«Guardia nacional de París, hermoso jóven, y  
«muy de moda en cierto círculo. Parté con el  
«notario el producto de su estudio que se va-  
«lúa en cincuenta mil francos poco mas ó me-  
«nos, bien entendido, que no se mezcla en nin-  
«gun asunto de la escribania ó notariato. Algu-  
«nos murmuradores aseguran que, por conse-  
«cuencia de algunas felices especulaciones de  
«bolsa, hechas de acuerdo con el señor Carlos  
«Robert, el notario se halla en el caso de poder  
«reembolsar el precio de su oficio; pero como  
«la reputacion del señor Jaques Ferrand está  
«bien sentada, se miran estos rumores como  
«calumnias. Parece pues cierto que la señora  
«Serafin, ama de gobierno de este santo hom-  
«bre, puede dar algunas aclaraciones muy pre-  
«ciosas, sobre el nacimiento de la cantora.

—Muy bien! querido baron, dijo Murph: no  
deja de haber alguna apariencia de verdad en  
las declaraciones de ese Tournemine: quizá ha-  
llemos en casa del notario los medios de descu-  
brir los padres de esta desgraciada niña: tiene  
usted tambien buenas noticias sobre el hijo del  
Maestro de escuela?

—No tan circunstanciadas .... sin embargo son

bastante satisfactorias.

—Verdaderamente, su señor Badinot es un tesoro!

—Ya ha visto usted que la obra maestra de todo esto es Bras-Rouge. El señor Badinot que debe tener algunas relaciones con la policía, nos lo había indicado cuando los primeros pasos de Monseñor para descubrir el paradero del hijo de la señora George Duresnel, esposa desgraciada de este monstruo de Maestro de escuela, como un agente de muchos presidiarios.

—No hay duda; puesto que buscando á ese Bras-Rouge en su chirivital de la Cité, calle de las Habas número 13, encontró á Chourineur y la cantora. S. A. quiso aprovecharse de esta ocasión para visitar estas horribles madrigueras, pensando acaso encontrar en aquellos lugares algún desgraciado á quien pudiese sacar del fango..... sus presentimientos no le engañaron, pero con que peligros, Dios mio!

—Peligros en que usted ha tenido su buena parte! mi querido Murph.....

—Para eso no tengo el honor de ser *el carbonero ordinario de S. A?* respondió el Squire sonriéndose.

—Diga usted mejor, intrépido guardia de corps mi digno amigo, pero hablar de su valor y de su decisión, es cosa demasiado sabia. Continúo pues mi relacion..... A qui está la nota que corresponde al hijo de la señora George y del Maestro de escuela, ó sea Duresnel:

## XXVI.

INDAGACIONES SOBRE FRANCISCO  
GERMAIN.

El señor de Graün continuó de este modo:  
«Hace como unos diez y ocho meses poco mas ó  
«menos que un joven llamado Francisco Germa-  
«in, que vino de Nantes á París, habiendo estado  
«empleado en el primer punto en la casa del ban-  
«quero Noel y compañía. Resulta de las confe-  
«siones del Maestro de escuela y de las cartas  
«encontradas á este, que el facineroso á quien  
«habia confiado su hijo para pervertirle, para  
«emplearle algun dia en acciones criminales, des-  
«cubrió al joven esta trama horrible, proponién-  
«dole que favoreciese una tentativa de robo y  
«de falsificacion que querian cometer en perjui-  
«cio de la casa de Noel y compañía, donde tra-  
«bajaba el dicho Germain.

«Este rechazó con indignacion semejante pro-  
«posicion, pero no queriendo denunciar al que  
«le habia educado, escribió una carta anónima  
«á su patron, le instruyó del complot que se  
«tramaba y abandonó secretamente á Nantes pa-  
«ra huir de los que habian intentado hacerle  
«instrumento de sus crímenes. Habiendo sabido  
«estos miserables la marcha de Germain vinie-

« ron á París, sé avocaron con Bras-Rouge y  
 « principiaron á hacer diligencias para encontrar-  
 « le, sin duda con miras siniestras, puesto que  
 « este joven conocía sus proyectos. Despues de  
 « largas y numerosas indagaciones llegaron á sa-  
 « ber las señas de su casa: era ya tarde; por que  
 « encontrando Germain pocos días antes, al que  
 « habia tratado de corromperle, cambió al ins-  
 « tante su morada, pues adivinó el objeto de la  
 « venida de este hombre á París. Por este medio  
 « escapó nuevamente de sus perseguidores el hi-  
 « jo del Maestro de escuela. Apesar de esto hace  
 « cinco ó seis semanas que pudieron saber que  
 « vivia calle del Templo número 17. Una noche  
 « al entrar en su casa fué casi víctima de un ase-  
 « sino: (esta circunstancia habia ocultado el Maes-  
 « tro de escuela á Monseñor) Germain conoció  
 « desde luego de donde venia el tiro, dejó la ca-  
 « lle del Templo y se ignoró de nuevo su resi-  
 « dencia. Las indagaciones llegaban á este punto  
 « cuando el Maestro de escuela fué castigado por  
 « sus crímenes.....

Desde este punto, tambien principiaron las nuevas pesquisas por orden de Monseñor, y he aqui el resultado.

« Francisco Germain ha vivido como unos tres  
 « meses en la casa calle del Templo numero 17,  
 « casa estremadamente curiosa por las costum-  
 « bres é industrias raras de la mayor parte de las  
 « gentes que la habitan. Germain era muy que-  
 « rido por su carácter alegre, servicial y franco,

« Sin embargo que parecia vivir de rentas ú ho-  
 « norarios muy pequeños, prodigó los cuidados  
 « mas tiernos á una familia de indigentes que ha-  
 « bitan las boardillas de esta casa. En vano se han  
 « tomado informes en dicha casa y calle sobre la  
 « nueva morada de Germain y de la profesion  
 « que ejercia; se le suponía empleado en algun  
 « despacho ó casa de comercio, porque salia por  
 « la mañana y no volvia hasta las diez de la no-  
 « che.

« La única persona que seguramente sabe donde  
 « habita actualmente este joven, es una inquilina de  
 « la casa, calle del Templo: esta joven que pare-  
 « cia estar *íntimamente* ligada con Germain, es una  
 « hermosa *grisete* (1) llamada la Risueña ... ocu-  
 « pa un cuarto inmediato al que vivia Germain.  
 « Este cuarto, vacante por la salida del joven,  
 « está todabia por alquilar. Bajo el pretesto de  
 « su arrendamiento se han tenido todas estas no-  
 « ticias.

—La Risueña! dijo de repente Murph que ha-  
 cía algunos momentos se hallaba pensativo, la Ri-  
 sueña! conozco este nombre!

—Como! sir walter Murph! contestó el ba-  
 ron riyéndose, ¡como digno y respetable padre  
 de familia conoce usted á las modistillas?.....  
 como! el nombre de una señorita risueña no es  
 nuevo para usted? vaya! vaya!.. ...

—Pardiez! Monseñor me ha puesto en el ca-

(1) En Paris llaman *Grisete* á las oficiales de las Mo-  
 distas.

so de tener tan extravagantes conocimientos, que seguramente no podría tener usted el derecho de quejarse ni de estrañarse de este: pero, espere usted baron!... si.... ahora me acuerdo perfectamente: contandome Monseñor, la historia de la cantora no pudo dejar de reirse de este nombre grotesco de la Risueña, y si bien me acuerdo era de una amiga de prision de esta pobre Flor de María.

—Pues bien en este momento la señorita risueña puede sernos de grande utilidad; concluyo mi relacion.

«Quizá resultaría alguna ventaja en alquilar  
 «el cuarto vacante de la casa calle del Templo:  
 «no se pudo pasar mas adelante, porque no ha-  
 «bia orden para ello, pero segun algunas espresiones, que se han escapado á la portera, se  
 «puede creer que no solo será posible hallar en  
 «esta casa noticias ciertas sobre el hijo del Maestro de escuela por la mediacion de la Risueña,  
 «sino que tambien podría Monseñor observar  
 «alli costumbres, industrias y sobre todo miserias, cuya existencia ni aun puede sospecharse.

## XXVII.

## EL MARQUES DE HARVILLE.

Asi que ya lo ve usted, mi querido Murph, dijo el señor de Graün terminando la lectura de su relacion, que entregó al Squire segun nuestras indagaciones, es preciso buscar las huellas de los padres de la cantora en casa del notario Jacques Ferrand; y á la señora Risueña es á quien se debe preguntar, donde vive ahora Francisco Germain. Esto es ya mucho, me parece, el saber donde buscar..... lo que se busca.

Sin duda baron, ademas que Monseñor encontrará, estoy cierto, una abundante cosecha de observaciones en la casa de que hablamos: pero hay mas: se ha informado usted de lo concerniente al marqués d' Harville?

—Si, y en cuanto á lo que tiene relacion con el dinero, los temores de S. A. no estan fundados: el señor Badinot afirma, y lo creo bien instruido, que nunca ha sido mas sólida ni mejor administrada la fortuna del marqués.

—Despues de haber buscado en vano la causa de la tristeza que affligia al marqués, Monseñor se imaginó que quizás sería esta la de hallarse algo escaso con respeto á fondos, y pensaba ayudarle con la misteriosa delicadeza que

usted le conoce; pero supuesto se ha equivocado en sus conjeturas, será preciso que renuncie á descifrar este enigma con tanto mas sentimiento suyo en razon que quiere mucho al señor d<sup>e</sup> Harville.

—Es muy natural: S. A. no ha olvidado nunca lo que su padre debió al del marqués. Sabe usted, mi querido Murph, que en 1815 cuando la reunion de los estados de la Confederacion gérmanica, el padre de S. A. corria grande peligro de que se le eliminase, á causa de su adhesion conocida y probada por Napoleon? El difunto viejo marqués d<sup>e</sup> Harville hizo en esta ocasion grandes servicios al padre de nuestro amo, gracias á la amistad con que le honraba el Emperador Nicolas, amistad que databa desde la emigracion del marqués á Rusia y, que, invocada por él, tuvo una poderosa influencia en las deliberaciones del congreso, donde se trataban los intereses los príncipes de la Confederacion gérmanica.

—Y vea usted, baron, como muchas veces las nobles acciones se encadenan: en 1792 el padre del marqués fué proscripto, halló en Alemania con el padre de Monseñor la hospitalidad mas generosa: despues de haber estado tres años en nuestra córte, marcha para Rusia, alli merece las bondades de Czár y con ayuda de ellas á su vez es muy útil al príncipe que en otro tiempo lo habia recibido tan noblemente.

—No es verdad que en 1815 mientras la es-

tancia del viejo marqués en la corte del gran duque entonces reinante, que la amistad de Monseñor y del joven marqués tuvo principio?

—Si, y conservan los mas dulces recuerdos del feliz tiempo de su juventud; y ademas de esto, Monseñor tiene un reconocimiento grande por la memoria del hombre cuya amistad fué tan útil á su padre, de modo que todos los que pertenecen á la familia d' Harville tienen un derecho á la benevolencia de S. A.... Asi es que no solamente debe la señora George las bondades incesantes que Monseñor la dispensa á sus desgracias y virtudes sino tambien al parentesco que tiene esta señora con aquella familia.

—La señora George! la muger de Duresnel, el presidario nombrado el Maestro de escuela gritó el baron.

—Si.... la madre de este Francisco Germain! que busquemos y hallaremos, á lo menos lo espero.

—Es pariente del señor d' Harville?

—Era prima de su madre é íntima amiga: el viejo marqués estimaba mucho á la señora George.

—Pero como la familia d' Harville la dejó casar con este monstruo de Duresnel, mi querido Murph?

—El padre de esta desgraciada el señor de Lagni, intendente del Langüedoc antes de la revolucion, poseía muchos bienes y tuvo la suer-

te de no ser proscripto. En los primeros dias de calma, que vinieron despues de esta terrible época, se ocupó del cuidado de casar á su hija. Duresnel se presentó, pertenecia á una escelente familia parlamentaria; era rico, ocultaba sus perversas inclinaciones con apariencias hipócritas y se casó con la señorita de Lagny: algo disimulados por algun tiempo, los vicios de este hombre se desenvolvieron muy pronto: disipador, jugador, desenfrenado y entregado á la mas vergonzosa disolucion hizo á su muger muy desgraciada: esta no se quejó, ocultó sus sinsabores y luego de la muerte de su padre, se retiró á una hacienda que ella misma dirigia por distraerse. Muy luego sepultó su marido su fortuna comun en el juego y en una vida licenciosa: la hacienda adonde se habia retirado aquella señora se vendió: entonces tomando á su hijo fué á reunirse con su parienta la marquesa d' Harville á quien amaba como á una hermana. Habiendo devorado Duresnel su patrimonio y los bienes de su muger se halló reducido á buscar espedientes para vivir: pidió al crimen nuevos recursos y se hizo falsario, ladron y asesino: fué condenado á presidio por toda su vida, robó su hijo á su muger para confiarle á un miserable de su misma calaña.... ya sabe usted lo demas.

—Pero como, Monseñor, ha encontrado á la señora Duresnel?

—Cuando Duresnel fue hechado á presidio, su

muger, reducida á la última miseria tomó el nombre de George.

—En esta cruel posicion como es que no se dirigió á la marquesa d' Harville, su parienta su mejor amiga?

—La marquesa habia muerto antes de la condena de Duresnel y despues por una vergüenza invencible, jamas la señora George se atrevió á presentarse á su familia, que hubiera tenido por ella todas las consideraciones, que merecian tantas desgracias. Sin embargo. .... una sola vez reducida á la mayor estremidad por su miseria y enfermedad..... se resolvió á implorar los socorros del señor d' Harville, el hijo de su mejor amiga..... asi es como Monseñor la encontró.

—Como pues?

—Fué á ver un dia al señor d' Harville, algunos pasos adelante iba tambien una pobre muger, vestida miserablemente, pálida, enferma y abatida: cuando hubo llegado á la puerta del palacio de Harville, en el momento de llamar, despues de una gran duda, hizo un movimiento brusco y retrocedió como si la hubiese faltado el valor. Admirado de esto, Monseñor siguió á esta muger muy interesado al ver su semblante dulce y triste: entró en una casa de pobreza en la apariencia: Monseñor tomó algunos informes y fueron los mas honrosos: trabajaba para vivir, pero la faltaban la obra y la salud: estaba reducida á la mayor desnudez: al dia siguiente fui

con Monseñor á su casa, y llegamos á tiempo para impedir que muriese de hambre. Despues de una larga enfermedad, en la que se la prodigaron toda clase de cuidados y atenciones, la señora George contó su vida á Monseñor por reconocimiento, es decir contó la sentencia de Duresnel y el robo de su hijo; no conociendo todavia esta señora el nombre ni el rango de Monseñor.

—Con que asi fué como supo que la señora George pertenecia á la familia de Harville?

—Si; y luego de esta esplicacion, apreciando cada dia mas Monseñor las escelentes cualidades de la señora George, la hizo dejar á París y la estableció en la granja de Bouqueval, donde se halla ahora con la cantora. En este apacible retiro encontró sino la felicidad, á lo menos la tranquilidad, y puede distraerse de sus disgustos, dirigiendo esta hacienda..... tanto por no herir la dolorosa susceptibilidad de la señora George, cuanto porque no gusta Monseñor publicar sus beneficios, no se ha dicho nada al señor de Harville de lo que ha pasado.

—Ahora entiendo el doble interés de Monseñor en descubrir las huellas de esta pobre mujer.

—Puede usted juzgar, mi querido baron, por todo lo dicho, del cariño que tiene Monseñor á toda esta familia, y cuan grande es su sentimiento al ver al jóven marqués tan triste, con muchas razones para ser dichoso.

—Efectivamente, que hace falta al señor d' Harville? todo lo reúne: nacimiento, fortuna, entendimiento, juventud: su muger es encantadora y tan buena como hermosa....

—Así es: y Monseñor no pensó en las indagaciones de que acabamos de hablar sino después de haber procurado, aunque en vano, penetrar la causa de la negra melancolía del señor d' Harville: este se ha manifestado muy sensible á las bondades de S. A., pero ha guardado la mayor reserva sobre el motivo de su tristeza. Quizá es pena del corazón.

—Sin embargo, se dice que quiere mucho á su muger, y que esta no le dá ningun motivo de celos: la encuentro muchas veces en los círculos sociales, la veo muy rodeada, como lo es siempre una jóven hermosa y amable, pero su reputacion está muy bien sentada!

—Si: el marqués se alaba mucho de su muger.... solamente ha tenido con ella una muy pequeña disension por causa de la condesa Sarah Mac-Gregor.

—Luego tiene relaciones con la condesa?

—Por desgracia el padre del marqués d' Harville conoció hace como diez y siete á diez y ocho años á Sarah Seyton de Halsbury y á su hermano Tom cuando estaban en Paris, protegidos por la señora embajadora de Inglaterra. Sabiendo el viejo marqués que iban á Alemania les dió cartas de recomendacion para el padre de Monseñor con quien se hallaba en cor-

respondencia continua. Ah! mi querido Graün, cuantas desgracias no se hubieran quizá evitado sin esta recomendacion! por que entonces Monseñor no hubiera conocido á esta muger.

—Por fin así que la condesa ha vuelto aqui, se ha presentado en el palacio d' Harville con la esperanza de encontrar en la casa á Monseñor, pues pone tanta obstinacion en perseguirle como este en huir de ella.

—Disfrazarse de hombre para acosar á S. A. hasta en la Cité!... solamente ella puede tener semejantes ideas.

—Sin duda esperaba por este medio enternecer á Monseñor y forzarle á una entrevista que siempre ha reusado y evitado. Volviendo á la señora d' Harville, su marido, á quien Monseñor habló de Sarah como convenia, la aconsejó que viese á esta lo menos posible, pero la jóven marquesa, seducida por las adulaciones hipócritas de la condesa, se reveló un poco contra los consejos del señor d' Harville y de aqui resultaron algunas pequeñas disensiones, que no pueden haber podido causar el profundo abatimiento del marqués.

—Ah! las mugeres!... las mugeres! mi querido Murph siento mucho que la señora d' Harville se halle en relaciones con esta Sarah... la jóven y hermosa marquesa no puede menos de perder con el trato de una muger tan diabólica.

—Ya que dice usted diabólica, dijo Murph, aqui está un pliego relativo á Cecily, indigna

esposa del honrado David.

—Sea dicho entre nosotros, querido Murph, bien merecido hubiera estado á la mestiza el que se la hubiese dado el castigo que se dió al Maestro de escuela por orden de Monseñor y que fué egecutado por su marido, nuestro querido negro: tambien tiene derramada sangre y su corrupcion es espantosa.

—Y sin embargo de esto es tan hermosa, tan seductora: una alma perversa bajo un aspecto gracioso, me causa mucho mayor horror.

—Bajo de este concepto Cecily es doblemente odiosa: pero espero que este pliego anulará las órdenes anteriormente dadas por Monseñor con respecto á esta miserable.

—Al contrario.... baron....

—Luego persiste, Monseñor, en que se la ayude para evadirse de la fortaleza en que habia sido encerrada por toda su vida?

—Si.

—Y que su pretendido raptor la conduzca á Francia? á París?

—Si; y aun mucho mas.... este pliego manda que se apresure cuanto se pueda la evasion de Cecily, y que se la haga viajar con la mayor rapidez para que llegue aqui lo mas tarde dentro de quince días.

—No lo entiendo:.... Monseñor habia manifestado siempre tanto horror por esta muger....

—Y lo manifiesta todavía mas, si fuera posible.

—Y á pesar de esto la hace venir cerca de sí! pero le será siempre fácil, como lo ha pensado S. A., obtener la extraccion de Cecily sino cumplierse lo que se espera de ella: se manda al hijo del alcaide de la fortaleza de Gérolstein que robe á esta muger, fingiendo estar enamorado de ella: se le facilita todo lo necesario para cumplir este proyecto... feliz en encontrar esta ocasion de huir, la mestiza sigue á su supuesto raptor; llega á Paris, bueno, pero tiene siempre sobre ella la condena, es un reo escapado, y estoy dispuesto, cuando agrade á Monseñor, á reclamar y obtener su entrega.

—Quien viva lo verá, mi querido Graün. Ruego á usted, segun orden de Monseñor, escriba á nuestra chancilleria, pidiéndola á vuelta de correo una copia legalizada del acta del casamiento de David, pues se desposó en el palacio Ducal como empleado de la casa de Monseñor.

—Escribiendo hoy tendremos este documento dentro de ocho dias, lo mas tarde.....

—Cuando David supo por Monseñor la proxima llegada de Cecily quedó petrificado y luego exclamó: «Espero que V. A. no me obligará á ver este monstruo.

—«Tranquílicese usted, respondió Monseñor, «no la verá usted..... pero la necesito para ciertos proyectos.

David se vió aliviado con esta contestacion de un peso enorme; y sin embargo, estoy seguro,

que bien dolorosos recuerdos se agolparon en su pensamiento.

—Pobre negro! estoy por creer que la quiere todavía: dicen que es tan hermosa!

—Encantadora..... demasiado encantadora! Se necesita la vista perspicaz de un criollo para descubrir la mezcla de sangre en el imperceptible matiz negro que tiene ligeramente la corona de las uñas rosadas de esta mestiza: nuestras hermosas del norte no tienen un color mas transparente, piel mas blanca, ni cabellos de un rubio mas dorado.

—Estaba en Francia cuando Monseñor volvió de la América, trayendo consigo á David y Cecily; sé que este hombre excelente está desde aquella época al servicio de S. A., viviendole muy agradecido, pero he ignorado, é ignoro por qué aventura había entrado á servir á nuestro amo, y cómo se casó con Cecily, á quien vi por la primera vez, hace como un año despues de su matrimonio; y Dios sabe el escándalo que ya daba entonces!

—Puedo instruir á usted perfectamente de lo que desea saber, mi querido baron: yo fui quien acompañé á Monseñor en este viaje de América, de donde sacó á David y la mestiza de la horrible suerte.

## XXVIII.

## HISTORIA DE DAVID Y DE CECILY.

El señor Willis, rico propietario americano de la Florida, dijo Murph, observó en uno de los jóvenes esclavos negros, nombrado David, empleado en la enfermería de su habitación, una inteligencia nada comun, grande y atenta conmiseracion con los pobres enfermos, á los que daba con cariño lo que prescribian los médicos; y en fin una vocacion tan decidida por el estudio de la botánica aplicada á la medicina, que, sin ninguna instruccion, compuso y clasificó una especie de Flora de las plantas que habia en la hacienda y en sus cercanías. De la esplotacion del señor Willis, situada á orillas del mar, al pueblo mas cercano, habia una distancia de quince á veinte leguas: los médicos del pais, por otra parte muy ignorantes, dificilmente se incomodaban á causa de las grandes distancias y la mala comunicacion de los caminos. Deseando poner un remedio á este inconveniente muy grave en un pais donde son tan comunes las epidemias, y tener á su lado un habil práctico, el colono concibió la idea de mandar á David á Francia para que aprendiese la cirujia y la medicina..... muy contento con

este ofrecimiento, el jóven negro salió para París: el hacendado pagó los gastos de sus estudios y al cabo de ocho años de un trabajo prodigioso, David, recibido de doctor en medicina con la mayor distincion, volvió á la América para poner á la disposicion de su amo toda su ciencia.

—Pero David debió considerarse libre y emancipado de hecho y de derecho al entrar en Francia?

—Pero David es de una lealtad sin ejemplo: prometió al señor que volveria, y volvió..... ademas no consideraba como suya, por decirlo asi, una instruccion adquirida con el dinero de su amo; y en fin esperaba poder dulcificar moral y fisicamente los padecimientos de los esclavos, sus antiguos compañeros: se prometia, no solo el ser su médico, sino tambien su apoyo y defensor para con el Colon.....—Efectivamente es preciso estar dotado de una probidad muy rara y de un santo amor para con sus semejantes para volver á ponerse á la discrecion de un amo, y esto despues de haber permanecido ocho años en París..... en medio de la juventud mas democrática de la Europa.—Por este rasgo, puede usted juzgar á nuestro hombre: vuelto á la Florida, donde, es preciso decirlo, fué tratado por el señor Willis con la mayor consideracion y bondad, comiendo á su mesa, y viviendo en su misma casa: por lo demas, este colono estúpido, sensual y déspota como lo son algunos criollos, creyó ser muy generoso, asignando á David seiscientos francos de salario. Al cabo de algunos

meses se declaró en la hacienda un tifus horroroso, el señor Willis fué tambien atacado pero muy prontamente curado por los escelentes cuidados de David: de treinta negros gravemente enfermos no perecieron mas que dos. Encantado el señor Willis de los servicios de David le aumentó hasta mil doscientos francos: el médico negro era el hombre mas feliz de la tierra, sus hermanos lo miraban como á su providencia: aunque con mucha dificultad, obtuvo de su amo alguna pequeña mejora en la suerte de aquellos desgraciados, y esperaba en lo venidero conseguir mas: en el entretanto los moralizaba, los consolaba, los exortaba á la resignacion, les hablaba de Dios que cuida del blanco y del negro, de otro mundo donde no habia ni amos ni esclavos, pero sí justos y malvados, de otra vida..... eterna aquella, en donde no eran unos los rebaños, la cosa de los otros, sino que las victimas de aqui abajo eran tan felices que rogaban en el cielo por sus verdugos.... qué podré decir á usted.? A estos desgraciados que, al contrario de los demas hombres, cuentan con una alegria amarga el paso que dan todos los dias hacia la tumba..... á estos desgraciados que no esperaban mas que la nada, David les hizo esperar una libertad inmortal, entances les parecieron sus cadenas menos pesadas y sus tareas menos duras. David era su idolo..... Un año poco mas ó menos se pasó de esta manera. Entre las hermosas esclavas de la hacienda, se distin-

guia por la mas completa una mestiza de quince años, llamada Cecily. El señor Willis tubo una fantasía sultánica por esta jóven, y por la primera vez de su vida, quizá, sufrió una negativa y hasta una resistencia tenaz. Cecily amaba.... amaba á David que en la última epidemia la cuidó con mucho cariño y la salvó: poco despues el amor, el mas casto amor pagó la deuda del reconocimiento. David tenia ideas muy delicadas para publicar su dicha antes del dia en que se pudiera casar con Cecily esperando que esta tubiese diez y seis años cumplidos. Ignorando el señor Willis este mutuo cariño, hechó altanera y sultánicamente su pañuelo á la bonita mestiza: esta se fué llorando á contar á David las tentativas brutales de que habia escapado con mucho trabajo. El negro la tranquilizó y fué al momento para pedirla en casamiento al señor Willis.

—Diablos! mi querido Murph..... tengo miedo de adivinar la respuesta del Sultán americano..... Se la negó?

—Se la negó: le dijo que tenia gusto por esta jóven, que en toda su vida habia sufrido desprecios de una esclava, que queria á esta y la conseguiria: que el (David) podria escoger cualquiera otra esposa ó querida, segun su gusto entre las diez mestizas tan hermosas como Cecily que habia en la hacienda: Este habló de su amor, del que participaba Cecily hacia mucho tiempo: el colono se encogió de hombros: David in-

sistió, pero fué en valde. El criollo tubo la imprudencia de decirle que era dar mal ejemplo al ver á un amo que cedia á un esclavo, y que este ejemplar no lo daría él por satisfacer un capricho de David.... éste suplicó, el amo se impacientó: David avergonzándose ya de tanta humillacion habló con tono fuerte de los servicios que hacia y de su desinterés, puesto que se contentaba con el mas pequeño salario. El señor Willis irritado, le contestó con desprecio que estaba mil veces demasiado bien tratado siendo un *esclavo*. A estas palabras la indignacion de David llegó á su colmo.... y por primera vez habló como hombre entendido sobre sus derechos: el señor Willis, furioso ya, lo trató de esclavo sublevado y le amenazó con la cadena. David profirió algunas palabras amargas y violentas.... dos horas despues de esta escena, atado á un poste, lo despedazaban con un látigo, llevando á su vista á Cecily al serrallo del criollo.

—La conducta de este hacendado fue estúpida y horrible... fue un absurdo mezclado con la crueldad... por que bien mirado necesitaba de este hombre....

—De tal modo le era necesario que en este mismo dia el acceso de furor en que se hallaba, junto con la borrachera á que se entregaba este animal todas las noches, le causaron una enfermedad inflamatoria de las mas peligrosas, cuyos síntomas se declararon con la rapipez que es particular á esta clase de afecciones: el plan-

tador se metió en cama con una calentura horrosa ... manda un espreso para hacer que venga un médico, pero este no puede llegar á la habitacion antes de treinta y seis horas.... Seguramente esta peripecia parece que venía de la providencia.... su posicion fatal la merecía....

—El mal hacía horrorosos estragos.... David podía solo salvar al colono, pero este, desconfiado como lo son todos los malvados, no dudaba que el negro, por vengarse, le envenenaría con alguna medicina.... por que despues de haberle azotado con varas, lo habian metido en un calabozo.... en fin asustado del progreso de la enfermedad, quebrantado por los dolores, pensando que de todos modos podia morir, quiso aventurarse entregándose á la generosidad de su esclavo á quien mandó soltar despues de una gran perplegidad.

—Y David salvó al plantador ?

—Por espacio de cinco dias con sus noches no se separó de su lecho, cuidándolo como si fuese padre, y atacando la enfermedad paso á paso con un saber y habilidad admirables, concluyó triunfante con admiracion del médico que llamaron y que no llegó sino dos dias despues.

—Y cuando le volvió la salud, el colono....

—No queriendo avergonzarse de su esclavo que le podria echar en cara á cada momento con todo el imperio de su admirable generosidad, el colono, haciendo un gran sacrificio pu-

do conseguir que se quedase de médico en su hacienda, el que habia traído para su enfermedad, y David fué encerrado de nuevo en el calabozo.

—Eso es horroroso! pero no me admira: David hubiera sido para este hombre un remordimiento continuo....

—Esta bárbara conducta no estaba dictada tan solamente por la venganza y los celos, habia ademas otra causa, los negros del señor Willis querian, por reconocimiento, con mucha pasion á David: para ellos era su salvador de cuerpo y alma; sabían los cuidados que habia prodigado al colono durante la enfermedad: así es que, saliendo por milagro del embrutecimiento y de la apatía en que la esclavitud pone á estos desgraciados, dieron muestras de su indignacion, ó por mejor decir, de su dolor cuando vieron que se azotaba con tanto rigor á David. El señor Willis, exasperado ya, creyó descubrir en esta manifestacion el germen de una sublevacion.... pensando en la influencia que David se habia adquirido sobre los esclavos lo creyó capaz de ponerse con el tiempo á la cabeza de un levantamiento y de vengarse entonces de la execrable ingratitud de su amo.... este temor tan absurdo fué un motivo nuevo para que el colono aumentase los malos tratamientos á David para imposibilitarle de poner en ejecucion los siniestros planes que le suponía.

—Mirándolo bajo este punto de vista, y del

terror pánico que tenia el colono.... su conducta parece menos estúpida, aunque muy feroz.

— Poco despues de estos acontecimientos llegamos á la América. Monseñor fletó un buque dinamarqués en Sto. Tomás, visitábamos de incógnito todas las habitaciones, ó haciendas del litoral americano que costeabamos.... fuimos recibidos magníficamente por el señor Willis.... al dia siguiente de nuestra llegada, por la noche, y despues de beber, nos contó el señor Willis, escitado tanto por la bebida como por fanfarronada cínica y con horrorosas burlas, la historia de David y de Cecily, pues olvidé decir á usted que habian puesto á esta desgraciada en el calabozo para castigarla por sus primeros desprecios ó desdenes. Al oír semejante relacion creyó S. A. que el señor Willis, ó estaba borracho, ó que se jactaba de una cosa que no habia hecho; borracho si que estaba, pero no habia ninguna jactancia en su relacion: para desbancar la incredulidad de Monseñor, el colono se levantó de la mesa, mandando á un esclavo que tomase una linterna y nos condujese al calabozo de David.

— Y bien?

— En mi vida he visto un espectáculo mas despedazador. David y esta desgraciada muchacha, macilentos, descarnados, medio desnudos cubiertos de llagas y encadenados por medio del cuerpo, él en un rincon del calabozo, y ella en

el lado opuesto parecían unos espectros.... la linterna que nos alumbraba lanzaba una luz todavía mas lúgubre.... viéndonos David no pronunció una palabra, su mirada tenía una espantable fixeza: el colono le dijo con una ironía cruel:

—Hola Doctor! cómo estas?..... tu que eres tan sábio..... sálvate pues!..... El negro respondió con una palabra y un gesto sublimes, levantó lentamente la mano derecha, su índice extendido hacia el techo y sin mirar al colono, con tono solemne le dijo:

—Dios! y se calló:

—Dios? contestó el hacendado, riéndose á carcajadas: dile pues á Dios que venga á arrancarte de mis manos! Yo le desafío !..... y luego este mismo colono, estraviado por el furor y la borrachera, exclamó blasfemando:

—Sí: yó desafío á Dios que me quite mis clavos antes de su muerte!..... si no lo hace, no creo en su existencia!.....

—Era un loco estúpido!

—Esta blasfemia nos dió nauseas..... Monseñor no dijo ni una palabra y salimos del calabozo..... esta cueva estaba situada, asi como la habitacion, á orillas del mar: volvimos á nuestra embarcacion que anclaba á muy poca distancia.

—A la una de la noche, tiempo en que todos los habitantes de la hacienda se hallaban en el mas profundo sueño, Monseñor desembarcó con ocho hombres armados, va recto al calabozo, lo

fuerza y arrebatada á David y Cecily: estas victimas se transportan á bordo sin que nadie se apercibiese de nuestra expedicion, y por la mañana, fuimos Monseñor y yo á casa del señor Willis. Estraña rareza por cierto! estos hombres atormentan á sus esclavos y no toman contra ellos ninguna precaucion, puesto que duermen con las puertas y ventanas abiertas. Llegamos con mucha facilidad al cuarto donde dormia el propietario, cuya luz recibia por una ventana de cristal. Monseñor despierta á este hombre: este se sienta sobre la cama todavia con la cabeza pesada de la borrachera anterior. Usted no ha desafiado á Dios, le dice Monseñor, de que le llevase sus dos victimas..... antes de su muerte? Pues bien el se las lleva..... y tomando un saco que yó llevaba, y que contenia veinte y cinco mil francos en oro, lo tiró sobre la cama de este hombre añadiendo: «aquí hay con que indemnizar la pérdida de sus dos esclavos..... á su violencia que mata, opongo otra que salva..... Dios juzgará» y desaparecimos dejando al señor Willis estupefacto, inmovil y creyendo que soñaba: pasados algunos minutos, despues de esto, estábamos de vuelta en nuestra embarcacion que se dió á la vela.

— Me parece, mi querido Murph, que S. A. indemnizó muy ampliamente á este miserable de la pérdida de sus esclavos, porque en rigor David no le pertenecia.

— Calculamos sobre poco mas ó menos el gas-

to que hizo por espacio de ocho años para este último, triplicamos su valor y el de Cecily como simples esclavos. Nuestra conducta fué contra el derecho de gentes, lo se muy bien..... pero si usted hubiese visto en que horrible estado se hallaban estos desgraciados, casi agonizantes, si hubiese oído aquel desafío sacrilego arrojado á la faz de Dios por este hombre embriagado de vino y de ferocidad, comprenderia usted que Monseñor quiso, como lo dijo en esta ocasion, *hacer un poco el papel de la providencia.*

—Aquello es tan atacable y tan justificable como el castigo del Maestro de escuela, mi digno Squire; y esta aventura ¿no tuvo alguna consecuencia?

—No podia tener ninguna: el brick estaba bajo pabellon dinamarques, el incógnito de S. A. guardado con mucha severidad, pasábamos por ricos ingleses. A quién el señor Willis, si se hubiera atrevido á quejarse, podia dirigir sus reclamaciones? Efectivamente él mismo nos lo habia dicho y el médico de Monseñor lo aseguró en un proceso verbal, que los dos esclavos no hubieran podido vivir ocho dias mas en este horroroso calabozo. Fueron necesarios los mayores cuidados para arrancar á David y Cecily de una muerte casi segura. Desde este tiempo David está al servicio de Monseñor y le tiene el mas grande cariño.

—David se casò, sin duda alguna, con Cé-

cily luego que llegaron á Europa?

—Este casamiento que parecia deber ser tan feliz se hizo en el templo del palacio de Monseñor: pero, por un retroceso extraordinario, apenas se vió en el goce de una posicion inesperada, olvidando todo lo que David habia sufrido por ella, y lo que ella misma habia sufrido por él, avergonzándose en este nuevo mundo de estar casada con un negro, seducida por un hombre ya muy depravado, cometió por primera vez una falta, y se pudiera decir que la perversidad natural de esta desgraciada, hasta entonces adormecida, aguardaba este peligroso germen para desenvolverse con una espantable energía: usted sabe lo demas y el escándalo de sus aventuras. Dos años despues de su casamiento, David que tenia en ella tanta confianza como amor supo todas sus infamias: un rayo le sacó de su profunda y ciega seguridad.

—Dicen que quiso matar á su muger?

—Sí: pero gracias á las instancias de Monseñor, consintió en que fuese encerrada por toda su vida en una fortaleza..... y esta es la prision que Monseñor acaba de abrir..... con grande admiracion de usted y mia, no se lo oculto mi querido baron.

—Francamente, la resolucion de Monseñor me admira tanto mas, cuánto que el gobernador de la fortaleza ha prevenido muchas veces á S. A. que esta muger era indomable, que nada habia podido alterar su caracter audacioso y endureci-

do en el crimen; y á pesar de esto Monseñor..... persiste en hacerla venir aqui. Con qué fin? por qué motivo?

—Eso es lo que yo ignoro como usted, mi querido baron..... pero ya es tarde: S. A. desea que el correo que usted mande salga cuanto antes para Gerolstein.

—Antes de dos horas estaré en camino. Asi que mi querido Murph..... hasta la noche.

—Hasta la noche.

—Ha olvidado usted que hay gran baile en la embajada de \*\*\*..... y que S. A. debe asistir.?

—Es verdad..... despues de la ausencia del coronel Varner y del conde de Harneim, olvidó ocupar á la vez las funciones de Chambelan y de ayudante de campo.

—Ya que habla usted de ellos, cuándo vienen? concluyen pronto su mision?

—Usted sabe que Monseñor los tiene alejados por el mas largo tiempo posible para tener mas soledad y libertad..... en cuanto á la comision que S. A. les ha dado para desembarazarse políticamente..... enviándolos al uno á Aviñon, y al otro á Estrasburgo... se lo confiaré á usted... un dia que estemos los dos con humor sombrío... pues desafiaría al mas negro hipocondriaco á que no dejaban de reirse, no solamente por esta confianza, sino por ciertos pasages de los pliegos confiados á estos gentiles hombres que toman sus pretendidas misiones con una increíble seriedad.....

—Francamente, no he comprendido nunca porque S. A. colocó al coronel y al conde en su servicio particular.

—Como! el coronel Verner no es el typo admirable de lo militar? Hay acaso en toda la confederacion germánica uno de menor talle, mejores vigotes y un aire mas marcial? y cuando está cinchado, cubierto del caparazon, embridado y empenachado? se puede ver uno mas triunfante, mas glorioso, mas fiero y mas hermoso.... animal?

—Es verdad..... pero esta hermosura se impide justamente tener el aire escesivamente espiritual.....

—Pues bien; Monseñor dice que, gracias al coronel, se ha acostumbrado á que le sean tolerables las gentes mas pesadas del mundo..... antes de ciertas audiencias *mortales* se encierra cosa de una media hora con el coronel..... y sale echo todo un calavera, alegre y pronto á desafiarse al fastidio personificado.....

—Lo mismo que los soldados romanos que, antes de una marcha forzosa, se calzaban con sandalias de plomo..... con el objeto de encontrar ligera toda fatiga quitándoselas..... ahora conozco la utilidad del coronel..... pero el conde de Harnaim.....

—Es tambien de mucha utilidad para Monseñor: oyendo sin cesar zumbiar á sus oidos á este viejo chupador de niños, hueco, brillante y sonoro, viendo á esta bola de jayon tan inflado.....

de nada, tan magníficamente matizado de colores que representa el lado teatral y pueril del poder soberano, Monseñor siente mas vivamente todavia la vanidad de estas pompas estériles, y, por contraste; ha debido muchas veces á la contemplacion del inútil espejo del Chambelan las ideas mas sérias y fecundas.

—Ademas que es preciso convenir, mi querido Murph, ¿en qué corte se encontraría un modelo mas perfecto para Chambelan? quien conoce mejor que este escelente de Harneim las innumerables reglas y tradiciones de la etiqueta? quien sabe llevar mejor ni mas gravemente una cruz de esmalte al cuello y mas magestuosamente una llave de oro en la espalda?

—Ya que dice usted eso, Monseñor pretende que la espalda de un Chambelan tiene una fisonomía enteramente peculiar: dice que debe ser al mismo tiempo oprimida y sublevada que dá sentimiento el verla, por que oh dolor! es en la espalda del Chambelan donde brilla el signo simbólico de su cargo.... y segun Monseñor, este digno de Herheim parece tentado de presentarse siempre hàcia tras para que juzguen al instante de su importancia....

—El hecho es, que el objeto incesante de las meditaciones del conde es la cuestion de saber por que fatal imaginacion se ha colocado la llave de Chambelan detras de la espalda ... por que, asi lo dice él con mucha seriedad y con cierto

dolor irritado: diablos! no se abre una puerta, con la espalda!

—Baron, el correo, el correo! dijo Murph mostrando la hora de la péndola al baron.

—Maldito sea usted que me hace hablar!... usted tiene la culpa.... presente usted mis respetos á S. A., dijo el señor de Graün yendo de corrida á tomar el sombrero: hasta la noche, mi querido Murph.

—Hasta la noche, mi querido baron.... un poco tarde por que estoy seguro que Monseñor querrá visitar hoy mismo la misteriosa casa de la calle del Templo.

## XXIX.

## UNA CASA EN LA CALLE DEL TEMPLO

Con el fin de utilizar los conocimientos que el baron de Graün habia adquirido, concernientes á la cantora y Germain, hijo del Maestro de escuela, Rodolfo debia ir á la calle del Templo y á la casa del notario Jacques Ferrand.

En casa de este último para tratar de obtener de la señora Serafin algunos indicios sobre la familia de Flor de María. A la casa de la calle del Templo, recientemente habitada por Germain, con el objeto de descubrir por medio de la Risueña el punto á donde se habia retirado este jóven cosa bastante difícil, en atencion á que esta modista sabiendo quizá que el hijo del Maestro de escuela tenia un grande interés en que se ignorase su nueva morada.

Alquilando en la casa de la calle del Templo el cuarto ocupado en otro tiempo por Germain, Rodolfo facilitaba por este medio sus miras y aun se ponía á tiro de poder observar de cerca las diferentes clases que la ocupaban.

El dia mismo de la conversacion del baron de Graün y de Murph, Rodolfo se fue hácia las tres de la tarde con mal temporal á la calle del Templo. Situada al centro de un cuartel mercan-

te y poblado, no ofrecia esta casa nada de particular en su aspecto: se componia de un cuarto bajo ocupado por un licorista, de cuatro pisos y ademas las boardillas.

Un pasadizo oscuro y estrecho conducia á un patio pequeño, ó por mejor decir, á una especie de pozo cuadrado de seis pies de ancho, privado completamente de aire y de luz, receptáculo infecto de todas las inmundicias de la casa que llovian de los pisos superiores por unas lumbreras sin vidrios que habia encima de las mesetas de la escalera.

Al pie de esta, húmeda y negra un resplandor rojizo anunciaba la garita del portero: garita ahumada por la combustion de una lámpara, necesaria, aun durante el dia, para alumbrar esta cueva oscura á donde seguiremos á Rodolfo vestido y no de dia de fiesta poco mas ó menos de corredor del comercio.

Llevaba un paletó de color dudoso, un sombrero un poco disforme, una corbata encarnada, un paraguas y grandes zapatones: para completar la ilusion tenia bajo de su brazo un paquete de sederia muy bien envuelto. Entró en la porteria á pedir permiso para ver el cuarto desalquilado.

Un quinqué colocado detras de un globo de cristal lleno de agua, que le sirve de reberbero alumbraba la pieza, en cuyo fondo se descubre una cama cubierta con una colcha, compuesta de mil pedazos de todos colores, á la izquierda

una cómoda de nogal que sostiene el marmol para adorno. Un san Juan de cera con su cordero blanco y su peluca roja colocado en un globo de cristal estrellado, cuyas endaduras estan tapadas con mucho cuidado con pedazos de papel azul.

Dos candeleros de plaqué viejo enrojecido por el tiempo que tenían, en lugar de velas, dos naranjas de fresco color, que habian sido sin duda regaladas á la portera como aguinaldo del día de año nuevo: dos cajas, la una de paja de varios colores y la otra cubierta de conchitas: estos objetos artísticos olian á la legua á la cárcel y al presidio (1) (esperamos por el honor del portero de la calle del Templo que este presente no es un *homenaje del autor*).

En fin, entre las dos cajas, y dentro de un globo de péndola, se ven unas botitas de campana de cordoban encarnado, trabajadas con mucha finura.

Esta obra maestra, como decian los antiguos artistas, unida á un abominable olor de cuero podrido y á los fantásticos arabescos dibujados en toda la pared con una infinidad de zapatos viejos, manifiesta suficientemente que el portero de esta casa ha sido zapatero antes de bajar á la clase de remendon.

Cuando Rodolfo entró en esta garita, el señor Pipelet, el portero, ausente por aquel momento,

(1) Regularmente hacen estas cajas los detenidos en las cárceles y los presidarios.

se hallaba representado por la señora Pipelet. Colocada esta cerca de una estufa de fundición, situada en medio del cuarto, parecía escuchar con mucha gravedad cantar á su marmita (cocer)

El Hogart frances, Henrique Monñier, ha pintado tambien á la portera que nos contentamos con suplicar al lector, si quiere formarse una idea de la señora Pipelet, que se figure en su imaginacion una muger la mas fea, la mas arrugada, la mas llena de granos, la mas avara, la mas andrajosa, la mas arisca y de lengua la mas venenosa de todas las porteras immortalizadas por este eminente artista.

El único rasgo que nos permitimos añadir á este ideal, que no puede dejar de ser una realidad maravillosa, es un bizarro tocado compuesto de una peluca á lo tito, peluca que de nueva fué de un color rubio, pero matizada con el tiempo de una porcion de colores rojos y rozizos, morenos y pardos que sembraban, por decirlo asi, una confusion inextricable de mechones duros; tiesos y herizados. La señora Pipelet no dejaba nunca este único y eterno adorno de su cráneo sexagenario.

Al ver á Rodolfo la portera pronunció con tono arrogante y fiero estas palabras.

A donde va usted?

—Señora: no hay en esta casa segun me han dicho un cuarto y gabinete para alquilar? preguntó Rodolfo, apoyándose en la palabra *seña-*

ra, lo que no dejó de lisonjearla, así es que respondió menos seriamente.

—En el piso cuarto hay una habitación, pero no se puede ver. .... Alfredo ha salido.

—El hijo de usted, sin duda, señora? volverá pronto?

—No señor, no es mi hijo, es mi marido!..... porque razón Pipelet no puede llamarse Alfredo?

—Tiene seguramente, señora, el derecho de ello; pero si usted me lo permite aguardaré un momento hasta que vuelva: el sitio y la calle me convienen, la casa me agrada, porque me parece que está perfectamente cuidada. Sin embargo, antes de ver el cuarto, que desco ocupar; quisiera saber, si podría usted, señora, encargarse del gobierno de mi casa? tengo la costumbre de no emplear á nadie mas que á los *conserges* por supuesto cuando consienten.

Esta proposición hecha en términos tan lisonjeros: *conserge!*..... captó enteramente la voluntad de la señora Pipelet.

—Seguramente, caballero, que le cuidaré su casa, y por seis francos al mes estará usted servido como un príncipe.

—Corriente por seis francos..... su nombre de usted, señora?

—Pomone-Fortunée-Anastasia-Pipelet.

—Pues bien, señora Pipelet consiento en los seis francos al mes por su salario; y si el cuarto me conviniese..... qué precio tiene?

—Con el gabinete ciento cincuenta francos al año, ni un maravedí menos..... el del cuarto principal es un perro..... un perro que quitaría los pelos á un huevo.

—Como se llama?

—Señor Bras-Rouge.

—Este nombre y los recuerdos que le vinieron le hicieron temblar.

—Dice usted, señora Pipelet, que el principal inquilino se llama.....?

—Y bien!..... señor Bras-Rouge.

—Y vive?

—Calle de las Habas número 13: tiene tambien una taberna en los fosos de los campos Eliseos.

No habia ya duda alguna..... era el mismo.... este encuentro parecia á Rodolfo muy extraño.

—Si el señor Bras-Rouge es el principal inquilino, dijo este, quien es el propietario de la casa?

—El señor Bourdon, pero nunca he tratado mas que con el señor Bras-Rouge.

Queriendo adquirirse la confianza de la portera, Rodolfo la dijo:

—Mire usted, señora Pipelet, estoy un poco cansado, el frio me ha helado.... hágame usted el gusto de ir al licorista que vive en la casa, y traerá usted un frasco de anisete y dos vasos.... ó mejor tres puesto que su marido vá á volver.

Y la dió una moneda de cinco francos.

—Hola! caballero, quiere usted que á primera entrada se le adore? exclamó la portera, cuya nariz llena de granos, pareció animarse con todos los deseos báquicos.

—Sí: señora Pipelet, quiero ser adorado.

—Esto me calienta, si, esto me calienta, no traeré mas que dos vasos, yo y Alfredo bebemos siempre en uno: pobre querido, es tan amigo de todo lo que huele á muger!

—Vaya usted, señora Pipelet, esperaremos á Alfredo....

—Mire usted, si alguno viniere, cuidará usted la garita?

—Pierda usted cuidado.

—La vieja salió y quedando Rodolfo solo, reflexionó en la estraña circunstancia, que le ponía en contacto con Bras-Rouge: solamente le admiraba el que Francisco Germain hubiese podido estar en esta casa tres meses sin ser descubierto por los cómplices del Maestro de escuela que estaban en relaciones con el primero. En este momento un cartero hirió los cristales de la garita, pasó el brazo y presentó dos cartas diciendo: = tres sueldos!

—Seis sueldos puesto que hay dos cartas, dijo Rodolfo.

—Una está franqueada, dijo el cartero: luego que Rodolfo hubo pagado miró en un principio y como maquinalmente á las dos cartas que acababan de entregarle, pero al momento le parecieron dignas de un cuidadoso exámen.

—La una dirigida á la señora Pipelet, exalaba por entre los pliegues de un papel lustrado con que estaba envuelta un olor muy fuerte de amizcle. Sobre el sello de lacre encarnado, se veían las letras C. R. que tenían encima un casco y apoyadas sobre una columna estrellada de la legion de honor: el sobre estaba escrito con pulso fuerte: la pretension heráldica de este casco y de esta cruz hizo sonreír á Rodolfo y le confirmó mas en la idea de que esta carta no habia sido escrita por mano de muger. Pero quien era el corresponsal amizclado y blasonado... de la señora Pipelet?

La otra carta, de un papel comun, cerrada con oblea picoteada con un alfiler era para el señor Cesar Bradamanti, dentista operador; y que manifestaba ser falsificadas las letras de este sobre que eran todas mayúsculas.

Sea que fuese presentimiento, fantasía de su imaginacion ó realidad, lo cierto es que esta carta pareció á Rodolfo de triste agüero: notó tambien que algunas letras del sobre estaban medio borradas en un sitio en que el papel estaba un poco ajado: una lágrima sin duda lo habia mojado.

La señora Pipelet entró con el frasco de anisete y dos vasos.

He tardado, caballero, no es verdad? pero cuando se va á la tienda del padre José, no hay medio de salir... vaya con el endiablado viejo!

querrá usted creer que á una muger de mi edad... aun me dice chicoleos?

—Diablo!... si Alfredo supiera eso!

—No me hable usted de ello, la sangre me hierva de solo pensarlo: Alfredo es celoso como un Beduino, ya ve usted de parte del padre José es para reirse de todas veras.

—Aquí hay dos cartas que ha traído el cartero.

—Ah Dios mio!..., perdone usted caballero... las ha pagado usted?

—Si.

—Es usted demasiado bueno: entonces voy á descontarlo de la vuelta que le traigo á usted... cuanto es?

—Tres sueldos, contestó Rodolfo, sonriéndose del modo singular de reembolsar adoptado por la señora Pipelet.

—Como! tres sueldos?... son seis, porque hay dos cartas.

—Pudiera abusar de su confianza haciéndola que retuviese usted de mi moneda seis en lugar de tres, pero soy incapaz, señora Pipelet... una de las dos que está dirigida á usted está franqueada: y sin ser indiscreto, no puedo menos de decir á usted que tiene un corresponsal, cuyas cartas amorosas huelen bien.

—Veamos dijo la portera, tomando la carta lustrada: es verdad!... tiene traza de una esquelita amorosa! dígame usted caballero, una esquelita amorosa! vaya! no falta mas!... quien es

el pícaro que se atreve!....

—Y si Alfredo se hubiera encontrado aqui, señora?

—No diga usted eso por Dios! ó me desmayo en sus brazos.

—No lo diré mas, señora Pipelet.

—Pero que bestia soy!.... ya caigo, dijo la portera encogiéndose de hombros: ya sé.... ya sé.... es del comandante.... Ah! que susto he tenido! pero esto no impide el contar: veamos: son tres sueldos por la otra carta, no es verdad? asi decimos: quince sueldos del frasco y tres sueldos que retengo por la carta hacen diez y ocho: y diez y ocho y dos que estan aqui, hacen veinte y cuatro francos hacen cien sueldos: cuentas claras y amigos viejos.

—Y tome usted veinte sueldos para usted, señora Pipelet, tiene usted una manera tan graciosa de reembolsar los adelantos que se han hecho por usted, que quiero fomentarla.

—Veinte sueldos! me da usted veinte sueldos!.... y por que esto? exclamó la señora Pipelet con tono de alarma y admirada al ver esta generosidad fabulosa!

—Servirá á cuenta de la señal, si tomo el cuarto.

—Siendo asi, lo acepto: pero lo prevendré á Alfredo.

—Ciertamente; pero aqui hay otra carta dirigida al señor *Cesar Bradamanti*.

—Ah! si, el dentista del piso tercero.... voy á ponerla en la bota.

—Rodolfo creyó entender mal pero vió echarla con mucha gravedad en una bota vieja que estaba colgada en la pared.

—Rodolfo la miraba con sorpresa y la dijo: como!.... pone usted ahí la carta?

—Y que! caballero la meto en la bota de las cartas.... ahí no se estravia nada: cuando los inquilinos entran en casa, Alfredo ó yo la vaciamos, hacemos la separacion y cada pájaro á su nido.

—Su casa de usted está tan bien montada y ordenada, que esto me da nuevos deseos de vivir en ella: esta bota para las cartas, sobre todo, me encanta.

—Dios mio! es cosa bien natural, contestó modestamente la portera: Alfredo tenia esta bota vieja desaparejada, y lo mismo da utilizarla para los inquilinos.

Diciendo esto abrió la carta que la estaba dirigida y volviéndola por todos lados, despues de algunos momentos de duda dijo á Rodolfo:

Alfredo es el que está encargado de leer por que yo no lo sé: si usted quisiera ser.... caballero.... lo que Alfredo es para mi?

—Para leer esta carta? con mucho gusto, dijo Rodolfo, muy curioso de saber el correspondiente de la señora Pipelet. Leyó lo que sigue escrito en papel lustrado, encontrándose en un ángulo el casco, las iniciales C. R., la columna

heráldica y la cruz de honor:

«Mañana viernes á las once, se hará un buen  
«fuego en las dos piezas, se limpiarán bien los  
«espejos, se quitarán las fundas por todas par-  
«tes, teniendo cuidado de escamar el dorado de  
«los muebles sacudiendo el polvo: si por casua-  
«lidad no hubiese llegado, cuando vaya una se-  
«ñora en fiacre, sobre la una preguntando por  
«mí bajo el nombre de señor *Cárlos* se la hará  
«subir á la habitacion, de donde se bajará la lla-  
«ve que se me entregará cuando llegue yo mis-  
«mo».

Apesar de la redaccion, poco académica de esta esquila, Rodolfo comprendió muy bien lo que se trataba, y dijo á la portera.

¿Quién ocupa el piso principal?

La vieja acercó su dedo amarillo y arrugado á su labio colgante, y contestó con maliciosa risa.

—Chiton! ... son intrigas de mugeres.

—Pregunto á usted esto, mi querida señora Pipelet... por que antes de vivir en una casa... se desea saber.

—Es muy natural... dime con quien andas y te diré quien eres, no es verdad?

—Iba á decirselo á usted.

—Ademas que puedo muy bien comunicarle todo lo que yo sé, no será largo. Hace como unas seis semanas que vino un tapicero, vió el piso principal que estaba por alquilar, preguntó el precio: al dia siguiente vino con un bello jóven rubio de pequeños bigotes, cruz de honor, bue-

na camisa. El tapicero lo llamaba Comandante...

—Luego es un militar?

—Militar! contestó la señora Pipelet, enco-  
giéndose de hombros, vaya!... es como si Alfredo  
se titulase conserge....

—Como?

—No es mas que de la Guardia nacional, del  
estado mayor: el tapicero, por adularle, le lla-  
maba Comandante.... lo mismo que lisongea á  
Alfredo cuando le llaman conserge: en fin quan-  
do el *Comandante* (no le conocemos sino bajo de  
este nombre) hubo visto todo, dijo al tapicero:  
«esto es bueno, es lo que me conviene, vea us-  
«ted de arreglarlo todo?—Si: «Comandante» le  
«dijo el otro: y al dia siguiente el tapicero fir-  
mó el arriendo en su nombre (en el del tapicero)  
con el señor Bras-Rouge á quien le pagó seis  
meses adelantados por que parece que el jóven  
no quiere dar la cara: al momento vinieron los  
trabajadores y demolieron todo el piso principal  
trageron sofás, cortinas de seda, espejos con mar-  
cos dorados, soberbios muebles, tan buenos co-  
mo en un café de los Boulevard (baluartes) sin  
contar con los tapices que habia por todas par-  
tes tan espesos y tan suaves que se pudiera de-  
cir que se anda sobre bestias.... cuando se con-  
cluyó, el Comandante vino para ver todo esto y  
dijo á Alfredo: «puede usted encargarse de cui-  
«dar esta habitacion á donde vendré pocas ve-  
«ces, hacer fuego de cuando en cuando y pre-  
«pararlo todo asi que le escriba á usted por la

«estafeta?—Si, Comandante; le dijo el adulator  
«de Alfredo.

—Y cuanto me llevará usted por esto?

—Veinte francos por mes, comandante—Vein-  
«te francos! vamos, vamos! usted se burla por-  
«tero!»

Y mire usted á este buen mozo regatear co-  
mo un roñoso y mezquino con la gente pobre:  
vea usted por una ó dos monedas de cinco fran-  
cos, cuando hace un gasto tan grande en una ha-  
bitacion que no ocupa! En fin á fuerza de ba-  
tallar, obtuvimos doce francos. Doce francos! di-  
ga usted que son?.... Comandante de dos mara-  
vedis, anda! que diferencia de usted, caballe-  
ro! añadió la portera dirigiéndose á Rodolfo  
con gesto agradable, usted no se hace llamar  
comandante, usted no parece nada, y sin em-  
bargo se ha convenido conmigo á la primera  
palabra en seis francos.

—Y despues, ha vuelto este jóven?

—Lo va usted á ver, esto es lo mas gracioso,  
parece que lo joropean bien: ha escrito ya  
tres veces con hoy para que se encienda fuego,  
se conponga todo y que vendría una señora: y  
ha venido! buscala! no ha parecido.

—No ha venido nadie?

—Escuche usted.... la primera de las tres  
veces, llegó el Comandante muy tieso cantando  
entre dientes y haciendo de persona: esperó dos  
horas largas.... y nadie: cuando pasó por delan-  
te de la garita al salir (estabamos de espera los

dos Pipelet por ver su cara y burlarnos de él cuando le hablasemos) Comandante, le dije yo, no ha parecido ninguna dama, ninguna á preguntar por usted.

—Bueno, bueno! me respondió avergonzado y furioso y se marcha corriendo arrancándose las uñas de cólera. La segunda vez antes que el llegase, un mozo de cordel trajo una cartita dirigida al señor Carlos, yo me presumia que le daban chasco otra vez, hablabamos sobre esto burlándonos de él, cuando llega el Comandante. —Comandante, le digo poniendo el revés en mi mano izquierda de mi peluca, como una mujer de tropa, aqui hay una carta: parece que hoy tambien hay contramarcha.—Me mira orgulloso, como Artaban, abre la carta, la lee, se pone encarnado como un cangrejo, y luego nos dijo disimulando su disgusto.—Ya sabia que no vendria, yo lo he hecho para recomendar á ustedes cuiden bien de todo. No era verdad: era para ocultarnos que le hacian rabiarse, que nos dijo esto, y luego se fué dando saltos y cantando entre dientes, pero estaba bien chasqueado: vaya!... muy bien ehcho! muy bien hecho, Comandante de dos maravedis! esto te enseñará á no dar sino doce francos al mes por tu menage.

—Y la tercera vez?

—Ah! la tercera vez crei que era de veras. El Comandante llega azorado, los ojos se le salian, segun lo contento y seguro que parecia de su negocio..... hermoste como siempre..... vestido

con elegancia... lleno de perfumes..... apenas pisaba el suelo, según venia lleno de aire..... toma la llave y nos dice con tono burlesco é hinchado como para vengarse de las otras veces: «preverdrán ustedes á esta señora que está abierta la puerta.»

—Bueno! nosotros los Pipelet, estábamos tan curiosos de ver la damita, apesar de que lo dudábamos; que salimos de nuestra garita para ponernos en acecho en el pasadizo de la puerta..... por esta vez se detuvo en la puerta un fiacre pequeño azul con las cortinas corridas: bueno! ella es, dije á Alfredo..... retirémonos un poco para no asustarla.

El cochero abre la portezuela: entonces vimos una señora pequeña con los manguitos apoyados sobre sus rodillas y un velo que le cubria la cara, sin contar con su pañuelo que lo tenia puesto en la boca, pues parecia que lloraba: pero hete aqui que despues de bajado el estribo marcha-pie, en lugar de bajar, la dama dijo algunas palabras al oido del cochero quien, muy admirado, cierra la pórtezuela.

—Esta mujer no bajó del coche?

—No señor: se tiró al fondo del coche poniendo sus manos en los ojos: yo me precipito, y antes que el cochero subiese le digo: Y bien! querido..... se vuelve usted?—Sí, me dijo él.—Y á donde? le pregunto—De donde vengo?—Sí, de donde viene usted?—De la calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse.

A estas palabras Rodolfo se sobresaltó.

El Marqués d' Harville, uno de sus mejores amigos, á quien consumia hacia algun tiempo una grande melancolia, segun queda dicho, vivia en la calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse.

Sería la Marquesa, que corria de este modo á su pérdida? Su marido tenia sospechas de su conducta?..... su mala conducta sería acaso la causa de la pena que padecia?

Estas dudas se agolpában en la imaginacion de Rodolfo: con todo conocia la sociedad íntima de la marquesa y no se acordaba de haber visto nunca alguno que se pareciese al *Comandante*; la joven en cuestion podia tambien haber tomado un fiacre en este sitio sin que por eso viviese en la calle: nada probaba á Rodolfo que fuese la marquesa; sin embargo conservó penas y vagas sospechas. Su semblante inquieto y absorto no se escapó á la portera quien le dijo:

En qué piensa usted caballero?

—Busco la razon porqué esta mujer que habia venido hasta la puerta..... ha cambiado de repente de opinion.....

—Que quiere usted, caballero..... una idea, el temor..... una supersticion..... nosotras pobres mujeres somos tan débiles, tan..... tan medrosas!..... dijo la horrible portera con aire tímido y asustado: me parece que si hubiera tenido que ir á hurtadillas..... á hacer traicion á Alfredo..... hubiera abandonado el campo mil veces,

pero nunca, oh nunca! pobre querido!..... no hay un habitante en la tierra que pueda alabarse.....

—Lo creo, señora Pipelet..... pero esta joven?

—No se si era joven, no se la veia ni la punta de la nariz..... lo que es cierto que se marchó como vino, sin tambor ni trompeta..... aun cuando nos hubiesen dado diez francos á Alfredo y á mi, no nos hubieramos visto mas contentos.

—Porqué asi?

—Porque pensábamos en la cara que iba á poner el Comandante.... habia para morir de risa .... seguro..... por de pronto en lugar de ir á decírselo en seguida que la dama se marchó.... lo dejamos que se desesperase por una hora larga..... entonces subo..... no tenia mas que mis escarpines de orillo en mis pobres pies, llego á la puerta que no estaba mas que vuelta..... empujo, chilla la escalera oscura como capilla de horno, la entrada de la habitacion lo mismo..... y en el momento que entro viene el comandante, me toma entre sus brazos y me dice con tono de un modrego: Dios mio! angel mio! que tarde que vienes!

Apesar de la gravedad de los pensamientos que dominaban á Rodolfo, no pudo dejar de reirse, sobre todo al ver la grotesca y abominable cara arrugada, llena de granos, objeto de este ridiculo quidproquo.

La señora Pipelet siguió su relacion haciendo muecas que la hacian todavia mas horrorosa si fuera posible.

—Eh! eh! eh! vea usted que hombre! va usted á ver.... yo no respondo nada, retengo el aliento y me abandono al Comandante... pero de repente hetelo que me rechaza (grosero!) exclamando con tono aspero y desabrido como si hubiese tocado una araña: —Pero quien diablos está ahí? «Soy yo, Comandante, la señora Pipelet, la portera: por esta razon debía usted tener quietas sus manos, no abrazarme ni llamarme su ángel, ni decirme tampoco que vengo tarde.... si Alfredo hubiera estado aqui ya «habría usted..?...—Que quiere usted? me dijo furioso.—«Comandante, la señorita acaba «de venir en fiacre.—Pues hagala subir: usted «es una estúpida, no la dije á usted que la hiciese subir?—Yo le dejé que hablase, que charlase.—Sí, Comandante, es verdad que usted me «dijo que la hiciese subir.—Y bien?—«Es que «la señorita.... »—Hable usted!— «Es que la señorita se ha vuelto á marchar »—«Vamos usted habrá dicho ó hecho alguna bestialidad! exclamó el Comandante con mas furia—«No, Comandante: la señorita no ha bajado del Coche, «cuando el cochero abrió la portezuela, la dijo «que la llevase al sitio de donde venía—El coche no puede estar lejos! exclamó el comandante precipitándose hácia la puerta—Ah! si: hace mas de una hora que el coche se marchó, le dije yo.—Uua hora! una hora! y por qué ha tardado usted tanto en prevenirmelo? exclamó de nuevo mucho mas colérico.—Toma!.... por

que temiamos que esto le disgustaría mucho de no haber todavía hecho sus gastos por esta vez. Atrapa! pisaverde me dije yo: esto te enseñará á que te haga el corazon por haberme tocado— Salga usted de aqui! no hace ni dice mas que necezares! exclamó con rabia quitándose la bata á lo tártaro y tirando su gorro griego de terciopelo de seda bordado de oro.....—Hermoso gorro..... y la bata! se me iban los ojos tras ella: el comandante parecia á una luisernaga.

—Y despues no han venido ni él ni la dama?

—Nó: pero espere usted al fin de la historia..... dijo la señora Pipelet.

## XXX.

## LOS TRES PISOS.

El fin de la historia es esta, dijo la señora Pipelet.—Bájo corriendo á reunirme con Alfredo: precisamente estaban en nuestra garita la portera del número 19 y la vendedora de ostras que duerme en la puerta del licorista: les cuento como que el comandante me ha llamado su angel y me habia abrazado..... allí veria usted risas! y Alfredo, apesar de que es melancólico, como él llama á esto sin embargo que es bien melancólico despues de las traiciones de este monstruo de *Cabrimon*.....

Rodolfo miró á la portera con admiracion.

Si: un dia cuando seamos mas amigos..... sabrá usted esto..... en fin, fué tal el gusto que tubo Alfredo, que apesar de su melancolia se puso á llamarme su angel..... en este momento el comandante sale de su cuarto y cierra la puerta para marcharse, pero como nos oia reir, no se atrevia á bajar, temeroso de que nos burlásemos de él, porque no podia dejar de pasar por delante de la garita: adivinamos el motivo y cátese usted que la vendedora de ostras con su gruesa voz se puso á gritar: *Pipelet, vienes tarde angel mio!* oido esto por el comandante vuel-

ve á entrar en su cuarto cerrando la puerta con estrépito, como un rabioso, pues este hombre parece tan rabioso como un tigre..... tiene blanca la punta de la nariz..... por último abrió mas de diez veces la puerta para escuchar si habia gente en la garita..... no nos meneabamos..... y por fin viendo que no desocupaba tomó su resolución y bajó la escalera de cuatro en cuatro, me tiró la llave sin hablar palabra, y escapó furioso acompañado de unas tres risotadas diciendo al mismo tiempo la vendedora de ostras: vienes tarde angel mio!

—Pero se espusieron á que el comandante no se valiese ya de ustedes.

—Oh si! nó se hubiera atrevido..... lo tenemos agarrado sabemos donde vive su pájara, si nos hubiese dicho alguna cosa le hubiéramos amenazado descubrir el pastel. ... y quién se encargaria de cuidar su cuarto por sus puercos doce francos? Una mujer de fuera de casa? mala vida esperaba esta pobre con nosotros! Vaya allá el roñoso! En fin, creerá usted caballero que ha tenido la bajeza de examinar la leña y escudriñar el número de troncos que se han debido quemar mientras él viniese?..... no puede menos de ser algun hombre de fortuna, que de nada se ha hecho rico..... tiene la cabeza de señor y el cuerpo de un pordiosero: por un lado despilfarra, y por otro es mezquino: no le quiero otro mal, pero me divierte mucho que su quidam le haga rabiarse..... apuesto que mañana sucede lo

mismo: voy á avisar á la ostrera del otro dia, tendremos un rato de diversion: si la señorita viene, veremos si es morenita ó rubita, y si es bonita: dígame usted caballero..... cuando se piensa que hay por medio un bendito marido!..... es buen sainete, nó es verdad? pero á él le va pobre hombre! en fin mañana veremos la señorita y apesar de su velo, será necesario que baje mucho la cabeza para que no veamos de que color son sus ojos.. vea usted la mogigata, viene á buscar á un hombre y aparenta tener miedo: pero perdone usted..... que retire mi puchero del fuego, ya ha cocido, y pide el ser comido: son callos..... esto va á alegrar un poco á Alfredo, porque, como dice él mismo, por los callos seria traidor á la Francia, á su hermosa Francia..... este querido viejo.....

Mientras que la señora Pipelet se ocupaba en esto, Rodolfo estaba entregado á tristes reflexiones.

La muger de que se trataba (fuese ó no la marquesa d' Harville) no habia duda estuvo vacilante por mucho tiempo, luchando consigo misma antes de acceder á la primera y segunda cita; luego, atemorizada de las consecuencias de su imprudencia, un remordimiento saludable le habia sin duda impedido cumplir esta peligrosa promesa: en fin cediendo á una poderosa atraccion, llega llorosa y agitada con mil temores hasta la puerta de la casa.... y en el momento de perderse para siempre, se hace oír la voz

de su deber y huye otra vez del deshonor!

—Y por quien arrostra esta muger tanta vergüenza y tales peligros?

Rodolfo conocia el mundo y al corazon humano, y por consiguiente prejuzgó casi con seguridad del carácter del *Comandante* por algunos rasgos bosquejados con grosera sencillez por la portera.

No se conocia que era un hombre neciamente orgulloso en tener puesta su vanidad en ser llamado por un grado absolutamente insignificante bajo el punto de vista militar? ¿Un hombre destituido enteramente de tacto, puesto que no se cubria con el mas reservado incógnito á fin de rodear con misterio impenetrable los pasos culpables de una muger que arriesgaba todo por él? ¿Un hombre en fin tan tonto y tan mezquino que no conocia que por la economía de algunos luises esponia á su querida á las insolentes y bajas rechiflas de las gentes de esta casa?

Asi al dia siguiente arrastrada esta muger por una fatal influencia, pero conociendo la inmensidad de su error, no teniendo para sostenerse en medio de sus terribles agonias, mas que su ciega confianza en el honor del hombre á quien daba mas que su vida, llegaría esta desgraciada joven al sitio de la cita... temblando, loca y tendria todavía que sufrir las miradas curiosas y desvergonzadas de gentes despreciables... y aun quizá oir sus inmundas gracias!

¡Qué vergüenza!.... ¡qué lección!.... ¡qué des-  
pertador para una muger estraviada y que has-  
ta entonces habia vivido con encantadoras y poé-  
ticas ilusiones del amor! Y el hombre por quien  
todo lo desprecia, sabrá estimar por lo menos  
las terribles ansiedades que él mismo causa?

—No:.....

—Pobre muger!..... la pasion la ciega y la  
echa otra vez al borde del abismo..... un pode-  
roso esfuerzo de virtud la puede salvar toda-  
bia..... y cuáles serán los sentimientos de este  
hombre con respecto á esta lucha dolorosa y  
santa?

Despecho, cólera y rabia, porque tres veces  
se ha incomodado por nada y porque en tonta  
fatuidad se halla gravemente comprometida.....  
á la vista de su portero!

En fin, el último rasgo de su insigne y gro-  
sera torpeza es el de que este hombre habla y  
se viste de tal modo para una primera entrevis-  
ta que debe hacer morir de confusion y de ver-  
güenza á una muger que ya estaba oprimida por  
el peso de su deshonor y de la afrenta.

Oh! decia Rodolfo entre si; que terrible lec-  
cion, si esta muger (que me es desconocida, á  
lo menos lo espero) hubiese podido oir en que  
términos tan feos hablaban de un paso, culpable  
sin duda, pero que costaba tanto amor, tantas  
lágrimas, tantos terrores y tantos remordimien-  
tos!

Y luego pensando que pudiera ser la marque-

sa d' Harville la triste heroina de esta aventura, Rodolfo se preguntaba, porque aberracion y fatalidad, el señor d' Harville, joven, con talento, generoso y sobre todo muy amante de su muger, podia ser sacrificado á un ente necesariamente necio, avaro, egoista y ridículo? La marquesa se habia enamorado tan solo de su cara que decian en extremo hermosa?

Pero Rodolfo conocia á la marquesa d' Harville por una muger de ánimo, de entendimiento y de gusto: con un carácter elevado, nunca la menor espresion manchó su reputacion. Donde conoció á este hombre? Rodolfo la visitaba con frecuencia y no se podia acordar de haber encontrado nunca en la casa d' Harville á nadie que le pareciese al *Comandante*. Despues de maduras reflexiones concluyó casi persuadiéndose que no era la marquesa.

La señora Pipelet, concluidos sus deberes de cocina, volvió á entablar la conversacion con Rodolfo.

—Quien habita el segundo piso? dijo este.

—Es la madre Burelte, terrible muger para las cartas.... lee en su mano de usted como en un libro: hay muchas personas de suposicion que vienen á su casa para que las diga su buena ventura.... gana mas dinero que quiere.... y con todo, este no es mas que uno de los oficios que tiene.

—Pues que hace ademas?

—Tiene como quien diría un montecito de vecinos. (1)

—Como?

—Se lo diré á usted, por que es jóven y que esto en lugar de retraerle de venir á vivir á esta casa, le fortificará en la idea.

—Pues, por qué?

—Una suposicion: ya estamos cerca del carnaval, la época en que salen á relucir hasta las piedras y los descargadores de leña, los turcos y los salvages: en esta época los mas acomodados se ven quizá escasos.... pues bien! es muy cómodo tener un recurso en su casa, sin necesidad de ir á la de mi tia.... es mucho mas humillante.... por que es á la vista y á sabiendas de todo el mundo.

—En casa de *mi tia*?....(2) luego presta sobre prendas?

—Como, no lo sabe usted?.... vaya! vaya! como se hace usted el inocente! á su edad, ah!....

—Me hago el inocente? en qué señora Pipet?

—Preguntándome si es en casa de *mi tia* donde se presta sobre prendas.

—Y por que razon?

—Por que todos los jóvenes en edad de razon saben que, el ir á empeñar alguna cosa en el monte de piedad, se dice *ir á casa de mi tia*.

—Vamos! ya comprendo ahora.... la inquietud.

(1) Monte de piedad.

(2) *Mi tia*: así llaman al monte de piedad.

na del segundo presta tambien sobre prendas?...

—Vamos, señor socarron, seguramente que presta sobre prendas.... y menos caro que en el *gran monte*.... y luego no hay ningun embrollo... no se confunde con un monton de papelones, de reconocimientos, de iniciales.... de nada... de nada... supongamos que traen á la madre Burette una camisa que vale tres francos; le presta á usted diez sueldos; al cabo de ocho dias le trae usted veinte.... sino guarda la camisa... como es natural eh?... siempre cuentas cabales.... un niño puede comprender esto.

—Es muy claro efectivamente; pero creía que estaba prohibido el prestar asi sobre prendas.

—Ah! ah! ah! exclamó la señora Pipelet riéndose á carcajadas: sale usted de su aldea, joven?... perdone usted.... pero le hablo como si yo fuese su madre. .. y que usted fuese mi hijo. ..

—Usted es muy buena.

—Sin duda que está prohibido el prestar sobre prendas.... pero si no se hiciese mas que lo que está permitido, bien á menudo estaríamos con los brazos cruzados. La madre Burette no escribe, no dá recibo.... no hay pruebas contra ella.... y se burla de la policia. Es muy gracioso el ver los *bazars* (1) que traen á su casa.... usted no puede figurarse sobre que cosas presta algunas veces.... la he visto prestar sobre un pa-

(1) *Bazars*: asi se llama á los grandes almacenes que tienen de toda clase de articulos de comercio.

pagayo de color parduzco.... que juraba como un condenado el ruin....

—Sobre un papagayo?.... pero que valor....

—Espere usted.... era conocido: era el papagayo de la viuda de un factor que vive cerca de aqui, calle de Santa-Avoi, la señora de Herbelot: sabían que lo quería tanto como así misma: la madre Burette le dijo: te presto diez francos sobre el animal, pero si dentro de ocho dias, á medio dia, no tengo mis veinte francos...

—Sus diez francos.

—Con los intereses hacían justamente veinte francos, siempre cuenta redonda.... sino tengo mis veinte francos y los gastos de su manutención, doy á Jacquet una ensaladita de peregril.... sazónada con arsénico: conocia bien á su parroquiano por que con este miedo al cabo de siete dias se embolsó sus veinte francos.... y la señora de Herbelot se hizo con su feo animal que no hacía en todo el dia mas que jurar y perjurar y diciendo indecencias escandalizaba de modo que daba miedo á Alfredo que es muy casto. Ya se ve, su padre (el de la señora de Herbelot) era cura.... antes de la revolucion, usted sabe.... que hubo curas que se casaron con religiosas.

—Supongo que la madre Burette no tiene otro oficio.

—Si usted quiere, no tiene otro: sin embargo, yo no sé que especie de entruchada revuel-

ve algunas veces en un cuartito donde nadie entra á escepcion del señor Bras-Rouge y una vieja tuerta que llaman la Mochuela.

Rodolfo miró á la portera con admiracion: esta interpretando la sorpresa del futuro inquilino le dijo.

—Es un nombre estraño el de la Mochuela, no es verdad?

—Si: y esta muger viene á menudo?

—Hacia ya seis semanas que no parecia pero antes de ayer la vimos, cogeaba un poco.

—Y á que viene á casa de la muger que dice la buena ventura?

—Eso es lo que no sé: á lo menos por lo que toca á la entruchada del cuartito de que he hablado á usted, donde entran la Mochuela y Bras-Rouge con la madre Burette y nadie mas: lo que sí he notado es, que los dias que sucede esto, trae un paquete la Mochuela en su cestillo, y otro Bras-Rouge debajo de la capa y que nunca llevan nada.

—Que contienen estos paquetes?

—No lo sé: pero hacen con esto una salsa del diablo, por que se siente al pasar por la escalera olor de azufre, de carbon y estaño fundido, y luego se oye soplar, soplar y mas soplar.... como si fueran herreros. Seguramente que la madre Burette entrucha con la buena ventura ó con la magia.... á lo menos esto es lo que me ha dicho el señor Cesar Bradamanti, inquilino del tercer piso. Este si que es un sabio origi-

nal! y cuando digo original, quiero decir italiano, apesar de que habla el francés tan bien como usted y yo, aunque tiene mucho acento, pero es lo mismo, es un gran sabio! que conoce los simples!.... y que le arranca á usted las muelas, no por el dinero, sino por honor.... si, caballero.... por puro honor: si usted tiene seis muelas malas, y lo dice á quien quiere oirlo, le arrancaria las cinco sin ningun interés.... la sesta solo le haria á usted pagar: no es culpa suya que no tenga usted mas que la sesta.

—Es generoso!

—Ademas vende una agua muy buena que conserva el pelo, cura el mal de ojos, los callos de los pies, las debilidades de estómago y destruye los ratones sin arsénico....

—La misma agua que cura las debilidades del estómago?....

—La misma.

—Destruye tambien los ratones?

—Sin dejar uno, por que lo que es muy bueno para el hombre, es un veneno para los animales.

—Cierta señora Pipelet, no habia caido en ello.

—Y la prueba mas eficaz de la excelencia de esa agua, es que han ingresado en su composicion ciertas drogas que el señor César ha recogido por si mismo en las cordilleras del Libano, hácia las costas que habitan esas razas de americanos-árabes, de donde condujo tambien

su caballo con honores de tigre, enteramente blanco si se exceptúan algunas manchas báyas de que está salpicado; escuchad: luego que el señor César sube en su caballo con el traje encarnado de vueltas amarillas, y su sombrero de plumas, se podría dar dinero por verle; porque sea dicho con respecto al parangon, parece un Judas Iscariote con su barba roja. Hará cosa de un mes que ha tomado á su servicio al hijo de Bras-Rouge, Tortillard, á quien ha vestido cual si dijéramos á lo trovador, con un gorro negro afelpado, un corbatin y un sayo color de albaricoque, y le sirve para traer parroquianos, tocando el tambor, y cuida ademas el caballo del dentista.

—Me parece que el hijo de vuestro principal locatárso, desempeña un empleo bastante modesto.

—Su padre dice que es preciso acostumbrarle á todo; pues de lo contrario vendria á parar en un patíbulo..... es el vicho mas endiablado y perverso que puede darse..... ha jugado mas de una pasada á ese pobre señor César, que es el tipo de los hombres de bien. Nosotros le adoramos desde que tuvo la felicidad de curar á mi pobre Alfredo de un reuma inveterado y crónico..... Pues bien señor! hay gentes tan desnaturalizadas que..... cosa es esa que me hace erizar los cabellos! Alfredo asegura que á ser cierto lo que de él se dice, era poco castigo un presidio.

—¿Mas qué?

—Ah! No me atrevo..... ni me atreveré nunca.....

—Sea.....

—Ya..... A fé de muger honrada..... decir eso delante de un jóven.....

—Pues dejadlo, señora Pipelet.....

—Por otra parte, como debeis ser inquilino nuestro..... vale mas prevenirselo, aunque todo son mentiras, imposturas. ¿No es cierto que os hallais dispuesto á contraer relaciones de amistad con Mr. Bradamanti, luego que paseis á domiciliaros en esta casa?

—Ahora bien, si dieseis crédito á semejantes hablaturías, os hubiera disgustado su amistad en lo sucesivo.

—Os escucho, hablad:

—Dícese que cuando..... no faltan ocasiones en que una jóven comete una imprudencia..... un desliz..... ya comprendéis..... ¿No es verdad? y que temiendo sus consecuencias.....

—Despachad.....

—Eso es lo que no me atrevo á decir.....

—Pero.....

—No; además son vagatelas..... necedades.....

—Continuad, no obstante.

—Mentiras.

—No le hace.....

—Malas lenguas.....

—Ea concluid.

—Gentes que envidian el caballo atigrado del señor César.

—Enhorabuena; ¿mas qué es lo que dicen?

—Me causa empacho.

—Pero ¿qué conesion tiene una joven que ha cometido una falta, con un charlatan?

—No digo yo que sea cierto.....

—En nombre del cielo esplicaos dijo Rodolfo, al que ya impacientaban las reticencias ridículas de la señora Pipelet.

—Escuchad joven, replicò la portera con un tono solémne; Me jurais por vuestro honor de no decir á nadie nada de lo que os voy á revelar?

—Cuando sepa á lo que se reduce, os haré ó no el juramento que me exigis.

—Si os lo revelo no es ciertamente por los seis francos que me prometisteis, ni tampoco por el traguillo de vino.

—Está bien.....

—Es un efecto de la confianza que me inspirais.

—Enhorabuena.

—Y por hacer un beneficio al pobre señor César refutando las calumnias conque le infaman.....

—No hay duda que lo haceis con la mejor intencion del mundo; pero adelante.....

—Dicen..... pero que no salga esto de aquí.

—Seguramente, y dicen.....

—Vamos, no me atrevo, os lo diré al oido y

me causará menos rubor..... veo que decis, como soy un niño..... *Un.....* Y la vieja pronunció á media voz algunas palabras que hicieron á Rodolfo estremecerse.

—¡Es horrible! dijo, levantándose por un movimiento maquinal y mirando en torno suyo con espanto, como si se hubiese encontrado en una casa maldita. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿serán posibles tan horrendos crímenes?..... y esta horrible vieja mira casi con indiferencia tamaña revelacion!

No escuchaba la portera á Rodolfo, y continuó, ocupándose en los quehaceres domésticos

—¿No es verdad que todas son calumnias? como..... un hombre que ha curado á mi esposo un reuma crónico; que ha traído del Libano un caballo atigrado..... un hombre que estrae cinco dientes gratis cobrando solo el sexto, y que paga hasta el último maravedí lo que adeuda..... ah! antes morir, que dar asenso á semejantes calumnias.

Mientras que la portera manifestaba así su indignacion contra los pérfidos calumniadores de César, murmurando entre dientes, recordaba Rodolfo la misiva dirigida al charlatan, escrita en papel muy inferior y borrada en parte por el llanto.

En aquella misteriosa carta empapada en lágrimas y dirigida á este hombre entre vió Rodolfo un dráma..... ¡Un horrible dráma!

Anunciábale un presentimiento involuntario

que podrían muy bien ser fundados los rumores atroces que se divulgaban con respecto al Italiano.

—He aquí Alfredo, dijo la portera..... él os hará observar como yo, que son lenguas viperinas las que calumnian al pobre César Bradamanti; el solo hombre que ha tenido la felicidad de curarle el reuma.

## XXXI.

## ALFREDO PIPELET.

Recordaremos al lector que estos hechos pasaban en 1838 . . . . .

Entró Alfredo en la portería afectando un tono grave, magistral; podría tener unos sesenta años: una nariz de á folio y una gordura enorme, daban á su figura el aspecto de unos de aquellos bonachones *casca nueces* que ocupan la mayor parte del dia los asientos de piedra del Nuremberg. Cubria la cabeza de esta máscara estraña, un sombrero avanto de anchas alas, mugriento y grasoso.

Alfredo que nunca abandonaba este sombrero, así como ni su mujer la peluca, dejábase ver embutido en un ropon de anchas mangas, plomizas por decirlo así á fuerza de las manchas que habian caido en ellas. A mas de su sombrero y su vestido verde, prendas del ceremonial porteriil, completaban el traje de Alfredo un delantal de ante sobre un chaleco jaspeado de tantos colores como el vestido á lo arlequin de la portera.

No carecia de afabilidad por cierto el saludo que hizo á Rodolfo al entrar; pero en cambio aparecia en sus labios una sonrisa amarga..... Hubiérase leído en ella una espresion marcada de

profunda melancolía, como su mujer se lo había dicho á Rodolfo.

—Alfredo: el señor es un nuevo inquilino del cuarto piso, dijo la portera, presentándole á Rodolfo, y te esperábamos para vaciar esta botella que ha tenido la bondad de regalarme.

—Este cumplimiento tan obsequioso, hizo entrar al portero en relaciones con el nuevo inquilino; y llevando á aquel la mano al ala anterior de su sombrero, le dijo con una voz baja, pero digna por cierto de honrar á un sochantre de Catedral.

—Somos vuestros, caballero, en clase de porteros, así como lo debéis ser en clase de inquilino; é interrumpiéndose despues..... á menos que no seais pintór..... le dijo con interés.....

—No, soy comerciante.

—Entonces, caballero, vuelvo á ponerme á vuestras órdenes, y doy gracias á la naturaleza porque no os ha igualado á esos monstruos de artistas.

—¿Monstruos los artistas? preguntó Rodolfo.

En vez de contestar á esta pregunta, levantó Pipelet sus dos manos casi hasta tocar en el techo de la portería y dejó oír una especie de gemido doloroso.

—No os asómbre, señor, dijo la portera, los pintores han envenenado la vida de mi marido y ellos tienen la culpa de esa melancolía de que os he hablado dijo la señora Pipelet al oído á Rodolfo, añadiendo despues en voz mas alta

y con un tono afectuoso.

—Vámos Alfredo, sé razonable, no pienses mas en ese tuno, vás á caer enfermo y no podrás comer.

—No, tendré ánimo y resignacion. Me há causado mucho daño..... ha sido mi perseguidor, mi verdugo durante mucho tiempo; pero ahora le desprecio..... Los pintores! exclamó dirigiéndose á Rodolfo, ah! señor, son la peste de una casa, su bacanal y su ruina.

—Habéis tenido algun inquilino pintór?

—A! sí; desgraciadamente hemos tenido uno, repitió con amargura Pipelet, que se llamaba Cabrion, mal dicho, se llama todavía así.

Apesar de su aparente moderacion, cerró el portero convulsivamente los puños, á este recuerdo.

—Ha sido ese sin duda el último inquilino que ha ocupado el cuarto que acabo de alquilar? preguntó Rodolfo.

—No, el último inquilino era un digno jóven llamado Germain; pero antes de este lo fué Cabrion. Ah! cuanto se ha burlado de mi despues de su marcha! ha faltado poco para volverme loco, estúpido.....

—Acaso se haya arrepentido, dijo Rodolfo.

—Cabrion arrepentirse!,.... replicó el portero con espanto; arrepentirse Cabrion! figuraos señor, que Bras-Rouge le ha devuelto dos mesadas que habia adelantado, para hacerle saltar de aqui; porque ciertamente habia sido una des-

gracia el alquilarle el cuarto.... ¡Qué bribonazo! No teneis una idea señor, de las horribles maldades que ha cometido con todos los inquilinos. Para daros una prueba de su mala intencion bastará que os refiera una de sus diabluras: no hay instrumento de aire desde el cuerno de caza, hasta el serpenton de que no se haya valido para desmoralizar á los inquilinos! ha tenido la avilantez de tocar mal y adrede una misma nota horas enteras.... era cosa de volverse locos. Se le han hecho mas de veinte representaciones al casero para que despidiese á ese bribon, y lo hemos llegado á conseguir haciendo que se le devuelvan sus dos mesadas: tres, le hubiera yo dado con gusto para que se fuese. Se marchó por último.... pero creéis que han parado en eso sus diabluras? vais á ver: al dia siguiente, serian como las once de la noche, yo estaba acostado: trom! trom! trom! tiro del cordon y se introduce en la portería.—Buenas noches portero, dijo una voz, me da usted un mechoncito de sus cabellos? no te incomodes me dijo mi esposa; será una equivocacion: no es aqui contesté al desconocido, á la otra puerta.—No me he engañado, no, ¿no es éste el número 17? y no se llama el portero Pipelet? replicó la voz.

—Si, yo soy le dije, yo soy ese Pipelet á quien buscais!

—Pues bien amigo mio, vengo á pedirle un mechon de pelo para Cabrion, es una idea que  
tomo 1.

se le ha puesto en la cabeza, y no la desecha hasta que se le deis.

Miró el portero á Rodolfo, meneando la cabeza y cruzando los brazos en actitud verdaderamente académica.

—Comprendeis ahora? A mi su enemigo mortal, á mi, á quien tanto ha ultrajado venirme á pedir con el mayor descaro un mechón de cabellos? gracia que niegan las mugeres aun á sus mismos amantes....

—Si ese Cabrion hubiese sido al menos tan buen inquilino como Mr. Germain, replicó Rodolfo con una calma imperturbable...

—Aunque lo hubiese sido, no le hubiese concedido ese favor, dijo magestuosamente el hombre del sombrero mugriento; estan muy lejos de mis principios semejantes concesiones; es en mí un deber, una ley el reusarselo.

—Pues no es eso solo añadió la portera: figuraos caballero, que desde ese dia no parece sino que se ha desencadenado una turba de pillos que á todas las horas del dia y de la noche vienen con ese maldito Cabrion á pedir un mechón de los cabellos de mi marido; siempre guiados por ese infame Cabrion!

—Y pensais que yo ceda? dijo Pipelet con tono resuelto, antes me dejaría conducir al cadalso! despues de tres meses de obstinacion por su parte, y de resistencia por la mia, he triunfado al fin de esa canalla miserable; han visto que daban coces contra el aguijon, y se han visto

precisados á desistir. Pero es igual; la herida está aquí! añadió (llevando la mano á su corazón) Aunque hubiese sido procesado por crímenes horrorosos, no hubiera tenido un sueño tan incómodo. A cada instante despertaba sobresaltado, me parecía estar oyendo á esos infames conducidos por Cabrion.... desconfiaba de todo el mundo.... cada persona se me figuraba un enemigo..... hasta perdí mi salud. No se presentaba nadie en la portería que no le creyese de la pandilla de Cabrion. En el día sospecho de todo el mundo, y por eso estoy sombrío, melancólico y tiemblo como un malhechor.... no me atrevo á entablar relaciones amistosas con nadie, para nada tengo humor. ¡ ved si me asistía razon para deciros que ese monstruo ha envenenado mi existencia!

—Ahora concibo la razon de vuestro odio á los pintores, dijo Rodolfo; pero al menos ese Germain de que me habeis hablado os habrá hecho olvidar á Cabrion?

—¡ Oh! si; es un excelente jóven, franco, servicial, nada altanero, é incapaz de hacer daño á nadie, es el reverso de la medalla de ese insolente Cabrion á quien Dios confunda!

—Vamos, tranquilizaos, querido Pipelet, no pronuncieis ese nombre.... mas decid quien es el propietario que tiene la dicha de poseer en su casa á ese Germain, á esa perla de los inquilinos?

—Ni vstto ni oido; nadie sabe ni sabrá adon-

de habita á estas horas Mr. Germain: nadie... nadie excepto la señorita Risueña.

—Y quien es la señorita Risueña preguntó Rodolfo.

—Una oficiala de modista inquilina del cuarto piso, replicó la portera: pero que perla! paga adelantado, tan limpia en su cuartito, y tan alegre con todo el mundo... un verdadero pájaro del paraiso, trabajadora como una hormiga; hay semanas que gana sus dos francos diarios.

—Pero cómo es que solo Risueña sabe la habitación de Germain?

—Cuando se mudó, replicó Anastasia, me dijo: «no espero cartas de nadie, mas si viniese alguna, podeis entregarsela á la señorita Risueña.» La cree bien digna de su confianza ¿no es verdad Alfredo?

—Nada tendria yo que decir con respecto á esa jóven, replicó con gravedad el portero, si no hubiese tenido la debilidad de dejarse obsequiar por ese infame Cabrion.

—Tocante á eso Alfredo, dijo la portera, sabes bien que no fue culpa de la señorita Risueña. Parece que está inoculado el amor en las paredes del local, lo mismo ha sucedido con todos los inquilinos que ocuparon el cuarto antes y despues de Cabrion: nada; te digo que es culpa del local.

—Pues de ese modo, dijo Rodolfo, todos los inquilinos del cuarto que yo he alquilado se ven

precisados á hacer la corte á esa señorita.

—Precisamente caballero; y vais á comprender el motivo: siendo vecino de la Risueña, entre jóvenes.... ya se vé! los cuartos solo están separados por un tabique.... se necesita luz, lumbré para encender el cigarro, un poco de agua.... Oh! en cuanto al agua nunca falta en el cuarto de esa señorita; ese es su lujo, tiene sus ínfulas de pato; no descansa un momento, fregotea las baldosas, el fogon, es tan limpia.... ya lo vereis....

—Es decir, interrumpió Rodolfo, que ese Mr. Germain se ha llevado bien con la señorita Risueña y se ha enamorado de ella por vecindad.

—Sí, debo de advertiros que han nacido el uno para el otro. Tan lindos, tan jóvenes, causa placer el verlos bajar las escaleras el domingo, único dia de descanso para ellos.... Tan compuestita ella con un bonito gorro y un vestido de veinte y cinco cuartos la vara, pero que le cae como á una reina; todo hecho por sus manos; él parece un verdadero petimetre.

—Y Mr. Germain no ha vuelto á ver á esa señorita desde que salió de esta casa?

—No señor: algun domingo que otro, porque los demas dias no la queda tiempo para pensar en sus amores. Se levanta á las cinco ó las seis de la mañana y trabaja hasta las diez ó las once de la noche; sale solo por la mañana á comprar su provision para ella y sus dos canarios que entre los tres vendrán á comer por uno.

¿Que les puede faltar? dos sueldos de leche, un panecillo, escarola, cañamones, y agua clara; así tienen unas gargantas los tres, y cantan con tal primor que es un gozo el oírlos.... Además es buena y caritativa como ninguna. Oh! hace más de lo que puede, trabaja más de doce horas cada día.... Esa pobre gente que vive en las boardillas y que va á ser puesta muy pronto en la calle por Bras-Rouge, más de cuatro veces ha sido socorrida por Risueña: ella y Germain han acogido muchas noches á sus hijos.

—Con que hay aquí alguna familia desgraciada?

—Desgraciada, Dios mío! ya lo creo!!! cinco niños menores, la madre en cama casi moribunda, la abuela medio loca, y para alimentar toda esa familia, un hombre que trabaja como un negro; por que es un excelente artesano, solo duerme tres horas al día, y que sueño! los niños le despiertan, gritando, ¡pan! una muger enferma que yace en un mal jergon, la anciana estúpida que gruñe como una loba.... también de hambre, por que no se aviene á la razon....

—Ah! eso es horrible! exclamó Rodolfo, y nadie los socorre?

—Vaya señor! hacemos lo que podemos entre gente pobre, yo la guiso la comida con mi propia leña una vez á la semana, y esto desde que el Comandante me dá doce francos al mes por asistirle y á lo menos estos desgraciados prueban el caldo una vez á la semana. La se-

ñorita Risueña emplea algunas noches en hacer algunos vestiditos y pantalones para los niños; Germain, que no es menos compasivo les suministra de cuando en cuando alguna botella de vino.... y Morel, (que tal se llama el artesano,) bebe uno ó dos tragos que le reaniman un poco.

—Y no hace nada el charlatan por esos infelices?

—Bradamanti....? dijo el portero, me ha curado el reuma, es verdad, por eso le venero; pero desde aquel día.... ya se lo he dicho á mi esposa: Anastasia:: Mr. Bradamanti.... hum!!! hum....! te lo he dicho Anastasia?

—Es cierto que me lo has dicho, pero tiene una risita ese hombre.... al menos á su modo, porque él no despega sus labios para reir se.

¿Que ha hecho pues?

—Ese es el caso, cuando le he hablado de la miseria en que se encuentran los Morel, un día en que se quejaba de que la vieja idiota no le habia dejado pegar la pestaña en toda la noche... me ha contestado «Ya que son tan desgraciados «si quieren que les estraiga los dientes no les «haré pagar ni aun el sesto, y les venderé la botella de mi agua predilecta por la mitad de su «valor.»

—He ahí la razon exclamó Pipelet, para sostener, apesar de haberme curado el reuma, que es una chanza bien pesada.

—Ya ves Alfredo que es italiano y que tal

vez será esa la manera de engañar entre ellos.

—Verdaderamente señora Anastasia, dijo Rodolfo, he formado mal concepto de ese hombre y no me unirá á él ninguna relacion de amistad ni de sociedad....

—Y la prestamista sobre alhajas ha tenido mas caridad?

—Hum! al mismo precio que Mr. Bradamanti; dijo la portera; los ha prestado sobre sus misereros arapos.... todo ha pasado á su poder hasta el último colchon; y no es eso solo, sino que no tenían otro.

—Ahora no los ayuda en nada?

—Quien? la madre Burette? ¡Ah! si, es tan cicatera en su especie como su amante en la suya; porque segun dicen, Bras-Rouge y la madre Burette.... y la portera hizo un guiño asaz malicioso.

—De veras? dijo Rodolfo.

—Yo lo creo á ojos cerrados!.... y vamos! los viejos y los jóvenes tienen todos su hora menguada. ¿No es cierto? mi cara mitad.

Mr. Pipelet dió por toda contestacion un meláncolico golpecito á su sombrero.

Pareciale á Rodolfo menos repugnante la portera desde que habia manifestado algun sentimiento de caridad hácia los pobres de la boardilla.

—Y en que se emplea ese pobre artesano?

—Trabaja en piedras falsas.... y las pule con tal perfeccion que parecen finas. Ya vereis....

despues de todo, él no es mas que uno, y cuando es preciso mantener siete bocas sin contar la suya.... su hija mayor le ayuda en lo que puede, pero eso nada monta.

—Y que edad tiene esa niña?

—Diez y siete años, hermosa como el dia; está sirviendo en casa de un viejo avaro.... que puede comprar á París con sus riquezas.... el escribano Jaques Ferrand.

—Jaques Ferrand dijo Rodolfo admirado de este nuevo encuentro, porque en casa de este escribano, ó al menos en la de su ama de gobierno debía Rodolfo adquirir los datos referentes á la cantora. Mr. Jaques Ferrand, el que habita en la calle de Sentier?

—Justamente! ¿le conoceis?

—Es el escribano de la casa de comercio á donde yo acudo.

—Entonces no podeis ignorar que es el mayor usurero que come pan..... pero es necesario hacerle justicia, es honrado y devoto..... asiste á misa todos los domingos asi como á las vísperas, confiesa y comulga con frecuencia..... si charla, es solo con los sacerdotes, come el pan bendito y bebe también agua vendita..... un santo hombre! los pobres depositan sus economías en su casa con la seguridad con que lo harian en la caja de ahorros..... pero avaro como el solo, hasta consigo mismo. Diez y ocho meses hace que la pobre Luisa, la hija del lapidario, entró á servir en su casa..... Es una malva con res-

pecto á su obediencia y humildad, y un acero para el trabajo. Es como si se dijera el atlante de la casa. Diez y ocho francos de salario ni mas ni menos, de los cuales entrega doce á su familia, eso es todo lo que poseen, pero cuando siete personas.....

—Con el trabajo del padre..... No habeis dicho que es tan laborioso?

—¿Como si es laborioso? Es un hombre que jamas se ha embriagado, y de los que quisieran que durase el dia 48 horas para ganar un poco mas de pan para tanto muchacho.

—¡Le producirá poco su trabajo!

—No, pero ha estado en cama mas de tres meses, y eso le tiene atrasado; su muger ha perdido la salud por asistirle; viéndose obligado durante su enfermedad á limitarse á los doce francos de Luisa..... con lo que les ha prestado la Burette sobre alhajas, y algunos escudos que les ha prestado tambien la comercianta en piedras falsas para quien trabaja Morel. Ocho personas! no lo puedo olvidar! si vieseis su chirivital! Pero no hablemos mas de eso, mi comida cuece que se las pela, voy á darle un vistazo, y no pensemos mas en la boardilla..... Afortunadamente Bras-Rouge no tardará en desembarazarnos de esos miserables..... ¡Ah! no creais que lo digo por tener mal corazon, pero una vez que en nada podemos favorecerlos, que se vayan con la música á otra parte; un quebradero menos de cabeza.

—Mas si los despiden de aqui ¿donde van?

—¿Qué se yo?

—¿Y cuanto podrá ganar ese hombre al dia?

—Si no tuviese que atender á su madre, á su muger é hijos cuatro ó cinco francos, por que trabaja por dos; pero como emplea las tres cuartas partes del dia en hacer los oficios de la casa, lo mas que puede ganar serán 40 sueldos.

—Es poco, en efecto..... ¡pobre familia!

—Si; pobre familia! decis bien..... Pero, son tantos los pobres, que hallándonos en la imposibilidad de favorecerlos á todos, debemos consolarlos;..... no es verdad Alfredo? y á propósito de consuelo no decimos alguna palabrita á la botella?

—Voy á hablaros con franqueza, señora Anastasia, ha afectado demasiado mi alma lo que acabais de contarme; bebed á mi salud con vuestro esposo.

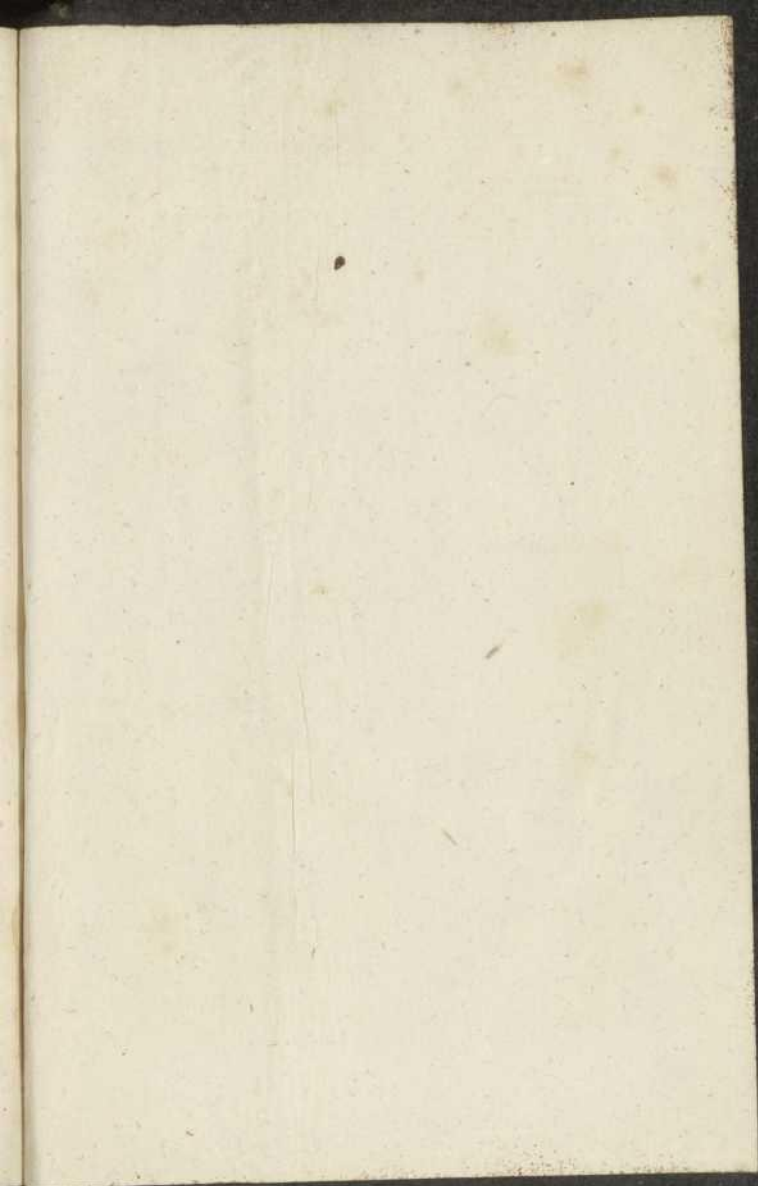
—Sois un hombre excelente, dijo el portero, y ¿persistis en la idea de ver el cuarto de arriba?

—Con mucho gusto, si me acomoda os dejaré señal.

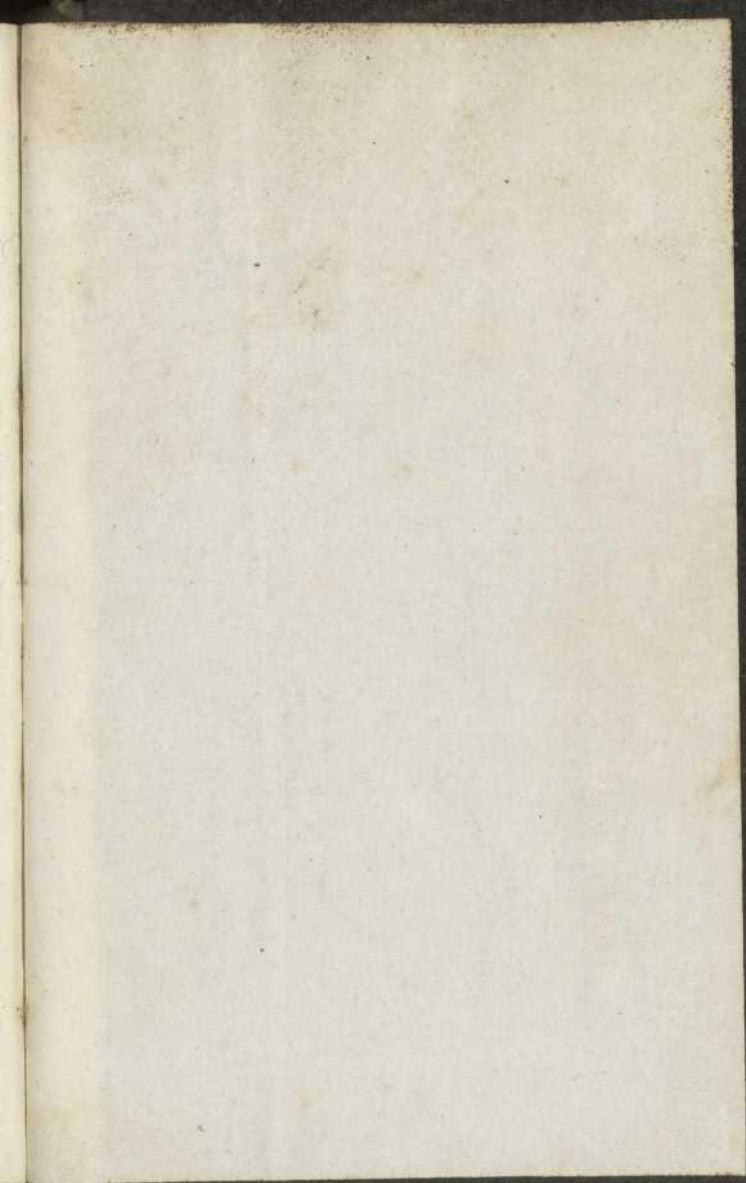
El portero salió de su huronera seguido de Rodolfo.

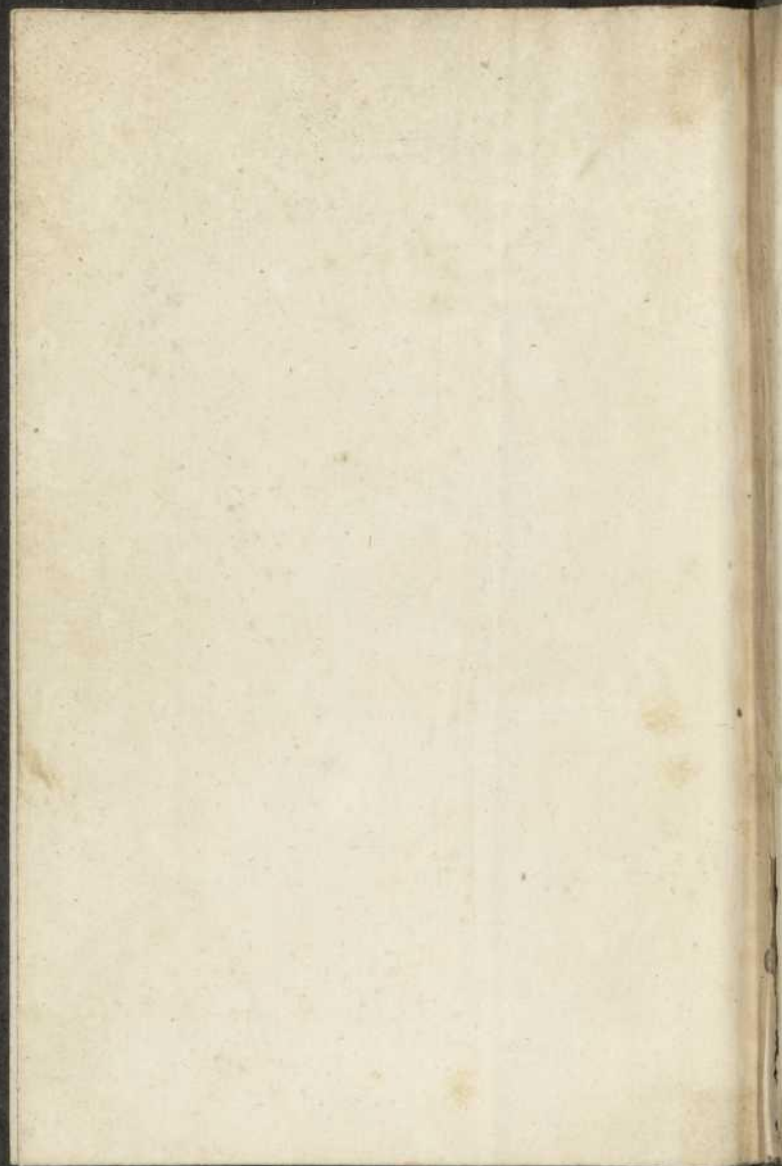
**FIN DEL TOMO PRIMERO.**

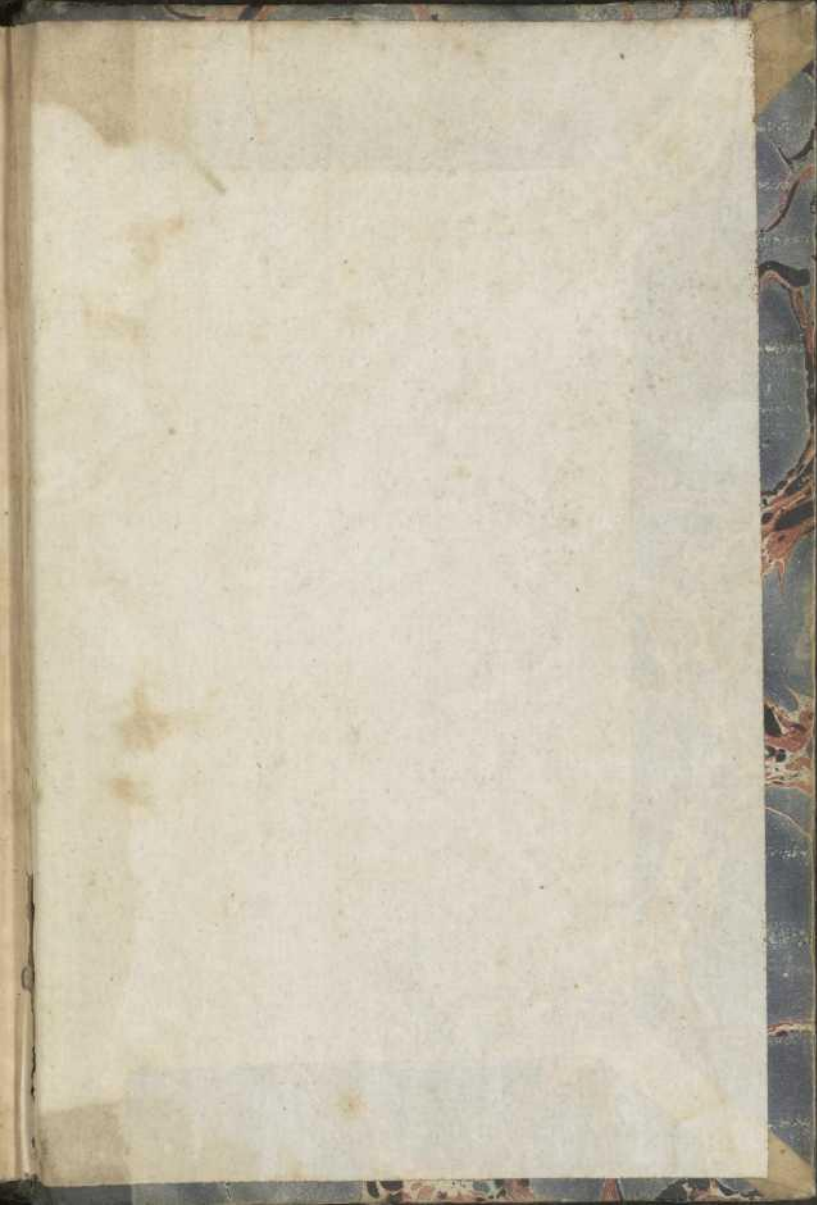
INDICE DEL TOMO PRIMERO.		<i>Pág.</i>
I.	La Cortina franca. . . . .	5
II.	La taberna. . . . .	19
III.	Historia de la Cantora. . . . .	37
IV.	Historia de Chourineur. . . . .	60
V.	El arresto. . . . .	75
VI.	Tom y Sarah. . . . .	86
VII.	La bolsa ó la vida. . . . .	96
VIII.	El paseo. . . . .	103
IX.	La sorpresa. . . . .	117
X.	La granja. . . . .	129
XI.	Los deseos. . . . .	140
XII.	La granja. . . . .	147
XIII.	Murph y Rodolfo. . . . .	152
XIV.	La despedida. . . . .	166
XV.	La cita. . . . .	180
XVI.	Preparativos. . . . .	198
XVII.	El corazon ensangrentado. . . . .	207
XVIII.	La bóveda. . . . .	218
XIX.	El enfermero. . . . .	224
XX.	Relacion del Chourineur. . . . .	232
XXI.	El castigo. . . . .	249
XXII.	La isla de Adan. . . . .	271
XXIII.	La recompensa. . . . .	281
XXIV.	La marcha. . . . .	297
XXV.	Indagaciones. . . . .	303
XXVI.	Indagaciones sobre Francisco Germain. . . . .	319
XXVII.	El Marques d' Harville. . . . .	323
XXVIII.	Historia de David y de Cecily . . . . .	334
XXIX.	Una casa en la calle del Templo. . . . .	350
XXX.	Los tres pisos. . . . .	370
XXXI.	Alfredo Pipelet. . . . .	386



11	El primer libro de la historia	11
12	El segundo libro de la historia	12
13	El tercer libro de la historia	13
14	El cuarto libro de la historia	14
15	El quinto libro de la historia	15
16	El sexto libro de la historia	16
17	El séptimo libro de la historia	17
18	El octavo libro de la historia	18
19	El noveno libro de la historia	19
20	El décimo libro de la historia	20
21	El undécimo libro de la historia	21
22	El duodécimo libro de la historia	22
23	El treceavo libro de la historia	23
24	El catorceavo libro de la historia	24
25	El quinceavo libro de la historia	25
26	El dieciséavo libro de la historia	26
27	El diecisieteavo libro de la historia	27
28	El dieciochoavo libro de la historia	28
29	El diecinueavo libro de la historia	29
30	El veinteavo libro de la historia	30
31	El veintavo libro de la historia	31
32	El veintavo libro de la historia	32
33	El veintavo libro de la historia	33
34	El veintavo libro de la historia	34
35	El veintavo libro de la historia	35
36	El veintavo libro de la historia	36
37	El veintavo libro de la historia	37
38	El veintavo libro de la historia	38
39	El veintavo libro de la historia	39
40	El veintavo libro de la historia	40
41	El veintavo libro de la historia	41
42	El veintavo libro de la historia	42
43	El veintavo libro de la historia	43
44	El veintavo libro de la historia	44
45	El veintavo libro de la historia	45
46	El veintavo libro de la historia	46
47	El veintavo libro de la historia	47
48	El veintavo libro de la historia	48
49	El veintavo libro de la historia	49
50	El veintavo libro de la historia	50









SUE  
MISTERIOS  
DE PARÍS

1

FAN  
9432